

42963

42963

*Dr. José Serrano Vega*

# ANALES

TOMO XXII — Nos. 3-4 — JULIO DICIEMBRE DE 1966

UNIVERSIDAD DE CUENCA

**UNIVERSIDAD DE CUENCA**

**RECTOR:**

Dr. Gabriel Cevallos García

**VICE-RECTOR:**

Ing. Marco T. Erazo Vallejo

**FACULTAD DE JURISPRUDENCIA Y CIENCIAS SOCIALES**

DECANO: Dr. Luis Monsalve Pozo

**FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS**

DECANO: Dr. Timoleón Carrera Cobos.

**FACULTAD DE CIENCIAS MATEMATICAS Y FISICAS**

Decano: Ing. Luis E. Loaiza Jaramillo

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

DECANO: Dr. Alejandro Serrano Aguilar

**FACULTAD DE CIENCIAS QUIMICAS**

DECANO: Dr. Marcelo González Moscoso

**FACULTAD DE ODONTOLOGIA**

DECANO: Dr. Hernando Acosta Crespo

**FACULTAD DE ARQUITECTURA Y URBANISMO**

DECANO: Arq. Jorge Roura Cevallos.

**ACADEMIA DE BELLAS ARTES**

DIRECTOR: Sr. Luis Moscoso Vega.

**CONSERVATORIO DE MUSICA**

DIRECTOR: Dr. Rafael Sojos Jaramillo

**SECRETARIO GENERAL:**

Dr. Alfredo Abad Gómez.

**ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA**

**PUBLICACION TRIMESTRAL**

**TOMO XXII**

NUMEROS

**3-4**

**JULIO — DICIEMBRE DE 1966**

DIRECTOR-COORDINADOR:

Dr. Víctor Lloré Mosquera

Edición: 1.200 ejemplares

Distribución Gratuita

Anexo: Presencia de la Poesía Cuencana

Volúmen V Nº 47

La responsabilidad por las ideas sustentadas en las páginas de esta Revista corresponde exclusivamente a sus autores.

Cuando se hagan reproducciones de los estudios publicados en esta Revista, se ruega citar la fuente.

## SUMARIO

	<u>Págs.</u>
Editorial.— Seneca, hoy:	
Gabriel Cevallos García (G. C. G.) . . . . .	541
Industrialización y clase media:	
Francisco Alvarez González <i>mf 4475</i> . . . . .	543
Las vicisitudes de la Universidad:	
Julián Marías <i>mf 845 B</i> . . . . .	557
Fundamentos de Paideia:	
Gregorio-Rafael Galiana y López . . . . .	571
Bergson: La liberación del espíritu:	
Juan Sanmartín Grau . . . . .	589
Julio María Matovelle:	
Rigoberto Cordero y León . . . . .	597
Páginas de Luto . . . . .	615
Crónica Universitaria . . . . .	635
Biografías y Semblanzas (Reproducción):	
Manuel J. Calle <i>mf 8648</i> . . . . .	711

## EDITORIAL

### SENECA, HOY

---

Al cumplirse los diecinueve siglos de la muerte del filósofo cordovés, Lucio Anneo Séneca, bella flor del otoño helenístico, nos detenemos en una pequeña meditación ante su recuerdo, pues su figura, resucitada más de una ocasión en las letras y en el pensamiento filosófico, es digna de perspectivas históricas.

La meditación sobre el hombre despuntó en Grecia después del triunfo de la filosofía racional, y luego de que la gran constelación Sócrates-Platón-Aristóteles posibilitó el ahondamiento en la interior complejidad de la conciencia y el análisis de la exterior complejidad de los actos. El estoicismo vale como el más hermoso corolario del pensamiento racional y sistemático llevado al cenit por Aristóteles. Con la luz meridiana se logra penetrar en las profundidades. El instrumento aristotélico dió, pues, ocasión a los estoicos para llegar a la detenida consideración del hombre y de sus potencias edificantes.

Porque el estoicismo fué, o pretendió ser una filosofía edificante, una faena mental estética o, si preferimos, escultórica: la del hombre que por sí mismo se labra su propia efigie. Bella faena desesperada. Desesperada, sí, porque fué, como toda filosofía postrera, un intento de salvación. La hora meridiana decae pronto, por desgracia. El gran sol de la historia siempre es pasajero y las luces vesperales se adueñan del paisaje humano, como del físico, de modo implacable y bello.

Después del cenit, hasta la noche, se suceden los matices, las finas transiciones de forma y de color. La estática radiosa del paisaje pleno es sustituida por la dinámica meticulosa y sucesiva que pone de manifiesto mil detalles antes arropados en la espléndida luz. En filosofía, como en arte, como en política acontece lo mismo. El estoicismo, con afán de salvar al hombre de la bancarrota cultural del siglo, se dió a analizar con primor el magnífico ejemplar teórico del hombre elaborado, más allá de la física, por Aristóteles.

Dijimos bancarrota. He allí el incentivo de la filosofía estoica, escéptica y epicúrea. Salvar por la ética a un hombre liquidado por la historia, por el esfuerzo máximo de una historia que llegó a integrar uno de los Estados universales más grandes y duraderos que haya habido. La historia de la cultura, en cierto modo, es la historia del desgaste de incalculables fuerzas espirituales. La decadencia, para emplear esta palabra tan negativa y tan impositiva, no es sino la experiencia de haber llegado al límite del empleo de dichas fuerzas espirituales. Contra esta sensación del límite, con anhelo redentor, surgen las filosofías de salvación.

En la línea de ellas anduvo Séneca, oteador de exquisitas tonalidades del hombre íntimo y pedagogo de la edificación del hombre que lanza un último reto al ciclón donde acabará por perecer. ¿Tuvo clara conciencia de lo que hizo el filósofo? Naturalmente, podemos soslayar la dosis de subconsciente que late en la historia, en la cultura y en sus tendencias. Pero el anhelo de Séneca estuvo claro y dicho con fórmulas diáfanas a los desorientados hombres de su época: el retorno al hombre como medida de justeza, la profundización del hombre como sendero del conocimiento cierto, la edificación del hombre como la única tarea necesaria. La edificación, sobre toda otra tarea, pues desquiciado y desorientado el morador de los últimos tiempos del helenismo, no tenía otra brújula ni otra estrella polar que su propia intimidad, a la que podía llegar, en busca de firmeza en mitad de un mundo tambaleante, por la senda de la autoedificación.

Lábrate en efígie, como un dios: tal fué el consejo del filósofo, casi al finalizar uno de sus tratados, donde señalaba la ética y la consagraba como receta definitiva para la inseguridad del mundo.

Nuestro tiempo de crisis merece, también, filosofías de salvación. En eso nos hallamos empeñados, en salvarnos no sólo como hombres singulares —vana presunción del individualismo frustrado—, mas también como grupo humano total, como sociedad actuante, como comunidad de anhelos, de deseos y de ilusiones. Séneca, filósofo de doctrinas de salvación, nos merece, por ello, una pequeña meditación ante su recuerdo.

G. C. G.

## INDUSTRIALIZACION Y CLASE MEDIA

No tenemos más remedio, para orientarnos entre las cosas, que apresarlas mediante conceptos. Todo, lo que es como lo que no es, necesita de ese labor de conceptualización. Y así, por ejemplo, a lo que es lo pensamos bajo el concepto **ser**, como a lo que no es lo apresamos bajo el concepto de **nada**. No sólo captamos bajo conceptos **cosas**, empleando la palabra en su sentido más extenso y general, sino también **cosas** que no son cosas propiamente, como relaciones, propiedades, procesos, etc. Ahora bien: el concepto, instrumento o esencia del pensar, se halla siempre entre dos fuegos: la tendencia a petrificarse, a inmovilizarse una vez constituido, y la contraria tendencia a irse llenando de contenido distinto como resultado de la movilidad de las cosas y de las distintas situaciones de la vida humana. Diríamos que los conceptos varían a pesar de la inclinación de la naturaleza del espíritu humano, por causa de la pereza y de cierta economía de pensamiento, a fosilizarlos. Los cambios en la significación de los conceptos son de ordinario lentos, casi imperceptibles en cortos periodos de tiempo, como la evolución de las especies vivas; aunque a veces también ocurra, por seguir el paralelo biológico, que se producen bruscas y súbitas **mutaciones** en los conceptos; ello generalmente en épocas de crisis, que parecen ofrecer un clima propicio para el transformismo conceptual.

No vamos a tratar aquí los peligros, fuente de incomprendiones y de errores profundos, que las citadas evoluciones o cambios de nuestros conceptos acarrearán. De tiempo atrás, desde Platón, los filósofos saben que el contenido eidico de los conceptos se vislumbra y aclara con ocasión de alguna ejemplificación singular. Pues bien: así como con ocasión de alguna percepción sensible ascendemos a la aprehensión conceptual de la esencia correspondiente, vamos a intentar ahora, a propósito de un concepto concreto, elevarnos a la comprensión de esa mutabilidad y cambios de significados de los conceptos en general.

El concepto que nos preocupa es el de **media**, cuando lo empleamos para determinar, por ejemplo, un periodo de la historia

o una cierta clase social; así decimos Edad **media**, en un caso, clase **media** en el otro.

Lo primero que hay que advertir es que dicho concepto, aplicado a esas tan distintas realidades, no sólo **determina** una parte o área de la realidad para distinguirla de un conjunto más amplio, sino que, yendo más allá de esa pura función determinativa, aspira a **calificar** de alguna manera esos ámbitos propiamente delimitados. En efecto, ante la expresión **Edad Media** evocamos, más que un período histórico, una cierta manera de ser y de vivir la sociedad europea cristiano accidental. Y, de igual modo, el término **clase media** sugiere, aparte de un vasto grupo humano, más o menos extenso, en el seno de nuestras colectividades, una especial psicología y modo de valorar, unos peculiarísimos hábitos, ideales y aspiraciones...

En el menosprecio y desdén con que los hombres modernos contemplaron y juzgaron a la Edad media influyó particularmente, sin que quizás se dieran cuenta de ello, el término **media**. Dicho vocablo evoca algo en tránsito no definitivo, inmaduro, falta de perfección. En efecto, lo **medio** de un proceso carace —o parece carecer— de la importancia de los comienzos, de los orígenes, de los nacimientos y, asimismo, del valor de las cosas completas, llegadas al fin a un cabal desarrollo. Lo medio, lo intermedio es, pues, lo provisional, aquello cuyo sentido no está tanto en sí como en lo otro que precisamente por su **intermedio** se realizará. Lo medio es una especie de movimiento, de tránsito, en donde, por ende, se halla latente la desvalorización entitativa u ontológica que los clásicos griegos del pensamiento asignaron a toda clase de cambio. El movimiento, decía Aristóteles, era la actualización del ser en potencia en cuanto potencia; en suma, algo que carecía de la perfección del ser en acto; un mero **intermedio** entre el ser en potencia y el ser en acto; un cuasi no ser en comparación de la plenitud de ser de la entelequia.

Los hombres del renacimiento estaban saturados de filosofía griega; no en vano se habían alimentado durante cerca de mil quinientos años los espíritus con aquellas doctrinas. Veíanse a sí mismos como la culminación de un largo proceso, como los primeros testigos de la madurez de la historia. Lo valioso de la historia

reduciase a los comienzos y al fin. Lo intermedio de lo medioeval apenas tenía otro valor que el de haber servido de puente para unir lo antiguo y lo moderno. Al fin la humanidad habíase alzado hasta el nivel de los tiempos modernos, superando el período **intermedio** de una época sin propia personalidad, oscura, tenebrosa. No que todos estos poco favorables apelativos le advinieran a la Edad media sólo por su denominación justamente de **media**, pero sí es verdad que contribuyó en no escasa medida a la emisión de juicios de esa clase.

Ahora bien: hasta qué punto está justificado el empleo del término **medio** o **media** para la designación de un período o edad? ¿Tiene ese término o el concepto que por su intermedio se expresa un sentido absoluto o relativo? Reflexionemos un momento en estas cosas.

Si por Edad media se designa un período de tiempo en la historia, la significación de ese período o época variará con la idea que tengamos del tiempo. En efecto, el tiempo cósmico, en el que desarrolla la historia del mundo y de los hombres, ¿es un tiempo cíclico o lineal? Imaginemos que concebimos el tiempo como cíclico, al modo como se lo representaron los más de los filósofos griegos. ¿Qué sentido tiene entonces hablar de una Edad Media? Cualquier acotación arbitraria en ese tiempo cíclico es principio, medio y fin, como cualquier punto o segmento de arco en una circunferencia es comienzo o meta, **arkhé kai telos**, como decían los griegos. Por eso el tiempo, para los antiguos, y más que el tiempo las cosas, los hombres y los acontecimientos que fluían con él, carecían de ese dramatismo que el transcurrir del tiempo tiene para quienes lo conciben e imaginan como lineal, y en donde, por tanto, fenómenos y sucesos que fueron se alejan para siempre irremisiblemente, como tragados cada vez más hondo por el pretérito. Y si también en este tiempo, en el cíclico, hay algo de trágico y de pavoroso, es de otro género, como la desesperación de Sísifo, condenado por los tiempos de los tiempos a ascender penosamente con la gruesa piedra sobre los hombros una y otra vez. Asignar a un trozo de historia el calificativo de **media** en esta concepción cíclica del tiempo es, por consiguiente, arbitrario o, en el mejor de los casos, relativo.

Pensemos ahora, en cambio, en una imagen lineal del tiempo y

de la historia. En el presente actual cualquier hombre, mirando hacia atrás y jalando la historia pasada con hitos colocados siempre un poco caprichosamente, puede asignar a un periodo determinado el calificativo de **medio**. Pero es, repitámoslo, a base de una cierta arbitrariedad y siempre de un modo un tanto provisional. Arbitrario, porque cualquier separación en el curso continuo de la historia, cualquiera que sea el criterio, es por esencia caprichoso y discutible. Provisional, porque lo que quizás hoy tuviera alguna justificación desde un punto de vista, dejará forzosamente de tenerlo mañana, cuando el presente actual sea pasado, y pasado tal vez muy remoto. Recapacitese que los tiempos modernos de hoy, desde los cuales nos creemos autorizados a calificar la historia pasada de **antigua o media**, serán historia arcaica para los hombres de los tiempos que vendrán. Y como al alejarnos en el tiempo estos nuestros acontecimientos que ahora nos sirven para jalonar los periodos o edades de la historia, se irán esfumando y perdiendo relieve e importancia, como se uniforman los accidentes del terreno y las crestas de la serranía con la distancia, nada nos garantiza que mañana nosotros no seremos, para el juicio de nuestros venideros descendientes, **medievales o antiguos** o, quizás, quizás, **prehistóricos**. La única manera, en esta concepción del tiempo, de no relativar las edades, sería imaginarse que la historia del mundo evoluciona en una especie de tres niveles distintos: el primer nivel o peldaño correspondería a la Edad antigua, el segundo a la media y el tercero y definitivo a la moderna. Pero, a poco que se reflexiona, se ve también lo arbitrario y caprichoso de esta solución. Resultaría en ella que los dos niveles primeros tendrían una extensión definida, finita, mientras que el estrato tercero ampliarse cada vez más y más con el correr del tiempo. Supondría además todo ello que, alcanzada la altura del tercer nivel, ningún nuevo suceso histórico sensacional vendría a servir de muro entre dos nuevos periodos. Ello supondría admitir que las grandes conmociones y cambios en la historia, como para justificar la existencia de edades distintas, habían acaecido en los pasados tiempos; el porvenir no habría de traernos ya nunca nada verdaderamente nuevo y revolucionario.

Que esto es insostenible lo demuestra el hecho de que los historiadores hayan necesitado añadir a la tercera edad una cuarta: la edad contemporánea. Como es muy probable que pasados tres o cuatro siglos los historiadores hayan sentido la necesidad de introdu-

cir una quinta edad, entonces, desde la perspectiva de esos tiempos futuros, resultará que las edades segunda, tercera y cuarta, la **media**, la **moderna** y la **contemporánea**, serán, conjuntamente, como una gran **Edad media** entre la primera, la **antigua**, la única edad en cierto modo absoluta, y esa novísima edad quinta que cualquiera sabe con que nombre la bautizarán. La toma de Constantinopla por los turcos, la formación de los grandes estados occidentales europeos o el descubrimiento de América, hechos en su tiempo importantes, que sirvieron para delimitar la Edad media de los tiempos modernos, resultarán con toda probabilidad insignificantes y de poco relieve para esos hombres de una **quinta edad**, que inició su peculiaridad histórica con la conquista y colonización quizás definitiva y en gran escala de otros mundos.

La única manera de salvar, a mi juicio, el carácter absoluto, no relativo, del concepto **medio**, aplicado a un periodo histórico, es pensar que el tiempo, aunque lineal, es el marco en donde se desenvuelve la historia no de una abstracta **humanidad** única, sino de grupos de hombres sometidos, éstos sí, a una cierta evolución cíclica. La Historia, así, con mayúscula, encerraría las historias múltiples de una serie de pueblos o de culturas, que serían los verdaderos sujetos de aquélla. Tal, por ejemplo, la concepción de Spengler. Si las culturas se desarrollan al modo de los organismos, podríamos hablar efectivamente, en sentido más o menos absoluto, de **edades**. Y junto a la infancia, madurez o senectud de las culturas encontraríamos en cualquiera de ellas ciertos periodos que merecerían ser calificados de medios. Sólo que, en este caso, y para ser consecuentes, todos los periodos o edades tienen su efectivo y auténtico valor. Ya no sería justo ni científicamente exacto dar mayor realce a uno de esos periodos que a los otros. Cada edad poseería su encanto, como las distintas edades de una vida individual, y en cada una de ellas cumpliríanse determinadas actividades y valores. Y lo que es más importante: que lo que en cada momento somos o hacemos no lo seríamos o no lo podríamos realizar si antes no hubiéramos sido y hecho todo lo anterior. De dónde además esta conclusión: que en una concepción organicista de la vida histórica el pasado no es nunca, como para el poeta, lo irremediablemente ido y acabado, sino algo que pervive y actúa en el presente, aunque bajo la efectiva forma de pasado.

No es, sin embargo, de la historia de lo que yo quería hablar, sino de las clases sociales; y, entre las clases, de esa que no sé desde cuando, se la califica de **media**. También aquí el término **media**, que en un principio determinó un cierto impreciso conjunto de hombres y familias situado entre las dos capas sociales definitivas con más exactitud, la clase **alta** de la nobleza y de la burguesía y la **baja** del obrero y del campesinado, terminó por designar un modo de vivir, ciertos hábitos, una precisa psicología, unos muy concretos ideales y valoraciones; es decir, encontramos también un traslado semántico de lo cuantitativo a lo cualitativo. Y es que todo período de tiempo bien delimitado, así como todo conjunto de hombres bien definido terminan por afirmar frente a los otros períodos o a los otros hombres, su específica manera de ser o de actuar.

Ahora bien: siguiendo en parte el paralelo entre lo histórico de las edades y lo sociológico de las clases, lo primero que nos llama la atención es lo impreciso y relativo de los criterios que en cada caso nos sirven para fijar los límites. ¿Dónde empieza y dónde termina una Edad media? ¿Hasta dónde se extiende, por ambos costados, la análoga clase? Aquí indudablemente la dificultad es mayor, dado que si la verdadera historia política es una, la de la humanidad como un todo, la Edad media también será **una**? Y si aceptamos la concepción spengleriana de la historia tenemos entonces que admitir que entre unas culturas y otras, aparte de las diferencias individuales, hay una cierta semejanza esencial, como entre organismos de una misma especie, y entonces será también fácil determinar qué parte de las totalidades orgánicas sometidas por naturaleza a desarrollos análogos recabará para sí el calificativo de **media**. En el caso de las sociedades y de las clases es distinto el problema, debido a la esencial heterogeneidad entre unas colectividades y otras en lo que se refiere a un desarrollo económico, abundancia de bienes, distribución de las riquezas, etc., etc. Hablemos de países altamente industrializados, en proceso de industrialización, subdesarrollados, etc. Aunque en cualquiera de ellos sea fácil determinar con cierta precisión los extremos, por las ocupaciones, los niveles de vida, etc., no es en cambio fácil fijar la extensión y los límites de lo que se denomina **clase media**. Y lo que es más importante: si bien los extremos, cualquiera que sea el país o sociedad, tienen ciertos parecidos a la **tercera clase**, la **media**. Es esto algo que podríamos deducir con la misma evidencia que un teorema geomé-

trico. Pues si, en efecto, es verdad que entre clases altas y bajas, sean cuales sean los países, no existen grandes diferencias y, sin embargo, existen notables distancias entre unas sociedades organizadas y otras, el peso de las citadas diferencias tendrá que recaer sobre la clase intermedia o media. No desconozco que las formas de vida, la cultura, los ideales, etc., podrán diferir notablemente entre **ricos** de una sociedad progresista e industrializada y sus congéneres de una sociedad subdesarrollada, perteneciente además, quizás, a un ámbito cultural diferente, como es el caso si comparamos un país occidental europeo o el Canadá con un país asiático. Pero, aparte de que ciertos ideales, gustos y formas de vida de procedencia occidental se han generalizado y son hoy patrimonio del mundo entero, el nivel de vida, el disfrute de bienes económicos, etc., es muy parecido entre las clases altas de cualquier país.

Mayor dificultad ofrece admitir la analogía entre las clases **bajas** de países muy desigualmente desarrollados. Nos asalta la comparación entre el obrero inglés, norteamericano, alemán o sueco y el minero o el campesino de la "puna" boliviana, valga por caso. La diferencia, efectivamente, es notable. Pero precisamente de lo que se trataría en este caso es de sacar consecuencias por lo que respecta a la clase que venimos denominando **media**.

Si el término **media** para designar a una clase tiene sentido desde un punto de vista socioeconómico, deberemos entender por él el conjunto de hombres que disfrutaban bienes económicos en un nivel intermedio entre la superabundancia de la clase **alta** y la escasez y deficiencia de la clase **baja**. La mayor o menor **extensión** de esa clase dentro de una sociedad dada serviría para medir la distancia que existe precisamente entre un país en desarrollo y otro subdesarrollado. Oímos todos los días, y es verdad, que país deficientemente desarrollado es aquel en el cual no existen sino dos clases: los muy ricos y los muy pobres. Aunque esto, por la exactitud implícita en toda fórmula demasiado simplista, no sea completamente exacto, pudiéramos aceptarlo en calidad de cierta aproximación a la verdad. Por contraposición, país desarrollado sería aquel en disfrute de una amplia y extensa clase media, con pocos ricos y pocos pobres. De ahí, que los países subdesarrollados tiendan, como a un ideal, a lograr las condiciones de todo género que les permita vigorizar en poder y en amplitud su deficiente y escasa clase media.



Esas condiciones, se acepta hoy casi unánimemente, suponen la industrialización. Y por industrialización se entiende, casi también de modo unánime, el no tener que depender de los mercados extranjeros para el disfrute de los mil utensilios, artefactos y bienes de consumo que el país necesita para su vida normal. Oponerse a estas creencias generalizadas en el mundo de hoy es tan grave casi como oponerse y caer en dudas sobre algún punto del dogma en cualquiera de los siglos de la Edad media. Y, sin embargo, a uno le asaltan las dudas sobre la **cantidad** de verdad que puedan encajar aquellas dos premisas.

En efecto, cuando uno pasa de un país subdesarrollado a otro que lo fue, pero que está en pleno proceso de industrialización y desarrollo, se encuentra de ordinario con estas dos paradójicas situaciones vitales: de un lado, un muy generalizado orgullo y satisfacción que se traduce en expresiones como éstas: "este producto es nacional", o bien, "no necesitamos importar esto o lo otro", etc., etc. Algunos otros, más peritos, os hablan de la enorme cantidad de divisas que se ahorran, de las fuentes de trabajo que cada industria trae consigo, etc. Pero esos mismos, en otras ocasiones, y a propósito de tal o cual implemento, un auto, un radio, un refrigerador o una cocina, os dicen que el tal artefacto es un cacharro y, para remate, carísimo, más caro casi, o sin casi, que aquellos otros implementos de los "buenos tiempos", cuando el país no estaba industrializado, pero cuando las cosas normalmente eran más baratas y de mejor calidad.

Se consuela uno empero imaginando el monto de las divisas ahorradas. Encuentra uno desgraciadamente, que tampoco esto, que **debería** ser así, lo es de hecho efectivamente. ¿Dónde entonces se encuentran las divisas? ¿Por qué las cosas, paradójicamente, son más caras?

En primer lugar, un poco de luz se hace cuando observa uno que el proceso de industrialización **comienza al revés**, por motivos explicables de **prisa**, de deseos de ganar tiempo, de orgullo y satisfacción nacionales. En efecto, entendemos que todo proceso de maduración, y la industrialización es uno de esos procesos, requiere inexorablemente de un tiempo. De un tiempo, eso sí, que no necesitaría hoy ser tan largo como ayer, que, en suma, como un movi-

miento cualquiera, se puede acelerar, pero que requerirá de **tránsito**, absolutamente necesario y obligado, por unas **etapas previas**, imposibles de saltar, como en lo biológico no podemos pasar de la infancia a la plena madurez sin la intermedia edad de la juventud y de la adolescencia. Pueden abreviarse las etapas como abreviamos el tiempo de corrido de los kilómetros en una carretera apretando el acelerador de nuestro auto, pero este **tragarnos** las distancias es esencialmente diferente de ese tragarse de verdad los necesarios estados intermedios de todo proceso natural. Y, sin embargo, repito, esto es lo que muchas veces se hace. Y eso explica muchas cosas: calidad, carestía, etc., de los productos. Pensemos en una industria típica de nuestro mundo actual: el automóvil.

El "secreto" de Ford para ofrecer a la sociedad norteamericana de su tiempo un producto barato y de excelente calidad consistió, entre otras cosas, en **hacérselo todo**; lo cual obligó a la instalación de industrias complementarias y hasta la adquisición de propiedades en países lejanos que suministran el caucho para las llantas, etc., etc. El "secreto", en cambio, mediante el cual un país subdesarrollado de hoy comienza a fabricar automóviles consiste en importar las cien o doscientas cosas necesarias para el citado menester, a más de los **técnicos** que se hagan cargo de la puesta en marcha de la planta. Ni que decir tiene que dichos técnicos ganan ahora mucho más que en su país de origen y que quizás abundan más de lo que sería estrictamente necesario. Es muy probable que, a pesar de la liberación de derechos de que la planta en cuestión goza para la importación de maquinarias, piezas y materias primas, la gran cantidad de cosas a importar explique sin más los altos precios del producto al fin elaborado. Pero esto no lo explicaría todo. Hay que añadir, aparte del personal de afuera, este otro hecho fundamental: desde que se proyectó la planta, mucho antes de que entrara en periodo de producción, se había creado una **planta** de administración, abundantemente provista de presidentes, vicepresidentes, secretarios y secretarías, vocales, abogados, jefes de ventas, inspectores, contables, etc., etc. He aquí que la industrialización aclara el misterio de la aparición de una nueva clase social, la media, pero al mismo tiempo explica que esa misma clase, en vista de la cual se fabrican esos productos, se encuentre en la imposibilidad de aquilatarlos por su alto costo.

La industrialización, decíamos, es un proceso orgánico; hay que comenzar por las cosas **chicas**, con cuya ayuda se podrán ir fabricando productos **medianos**, facilitando éstos en fin la manufactura de objetos **grandes**. Aun así, hay que **saber parar** y fijar los límites hasta donde puede y debe llegar el proceso de la industrialización. Recuerdo que a raíz de la revolución de Hungría, aplastada en las calles de Budapest por la intervención del ejército ruso, la Revista francesa "Les temps modernes", que dirige Jean Paul Sartre, dedicó un número especial a Hungría, estudiando diversos aspectos de la vida económica, política, social y cultural de dicho país. Pues bien: según la opinión unánime de los mejores conocedores de la situación interna de aquel país, los motivos que dieron lugar al malestar que a la larga se exteriorizaron en la revolución tuvieron su origen en una política ingenua de industrialización, queriendo seguir los mismos pasos que en su día tuvo que realizar la U.R.S.S. Se fabricaron al fin autos malos y, mientras tanto, los ricos e inmensos trigales a orillas del Danubio quedaron abandonados empobreciendo al país y llevándole a una tremenda crisis económica. También aquí, en el mundo comunista, por **economía de pensamiento** y espíritu de imitación llevóse a un país al borde del desastre. Y hubo, aprendida con sangre la lección, que volver a las tierras ubérrimas.

Pocos países, quizás ninguno, son capaces de bastarse a sí mismos. La autarquía de los más, ¿no sería una permanente fuente de celos de todos contra todos? Y llegados a ese para muchos ideal, ¿a dónde irían a parar los bienes que un país produce en demasía? En un mundo que tiende a ser uno, el problema económico, al que tan estrechamente están ligados la suerte y el bienestar de los hombres, depende de la inteligente y racional planificación de los intercambios más que de las unilaterales políticas económicas de industrialización, llevadas a cabo muchas veces por motivos de vanidad colectiva y que, lejos de enriquecer, empobrecen y encaminan hacia las crisis a los pueblos. Es cosa de ver como el **ahorro de divisas** a que debía conducir la industrialización, se traduce de hecho en las más espantosas e incontrolables inflaciones, con ausencia total de las famosas divisas del mercado público e incluso de las arcas del Estado. Y todo ello con la secuela de malestar social, huelgas a granel en busca de más altos salarios, que suben, pero que se quedan cada vez más debajo de la veloz alza en el

costo de la vida, restricciones del crédito; crisis, en suma. Y es, a la vista de tales realidades, que se producen esos violentos cambios políticos al amparo del sentimiento y la opinión generalizados, que podrían encerrarse en la fórmula de "los buenos tiempos de antaño".

Lo malo de esa fórmula es lo que de negativo hay en ella. Decía Leiniz que todo sistema filosófico es verdadero por lo que afirma y falso por lo que niega. Si la añoranza del pretérito no significase sino que **aquello** era mejor que la triste situación actual, estaría ello bien, porque en la mayoría de los casos es verdad. Lo malo es cuando esa evidencia se traduce en el deseo de "volver a trás" y querer restaurar etapas definitivamente idas. Eso es la reacción, el conservadorismo, más que político, espiritual, al que por pereza mental somos proclives. Si el sentimiento de "paraíso perdido" despertara, en cambio, la convicción de que nos habíamos equivocado, de que habíamos seguido un camino errado por querer abusar de **economía de pensamiento** y querer solucionar lo propio a expensas de la historia y la experiencia de los demás, de los otros pueblos, dicho sentimiento sería un buen sintoma de que la ocasional enfermedad colectiva se hallaba en trances de ceder. Personalmente soy poco optimista, y dudo mucho que los pueblos sepan sacar consecuencias de sus pasadas malandanzas y errores. Quizás, quizás, a la larga todo se remedia, pero después de haber sufrido en carne viva una dilatada experiencia de fracaso y dolor.

El progreso social y económico de los pueblos está efectivamente en la creación de una clase **media**; pero no de una clase **media mediocre**, **intermedia** de unos muy ricos y otros muy pobres, perspectiva para los de abajo e imitadora y aduladora de los de arriba. En aquellos países que por su desarrollo en todos los órganos pudieran servir de guías o modelos dentro de nuestro mundo occidental no comunista, Alemania, Holanda, Canadá, Suecia, Australia, Dinamarca, etc., ya apenas se puede decir que la clase media sea, como su nombre indica, intermedio de nada; ha dejado de ser **media**, porque ahora es casi la totalidad de la población, apenas teniendo en sus flancos otras clases que se diferencien esencialmente de ella desde el punto de vista del bienestar o del nivel de vida. Podrá seguir un uso arcaico denominando **obrero** al tornero de una fábrica o representante de la clase media al **funcionario** de un ministerio;

mas fuera de lo específico de las respectivas funciones, uno y otro viven aproximadamente igual; sus hijos se educan en el mismo liceo o instituto, dan a luz sus esposas en las mismas clínicas o sanatorios, conducen ambos el mismo tipo de Volkswagen, pasan sus anuales vacaciones pagadas quizás en las mismas playas o en los mismos chalets en la alta montaña y en la casa tienen parecidas radios y televisores.

La **fórmula** para hacer de la clase media la clase del Estado es relativamente sencilla: consiste en saber sacar el mayor rendimiento posible de los dones, más abundantes de lo que por regla general se cree, que la naturaleza ha derramado en cada país. Da pena ver como las cosas están ahí, esperando **darse** al hombre, mientras interminables discusiones teóricas, bizantinas muchas veces, hacen olvidar la existencia de los bienes abundantes.

Es curioso ver como vivimos concediendo una carta de crédito en blanco a un porvenir por esencia siempre incierto. Quiero decir: justificamos muchas veces una conducta o una política económica sosteniendo que estamos **sentando las bases** para el futuro bienestar y felicidad de las generaciones por venir. Reconozco que es esencial a la vida individual o social la preocupación por el futuro; no hay otra manera de vivir la vida que **pre-viendo** y **pro-yectando**; que, por ende, la vida es riesgo, pues en lo humano, como en microfísica, el porvenir es por esencia imprevisible. Ahora bien: una cosa es censurar el "carpe diem" como actitud antinatural y utópica, y otra tener que admitir como deseable el hipotecar un presente pasable por un rosado futuro, quizás más utópico todavía. No es sensata política ni vida la que remite la felicidad a las **calendas griegas**. Una buena política debe ser siempre una política cuyos resultados, económicos, culturales, o los que sean, estén como en la línea del horizonte visible. Sólo una política así puede encandilar los ánimos y hacer soportables ciertas incomodidades del presente.

Vivir en el futuro —y no hay otra manera de vivir— es estar proyectando lo que vamos a ser y, por ende, modificando lo que ahora hay o somos. Es necesario y deseable, pues, una permanente actitud dinámica, revolucionaria diríamos, tanto en la vida individual como en la social o colectiva. Pero esa actitud, prueba hasta de salud biológica, debe hacerse en vista del presente y del pasado;

para que el futuro sea **mío** —la cosa suena a perogrullada— debe ser continuación de esto que ahora soy, como mi ser de ahora es fruto en razón de todo **mi** pasado. Esto vale para los individuos como para los pueblos. Y, sin embargo, la perogrullada se olvida todos los días, cuando proyectamos formas de vida colectiva que no se avienen con nuestra situación. El mundo contemporáneo, en lo político, ha vivido en demasia de doctrinas, programas, etiquetas y fórmulas. Reservemos eso para lo teórico, es decir, para la ciencia.

Hubo en Manuel J. Calle, mucho de héroe, esto es, el trabajador idealista, el hombre visionario de acción, el revolucionario ardiente, cuya figura se destaca con relieve bélico y un fulgor juvenil de aventurero iluminado.—Incapacitado por temperamento innato para aprender a balancear presupuestos y en medio de aquel ostracismo de la fortuna, o boicoteo económico incomparable, de la más cruel inclemencia, de la bohemia y el desbarajuste, llevando la vida como una condenación, supo representar, no obstante, Manuel J. Calle, con la frente erguida y fuerte, como un anacoreta, algo así como el doctorado de la pobreza, desafiando sin humillaciones, adulacias, ni arrastramientos, aquella tempestad financiera que, en aquellos días agrios, le redujera a una lamentable condición de penuria económica demostrando, siempre, aquel desprecio caballeresco por el dinero, que tanto desprendimiento dió a su vida tan plagada de zozobras, de fracasos y de amarguras.

Agustín Cueva Tamariz (Semblanzas Biotipológicas)

MANUEL J. CALLE

Anfora leve... Al verlo se diría  
no cupiera en su fondo tanta esencia...  
plenitud en la azul adolescencia,  
desborde en el cenit y el largo día...

En áureas mieles ricas de ambrosia,  
que de Fígaro evocan la presencia,  
mojó la fértil pluma, eflorescencia  
del huerto de la egregia dinastía

Luminar de la Prensa, su amplia egida  
el fútil hecho en emoción convierte,  
y el motivo alto en lápida esculpida

Tósigos y óleos, justiciero vierte...  
y ese hombre, todo espíritu en la vida,  
es hoy carne de mármol en la muerte!

Alfonso Malo Rodríguez.

JULIAN MARIAS

## LAS VICISITUDES DE LA UNIVERSIDAD

Universidades en un sentido próximo al actual, al menos lo bastante para que se pueda considerar unitariamente su historia, existen hace algo más de setecientos años. La institución universitaria ha experimentado a lo largo de ese tiempo graves vicisitudes; no me refiero, claro es, al esplendor o decadencia de cada una de ellas, ni siquiera a la prosperidad general o al descenso de nivel, sino a algo más importante: la función que las Universidades han ido asumiendo. Por lo pronto, se ocurre la división más gruesa y elemental: ha habido épocas en que la Universidad ha coincidido aproximadamente con la vida intelectual; en otras, por el contrario, ha sido sólo una componente parcial de ella, y lo más vivo y creador del pensamiento ha transcurrido al margen. Antes de preguntarnos si estamos en una época de las primeras o de las segundas y —lo que se me antoja más interesante— si avanzamos hacia una u otra, conviene tener presente cómo fué el mundo cuando la Universidad constituía casi toda la vida intelectual o cuando ha sido sólo una modesta porción de ella.

Lo primero ocurre, como es notorio, en la Edad Media, sobre todo en los siglos XIII y XIV; claro está que esto sólo es cierto si introducimos una restricción: es decir, si consideramos como vida intelectual en sentido estricto sólo la ciencia, es decir, la filosofía y la teología, las disciplinas cultivadas en latín por una minoría de pensadores, en su máxima parte monjes y frailes cuya efectiva función dentro de la totalidad de la vida medieval está por precisar. Pero, teniendo en cuenta esta salvedad, es evidente que la ciencia de los últimos siglos de la Edad Media se hace en las Universidades, en ellas se enseña, ellas son, en definitiva, sus órganos y el ámbito en que existe y vive.

Otro es el caso entre mediados del XV y más que mediado el XVIII. En este tiempo, las Universidades quedan resueltamente relegadas a un segundo plano; lo más sustantivo de la ciencia europea se gesta en otros mundos. Santo Tomás, San Alberto Magno,

Duns Escoto, Ockam —las figuras máximas del tiempo— habían sido docentes universitarios. No lo son, en cambio, Nicolás de Cusa, Erasmo, Giordano Bruno, Copérnico, Galileo, Descartes, Malebranche, Spinoza, Leibniz, Pascal, Bacon, Locke, Berkeley, Hume, Voltaire, d'Alembert, Rousseau... Todavía lo son Vitoria o Suárez, porque pertenecen a la forma medieval del saber y de la ciencia, aunque los problemas planteados por ellos y sus contenidos sean modernos en buena parte.

Las cosas vuelen a cambiar. Tal vez la variación se inicia con Wolff, el nuevo escolástico. Después sí: los grandes creadores del pensamiento suelen ser profesores de Universidad: Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Dilthey, Brentano, hasta Husserl y Bergson —para hablar sólo de la filosofía; sin esfuerzo se podría ampliar la lista en las restantes disciplinas—; los que no son universitarios están literalmente “desplazados”: así Schopenhauer, Comte o Kierkegaard. Desde fines del siglo XVIII hasta los comienzos del nuestro la ciencia se hace en las Universidades. Y el prestigio y el influjo social de éstas llega a su máximo. ¿Por qué?

#### LA UNIVERSIDAD, SERVICIO PÚBLICO

Creo que no se puede interpretar la Universidad desde el punto de vista exclusivo ni aun principal del saber, sino desde su función, y ésta es la de un servicio público —no forzosamente estatal, porque lo público no es sólo el Estado—. Por consiguiente, la suerte de la Universidad está íntimamente ligada a la de las demás instituciones, el hecho de que se ocupe de esa materia sutil que son las ideas no debe enturbiar el aspecto netamente institucional que le pertenece. La Universidad requiere, para funcionar bien y con normalidad, estar fundada en un sólido y compacto sistema de vigencias; cuando éstas fallen, la vida intelectual tiene que buscar formas más tenues, menos seguras, pero más flexibles y con menos obra muerta, más capaces de eludir los riesgos y de inventar en cada hora su perfil. Me refiero, claro está, a todo orden de vigencias, y entre ellas incluyo las intelectuales; es muy difícil que en un momento de radical crisis de la ciencia, sobre todo de la idea del saber, el órgano capital del pensamiento pueda ser la Universidad. Esta reclama, como cimiento, un consensus acerca de todo lo decisivo: re-

ligión y ciencia, moral y esperanzas del hombre, poder y libertad, ordenación económica y papel de las clases sociales. Pero adviértase que el consensus a que me refiero no implica unanimidad y acuerdo respecto a los contenidos, sino acerca de la función efectiva en la vida. Por ejemplo no puede hablarse de un consensus positivo en la vida religiosa europea del siglo XIX, pero la vigencia dominante entonces era que se podía opinar cualquier cosa en materia religiosa, que no importaba la discordia, y en ese no importar radicaba la concordia de que aquí se trata. Por esta misma razón la Universidad no excluye la discusión: al revés, la exige, permite y realiza. Pero sería ingenuo pensar que la discusión revela hondo desacuerdo: al contrario, es la prueba de la concordia; por eso en los tiempos en que el desacuerdo es radical se deja de discutir. La discusión termina cuando se llega al **nego suppositum**; florece sobre una base de supuestos comunes a los que automáticamente se apela: piénsese en los dos máximos ejemplos de discusión: el escolasticismo y los parlamentos liberales del XIX. Cuando el desacuerdo es serio y radical, cuando no se sabe en dónde agarrarse, se deja de disputar, porque todo es demasiado grave, no hay terreno común en que poner el pie y se contesta a las razones, como decía el Dante, con un cuchillo.

Desde este punto de vista parecen ciertas las vicisitudes de la Universidad europea: en la Edad Media, la Universidad es uno de los tres órganos del “pouvoir spirituel” que tan agudamente estudió Comte, con el Pontificado y el Imperio —que sólo era en rigor poder espiritual—, desde el Renacimiento, en cambio, esa estructura se agrieta y resquebraja; empieza la era de las innovaciones radicales —en filosofía, en religión, en arte, en ciencia, en política, en economía, en la imagen física del mundo— y la Universidad se resiente de ello, se queda al margen de lo más grave que ocurre, se queda “penúltima”, si vale la expresión; frente a la Sorbona, el Colegio de Francia; y más aún la estufa solitaria de Descartes, el cuarto donde Spinoza pule cristales, el pesado coche donde Leibniz, por los caminos de Europa, divierte las horas de lento traqueteo con divinas minucias: *mónadas e infiniment petits*.

Sólo el enorme prestigio social de los ilustrados, de los enciclopedistas, devuelve vigencia y fuerza casi institucional al pensamiento: a fuerza de **philosophes** adquiere peso en la sociedad la filosofía.

No se ha solido reparar en que Voltaire, d' Alembert o Diderot hacen posible la figura social del maestro Kant, que puede ser, hasta la raíz, profesor de la Universidad de Königsberg; y hasta aquel viento apasionado y encendido que se llamó el idealismo alemán puede soplar en las apacibles Universidades tudescas. Castaños y casas de tejados puntiagudos, que saludan respetuosas al Señor Profesor Jena, Wurzburg, Tubingen, Munich, Heidelberg.

En el siglo XIX —el más seguro de la historia moderna— la ciencia adquiere algo decisivo: una mayúscula; y la ciencia se avcinda plenamente en la Universidad que es ahora servicio público en su forma más estricta: asunto del Estado y del Estado en su fase de prepotencia y eficacia. El profesor universitario tiene detrás de sí toda la fuerza y la estabilidad de la Constitución y el Parlamento, los Tribunales, la Sanidad; es en el pleno rigor del término, un funcionario, con toda su dignidad y toda su limitación. Esta situación dura hasta 1914; pero pasado, ¿cuál es la nuestra? Contestar a esta pregunta requiere anteponerle otra: ¿Que es la Universidad?

#### CUATRO FUNCIONES

La Universidad es, repito, un servicio público pero su misión no es simple, sino, bastante compleja; por lo menos cuádruple; se puede distinguir perfectamente cuatro funciones bien distintas de la Universidad actual. Distintas, pero a su vez —y esto es lo más grave, lo decisivo,— conexas; por eso, digo que su misión es compleja, no sólo compuesta de cuatro funciones simples. Y lo problemático es si puede realizar en serio algunas de estas funciones cuando las demás están en crisis.

Se podrían enumerar así —sin demasiada precisión— las funciones universitarias en nuestro siglo:

- 1) Función en la vida intelectual creadora.
- 2) Función docente.
- 3) Función social en cada país.
- 4) Función de relación internacional.

Sería menester explicar, siquiera en pocas palabras, estos cuatro aspectos de la realidad universitaria en nuestros días.

1) He rehuído la expresión tradicional "investigación", porque creo que se trata de algo más rico y profundo. La palabra investigación está demasiado cargada de resonancias de laboratorio o de seminario filológico; es decir, pesa en ella excesivamente el aspecto "técnico" del trabajo, la idea de "taller". Con demasiada frecuencia la "investigación" no es más que el pobre sucedáneo de lo que llamo vida intelectual creadora. Esta, en cambio, es el contacto vivo con los problemas vivos, el funcionamiento de la actividad intelectual ejercitada en toda su desnudez, la exposición de un pensamiento que se está haciendo, la convivencia real de maestros y discípulos, es decir, el encuentro efectivo de varias generaciones en las cosas mismas, en la fricción sobre los mismos problemas. Esta función no es la más característica de la Universidad, ni la de mayor volumen; se puede ejercer fuera de ella, y a pesar de su ausencia suelen marchar más o menos las Universidades; pero es la que vivifica todas las demás.

2) La docencia es el torso general de la Universidad. Propiamente, consiste en eso; todo el resto es lo que hace posible la docencia, lo que la completa, sus consecuencias y efectos. Ahora bien, se plantean dos problemas que no carecen de conexión. Uno, el del nivel de esa docencia; ¿hasta qué punto la ciencia que se enseña en las Universidades del mundo actual es actual, quiero decir está a la altura de los tiempos? ¿En qué medida pueden hoy las Universidades innumerables que existen en el mundo enseñar, de verdad —en filosofía, en filología, en historia, en física, en biología, lo que es hoy cada uno de esas disciplinas y no un remedo o caricatura? Y en el caso de las ciencias que son un puro problema, cuya crisis es gravísima y de principios —para tomar dos ejemplos cuya disparidad sea máxima, la lógica y el derecho—, ¿cómo puede realizarse la docencia, y dónde quiero decir, en cuántas Universidades?

3) Llamo función social de la Universidad en cada país al papel que represente dentro de la vida nacional, en su conjunto. No a los actos concretos que la Universidad ejecute de puerta afuera —"extensión universitaria", conferencias, congresos, etc., sino, a los efectos nacionales del funcionamiento intrínseco de la Universidad en su vida propia. Estos efectos son enormemente variables de un

país a otro, de este a aquel decenio. Y son muy diversos: un influjo hormonal, de excitación intelectual de la sociedad entera; una catálisis en que la Universidad, sin intervención activa provoca y, hace posibles determinadas reacciones del cuerpo social; una influencia tranquilizadora, que produce seguridad, cuando se cree que hay quien se ocupe de los problemas, que hay un organismo cuya misión es plantearlos y resolverlos, que las cuestiones que tienen una vertiente intelectual están "en buenas manos" como la sanidad en una buena Medicina, o la seguridad en una Policía eficaz; una función por último, de prestigio, de conciencia nacional, de expresión del país entero por medio de sus órganos universitarios. ¿Cuál es el estado actual de esta función social en los diversos países? Nadie veraz se sentirá tranquilo. No puedo aquí, claro está, entrar en detalles, pero volveré en seguida sobre este punto.

Hace ya muchos años Europa es una en varias dimensiones, desde luego en la intelectual. En ésta, no sólo se trata de Europa; en los últimos tiempos, la ciencia se hace en colaboración y, sobre todo, en presencia de todos, —y en la medida en que no ocurre así no es eficaz, es decir, no es ciencia—. La vida intelectual, es pues, supranacional por una exigencia intrínseca, no por vano cosmopolitismo. Y por eso le pertenece necesariamente una expresión adecuada, cuyo órgano normal son las Universidades. El mundo actual es sobrado complejo para que pueda abandonarse a la inspiración de los individuos; la cantidad y el costo de todo, hace utópico el confiar en lo que, por otra parte, es decisivo, la iniciativa individual. Sin instituciones, el diálogo internacional es quimérico. Pero se ocurre preguntar hasta qué punto el diálogo de que la institución es truchimán es real y no ficticio, hasta qué punto se consiguen por esta vía presencias reales y no espectrales alucinaciones. Esta es una grave cuestión, y en ningún lugar más oportuno plantearla que con ocasión de una colaboración internacional en torno al tema. Pero esa gravedad es una prueba de que, en efecto, a la Universidad le pertenece esencialmente esa función supranacional, que sin ella no puede realizarse, aunque sea problemático que con ella se realice.

Y con esto llegamos a la verdadera cuestión: ¿qué ocurre en la mitad del siglo XX con esas cuatro funciones cuya interacción constituye la Universidad?

## UNIVERSIDAD, UNIVERSALIDAD

Volvamos a nuestro doble punto de partida: la Universidad es un servicio público; la Universidad está condicionada por la estructura del mundo como repertorio general de vigencias de todo orden, incluso —pero no sólo— intelectual. Y, ante todo, un hecho cuantitativo, pero cuya significación es estrictamente cualitativa: las Universidades aparecen como dotadas de cierta doble universalidad: la primera, que pretenden abarcar la totalidad del saber; la segunda, que las hay en todas partes. Examinemos una tras otra ambas dimensiones.

Ya sé que el sentido originario de *universitas* no alude a las disciplinas, sino a los miembros docentes y discentes: *universitas magistrorum et scholarium*. Pero no conviene quedarse enredado en la etimología —ni en filosofía ni en historia—; algunas de las mejores cabezas europeas han pagado con error un apego excesivo a lo que, usado discretamente y con libertad, es esencial. Junto a ese sentido etimológico, está vivo en el uso de la palabra Universidad, el de totalidad de las ciencias: *Panepistemion* llaman a su Universidad los griegos actuales. Las de todo el mundo pretenden enseñar aproximadamente todo el *globus intellectualis*, y cuando les falta alguna Facultad se consideran "incompletas".

En segundo lugar, la Universidad es una institución universal, difundida por todo el mundo en número crecidísimo: no hace muchas semanas vi un impresionante anuario o repertorio de las Universidades del mundo, y confieso que me sobrecogió. El supuesto de la Universidad actual es, por tanto, que se puede enseñar todo en todas partes. Los supuestos se suponen y se callan; no cabe duda que éste, así enunciado en forma concisa, es más que alarmante.

Al instante se ve que la Universidad es, irremediablemente, una utopía. Con lo cual no está condenada, porque casi todo lo que el hombre hace es utópico —Ortega lo ha mostrado temáticamente—, pero si nos comprometemos a ponerla en su perspectiva justa y a no tomar demasiado al pie de la letra la realidad de su pretensión. Si esto se hiciera en serio, automáticamente quedaría saneada la situación y empezarian a andar mejor las cosas. Como pasó en economía el día que se reconoció que no se puede pagar en oro

las pesetas, pesos, francos o libras que indica el billete, y que la promesa de que el Banco de tal país pagará al portador dicha suma es sólo... una manera de decir.

Pero no puede eludirse la consecuencia negativa: se trata de un caso de inflación. El carácter de servicio público que tiene la Universidad lleva consigo el que es, por lo pronto, un esquema social; es decir, que los "huecos" o "puestos" preceden a la realidad. No hay una ciencia y unos hombres capaces de enseñarla y unos jóvenes ansiosos de aprenderla, sino que hay unas Facultades, unas cátedras, unos seminarios, para los cuales se buscan titulares y discípulos. Recuerdo que hace quince años un grupo de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid propusimos al Decano, D. Manuel García Morente, que estableciese una cátedra de Filosofía de la Historia. El Decano nos miró sonriente y nos dijo: "Diganme ustedes quién puede desempeñarla bien y en serio; si me lo proponen, aunque no sea ni bachiller, lo traigo y le encargo un curso". Nos miramos, callamos, sonreíamos también, agradecidos —nos había dado una lección que, como se ve, todavía no he olvidado—, y nos marchamos pidiendo a Dios que nunca faltase esa prudencia.

Como, por desdicha, no sobra, el resultado es que en buena parte la Universidad es puramente irreal, aun en los países de más tradición y densidad intelectuales. Imagínese lo que ocurre en los pequeños países o en los países jóvenes, como son —para bien y para mal, como privilegio y como limitación— los americanos. Hay un mimetismo —en política, en economía, en la vida del pensamiento— que los lleva a reproducir automáticamente las estructuras que se consideran "nacionales", en lugar de preguntarse perentoriamente cuál es la realidad de ellas y hasta dónde son posibles. Creo hacer mejor obra a los países de Hispanoamérica con esta advertencia que con el halago en hueco que se suele verter sobre ellos, a bien poca costa. Pueden otros contemplar con admiración la proliferación de revistas filosóficas en algunos países hispanoamericanos, y todo lo que ese fenómeno lleva consigo; a mi me produce verdadero pavor. Porque siempre he creído que la filosofía es asunto superlativamente minoritario, que ha hecho un puñado de hombres metidos en un rincón, en algunos países, en algunas épocas; y sé que casi ningún país de Europa puede hoy sostener de verdad más

de una o dos revistas puramente filosóficas, y la inmensa mayoría ninguna, y a nada temo más que a eso que en español llamamos "hacer que hacemos".

La Universidad corre, por tanto, la suerte de todas las realidades sociales: no coincidir sino por excepción con su ser más auténtico. El gran número de Universidades y su amplitud hace imposible a priori su calidad suficiente. Hacen falta —se entiende, dados ciertos supuestos que son cualquier cosa, menos evidentes— tantos profesores, tantas cátedras, tantos seminarios, que una buena parte de ellos sólo pueden existir precariamente. Es algo análogo a lo que sucede con la interferencia de la pura vocación sacerdotal, que florece donde y cuando Dios quiere, y las perentorias necesidades del ministerio, de las misiones, de ciertas estructuras añadidas y hoy por hoy sentidas como necesarias. La institución universitaria, desde el siglo XIX ha cometido el mismo pecado que caracteriza a ese tiempo: confundir los deseos con la realidad, creer que lo plausible es posible, que se pueden prolongar indefinidamente las cosas. Creo que si la Universidad quiere conservar su misión a la vez creadora y rectora —o lo que es lo mismo, si quiere subsistir—, ha de ser implacable consigo misma, ha de estar dispuesta a todas las renunciaciones, a todos los sacrificios. El día que vea que se renuncie a la existencia de muchas Universidades o a la de grandes porciones de ellas, empezaré a creer en la existencia de la Universidad.

### LA VIDA PÚBLICA

Pero todo esto no es sino penúltimo. No se piense que voy a eludir el problema decisivo. Y éste es el de las conexiones de la Universidad, servicio público, con la vida pública de nuestros días. Los peligros de esa relación estrecha son tan grandes como notorios; pero voy a decir algo más: son también universales. Conviene no hacerse ilusiones, no pensar que se trata de una situación que aqueja a la Universidad en algunas naciones excepcionales. El hecho de que en algunos casos la intervención del Estado y la anomalía de la vida pública sean más llamativas que lo habitual no debe encubrir otro hecho mucho más grave: la generalidad de la situación. Hace poco he escrito en un ensayo que ha aparecido en París que la coacción, la falta de libertad, la **contrainte**, está hoy



casi tan bien repartida como el **bon sens** en tiempo de Descartes. Las formas de esa **contrainte** son múltiples y variadas, desde las más toscas hasta las más indirectas y sutiles. Pero en todo hay presiones sociales, politicismos, selección imperfecta, orientaciones impuestas —no importa que la violencia no siempre se manifieste— que perturban la función intelectual y la convivencia universitaria. Esta situación puede llegar a excluir la participación en la vida universitaria, de quien sea responsable y no esté dispuesto a admitir los modos deficientes de las cosas; pero en los casos mejores y más leves basta para producir un malestar, una inquietud, que revela el carácter problemático de la institución universitaria. Esas renunciaciones y esta inquietud no son demasiado frecuentes; lo cual prueba sólo hasta qué grado está atenuada hoy en el mundo la conciencia de lo que es vida intelectual.

La vida pública, por faltarle hoy sus posibilidades más propias, se extravasa continuamente fuera de sí misma. En Europa, los Estados nacionales tienen que habérselas con problemas que en su gran mayoría no son nacionales, sino europeos; por tanto, pueden actuar de un modo eficaz y normal. Al no poder hacer política **sensu stricto** —la vida nacional de los países europeos ha perdido su "argumento", y esto es de lo más grave que puede pasar—, dichos Estados nacionales hacen —por supuesto muy mal— todo género de otras cosas; y entre ellas, diversos remedos de vida intelectual domesticada. En América las cosas son distintas de las europeas, y distintas también de unos países a otros. Si dejamos de lado de los Estados Unidos, —de los que me falta información suficiente, y no quisiera pecar por donde suelen nuestros contemporáneos; creer que lo saben todo—, es evidente que los países hispanoamericanos están amenazados siempre por un gravísimo **quid pro quo**: en vista de que son Estados soberanos y de que los Estados soberanos europeos han solido ser **nacionales** —repárese en el subrayado—, se consideran a sí mismos como nacionales sin más, y no advierten que la nación es una forma muy concreta de unidad histórica, que no siempre ha habido, sino quizá sólo en Europa desde el siglo XVI hasta el XIX —hoy ya en crisis—, y que es sumamente problemático que en América haya habido ni haya nunca naciones, si tomamos esta palabra en serio y le damos un significado histórico preciso. Tomar como unidades "homogéneas", que se pueden sumar y restar, a Francia y El Salvador, Alemania y Bra-

sil, España y Bolivia, Argentina y Holanda, me parece tan incoherente y peligroso como hacer otro tanto con Egipto durante el Imperio medio y la Atenas de Solón, el Califato de Omar y Borgoña, el Imperio de los Incas y el Condado de Castilla, Cartago y Bizancio.

En la situación de la vida pública actual ninguna institución puede funcionar de suyo y sin problemas: ni el Ejército ni la Justicia ni la Monarquía ni el Parlamento; ¿iba a ser una excepción la Universidad, más delicada que ninguna otra institución, porque tiene que fundir su vertiente social con las exigencias de la materia más vidriosa del mundo?

### FORMAS NUEVAS

No necesito decir, al llegar a este punto, que para mí la Universidad ha pasado su hora mejor, que tal vez nunca vuelva a recobrar su plena sazón; en suma, que la Universidad es hoy, en cierta medida, arcaica. Sólo penosamente puede ejercer las cuatro funciones en cuya interacción consiste; y es notorio que la primera y más íntima se realiza en su máxima parte al margen de la Universidad.

Todo ello aconseja imperiosamente la invención y el ensayo de formas nuevas de vida intelectual, de trabajo común, de docencia incluso. Formas más sueltas y libres, más pobres, con menos peso muerto, con menos obligaciones externas y, por consiguiente, con mayor capacidad de exigencias íntimas. Estas nuevas posibles instituciones habrán de ser, desde luego, pocas; en segundo lugar, inseguras; en tercer lugar, parciales y dedicadas a ciertos temas concretos; y si quieren ser, insobornables y, por tanto, nunca prósperas. Perpetuas aventuras, en lo intelectual y en su menguada figura social.

Sólo a ese precio podrán ser fecundas. Es posible que logren vivificar el mundo del pensamiento, que hagan a algunos grupos de hombres, aquí y allá, tropezar de nuevo con esa faena dramática y arriesgada que llamamos pensar. Su papel será el de fermentos —algunas veces con reminiscencia de catacumbas—.

Pero si se trata de afrontar el volumen de su eficacia surgen

graves dudas. No tanto por lo que pueda tener de reducida su esfera de acción, sino por otras razones más complejas. Ilustraré lo que quiero decir con un ejemplo. La experiencia de los últimos cinco o seis años en España aporta datos singularmente valiosos. En estricta forma privada, sin intervención estatal, sin apoyos de ningún orden, sin la menor base económica, se han iniciado actividades de orden intelectual de las que tal vez se hable largo en su día. Me refiero a los cursos privados que desde hace un quinquenio explica Zubiri, a los cursos, coloquios e investigaciones del Instituto de Humanidades, fundado por Ortega y por mí en 1948, a algunos quehaceres íntimamente ligados con éstos. La eficacia de estos intentos es difícil de exagerar. Su amplitud, también. A pesar de tratarse de cursos pagados, Zubiri ha reunido en torno suyo un auditorio fiel durante cinco años y siempre creciente, que ha llegado al centenar. Ortega empezó con 650 oyentes, que en el segundo curso fueron 1.300. En la primavera pasada más de doscientas personas han seguido un curso, bastante ceñido, de filosofía, profesado por mí. Es decir, estas formas privadas de docencia congregan auditorios mucho mayores que los universitarios. Parece, pues, que la fórmula está hallada, y que no es menester preocuparse por la crisis de la Universidad. La vida intelectual ha encontrado por sí misma, se dirá, los modos de reemplazarla.

Creo que pensar esto sería un grave error. La misión de esas formas nuevas no puede nunca sustituir a la Universidad. Y esto por las razones antes enumeradas, es decir, precisamente por su carencia de esa peligrosa pero inevitable "universalidad". Muchas disciplinas no encontrarán nunca representación en esas nuevas instituciones o quasi-instituciones; aun las que la tengan, nunca será en su integridad, sino en ciertos escorzos precisos, quizá los más fecundos e incitantes, pero parciales; sobre todo, esas instituciones que no pueden existir sino en contados puntos del planeta, donde una constelación de esfuerzos y azares las haga viables, no se dirigen sino a ciertos grupos muy precisos, que no coinciden con los muchos hombres y mujeres que tienen que pasar por la Universidad. Estas instituciones deberán hacer lo que la Universidad no hace; no podrán hacer bien, en cambio, lo que ésta hace mal. Es la Universidad misma la que deberá ponerse en forma. ¿Es esto posible?

## LAS POSIBILIDADES UNIVERSITARIAS

Al llegar a este punto siento que empieza a faltarme la autoridad a que aludí al comienzo de estas páginas. Creo que puedo contentarme con haber planteado lealmente el problema; a otros corresponde buscar la solución.

Quisiera, sin embargo, decir todavía una palabra. No conozco otro modo de resolver los problemas que partir de ellos; la única manera de superar las dificultades es apoyarse precisamente en ellas para brincar hacia lo alto. Por esto, lo que más urge a la Universidad es penetrarse de su condición problemática. Sólo es posible hoy ser universitario con cierta intranquilidad, yo diría hasta de conciencia. Esa inquietud puede ser salvadora; su primera consecuencia es evitar la inercia, el hacer lo de siempre, como si estuviese justificado y fuese obvio, la segunda, eliminar la petulancia y la fácil satisfacción, para sustituirlas por lo más fecundo de que dispone el hombre: el descontento. El universitario actual debe pensar que no es lo único ni lo más importante, que no sabe bien qué tiene que hacer, que su misión es más que dudosa; y realizarla con una orgullosa modestia.

Sólo es posible que la Universidad esté en forma mediante un complicado sistema de renunciaciones: a su existencia en muchos casos, a grandes trozos de sí misma en otros, a todas las funciones que en rigor no puede ejercitar, a todas las ventajas —por ejemplo, sociales, políticas y económicas— que le vienen de existir en hueco o de su conformismo: conformismo con el Estado o con la oposición —que también puede ser conformismo.

Pero, de un modo o de otro, la misión de la Universidad es indeclinable. Tal como está el mundo, tiene que haber Universidades; sólo en ellas puede enseñarse y aprenderse el sistema de ideas de la época, puede adquirirse la formación profesional, puede realizarse la educación de la "inmensa minoría". Frente a todas las dificultades, esta conciencia puede ser conformadora: por eso hablaba unas líneas más arriba de orgullosa modestia. ¿No es una empresa digna de la Universidad, de su gloriosa historia de siete siglos, recrearse de nuevo en estas estrechas circunstancias? La Universidad está entre la espada y la pared: la mejor situación para

luchar. Y entonces conviene reivindicar, en todas sus formas, la condición de universitarios. Lo somos todos los que hemos sido informados y conformados por la Universidad, los que pertenecemos para siempre a aquella universitas magistrorum et scholarium, sea cualquiera el lugar donde nos sitúe la forma auténtica de esa pertenencia.

Si; apartemos la vista del espectáculo tremendo, y llevémosle con la satisfacción a la cima excelsa donde irradia la gloria de los libertadores... ¡Pobres Libertadores! Si hoy entonamos himnos en su loor y les levantamos estatuas y monumentos, los tiempos les fueron bien aciagos y la crueldad de sus enemigos, la injusticia de los contemporáneos o la turbulencia de la época subsiguiente, les arrojó al cadalso, al destierro, a la asechancia inicua, a la playa solitaria donde la ingratitud corona de espinas al Beneficio... Felices los que murieron antes que el sol de su gloria se hundiese en las sombras de la discordia intestina y se manchasen sus laureles en los barrizales de la política plebeya donde ambiciones famélicas se disputan a dentelladas un girón de misero poder...]

Manuel J. Calle (Leyendas del Tiempo Heroico)

## FUNDAMENTOS DE PAIDEIA

Trabajo preparatorio de la cátedra de Pedagogía de la Universidad de Cuenca, en torno al tema de la cultura y los ideales educativos.

### I.—Paideia: existencia y naturaleza.—

#### 1

En otra parte hemos dicho que educación es esa tarea generadora o genial que consiste en suministrar la cultura para obtener el hombre. Si nos fijamos, se trata con estas palabras de caracterizar intuitivamente la educación, más bien que de definirla. Es el primer paso. Penetrando ahora en el espíritu de cada uno de los términos y en el valor del nexa que los une, llegaremos a todo lo demás.

En primer lugar decimos que se trata de una tarea, es decir, de algo activo y práctico. La educación es un hacer, o más bien, un **quehacer**. Y no de cualquier clase, sino generador y genial, destacando así el tipo y la importancia. Que consiste en **suministrar la cultura** —nótese la primordial faceta instructiva de ese quehacer. Para **obtener el hombre** —finalidad formativa. Queda claro que la educación es un proceso que se verifica de dentro afuera en el sujeto educando y que ello no es posible sin un estímulo de fuera adentro con una dación de contenidos. A esos contenidos los llamaremos de momento cultura.

Todavía no ha aparecido el vocablo ni el concepto de paideia. En el proceso especulativo de este trabajo comprobaremos que ellos están latentes en el nexa formado en nuestra proposición definitiva por los términos cultura y hombre. Entremos de lleno en la cuestión.

## 2

La educación es un proceso, espontáneo o intencional, que se desarrolla a través de toda la vida del hombre. Por lo cual, aunque entitativamente el hombre existe como tal a "radice", nunca se presenta sin cierta dosis de educación. Ahora bien, aquella perfectibilidad natural apunta a un ideal de logro, y es justamente a la altura de este ideal o en sus proximidades cuando nosotros decimos que el hombre está formado, es decir, que es tal hombre. Y lo mismo que en el orden de la vida sobrenatural un hombre llamado a ella no alcanza su condición sino cuando está investido de la gracia santificante, igualmente en el plano de la vida social natural un hombre no llega a madurez sino cuando ha adquirido determinados conocimientos y hábitos de cultura. El hombre es por naturaleza **social** y llamado a la vida de comunidad, así como por don especial de Dios está llamado a una elevación santificante de toda su vida, tanto individual como social.

Parece, pues, fuera de duda que sobre la naturaleza humana perfectible inciden dos tipos de organismos perfeccionantes claramente distintos: el organismo de la vida sobrenatural y el organismo de la vida que llamaremos cultura. Y esto es prueba porque hay hombres cultos sin la gracia santificante, y porque hay gentes ignorantes con un mayor o menor grado de perfeccionamiento infuso. Mas sabemos por Teología que la gracia, participación accidental de lo divino radicada en el alma, es a su vez esencia a cuyo servicio hay unas virtudes y unos dones, los cuales producen frutos y obras de valor eterno: todo ello constituye el mencionado organismo de la vida sobrenatural. Y cabe preguntarse: ¿existe con parecidos caracteres de consistencia ontológica un organismo de la vida cultural? ¿cuál es su esencia y cuáles son sus potencias? Para averiguarlo sentaremos la hipótesis de que esa esencia sea la cultura adquirida y particular de cada uno, participación a su vez de la cultura objetiva; de momento esto satisface, pues en efecto esa cultura particularizada dispone de virtudes intelectuales y morales, las cuales perfeccionan las potencias del hombre. Pero llegan las objeciones: ¿qué es eso de la cultura objetiva? ¿y qué vienen a ser las potencias, v.gr. sensibilidad, entendimiento y voluntad, sin sus actos y contenidos específicos y naturales?

Vayamos por partes, comenzando por esta segunda pregunta. Respuesta: nada; o mejor dicho, puras potencias del alma en potencia, si la respectiva actividad no las va llenando de algo. ¿De qué? De contenidos adecuados: imaginativos, mnemónicos, intelectuales, volitivos. Y decimos: ¿qué es el haber cultural particular de cada hombre sino el repertorio mejor o peor estructurado de estos contenidos? Luego no hay tal organismo de la vida cultural, separado del natural constituido por el alma y sus potencias informando el cuerpo.

La primera pregunta planteada sobre qué sea la cultura objetiva es más difícil de responder. Desde luego es descartable la hipótesis idealista exacerbada de que tal cultura objetiva fuera manifestación concreta y viva de un espíritu absoluto desarrollado en la historia. Es lo que daría pie para resolver afirmativamente la otra cuestión ya resuelta en contra un poco más arriba: cada hombre participaría a su medida de esta cultura objetiva. Pero esto acaecería por un cierto modo infuso, lo que va contra toda evidencia de realidad. Pues es evidente que el bien lo es por relación al apetito que así lo determina, las ideas son producto de actos mentales abstractivos, y los hábitos se adquieren por la repetición de actos de las potencias correspondientes.

En todo caso es obvio concluir que existe esa cultura objetiva como repertorio de hallazgos intelectuales y morales. Que existe sobre todo como sistema más o menos rígido y cambiante, vivo, con nacimiento progresivo, fecundidad extensiva e intensiva, y con paulatina muerte y renovación. Nos basta el constatarlo. Profundizar este punto en el sentido de una ontología de la existencia histórica o de una morfología de la cultura es cosa que rebasa nuestro propósito.

## 3

Así pues, podemos recapitular a este respecto que la única sustancia, sujeto ontológico natural, es el hombre, sobre la cual incide accidentalmente el sistema de ideas y de hábitos operativos que forman la cultura. Esta cultura la va constituyendo el hombre con sus potencias naturales durante su vida, pero a su vez esa cultura ya formada y en formación estimula selectivamente el ejercicio de las potencias perpetuándola y propagándola entre los indi-

viduos. Concertando con lo que dijimos al principio, vemos que ese estímulo externo es la instrucción, y que la capacitación interna, reproductora y productora de cultura, es la formación. Sin instrucción no hay formación. E igualmente es claro que en la formación reside la capacidad investigadora de nuevas fuentes de cultura, así como los criterios para la selección del material instructivo. ¿Y ello por qué? Pues porque la exigencia formativa condiciona el área de la cultura con ideales dominantes. Estamos abocando ya a la naturaleza de la paideia. Antes diremos que dentro del campo pedagógico los procesos instructivo y formativo coexisten, se confunden y vivifican mutuamente, pero que la instrucción corresponde al discípulo sobre todo y la formación al docente. Ambos, situados en instituciones "ad hoc o en el abierto mundo social, están inmersos en la paideia. ¿Qué es paideia?

Diremos que **paideia es el sistema de cultura determinado por un ideal formativo humano**. Sólo existe en ámbitos resueltamente formativos. En ámbitos con un ideal de hombre. El ideal requiere tensión del espíritu y forma. Según las variantes de ideal, así los tipos de paideia y los tipos de hombre. El modelo fundamental es el hombre creado por la cultura griega. La cultura cristiana ha creado otro modelo, el tipo se ha sobrenaturalizado. La divinización por la gracia, operada en el creyente, instala a éste en una esfera superior que es ya el cuerpo místico. Si en la paideia griega el ideal es un hombre feliz, justo, que en todos sus actos tiende al bien común y goza de los productos de la cultura; en el cristiano se trata más bien de una vida ejemplar que glorifica a Dios y se santifica con el ejercicio de virtudes y dones sobrenaturales. La patria no es ésta de este mundo, sino la del Padre, la gloria eterna.

Mas es preciso ver con claridad en este punto. Porque no ha habido dislocación en lo que pudiéramos llamar unidad orgánica de la paideia al advenimiento del ideal cristiano. La gracia, merecida por el Salvador para todo hombre, se incardina en cada hombre según sus disposiciones o se pierde por el pecado: se refiere, pues, al individuo con sus actos; de suerte que la común paideia ha crecido de la misma manera que hasta antes de la Revelación, es decir, a través del hombre como sujeto ontológico. De éste pasa a sus obras y la cultura se matiza de un especial modo. Ahora bien, la fe no es forma nueva que quite, o sustituya, a la anterior,

sino nuevo elemento, elevante. Elemento que asimila el creyente y va realizando en obras que maneja o no, el no creyente; porque, gravitando sobre hombres en este mundo, la paideia existe de modo soberano e independiente, como cultura informada por ideales. De tal manera que un hombre no creyente dentro de la civilización cristiana, participa de los valores creados por el cristianismo igual o de mejor modo que un creyente. Se inviste de ellos, los vive y los propaga. Lo mismo acontece con el creyente respecto del resto de los bienes culturales. Es decir, **que siempre la paideia se nutre de productos de cultura, y en tanto que tales los informa**.

Por eso, siendo la paideia el vínculo formativo que une a los hombres en una determinada cultura, vínculo comunitario y eficaz de convivencia —con todos los elementos reductivos que se quieran, de nación, creencia, época, etc., pero siempre vínculo público y superior—; ningún hombre dentro de ella puede dejar de asimilar los contenidos generales, y los específicos que le correspondan, para desempeñar su misión cooperante. Es la tarea de la educación según la doctrina expuesta.

Nos toca ahora entrar más de lleno en la esencia de la paideia hasta tocar en sus fundamentos y exigencias más profundos. Ente espiritual de una determinada consistencia objetiva, radica en un sujeto que es el hombre, y tiene validez general como sistema de hábitos y de saberes que dan unidad, sentido y fruición a la relación humana. El hombre es animal inteligente y de relación social, y parece asunto principal y básico para la convivencia pública y para el gobierno de las naciones, el conocimiento exacto de esa entidad, alada e incisiva, que hemos dado en llamar paideia, o cultura sustancializada por ideales formativos de hombre.

Será el objeto de la segunda parte de este estudio.

## II.—Fundamentos de Paideia.—

### 1

Los fundamentos de una cosa están implicados, intrínseca y extrínsecamente, en la naturaleza de esa cosa. Son el sistema de sus "explicaciones" suficientes; en términos clásicos diríamos que son las "causas" determinativas de la cosa en cuestión. Quitada al-

guna o algunas de esas causas se desvirtúa la cosa, desaparece como tal; y ya no podrá hablarse, en rigor, de ella. Pues bien, vamos a tomar la paideia y a analizarla en sus fundamentos.

Tenemos: 1º, causa material que es la cultura; 2º, causa formal que es la formación del hombre; 3º, causa final íntimamente unida a la formal que es el bien comunitario; 4º, causa agente que es la comunidad poseedora de cultura. Dentro de la formal cabe inscribir la ejemplar de los ideales educativos concretos, y dentro de la causa agente podemos distinguir la inmediata o instrumental que es, en su caso, el maestro y las instituciones educativas. Esto por lo que respecta a la paideia como **esencia** en cuanto positiva esencia, porque en cuanto que esa esencia es **accidental** es claro que precisa de un sujeto de incardinación, el cual ya hemos dicho que es el hombre. De la misma manera, retrotrayéndonos al **quehacer** educativo diremos que el fin perfecto es el logro del hombre investido de paideia, el hombre formado.

La paideia no existirá o será muy imperfecta: 1º, si no hay cultura disponible o está deficientemente elaborada; 2º, si esa cultura se da en bruto, sin discriminación valorativa y sin ideal preciso y claro; 3º, si no pretende el mejoramiento social; 4º, si no hay sociedad poseedora de cultura con fines de perfección, lo cual puede ser debido a decadente indiferencia, a perturbaciones egoistas de todo tipo en el cuerpo social, o bien a carencia pública de toda educación. Igualmente si se carece de personal idóneo y de instituciones. Es necesario también que exista el sujeto con voluntad inicial expresa o tácita de formación; si habiéndola sigue cauces torcidos, se malogra o retrasa el estado final o de perfección a que se tiende. Pero las consideraciones de este orden sobre aspectos deficitarios en el campo de la paideia cuadran mejor en la tercera parte de este trabajo concerniente a corolarios.

## 2

Antes hemos de recorrer una nueva etapa. Porque si nosotros nos detuviéramos en el análisis realizado en el número segundo del párrafo anterior no habríamos salido del estudio abstracto de una ontología aplicada. Ese análisis es simplemente una guía categorial para descubrir las fuentes mismas de la paideia. Pues si se habla

de paideia es para ir del formalismo —imprescindible por otra parte— de la Pedagogía, a las aguas vivas que son su profundo justificante junto con el sujeto hombre. Hombre y cultura en la síntesis de la paideia, he aquí el objeto propio de una ciencia pedagógica eficaz. Es esta la razón poderosa de que no cualquier individuo —incluso profesional— sea educador, sino sólo aquél que viene de vuelta de la cultura, es decir que la posee, y cuenta con el hombre, es decir, que le quiere. El amor es, claro, el espiritual aglutinante de la obra educativa. Pero volvamos al hilo de nuestro razonamiento.

Nosotros buscamos fundamentos de agua viva, fuentes de contenido de las que fluye, a no dudarlo, el cuerpo y el alma mismos de la paideia. Y nuestro análisis ontológico nos dice que no hay otros que los que suministra la cultura. Se trata de ver ahora qué es la cultura.

Intuitivamente: cultura es la versión humana del universo. Es una elaboración representativa que las potencias operativas del hombre obtienen de una realidad trascendente a ellas y presente de algún modo. Bien entendido que al decir elaboración indicamos, pura y simplemente, captación laboriosa y perfectible de unos objetos intencionales que manan de la misma e inagotable realidad. ¿Y de qué manera se logra esto? Muy sencillo. Primero, tomando la realidad; segundo, considerándola según sus aspectos y con las facultades adecuadas. Surgen así las ciencias. Desde la que estudia el ente en cuanto tal hasta las que enumeran las más imperceptibles cualidades concretas de las cosas. Nos basta con este resultado. Las causas que constituyen la paideia son a su vez realidades, entes de uno u otro tipo, y también tendrán sus ciencias respectivas. En ellas estarán los **fundamentos científicos que buscamos: el estudio definitivo de aquellas realidades que son, o de que fluyen como de propia naturaleza, las causas de la paideia**. Por supuesto, y esto es de la máxima importancia demostrativa, el nexo objetual que formen esas realidades al estructurarse será al objeto propio de la ciencia de la paideia o **Paideiología**. Si nuestro estudio es correcto, ese objeto así deducido tiene que coincidir con la esencia de paideia obtenida a base de nuestra idea intuitiva de educación, hipótesis germinal del presente trabajo.

Por lo pronto, estas ciencias fundamentales de la Paideiología

más que auxiliares o instrumentales son materialmente integrantes o constituyentes. El paideiólogo —carácter que debería asumir todo pedagogo o didacta— debe conocer los contenidos científicos de la cultura, pues si no los conoce mal puede imprimirles sentido formativo, máxime cuando también este sentido formativo o ideal es objeto de ciencia v.gr.: la Ética o la Teología moral. Claro que no se trata de un conocimiento detallado como el que posee el especialista de cada ciencia, pero sí debe ser un conocimiento suficiente y orientador. En esta tarea corresponde un alto cometido al especialista previamente instruido en pedagogía: en general, a todo el profesorado secundario y de Universidad y Escuelas Técnicas.

Mas siempre resulta que al principio y al final, coordinándolo todo en la empresa integral educativa, se halla el paideiólogo. Pedagogo o didacta que no llega a esto, no pasa de ser mero especialista sobre leyes generales de la educación y del aprendizaje, ni más ni menos limitado que los demás especialistas, añadiendo como agravante el peligro de estéril formalismo.

Enumeremos sucintamente los fundamentos de la paideia:

**De la causa material**, ciencias naturales y sus técnicas derivadas con la Lógica como base normativa general, y Bellas Artes en lo artístico creador de belleza: todo ello frente a las cosas. Ciencias sociales incluyendo la Historia, en lo teórico, al lado del aspecto del don de gentes o trato social, por lo que se refiere, no a cosas como tales sino a hombres y a la relación humana. **De la causa formal**, Ciencias teológicas, éticas y pedagógicas concernientes al fin educativo con su aspecto práctico metodológico (Didáctica metodológica). Fundamento en cuanto a la **causa final** es la Ciencia política, incluido el Derecho, con una base científica de trascendental importancia que es la Economía. En cuanto a la **causa eficiente** tenemos la misma Sociología ya aludida, cuyo objeto es el hombre en comunidad. De hecho no sólo la Sociología sino también el resto de las ciencias se inscriben en el fundamento material, puesto que hemos dicho que la causa material es todo el campo de la cultura, y justamente es en el seno de la cultura donde se produce la determinación ideal formativa verificada por las demás causas.

Lo mismo cabe decir del fundamento ontológico o de incardinación de la paideia, que corresponde a la Metafísica sobre todo a

la Ontología y Gnoseología. Gracias a él sabemos que la educación es una modificación accidental cualitativa que perfecciona al hombre. Al preguntarnos ahora qué es lo que **concretamente** da esa cualidad inmaterial que es la educación, obtenemos la razón más profunda de nuestro estudio apelando a la cultura y convirtiendo a ésta, por obra y gracia de la educación, en paideia. Se destacan con ello dos cosas que no pueden olvidarse: a) la materia cultural de que es forma la educación; sin la cultura ¿qué es la educación? Y b) la verdadera importancia de la formación no sólo para el hombre sino para la cultura; sin el ideal formativo de hombres en respectividad vital ¿qué valor tiene la cultura? Con lo primero se combate el formalismo a ultranza; con lo segundo, la deshumanización de los saberes, técnicas y comportamientos sociales, con su corolario pavoroso de la mecanización caricatural, deletérea, del hombre.

La gnoseología nos explica el modo inmaterial de captación por el hombre de las esencias del universo, cuyo entramado forma la cultura. La apelación posterior a la primera causa del ser (Teología natural) nos descubre por ambas vías, ontológica y gnoseológica, el fundamento creador de las esencias del mundo, dando así objetividad trascendente y divina a los contenidos intencionales de la Cultura. Queda preparado el terreno para la Teología de fe, basada en la Revelación (fundamento teológico).

No es poco lo ganado, como puede apreciarse. Y aun habríamos de mencionar la Psicología. En efecto, cuando se dice que educación es el desenvolvimiento armónico de las facultades del hombre, es claro que el fundamento es más inmediato, no metafísico, sino de la ciencia natural llamada Psicología. También de esta definición, tan puramente formal, sacaríamos motivos para justificar nuestro presente trabajo. ¿Por medio de qué estímulos se desenvuelven las facultades hasta alcanzar la perfección de que son capaces? Por eso hay otras definiciones en que se mentan los saberes y los hábitos.

Con todo esto ya estamos en condiciones de ponderar el justo valor de la ciencia de la paideia o Paideiología. Ahora nos queda decir algo sobre el nexos objetual que es la paideia como esencia, en relación con lo ganado hasta aquí, que probablemente habrá contribuido a esclarecerla y profundizarla.

## 3

Nos acercamos a lo más íntimo del ser humano. Porque hemos visto que la paideia es algo que crea el hombre, con el hombre y para el hombre, en comunidad. Algo que une a todos y se inserta en cada uno con diferente grado y matización, pero siempre en alguna medida; una sutil cualidad laboriosamente participada de las fuentes del universo, nacidas a su vez de la mente divina ¡ahí es nada! ¿Vacilaremos en decir que **paideia es la perfección del hombre, la cúspide de su naturaleza?**

El testimonio del caminar del hombre hacia esa perfección es la historia. Así mirado el hombre es historia, es este afanoso dinamismo. Mirado desde la ontológica capacidad de perfeccionamiento, claro, el hombre es sustancia natural. Una y otra cosa son ciertas: el hombre es naturaleza perfectible y el grado de su perfeccionamiento; evidente. Pero aun no hemos terminado. Pues se pregunta ¿gracias a qué es el hombre naturaleza perfectible? ¿Lo es el animal? ¿No está el animal situado en el universo de la misma manera que el hombre? Distinguimos: especialmente sí, pero no de la misma manera. Sobre la sensibilidad animal, el hombre es inteligencia; el principio de animación en el hombre es racional; y a esto justamente llamamos espíritu. El espíritu se caracteriza por su poder de abstracción, de concepción del universal. Así se eleva de lo sensible y descubre la realidad como realidad: esta es la materia que investiga y estructura. Quema el hombre su vida en un afán creador o bien vive plácidamente de los productos de esa creación: en ambos casos su mundo no es un mundo de estímulos mecánicos como en el animal, sino de esencias. Y este mundo ¿es otro que la cultura? Y siendo descubierto para bien propio y común ¿no lo hemos llamado paideia? Luego espíritu y paideia son una misma cosa: aquél como continente y ésta como contenido. Coincidiendo tal parecer con el del primero de los filósofos clásicos cuando afirma en su tratado sobre el alma, que el alma (espiritual) **es todo en potencia**. Poderosa intuición confirmada ahora desde el ángulo de la metafísica educativa. Naturalmente: el desenvolvimiento de esa potencia (anímica) a base de ese todo (de las cosas del universo) es la educación como quehacer, la paideia como resultado, el espíritu como acto logrado y efectivo. Todo uno y lo mismo: hombre formado. —Nota importante: El magno problema gorgiano de la co-

municación tiene aquí su fundamento resolutorio, pero en ello no entramos.—

No era, pues, la vida cultural en el individuo humano un nuevo organismo superpuesto al natural, a imagen de lo que acontece con el organismo de la vida sobrenatural, sino el acto perfectivo de la naturaleza del hombre. Sin esa vida cultural el hombre deja sin nutrir su más excelsa posibilidad de perfeccionamiento. Y esto es cierto aun en el caso de argüir que por la elevación a vida sobrenatural el hombre sencillo e ignorante puede santificarse y alcanzar la vida eterna mejor acaso que el culto, ya que el valor de las gracias infusas se condiciona con el haber adquirido, y la gloria externa que las criaturas reportan al Creador se incrementa con la perfección de las criaturas. (Si algo desvía es el saber a medias, que puede engreír y apartar de Dios, pero no el saber verdadero).

El ideal sería lograr una paideia iluminada de sobrenaturalidad; ello puede realizarse en pequeñas comunidades por ahora: de ahí el retiro religioso. Pero no olvidemos que el carácter dominante, en el orden formal y final —por tanto decisivo— de la paideia es lo político, la vida de relación, tendente al bien común natural de hombres en este mundo. Tanto mejor si la religiosidad se beneficia de esta perfección natural hasta poder bañar, transfigurándolo, el campo absoluto de la paideia. Ciertamente el hombre es animal racional, político y religioso. Pero siendo las gracias sobrenaturales don gratuito de Dios, de cuya posesión jamás hay certeza de fe, es claro que a la paideia corresponde en primer lugar trabajar a base de una vida natural, que es, no menos, creación divina, formando íntegramente a la persona en la virtud efectiva, no sólo afectiva y formal, de esta vida, infalible preparación para la recepción de la otra, gloriosa, cuya iniciación es, en el mundo, la vida de la gracia.

La paideia, que puede y debe **resultar** cristiana por los elementos fecundantes de la gracia actual dispensada por Dios a todo el mundo, no puede ser cristiana **impositivamente**. Y ello porque la paideia surge de dentro de ese centro autónomo y supervisor de toda la vida del hombre que es la conciencia, la autoposición consciente, núcleo y fundamento de la personalidad humana. Si habida cuenta de las disposiciones del sujeto y del impulso divino de las gracias, esa paideia **surge** cristiana invistiendo la personalidad, tanto mejor; por pro-



pio paso el sujeto se integrará en la comunión de los fieles: la institución de los fieles o Iglesia es libre, puesto que el hombre es libre de salvarse o condenarse. El agrupamiento externo, oficial, nada logra en orden a la salvación y perjudica la comunión de los verdaderos fieles. Es un acto híbrido, ni religioso ni político. No es religioso porque carece de amor de caridad; empieza por no ser respetuoso con Dios ni con el prójimo; no es político porque en vez de buscar el bien común lo determina "a priori" con criterios que, debiendo ser internos y aflorar libremente al bien común, se manejan externa e inmeritoriamente: doble transgresión que generalmente procede no de la iglesia de los fieles sino de los políticos maquiavelistas y paganizantes.

Lo mismo cabría decir de otros hibridismos patógenos inoculados en el cuerpo de la paideia que la desnaturalizan y destruyen: científicismos naturalistas, obrerismos, burguesismos, militarismos, infantilismos que también los hay. Todos ellos, manejados por grupos "ad hoc", conspiran contra el bien común en bien propio y exclusivo. ¿Por qué? Sin detenernos en otras causas v.gr.: la del pecado original, digamos que esos hibridismos, a veces de buena fe, creen interpretar el bien común con sus actos, doctrinas y aspiraciones, los cuales intentan imponer. Y si ello es así, cabe atribuirlo al estado imperfecto en que todavía se halla el hombre, aun dentro de sus posibilidades. La mente humana es parcial, obtusa, razón de más para que la educación no se descuide e intensifique, hasta ensanchar la mente con la paideia, haciéndose una y otra —espíritu y paideia— universales. El hombre, entonces, se habrá acercado decisivamente a su perfección natural y sobrenatural, en suma a su salvación. ¿Qué propiedades deberá reunir la paideia en su estadio ideal —modélico— de perfección?

Estas propiedades deberá poseerlas la paideia tanto considerada en sí —aspecto objetivo—, como en el sujeto —aspecto subjetivo; es decir, tanto en sí como participada. Son la unidad, verdad y bondad trascendentales de todo ente y convertibles con él. Análogamente en el sujeto tendríamos la autenticidad, lealtad y justicia.

La paideia es una, plenitud coherente de todos sus elementos. El hombre investido de ella es auténtico, es decir, él mismo, diríamos que consciente y militante. Se opone a todo esto la memo-

rización indiscriminada de los contenidos de la cultura en el hombre amorfo, sin arquitectura espiritual, materialista o del puro provecho práctico. La paideia es, también, verdadera en sus elementos científicos y en su síntesis entitativa. Los "descubrimientos" nuevos la invitan constantemente al reajuste y a la superación (lealtad). Tanto verdad como lealtad miran a la inteligencia. Pero es que además la paideia es buena en sí misma y justa en su operación: ambas cosas satisfacen a la voluntad. Y esto es claro: el mal resta perfección y ser, deforma, y la injusticia arguye en el agente responsable carencia de toda formación ¿cómo en estas condiciones algo puede ser apetecido? La corrupción es lo opuesto a la razón de entidad.

He aquí, esbozada, una dialéctica de la paideia. El estudio de sus visitudes constituyentes nos llevaría al hallazgo del ente histórico pedagógico en cuanto tal. Lo dejamos aquí.

### III.—Corolarios paideiológicos.—

Deducidos de la esencia misma de la paideia y especificados de acuerdo con las propiedades trascendentales y las causas, ya estudiadas, de esta paideia. Resultan tres corolarios principales:

- 1º, el de la soberanía de la paideia y la condición foral de sus instituciones.
- 2º, el relativo a la vida política y al gobierno de las naciones.
- 3º, el del contenido paideiológico del Evangelio.

#### 1

La unidad esencial y la autenticidad operativa de la paideia requieren irrevocable soberanía. Esta soberanía se hace tangible y práctica en los fueros propios de las instituciones a ella dedicadas, y en su puntual cumplimiento. Sean estas instituciones en primer lugar las Facultades, Escuelas Especiales y Colegios Mayores Universitarios; los Institutos, Colegios y Escuelas de todo tipo; las Casas Comunales de la Cultura; los Consejos de Investigación. La Iglesia, el Ejército y los Sindicatos dentro de sus campos respec-

tivos; los mismos lugares de trabajo y Centros respectivos, el Municipio y las familias. De manera especial, el periodismo.

En todos los sectores de la vida pública precisa que haya personas que encarnen el espíritu de una auténtica paideia, pero sobre todo en las instituciones educativas: son los maestros. No sería tal un docente que dudara de su misión formativa o desalentara a los educandos; él debe distinguir bien entre el ideal y la experiencia del propio destino personal, favorable o no. Esto es el principio del espíritu público. Mucho menos puede ser verdadero maestro un optimista sectario que profese lo que se ha dado en llamar excluyente "nosotrosismo". La mediatización partidista destruye la motivación universal del saber: este no debe tener más criterio que la verdad. De modo muy particular merecen esta soberanía las Facultades de Ciencias políticas, económicas y pedagógicas —relativas a la causa formal y final. Un pueblo llamado por generoso instinto a la cultura necesita expertos en estas disciplinas. La preparación integral de los dirigentes requiere el conocimiento del mundo del trabajo manual: su vivencia activa es un elemento más de la formación del universitario (Campos de Trabajo). Tendente todo a la justicia y al bien común.

(El problema de la influencia de los partidos políticos y grupos de presión dentro de los Estados, es cuestión que dejamos al margen. En todo caso, deben ser respetados los criterios ponderativos de la Ciencia pedagógica, los cuales distinguen entre bien y mal, verdad y opinión, egoísmo y servicio.)

## 2

La ciencia sociológica nos instala en la causa material de la paideia donde se realizan bienes (lo material), valores (lo espiritual objetivo: insertos en los bienes; participados por el hombre), y hábitos formativos (lo espiritual subjetivo); logrando dos cosas: hombre político —"naturaliter"—, y hombre santificado y la gloria de Dios —"supranaturaliter"— Vamos en primer lugar a hablar del hombre político y luego del hombre religioso.

Realiza el **hombre político** —en general es todo ciudadano— el bien común. Su actuación es omnipresente en el campo de la pai-

deia, puesto que hemos dicho ser sujeto que encauza la causa formal y final próxima de ella. El ciudadano perfecto, el caballero, es el hombre social y políticamente formado, lo mismo cuando atiende a unas damas en la fiesta de sociedad que si ocupa un alto cargo en el Gobierno de la Nación. Con lo que se ve claro lo erróneo que es hacer estribar en la retórica de masas la característica de un hombre público. El hombre público debe estar transido de los hábitos y de las necesidades que bullen en el pueblo gobernado. Esto sólo se logra con una paideia sana y profunda, la cual es custodiada por teóricos ilustrados en la verdad, la justicia y el bien.

Pero pongamos el caso práctico de que no aconteciera así: entonces la unidad política sería ficticia. Porque el Estado para ser tal precisa informar de modo eficaz la multiforme estructura del cuerpo social. Razón de más para que los hombres públicos sean: 1º, competentes y caracterizados en sí mismos; 2º, representativos, por relación al conjunto de los ciudadanos. Es decir, que el mando se basa en la autoridad, y la autoridad no puede proceder de arbitraria designación, sino que procede del cúmulo de servicios prestados a la comunidad desde el respectivo puesto de trabajo. No juzgamos aquí formas ni sistemas políticos. Decimos simplemente que sólo hombres de autoridad probada es lícito que sean elevados a los puestos de mando: así son representativos, no tanto por haber sido elegidos dentro del pueblo o corporación, sino porque encarnan de modo meritorio los problemas y las necesidades de la comunidad. Si esto se cumple, el Estado es forma unificadora y legítima de la sociedad; si no, es ilegítimo. Con la consiguiente insalubridad acarreada a la comunidad, presta a desembocar en conflicto. Viene esto a hacernos concluir lo siguiente: **una paideia que ponga en antecedentes claros sobre la esencia del hecho político es buena**; si no, es nociva; mejor, no existe como tal. En ocasión oportuna, revolucionaria o restaurativamente, surgirá.

Por el otro extremo, el de los usos y costumbres sociales, también aparece como evidente que el formalismo es inoperante por sí sólo. ¿Qué se logra con predicar a los jóvenes mesura y corrección en el porte y maneras, si llegado el caso concreto lo desconocen? Sobreviene la turbación inhibitoria para lo sucesivo, o bien la irrupción de la vitalidad no dirigida: es lo que se ha dado en llamar con una palabra muy fea **gamberrismo**. El gamberrismo no es más que

la vitalidad sin norma concreta, es decir, sin hábitos rectores. Cuando intereses de grupo, con vistas al usufructo del poder político o —lo que es peor— del monopolio económico, fomentan la ignorancia y las bajas inversiones de la energía entre el pueblo, es claro que se perpetra un crimen colectivo además de individual; bien podemos llamar a esta inconcebible situación pecado o fraude de lesa comunidad, de lesa Patria. Obsérvanse entonces la convicción angustiada en el individuo de su escasa importancia social; la poca atención con que los jóvenes son recibidos en el ámbito colectivo; las malas artes para alcanzar los cargos —concebidos como prebendas—; la destrucción del espíritu público y la degeneración, justificantes universales de todo coloniaje.

## 3

¿Dónde está pues el venero de un renacimiento purificador? En la religación del hombre con Dios. Transcendiéndose el hombre se salva. En Dios encuentra la fuente de todo bien, de toda verdad y de toda justicia. Por eso la mayor tragedia humana no está en el mal en sí, con ser esto muy grave, sino en confundir el mal con el bien por ceguera espiritual, y propagar en nombre de Dios la maldad, el error y la injusticia. Es lo que vino Cristo a desentrañar definitivamente en el seno del fariseísmo de todos los tiempos.—Día llegará —profetizaba— en que quienes os persigan creerán servir a Dios. O lo que es lo mismo ¿cómo el mundo se llenará fácilmente de mi doctrina de amor, tan distintos sus fundamentos de los fundamentos del mundo o poder de las tinieblas? Es el difícil nacimiento del **hombre religioso**.

Y sin embargo, una auténtica paideia debe tender a este ideal de la transfiguración en Cristo, si bien como hemos dicho no coactivamente, porque eso favorecería la superficialidad farisaica. Sino por medio del ejemplo religioso y apostólico que ni un ápice se salga de normas estrictas de caridad y buenas obras; de suerte que verdaderamente pueda decirse que los cristianos hacen cosas humanas pero de manera divina. Esto les acreditará como hijos de la luz y de la verdad que hace libres, y, en nombre de Cristo, serán levadura. Por supuesto esta actuación se basa en el conocimiento competente de los respectivos oficios dentro de la comunidad..

Por lo que se refiere a los encargados de la doctrina, éstos han de comportarse tan generosa y lealmente que no pueda decirse de ellos lo que del espíritu de secta y privilegio de los escribas censuraba Jesús: que tenían las llaves de la ciencia y ni entraban ni dejaban entrar. Así, pues, el mandamiento supremo reza: —Buscad el Reino de Dios y su justicia (es decir, y su **santidad**), que todo lo demás vendrá por añadidura.

En este Reino, que en la oración pedimos que venga a nosotros, impera el espíritu de verdad. De tal manera que en orden a la salvación del hombre, el único pecado que no será perdonado es el pecado contra el espíritu, el que confunde maliciosamente lo blanco y lo negro, sin discriminación de la verdad. Porque si la buena doctrina y las buenas obras testifican de Dios ¿por qué empeñarnos en atribuirselas a Belzebú? Y viceversa. El mensaje paideiológico del Evangelio tiene este matiz polémico, de incendio purificador del alma.

La paideia vivirá mientras aliente el espíritu de verdad, y mientras Dios disponga hombres y pueblos que la sirvan y vivifiquen. Muchos paganismos políticos y religiosos han intentado rebelarse, y definir e imponer la propia e interesada verdad. Pero lo blanco es blanco y lo negro es negro, y la paideia a eso ha de atenerse. Que todo cristiano dentro de ella no solo logrará vivir como hombre sino que además ganará la vida eterna. De lo uno responde la Sabiduría natural, que procede de Dios, y de lo otro la Fe, la cual no menos viene de Dios por gracia sobreabundante de la Redención operada por su Hijo.

Mas, como en todo lo humano, la realidad quedará muy lejos del ideal.

Personalidad excepcional, tuvo el heroísmo de la sinceridad, la sinceridad armada, olímpica, terrible, sin excusa ni atenuaciones como la del juez, como la del cirujano amante de su cruel ministerio.

Remigio Crespo Toral (Semblanzas de Azuayos Ilustres; Manuel J. Calle)

Polemista terrible, incansable en el bregar, cuando no encuentra contrincantes arremete contra los molinos de viento, en fuerza de no querer abandonar un solo instante su pesado ejercicio de armas. Con predisposición innata a la lucha, ejerce admirablemente en el campo periodístico la misión que se impone al darse cuenta que allí puede desplegar con mayor refulgencia y más íntima satisfacción el dinamismo espiritual que lo consume.

Víctor Manuel Albormoz (Manuel J. Calle)

Dignas de loa como sus Leyendas, son sus necrologías. Combatió a los vivos; pero defendió a los muertos; aún a sus más implacables enemigos. Sostuvo rudas polémicas con el doctor Alejandro López Redactor de "La Libertad Cristiana". Sin embargo, muerto éste, cuán sentidas, cuán cálidas cláusulas le dedicó. Nadie, ni sus correligionarios, dijeron lo que Calle en la admirable elegía sobre la tumba del doctor López. . . así, con unción y elocuencia, rezó debotas oraciones funerarias en memoria de Luis Cordero, Antonio Flores, César Borja, González Suárez, Manuel de J. Proaño y tantos y tantos del propio y del opuesto bando.

Alejandro Andrade Coello (Don Manuel J. Calle: Orientaciones Periodísticas).

JUAN SANMARTIN GRAU

## BERGSON: La Liberación del espíritu

Mecanicismo es circuito necesario. Libertad, moralidad, espíritu, idea, vida consciente como producto de lo mecánico es materialismo mecanicista. Malo para todo, demoledor para el hombre. Su máximo valor encerrado en un automatismo que para dignificarlo se dirá ser en progreso.

Bergson ha comenzado sus reflexiones "dans les marges de Spencer" Devoto incondicional. Pero la falibilidad del hombre lleva generalmente a una resquebradura (a veces a una quiebra) de aquello que se aceptó fervorosamente. Spencer no podía alimentar un eterno discipulado. Su evolucionismo materialista previsible y necesario no podría cumplir una constante en aquél que luchó por el salto y la libertad.

La filosofía se ha hecho mecanicista. La industria, las necesidades, la física han configurado un materialismo. Desde lejos viene. Se ha gestado principalmente en el XIX. El mismo Kant con su absolutización de Euclides y Newton no tiene las manos limpias en este proceso. Los éxitos de las ciencias matemáticas y físicas tientan la investigación filosófica. Weber y Fechner miden la reacción psíquica en relación con los estímulos.

El rico y gratuito mundo del espíritu se ha nivelado con la materia muerta.

Pero no puede ser igual lo externo que lo interno, lo de fuera y lo de dentro. Estamos ante una visión unilateral. Lo interior se ha sacado afuera, se ha puesto ahí, de un solo golpe y se ha falseado. Hemos sacado a la superficie estática lo que es interioridad dinámica. Se está confundiendo de modo deplorable la distinción pascaliana, l'ésprit de géometrie y l'ésprit de finesse. De los dos flancos del hombre uno ha terminado por absorber abusivamente al otro. Lo de fuera es superficie, homogeneidad, reversión, exten-

sión, racional y esquemático. Lo de dentro presenta caracteres contrarios. Es singular, anímico, vivencial, dinámico.

El análisis y la síntesis, la inducción y la deducción (conocimiento por conceptos) se puede aplicar a lo exterior. Sospechamos empero que solo la frustración puede medir el resultado cuando intentamos aplicarlo a lo interior.

Hay que establecer desde el principio la irreductibilidad de lo interior y lo exterior.

Se nos presentan con caracteres distintos, irreconciliables porque lo exterior es espacio y lo interior tiempo.

Cuando me vuelco a mi conciencia para formular su ser tengo que confesarme que es tiempo, duración.

Pero volvería a perderse en su caudal el mundo de lo interior y entraríamos por otra puerta en los mismos railes si confundimos este tiempo real, esta durée réelle con el tiempo de los físicos, de Newton (quod aequaliter fluit). Esto no es más que una construcción artificial fisico-astronómica. En modo alguno es el tiempo real.

Nos vuelve a acechar lo homogéneo, lo reversible. Pero ya es hora de romper este peligro. La duración es cambio. "Cada momento es algo nuevo". "Mon état d'ame, en avançant sur la route du temps, s'enfle continuellement de la durée qu'il ramasse, il fait, pour ainsi dire, boule de neige avec lui meme. La vérité est qu'on change sans cesse et que l'état lui meme est déjà du changement".

Si la durée es acumulación, si es "el pasado que roe al futuro y que se hincha a medida que avanza" tengo que desterrar la reversión y lo geométrico. El presente es distinto del pasado y del futuro. Mi duración no puede enclaustrarse en una ley mecánicamente determinable. Si tiempo es acumulación, futuro no puede ser igual a pasado.

"Al decir que la vida "dura" queremos expresar que nuestra vida consiste en un continuado fluir, que nada se pierde sino que todo se acrece con nuevas adquisiciones, como la bola de nieve

que rueda por una ladera, de forma que todo lo porvenir está con determinado y penetrado de lo ya sido y consiguientemente dado que el tiempo fluye sin interrupción, en cada momento surge lo irrepetible y único. Duración es pues crecimiento orgánico, movimiento vital". (Hirschberger).

Incluso el yo que pensamos como necesario para constituir soporte permanente no es algo más que un "lien artificiel". "C'est pour notre conscience un simple signe destiné a lui rapeler sans cesse le caractère artificiel de l'operation par laquelle l'attention juxtapose un état a un état là où il y a une continuité qui se deroule".

Con este cambio de perspectiva las reducciones materialistas muestran su endeble articulación. El espíritu, la conciencia, la libertad, la vida puede presumirse sean algo más que materia, estos nerviosos y movimientos.

Hay un poder de elección porque la duración no es solo acumulación irreversible, también lo es imprevisible por lo menos de un modo mecánico. Mi conciencia parece dar la medida de todo ese campo de lo imprevisible. En cada momento puedo hacer una sola acción pero ésta se halla hundida en un mar de posibilidades. Mi conciencia alumbrá todo ese territorio de lo posible. Se da el hacer pero también el poder hacer. Mi conciencia llena ajustadamente la distancia entre mi ser y mi hacer.

La conciencia no se acopla mecánicamente. Está abierta a la contingencia, es "una cierta cantidad de acción posible". No se puede tasar al hombre por lo pasivo.

Conciencia es duración y por ello memoria. Vehículo del tiempo. "La memoria tiene por función primera evocar todas las percepciones pasadas análogas a una percepción presente, recordarnos lo que ha precedido y lo que ha seguido y sugerirnos de este modo la decisión más útil. Pero no es esto todo. Al hacernos comprender en una intuición única momentos múltiples de la duración, nos desprende del movimiento del flujo de las cosas es decir del ritmo de la necesidad. Cuantos más momentos de estos pueda contraer en uno sólo, más sólida será la captura que nos facilitará sobre la materia".

Encerrar en un solo momento varios es abrir la posibilidad. Es confesar el libre albedrío. "El libre albedrío es un corolario de la conciencia; decir que somos libres es sencillamente significar que conocemos lo que estamos haciendo". (Will Durant).

El determinismo comete un lamentable error al hablar de causas y efectos, motivos y actos. Ha espacializado lo que no es espacializable, ha detenido la marcha de lo que es durée réelle. La realidad concienical es un todo que marcha en imprevisibilidad libre y creadora. El impugnar del determinismo no vale, no ya sólo porque sus razones no sean eficaces, sino principalmente porque no sabe ni cómo se debe plantear el problema.

Pero no sólo no está determinado el hombre de atrás, tampoco lo está por delante. Establecer un finalismo es igualmente matar la espontaneidad. Se ha de sobrepasar a la vez mecanismo y finalismo. El finalismo "implique que les choses et les êtres ne font que réaliser un programme une fois tracé". Hay una sola diferencia con mecanicismo: "il met en avant de nous la lumière avec laquelle il prétend nous guider, au lieu de la placer derrière". Pero ahí: "il n'y a rien d'imprevu, point d'invention ni de creation dans l'univers; le temps devient encore inutile".

Tampoco el espíritu coincide con el cerebro. "Quien entienda la psicofísica en el sentido de un paralelismo nivelador de cuerpo y espíritu pensará también que un clavo por sostener el vestido es el vestido mismo. El vestido se viene abajo, desde luego, si se arranca el clavo y oscila si el clavo es movido. Pero de aquí no se sigue que a cada particularidad del clavo corresponde una particularidad del vestido ni que el clavo sea equivalente del vestido y menos aun que clavo y vestido sean idénticos". (Hirschberger).

El cerebro presenta modelos de reacción. La conciencia es elección de reacciones. El cerebro es en orden a la acción. "La función del cuerpo es limitar para la acción, la vida del espíritu". Se da en cierto instante una tangencia espíritu-materia, en el momento de la acción. Dice G. Morente: "El espíritu está ciertamente ligado a la materia, pero sólo en su superficie exterior, sólo en aquella región en donde la materia y la conciencia se tocan, en la región de la vida actual o sea la vida activa".

Cuando el espíritu se enfrenta con la acción el cerebro, el cuerpo está presente. Pero no todo es cerebro. El cerebro es subyacente a toda acción pero ni siquiera toda ella puede identificarse con el cerebro. Menos aun los actos superiores del espíritu. "Se dice algunas veces que la conciencia va ligada a un cerebro; por tanto hay que atribuir conciencia a los seres vivos que tienen un cerebro y negarla a los demás. Pero en seguida se advierte lo vicioso de esta argumentación. Razonando por el estilo, también se podría decir que la digestión va ligada en nosotros a un estómago; luego los seres vivos que tienen un estómago digieren y los demás no digieren. Y nos engañaríamos gravemente porque no es necesario tener un estómago, ni siquiera órganos para digerir. Una ameba digiere aunque no sea más que una masa protoplásmica apenas diferenciada. Lo que ocurre es que a medida que el cuerpo vive se complica y se perfecciona, el trabajo se divide, y la facultad de digerir se localiza en el estómago y más generalmente en un aparato digestivo que digiere mejor porque está destinado a esta sola función. Del propio modo la conciencia va indiscutiblemente ligada al cerebro en el hombre; pero de esto no se sigue que sea indispensable un cerebro a la conciencia. Cuanto más descendemos en la serie animal, más vemos simplificarse los centros nerviosos y separarse unos de otros; finalmente los centros nerviosos desaparecen, sumergidos en la masa de un organismo menos diferenciado. ¿No debiéramos suponer que si en la cúspide de la escala de los seres vivientes la conciencia se fijara en centros nerviosos muy complicados debe de acompañar al sistema nervioso durante todo el trayecto de su descenso y que cuando finalmente la sustancia nerviosa llega a fundirse en una materia viviente todavía indiferenciada, la misma conciencia se difunde en ella disuelta y confusa, reducida a bien poca cosa aunque no reducida a nada? Luego en rigor de verdad, todo lo que es vivo podría ser consciente: en principio la conciencia es coextensiva con la vida". De modo más resumido puede expresarse la relación cerebro-espíritu: "la dirección de la corriente es distinta del lecho del río aunque éste contenga su curso sinuoso. La conciencia es distinta del organismo al cual anima aunque tenga que sobrellevar sus vicisitudes".

Esta realidad de mi conciencia que es tiempo, libertad, esclavitud, en una palabra durée réelle no puede en modo alguno ser asida por la inteligencia. Tropezamos aquí con uno de los mayo-

res errores de la filosofía. A la inteligencia le hemos confiado una misión que no puede cumplir. Es tal vez su claridad y su precisión lo que nos ha llevado a cometer el fatal desacierto. El oficio de la inteligencia es en orden a la materia. "Nuestra inteligencia en el sentido estricto de la palabra, está destinada a asegurar la perfecta adaptación de nuestro cuerpo al medio que lo rodea, a representar las relaciones entre las cosas exteriores, en suma a pensar la materia." El hombre tiene que habérselas con la materia. Abierto a posibilidades es inseguro. La inteligencia le acomoda en medio de la materia. La solidez y persistencia de lo material, la transparente claridad que para asegurar necesita la inteligencia, nuestra tendencia a lo preciso y medido han hecho que transplantemos a la inteligencia la función de conocer lo real. Pero la inteligencia es materialista por constitución. Su actuar es por análisis y síntesis. Descompone y detiene para analizar, une y mueve in vitro para sintetizar. Pero todo esto es destruir la realidad. Detener lo que es marcha, poner en movimiento a mi aire lo que es imprevisible avanzar es dar un golpe certeramente mortal a lo real. No es necesario insistir en que lo que es cambio, duración, singular no puede ser jamás alcanzado por una facultad cuyo fin es detener, preveer, alcanzar lo común.

Hay que largar el lastre de la inteligencia para poder atrapar lo real. No es el entendimiento sino la intuición quien puede acoplarse con esa durée réelle. Meterse dentro de la duración y desde allí marchando al paso de los acontecimientos alumbrar la auténtica realidad. La distinción de lo exterior y lo interior da aquí sus más excelentes frutos. El hombre se ha de volver a su propia realidad perforando por bajo de sus capas exteriores para descubrir el rico manantial de su interioridad y esto no como mero espectador sino avanzado al paso de su fluir. Estamos ante una enorme perspectiva de humanismo; la que abre un mundo interior cuya esencia es avanzar de modo espontáneo. Se impone una ascesis, un renunciamiento de la tendencia a la pasividad, a lo exterior, a lo mecánico. También el mundo que me rodea debe ser perforado, debo negarme a la explicación exterior y estática que me proporciona la inteligencia para abrirme paso hasta la caliente energía de sus entrañas.

No se piense sin embargo que estamos ante un irracionalismo.

Sciacca en su obra "La filosofía hoy" dice: "Hay que tener presente que el antiintelectualismo bergsoniano posee un fortísimo aspecto polémico, de crítica de un intelectualismo particular (el cientista) y no de crítica o negación de cualquier clase de conocimiento intelectual y racional y que sobre la base de la crítica del intelectualismo cientista, construye una filosofía que, no rechazando nada de las exigencias legítimas del positivismo, reivindica, contra él precisamente, el sentido concreto de la vida y la realidad de los valores espirituales, cognoscitivos, morales y religiosos. Como hemos dicho el positivismo es ante todo un método; el primer problema de Bergson es pues el del método: demostrar que es abstracto el método positivista (intelectualista) e indicar un método nuevo de filosofar que renueve (y lo renovó) el ambiente filosófico francés tradicionalmente racionalista (cartesiano). Bergson es la reacción de la "conscience" contra la "raison". Es intuicionista pero no irracionalista: la intuición no excluye la racionalidad concreta. Hay que distinguir entre Bergson y el "bergsonismo" de algunos de sus seguidores, inclinados hacia un antiintelectualismo de aficionados. Existe es cierto en Bergson un intuicionismo irracionalista, pero más bien como motivo polémico; o mejor, es un escudo con el cual protege su concepción activista del espíritu frente al intelectualismo científico y al racionalismo francés, abstracto y secular. En efecto, lo inmediato de la intuición no excluye en Bergson la mediación racional y reflexiva, concreta y no abstracta".

Y el mismo Bergson ha dicho: "Yo no he sostenido nunca que fuera necesario colocar en lugar del intelecto algo diferente de él, ni poner sobre él el instinto. Me he propuesto sencillamente demostrar que cuando abandonamos el terreno de las matemáticas y de la física para penetrar en el de la vida y de la conciencia debemos apelar a cierto sentido de la vida que va más allá del puro comprender y tiene su origen en el mismo impulso vital que el instinto, por más que el instinto propiamente dicho sea una cosa completamente distinta".

Tal vez haya que conexas aquí a Bergson con la psicología profunda que nos está revelando unas regiones insospechadas en el ser del hombre. "Explorar las más sagradas profundidades del inconsciente, trabajar en el subsuelo de la conciencia; tal será la tarea principal de la psicología en el siglo que comienza. No dudo que en este terreno nos esperan maravillosos descubrimientos".

Manuel J. Calle pudo ser un hijo lealísimo de su centuria, el siglo XIX. Se empapó de lirismo en Hugo; de escepticismo religioso en Renán; de positivismo en Comte. La influencia de algunas de estas corrientes sobre el mozo batallador y liberal, debieron ser indirectas, pero no por eso menos poderosas y, algunas, indelebles. Pudo haberse cultivado su espíritu en los estudios y a través de todos los caminos. Pero, desgraciadamente, sus grandes facultades, su poderosa intuición física, su profundo neohumanismo, su basta ilustración literaria, le sirvieron sólo para la rápida y casi instantánea tarea del diarismo que, de todas las actividades y profesiones del espíritu, acaso es la más trágica.

Agustín Cueva Tamariz (Semblanzas Biotipológicas)

Manuel J. Calle, uno de los mayores, si no el primer periodista latinoamericano, fue el tipo acabado del género. No a la yanqui, en el sentido de la habilidad y la prontitud para la caza a la actualidad volandera, de la perspicacia en asecho de novedades, de la malicia para descubrir o inventar hechos sensacionales... sino a la francesa, por el arte ingénito del comentario, que vivifica, realza, transfigura lo cotidiano y corrientes.

Gonzalo Zaldumbide.

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

## JULIO MARIA MATOVELLE

---

A la Venerable Comunidad de Padres Oblatos, en estos días en que se prepara la glorificación de Matovelle hacia la Luz de los Altares.

### SILUETA

El apunte, el ensayo y hasta el estudio, por fuerza se resienten de carácter limitativo al querer enjuiciar, por algún modo, esta figura múltiple... Con ella ocurre igual que con la contemplación de los claros cielos versificados de estrellas del Sur, cuando las pupilas, en esto perfumadas y purificadas de infantilidad, pretenden escoger la más brillante estrella entre todas aquellas que, según la cristalina tradición popular, son almas de seres queridos, y, al fin, dan en resolver que es lo mejor amar igualmente a todas aunque ninguna pueda guardarse a integridad en lo cordial...

Julio Matovelle fue perfecto porque supo, saboreó y sufrió la sutil astronomía de las lágrimas... Es de admirar, y para esto no se encuentra explicación por las solas razones de la razón, cómo dan más al mundo aquellos que menos recibieron de él, y quizá aquellos desheredados del todo que tuvieron en su haber terreno un infinito sucederse de tristezas son los que más se prodigan en belleza y plenitud... La generosidad de Matovelle es, en este aspecto, admirable y honda, pues que se prodigó en toda suerte de conocimientos, gracias y virtudes, en bien sólo de los más, mientras en el pecho le quemaba, con llama antigua, un dolor más doloroso que todos los dolores: el de haber llorado en una calle fría sin ojos que se copiaran amorosamente en los suyos, sin pañuelo que secara sus lágrimas infantiles, sin manos que acariciaran su amargura, apenas con la conciencia vaga de toda una vida por vivir... Aunque también esta llama inicial la donó el Justo a quien por entonces hiciera con él de Madre celestial: su corazón quemado de tristeza fue toda la vida lamparilla encendida junto a María, temblando en



la noche de los místicos coloquios, como asombrado cocuyo de templo...

Julio Matovelle lo dió todo precisamente porque no recibió nada... Aquí el sentido asombroso de su generosidad: no es gracia, ni vale con ningún valor devolver en amplitud lo que la vida en amplitud quiso dar... Se mide la grandeza y la infinitud del hombre por el poder interior que tiene de transformar todo el mal que cada día le dan los demás en acción, caridad o verso, que una sola y misma cosa vienen a ser las tres... Y Matovelle fue hombre de acción, caritativo en grado sumo y poeta de cordial diafanidad...

Admira y da para mucho meditar el que este mismo Santo haya podido en su alma guardar tanta y tan distinta grandeza...

Es la mañana, con sus iniciales de luz y su canto puro de sol, y Julio Matovelle, Tribuno de Dios, traduce en las Cámaras, con pública y portentosa elocuencia, la palabra que los Sacros Libros le grabaran en lo más hondo de la mística morada... Al principio, sólo la voz sonando en el silencio admirativo... Luego el gesto por convencer más todavía... Y, al fin la divina impaciencia arrojando el manteo en gesto único y probando con la mejor de las probanzas que no obsta ser un humilde discípulo de Cristo para decir la verdad nacional de la patria, aunque más la gran verdad universal del alma... Es entonces Matovelle como esos varones ejemplares de los siglos idos que bajo la luz plena discutían cosas de honda trascendencia y aquietaban las multitudes inquietas con hermosas y esenciales enseñanzas sobre la inmortalidad...

Es mediodía, y Matovelle empéñase en dejar muchos hermanos sobre la tierra fecunda de su pensamiento... Sabe que un día cualquiera ha de llamarle Nuestra Señora la Muerte, y quiere que su obra no quede en la sola página de la leyenda... Funda conventos, organiza claustros y busca vocaciones... En un siglo poco propicio a estas aventuras, estudia el Maren Tenebrarum del mundo y en cada isla querida de su alma, en cada hogar fraternal salido de sus manos, deja para los humanos todos lugar de descanso de las dolidas preocupaciones, tierra santa donde el único sol es la hostia y donde la cruz redentora extiende sus brazos para abrazar, sin distinción ninguna, a todas las gentes...

Es la tarde, hora en que la brisa comienza a discurrir por los jardines y a hablar amablemente con los lirios y las rosas... Y Matovelle viene en acordarse, con memoria todavía empapada de llanto, de aquellos tiempos en que una pobre estampa fue pan para su hambre de pan y pan para su hambre de luz... Y llora, sí, textualmente llora sobre el papel esos poemas suyos a la Madre Divina, con voz infantil aún, porque, al igual que al Reino de los Cielos, no se entra al Reino de la Poesía si no se tiene el corazón de niño... Estos versos tristes, a veces sollozos contenidos y otras francas confesiones de amargura, pueblan la tarde, y la brisa se llena también de nostalgia, y se va yendo por los confines ejecutando en el aire esos lieder que hieren el corazón con herida de alas sangrientas... Matovelle poeta es Matovelle sufrido... En sus estrofas tiembla ese velo de lágrimas que manda llover sobre seres y cosas la lluvia triste del alma...

Es la noche, y Matovelle penetra por esos caminos esotéricos que a otro humano no le es dado ni siquiera sospechar o intuir... Mientras el sueño del Convento es apenas interrumpido de mensajes del viento, el Santo se adentra por esas tierras más allá de la tierra, y va encontrando las fugadas figuras, los muertos de todos los meridianos, con quienes guarda extraña amistad... Los condenados a penas inalicificables por los solos calificativos nuestros nada pueden decir: sobre sus labios humanos cayó el sello del polvo, y sobre sus labios animicos pesa el silencio de otra orilla... Pero el Santo entiende de sobra esos silencios, y con un silencio también muy suyo les promete ser su Abogado ante los Tribunales Eternos... Cuando alcanza la nave silenciosa del templo, comprende que tiene intermediario único ante Dios: su Madre humana, aquella misma que pusiera en sus manos los humildes juguetes y le defendiera de la persecución tiránica hiriendo sus blancas plantas en los caminos quemados de sol... Filtran los vitrales las luces de la primera aurora, y Matovelle está diciendo su postrera oración mientras por la arboleda de fuera dicen su primera los gorrones...

Matovelle sabio, Matovelle Santo, Matovelle vidente, Matovelle místico, Matovelle Poeta... Cuantos títulos pueden todavía hallarse para él sin acabar jamás las clasificaciones de sus valores... El mismo hombre que escribe poemas de triste confianza a María,

con audacia única en los tiempos da en interpretar el sueño del de Patmos, con nueva luz que a nadie fue dada antes, con tal hondura de penetración en los misterios que causa miedo a los mismos teólogos y hace temer las más altas sillas romanas... Si no tuviera mil títulos de gloria, este solo sería más que suficiente para su eternidad... Sus inauditas Meditaciones al margen de las apocalípticas palabras son cosa que todavía no se ha conocido ni ponderado en debida forma... En ese Libro profundo se nos muestra, por decirlo así, un Matovelle más grande que su misma grandeza... Para quien no llegó a conocerle es cosa de dudar mucho que el mismo autor de los poemas a la Virgen sea quien abrió algunos de los sellos que Juan, el amado, pusiera en sus páginas de fuego para que manos humanas no osaran tocarlas...

### ASCENSION SUPREMA

La noche se viene perfumando lentamente de silencio, de ese sonoro silencio en que habla cada palpitar de las estrellas o entona una canción suavísima y llena de honda melodía el inefable recuerdo... Apenas por los cristales empañados de humo antiguos y constantes, la sombra va entrando en mensajes de misterio, diríase una visita de lo negro exterior a la tranquila mansedumbre del templo... La lámpara del Sagrario se conmueve de dulcedumbre al quemar la hermosa plegaria más que el aceite bendito, y el Jesús encarcelado de propia y eterna voluntad pronuncia esas palabras que curan llagas del alma, esas palabras que están más allá de la conciencia, en la última Morada que descubriera la española que dió en enloquecer sabia y donosamente de amor...

Cortando la tiniebla espesa apenas agujereada de rachas de viento frío, Julio Matovelle ausculta el descansar de sus hermanos de Religión y de Convento, mira en alas de paternal anhelo a los suyos preparando el tenue mundo del ensueño, y atraviesa silencioso y triste los amplios corredores en que duerme el recuerdo y se despierta la nostalgia... A paso rápido salva el claustro, sin detenerse en coloquios con las flores del pequeño jardín, y se integra al templo constelado de misterio y de infinita piedad...

A donde va el pensador de cosas tremendamente irreales y ul-

trahumanas en esta hora de total silenciamiento?... Qué caminos se le abren del lado cordial, que sacrifica sus pocas horas de sueño, y, no obstante la fatiga del estudio, renuncia al lecho y aprende el mensaje de plena noche?... Es éste un visionario, un enamorado o un loco?...

Es casi filo de media noche... Julio Matovelle tiene de visionario y de loco, entendidos los términos en sus mejores esencias... Pero tiene más, mucho más, de enamorado... En esta hora profunda va a visitar a la Señora, a la Triste Señora que fuera herida de puñales allá cuando agonizaba el Poeta Jesús...

Pero hay que conocer, sí, hay que conocer de cerca a esta Señora, para entender claramente el amor de Matovelle por ella y sus angustias inefables... Hay que haber palpitado junto a la imagen para comprender el afán de este enamorado inmenso...

Nuestra Señora de los Dolores, aquella del Místico y enamorado Matovelle, es de patetismo tal que duele, por más que ello venga a parecer como blasfemia, más que la misma Pasión del Salvador... Es una Señora en trance de locura, lista a correr por el mundo y deteniéndose aún no sé por qué milagro inexplicable... Tiene la sublime belleza de una loca, y pide al mundo cuenta por haber asesinado a Dios... El gesto es de humanidad, de tremenda humanidad que hace temblar y creer... Yo me he quedado mirando durante mucho tiempo esta imagen prodigiosa, y he de confesar que su locura me persigue y me llama, me pregunta y me increpa, me descontrola el ánimo y me hace sollozar de espanto y de amargura... La Señora está loca, con esa locura que se pinta cuando la persona querida se nos va por un oscuro camino... Esta Señora es como un golpe definitivo de luz que ciega, que obliga a llorar y que hace en el alma la noche sin más estrellas que los propios angustiados pensamientos...

Esta Señora Loca es la que Julio Matovelle ama de todo amor y comprende de toda comprensión... Esta Señora Triste es la que el Poeta dió en querer con sentimiento más de cielo que de tierra... Esta Señora Trágica es la que el hombre profundo adora como divinización de su misma tristeza... Porque este amor del Poeta y Santo tiene su origen en su misma destrozada vida, en la trayec-

toria de su destino marcado de signos fatales, de incompreensiones y de amores marchitados... Esta Señora Loca es su única madre, la madre en el mundo intangible del ideal y también en el mundo de las formas tangibles... Y es también su novia, la única posible después de entender que las otras se desvanecen al soplo inminente del Eclesiastés o a la ráfaga lacerante del atormentado Kempis...

Julio Matovelle se pone de rodillas frente a la hermosa Señora Loca y le queda contemplando en tiempo sin tiempo... Qué de cosas y de afectos no le dice... Qué de dulzuras no le va contando desde su fina sensibilidad de artista... Y a tanto llegan su amor y su fe, que se resuelve a contarle algo de sus penas, consiguiendo que la Señora le envíe el sagrado regalo de una lágrima... Y he aquí que esta lágrima manda nacer la luz, y cuando Julio Matovelle vuelve los ojos a los vitrales encuentra que está amaneciendo azul y rosa, con lejano preludio de jilgueros y alma de flores niñas...

El amor de la Madre lleva en singular seguridad al amor por el Hijo... La Señora Loca le dice a su Julio que a ella le debe amor, pero que la adoración ha de quedar para el Jesús encarcelado en el Sagrario... La visita nocturna viene entonces a duplicarse, y el Santo es todo oídos por saber cuál le reclama con mayor urgencia: si la Señora Trágica o el Jesús Prisionero... Y en este escuchar las distintas y únicas llamadas se le va el tiempo humano y se le llega el divino... Ya que nació Poeta debe enamorar a su Dueño en delicia de expresión, y así lo hace frente a la lámpara agitada de presentimientos:

#### EL PRIMER AMOR

Afuera de rodillas, Serafines,  
Velad en dulce espera!  
Deshojad las magnolias, los jazmines,  
Mas deshojadlos fuera!

Agitad llameante el incensario,  
Alzad himno sonoro;  
Mas cobijad, os ruego, este santuario  
Con una nube de oro!

Al templo de los místicos amores  
No entréis, oh Serafines;  
Derramad, eso sí, fragantes flores  
En todos los confines!

¡Cómo tiembla de miedo, cuál se agita  
De gozo el alma toda,  
Cuando en la noche plácida medita  
El día de la boda!

Ay! cómo le he dar abrazo estrecho  
Y un beso perfumado,  
Y le he de aprisionar dentro mi pecho  
A mi divino Amado!

Cuando venga mi Amado, Serafines,  
Con él dejadme a solas,  
Y afuera deshojad vuestros jazmines  
Y lirios y amapolas.

Julio Matovelle es Grande y triste, es decir, tiene los dos títulos más auténticos para la inmortalidad... De su vida quemada en imposibles dolores queda el rescoldo místico ardiendo en fuego estelar... De sus múltiples dolores, del no haber tenido más hogar que las calles frías, más pan que el llanto, más madre que la miseria, le resta una resignación cristiana e inmensa... De su aprendizaje de angustia le brota la Ciencia de la Vida, pero más le nace aquella otra de la Muerte... En el fondo de este enamorado de la Señora Loca domina ampliamente la tristeza y su entendimiento de la Muerte no está lleno de gracia florecida, como el de la de Avila, ni siquiera de liberación de lo claro, como el de la Cruz, sino que se mezcla con ánimo de dejar para siempre el sufrir tormentoso de la vida... Si no quisiera tanto a la Señora Loca sería un enamorado de la Muerte... Si no adorara de tal modo a Jesús encarcelado sería un filósofo de la destrucción y del olvido... El místico salva en él este sello de angustia infinita, pues comprende que su angustia y pesar nada valen frente al sangrar del Calvario, y que todos sus gestos y lágrimas son cosa sin sentido junto a la Señora Loca que no sabe qué hacer luego de la muerte de su Hijo a ma-

nos de los hombres... Sin embargo, lo de humano, lo poco, casi nada de humano, que todavía alienta en Julio Matovelle le hace gemir de vez en cuando con palabra conmovedora... El continuo trato con la tristeza y el recuerdo de sus angustias le pintan hacia el fondo del alma un paisaje desolado y frío... La parcela de llanto que la vida le dió en dote le duele en el corazón con dolor de extraña ausencia, de instancias de olvido, de sed de desaparición... En medio del quemante destino de sus máximas tristezas llevadas en holocausto de santidad surge una chispa y basta ella para prender el incendio dolido de la confesión... Siente una sed inextinguible de descanso, y llega con los labios destrozados en extraña oración:

### UNA GANANCIA ES MORIR

Mikí mori lucrú.

San Pablo

¡Ay la vida! ¿Qué es la vida?  
Chispa oculta entre pavésa,  
Relámpago que atraviesa  
Tempestad enfurecida.

¡Ay la vida!  
Es mal que cura la muerte;  
Negra cárcel que, al morir,  
Logra el prisionero abrir:  
De tal suerte  
Que una ganancia es morir.

Dejar espinas y abrojos  
Para ceñirse de estrellas,  
Secar del llanto las huellas  
Y clavar en Dios los ojos;  
¡Ay los ojos  
Que han visto el mundo funesto:  
Eso es dicha que el que muere  
A gloria y cetro prefiere;  
Y es por eso  
Que gana mucho el que muere.

¿Qué son los placeres? Humo.  
¿Qué la hermosura? Ceniza,  
Que en el sepulcro se pisa:  
Cuanto en la tierra hay de sumo,  
Todo es humo:  
Plata y seda, todo, todo...!  
De manera que se gana  
Muriendo en edad temprana;  
De tal modo  
Que sólo el que muere gana.

¿Por qué tan ruda ansiedad,  
Tanto afán, tanta locura,  
En ir tras lo que no dura,  
En buscar la vanidad?  
¡Vanidad!  
Que duelos mil atesora.  
Sólo el necio su ganancia  
Busca en la tierra con ansia,  
Porque ignora  
Que es la muerte una ganancia.

Vivamos, pues, a manera  
Del cautivo en calabozo,  
Que, ajeno de risa y gozo,  
Libertad cercana espera;  
De manera  
Que pongamos todo anhelo  
En la gloria de morir,  
Sin cansarnos de decir  
Viendo al cielo:  
Nuestra ganancia es morir.

El dolor tórname al fin en viaje sin fronteras conocidas... Los ojos de Julio Matovelle se le van sumergiendo en el alma y hay un instante en que sus miradas ya no miran de este lado conocido del mundo... Ya que sus hermanos de la tierra se empecinan en la sordera más cruel, hablará y tendrá sus confianzas y secretos con aquellos otros que sufren justicias impenetrables del otro lado de la muerte...

Yo sé que el poco crédito de buen juicio del que todavía gozo habrá de desmenuzarse hacia el viento con estas cosas que estoy diciendo... Mi palabra, en este punto, habrá de sonar a modo de voz sin sentido y sin esencia en un mundo de pura materialidad... Pero yo creo, creo firmemente, en la inmortalidad del espíritu, en la supervivencia del alma, y creo, sobre todo, en que Julio Matovelle conversaba con los que partieron de la vida y curaba sus males ultrafísicos con la misericordia infinita de su gracia... Cuando recuerdo algunas frases dichas como al acaso, unas ideas expuestas como por mera sugerencia, unas extrañas llamadas de Matovelle al recuerdo urgente de quienes estaban olvidados en el polvo de los cementerios, pienso que el Visionario era en él más fuerte que el Santo, el Poeta y el Sabio... Siempre estaba como de vuelta del arcano, traía en sus pupilas pequeñas unas iluminaciones oscuras del otro lado de la vida, y decía cosas que el idioma humano ya no puede ni debe entender perfectamente... Desde que los muertos le nombraron su Protector en la tierra, Santo suyo para pedir al Dios de las Justicias les libere de algún oscuro destino o condena, Matovelle pertenecía más a la muerte que a la vida... Afirmo yo que más allá de la pobre y humana justicia existe una verdadera Justicia de cuyo equilibrio y equidad no nos es dado dudar... Matovelle tenía este extraño ministerio sobre el mundo: pedir a la Señora Loca interceda por aquellos que sufrían al haber olvidado en su vana cordura humana la divina locura del supremo amor...

Sólo así, penetrando el misterio hasta sus más remotas fronteras, pudo Julio Matovelle entender a ese otro Visionario su antecesor, Juan de Patmos, y tocar y dar en interpretación cabal su Evangelio, cosa que el mismo Agustín de Hipona no fue dado en tratar con seguridad... Sus "Meditaciones sobre el Apocalipsis" representan, pues, el resultado de las extrañas pláticas de Julio Matovelle con San Juan, en una orilla que no podremos acabar de comprender en todos los tiempos de los tiempos...

Julio Matovelle, aventurero del Misterio y de la Muerte, recibió en su instante postrero de vida humana la visita de la hermosa Señora Loca... Y del otro lado de esta vida, multitud sin número de claros espíritus debió esperarle para iluminar su camino hacia la única Patria...

\*  
\*  
\*

## PARLAMENTARIO INVICTO

En aquellos días discutían las cumbres, igual las que llevaban fuego en las entrañas que las otras, las encanecidas de nieves, las colmadas del blanco sufrimiento que hace picachos de cielo el dolor humano... Había cita de aves caudales, de aquellas que bebieron el sol y asimilaron el secreto de los vientos, de las que aprendieron la luz y aprendieron la noche, de las que midieron inmensidades con pulcras alas y también de las que batieron los ambientes con el genio rebelde e inconforme, que es otra manera de descubrir la eternidad... Era la palabra por ese entonces llama, llama, llama, ardiendo y mandando arder, conquistando y enamorando a los mismos conquistados, igual en la pasión de los crucifijos que en la sagrada palabra que dice libertad...

En los recintos de las Cámaras ha quedado sonando de perenne sonido la voz poderosa y noble de Julio Matovelle, orador de Dios y evangelista del bien... Todavía se recuerda su figura parlamentaria con amor y con temblor, temblor no del miedo humano, que jamás pudo despertar el justo, sino de la grandeza que le llegaba desde más allá de su propia palabra, de ese soplo de verdad venido del otro lado de nuestra pobre verdad, de ese hálito de infinito que traducía en su voz la claridad y también el misterio...

Muchas fueron las batallas verbales que Julio Matovelle debió librar en las Cámaras como apoderado de Dios para su obra de acá abajo... Cuentan quienes de propia pupila lo saben que el justo comenzaba sus discursos pausada y lentamente, pero que iba encendiéndose poco a poco en especial y hondo ardor, hasta causar asombro... Un instante sentíase capaz de contagiar todo el aire con su propio eco, y entonces abandonaba el escaño, daba paseos nerviosos por el recinto admirado y arrojando el manto en arrogancia única daba reto a sus enemigos del momento, pareciendo un General de celestiales milicias luchando con proyectiles de luz... Pero el in promptu era sano, sincero, bello, de alta alcurnia, pues jamás usaba en el decir, no digo el insulto al caballero enemigo, mas ni siquiera la velada alusión o la ironía de ocasión que

es el refugio de los cobardes... Predicaba a Dios en público recinto, pedía para él casa digna y alta, mantenía la integridad de la religión, pero, pasado el momento sublime y solemne, el Matovelle de siempre olvidaba al contendor para ver sólo al hermano en Cristo... Durante los debates hacía de la cruz espada para atacar con fulgores, y luego la espada volvía a ser cruz humilde orando por la universal fraternidad...

Julio Matovelle era en las Cámaras elocuente y justo, amplio y conmovedor... En plena tempestad, cuando las pasiones de los partidos estallaban en el bello estallido de las verdades públicas, deslumbrábase de camino como el Pablo herido de amor de Dios, y poseído de su verdad íntima señalaba sendas del espíritu, visitaba cumbres hasta entonces no holladas y se traía en sus ojos visionarios una especial providencia aprendida en sus horas dolorosas... Así, fuerte y generoso, honrado y valiente, sabía decir lo que debía decir y en la contradicción al contendor no llevaba meta humillatoria, sino tema de convicción... No obstante defender la religión amada, Julio Matovelle, a su modo y manera, era un hombre de plena libertad, porque ser libre, profunda y sabiamente libre, es decir lo que quema adentro con valentía, fuerza y amor...

El parlamentario no descuidaba que suene por sus labios la profecía, porque bien entendido tenía que sus labios probados en toda angustia eran ventana por donde Dios mandaba sus mensajes de infinito hacia las gentes... De allí su apostolado valiente en las Cámaras, no como criterio individual tratando de imponerse a toda costa y por sobre toda razón, sino como eco de esa voz misteriosa que suena en el silencio rotundo del evangelio, como traductor a lo entendible de lo impenetrable... Pienso que el sabio y el santo entraban en especial trance de oratoria nobilísima, para decir a los demás que la vanidad de las palabras se esfuma, y queda sólo lo esencial que en ellas había... De tal suerte ocurría este misterio de la voz ardiente, que el recinto venía en poblarse de temblores inefables, y los mismos contendores, admirables desde todo punto de vista, rendían respeto al sacerdote cuyo manto era abandonado como bellísima negra enseña en donde Dios escribió sus misterios...

Era el tiempo en que se batían las cumbres... De uno a otro

extremo de la patria, los volcanes soñaban y lanzaban fuego bellamente quemante de los dominios del espíritu... El ambiente se conmovía de inmensidades, y era la cita de las aves caudales cuyos ojos taladraron los cielos y comprendieron el mar... Julio Matovelle, cumbre humana de fuego, no obstante el alto sacrificio de la nieve perpetua, hablaba como apoderado de Dios...

\*  
\* \*  
**ASCETA**

Este Varón de Dios, condecorado por el destino de toda forma de tristezas, especie de extrañamiento y maravilloso cofre de humano sufrimiento, halló a Cristo con verdadero hallazgo por el único camino de máxima hondura: el del dolor... Porque de saber y decir es que Julio Matovelle fue a la perfección luego que su camino hubo florecido lágrimas: quizá ellas no se han hecho visibles en sus pupilas de vidente, pero claramente se las encuentra en sus poemas a la Madre de Jesús, aquella misma que, cuando el Santo no tuvo amorosos brazos que le acogieran en su sola soledad, desde el cielo extendió los suyos para acariciarle... Pocos como él pueden contar que María, la que recibiera salutación del Ángel, secó sus lágrimas con pañuelo blanquísimo de nubes y arrulló su sueño con azul purísimo de cielo...

Matovelle entiende el ascetismo como elevado contacto con la eterna verdad, no solamente por las crudas disciplinas que castigan las carnes, sino por las disciplinas más hondas y punzantes del dolor interior: más sacrificio que el martirio del cuerpo es la angustia del alma, y mucho más que los cilicios que mandan desangrar a lo visible son aquellas espinas clavadas por la incomprensión del mundo y de las gentes y por las cuales cada justo está diariamente coronado como el Maestro de los rizos suaves...

Recuerdo con la memoria cordial de las íntimas recordaciones la figura, al propio tiempo apacible y descontrolante de Matovelle... Sus manos acariciaban las cabezas de los chiquillos de la calle, porque el Señor de todas las justicias le enseñó que los niños son todos

ellos angelillos... Pero sus ojos pensativos de no sé qué vagos pensamientos se le hundían hacia el alma, como que se le resbalaban hacia el misterio... Por sus pupilas de introversión profundísima se le entendía lo de los coloquios en las noches de su celda pequeña: en sus ojos estaba temblando la eternidad... Cómo debió este hombre ahondar las cristianas verdades en sus meditaciones, cómo debió cumplir con aquello que a todos llama y que a tan pocos convence, cual es mirar más allá de estos tres o cuatro días que se nos ha puesto de esta orilla...

Matovelle es ejemplo y modelo de cristianismo meditativo y verdadero... No hizo de su vocación sacerdotal oficio de vano orgullo: se fue de la tierra humilde y sencillamente, pobre, tal como a ella vino... Cuando he penetrado en la celda que en vida humana le servía de ventana para mirar la eternidad, he admirado la pobreza máxima... Bien puede este Justo Varón competir con aquellos que al desierto se desterraban de propia voluntad y de íntimo llamamiento y a quienes el ave caritativa traía un pan... Ejemplo en esto del desprendimiento de los humanos bienes, en este tiempo Matovelle es un modelo y un reto... En lo único que resultó ser milionario fue en tristezas, que éstas sí le visitaban no solamente por su propio camino, sino por el de los pobres desvalidos del mundo y, más aún, de aquellos que del otro lado del terrible Umbral sufrían condenas que los jueces de la tierra no son dados de entender... Aquí el máximo espíritu cristiano del Santo: olvidar sus propias amarguras para curar las de los demás... Matovelle tiene la gracia prodigiosa del río que, no obstante los múltiples paisajes tristes copiados en el camino, se hunde y entrega a la gran tristeza infinita del mar...

El ascetismo es en Matovelle contemplación, pero también comprensión... No por hablar frente a frente con esa voz que no puede ni sabe escuchar oído profano, olvidaba las pequeñas voces de los hombres... Mientras más se elevaba a lo eterno más humano se tornaba... De cada una de sus noches hondas salía como bañado en luz y con una sonrisa nueva para el prójimo... Vivía el Santo entre dos mundos: el de las verdades eternas y el de las lágrimas humanas... Pero su sabiduría consistía en hacer de la palabra que se le dijo al oído de la más profunda morada sencillo consuelo para quienes sufrían sobre las sendas del dolor vital...

Asceta, Justo, Santo... Matovelle realizó el milagro de fundir y sumar en su espíritu el temblor de lo infinito y la gracia simple de la humilde virtud... Mientras sus manos acariciaban las cabezas de los chiquillos de la calle, sus ojos se hundían en el cielo pidiendo a Dios que mirase por los niños, porque éstos no tienen razón ninguna para sufrir... De serle posible habría hecho de cada desarrapado un ángel...

\*  
\*   \*  
\*

### VISITA AL MAS ALLA

La noche tiembla en sombra... Una mano intangible ha ido apagando los últimos luceros, y ahora lo impenetrable domina con ese oscuro dominio que duele de preguntas sin respuesta, de sentimientos extraterrenos y vagos, de ideas en franca fuga de actualidad... Silencio que nada interrumpe, ni siquiera el parpadear de los perfumes, porque en los jardines las flores se han dormido también esperando que la mañana les despierte con la caricia sutil del rocío... El viento se ha callado y se ha ido a no sé dónde: su voz de bajo profundo es ausencia... Lo espeso de la noche duele de extraña manera, como puñalada que lentamente se va entrando en el alma... Todo está en visperas de ignotas verdades, todo alienta el sagrado temblor en que hablan los silencios inaudibles de los muertos...

El Convento duerme también su sueño tranquilo... Seres y cosas se dejan acariciar mansamente por la noche, buscando en su seno transitorio el amable coloquio con lo íntimo del espíritu, más allá de las fronteras del sueño... Algún gluglutear de agua que cantaba en el jardín ha sido evaporado de calor hacia el cielo y queda apenas postrera humedad apetecida de las violetas que nacerán mañana... Apenas el insomnio sagrado y tímido de la lámpara del Sagrario vigila la cárcel de amor donde un musical encadenamiento tiene preso al Jesús hermano de los lagos y los caminos abiertos de niños y hombres de ingenua fe... Pero esto es allá, en el templo igualmente huérfano de voces tangibles, con sus naves encantadas de leyenda y sus cuadros perdidos en lo oscuro, allí donde la Señora enloquece de pavor por la muerte del

hijo y donde el Cristo desangra caridad desde sus llagas florecidas al insulto de los hombres...

Aquí, en la Celda del Santo, es tan sólo la noche, la noche pura y fuerte, igual que esas palabras de los Libros Santos por donde pasa la voz antigua y eterna de Dios... La noche tenebrosa y absoluta, atractiva como todo abismo... Aquí es el silencio más silencio todavía, pues la oración no parte ya de los labios, sino del alma en éxtasis que se eleva lentamente sobre las ataduras de tierra... De nada vale la ventana cara a cara al infinito negro, ojo cegado frente al misterio, especie de pozo para hundirse en la tiniebla...

Julio Matovelle no duerme... No se hizo el sueño para el Santo, no se hizo para él ningún descanso que doblega la cabeza de los hombres... Detrás de los cristales brillan sus pupilas introvertidas, como buscando muy adentro de sí mismo verdades que habrá de predicar a los mismos que ahora sueñan bajo la noche inmensa... Los ojos pequeñitos que taladran la sombra tienen extraña iluminación, despiertan más hacia el despertar verdadero, ven lo que a ojos humanos no está permitido ver, contemplan un mundo donde se cumple la justicia de Dios...

Julio Matovelle recorre los corredores en sombras, casi en trance, casi en vuelo, casi en inactualidad... El Poder Soberano le ha nombrado Defensor de quienes cumplen condenas extrañas que nada tienen que ver con las prisiones de los hombres... El Santo encuentra figuras que causan más lástima y dolor precisamente porque ni siquiera se las conoce, porque guardan sobre el misterio de lo eterno el misterio extranjero... Las figuras sufrientes no hablan al Santo, y, sin embargo, él comprende a plenitud sus callados mensajes de otra orilla... Esta es una pobre campesina de Francia, a quien la muerte, ese ladrón definido por Jesús, tuvo ya en su noche: pálida, extremadamente pálida, soñaba acaso con el amor terrestre, cuando el hilo se cortó con la misma angustiante facilidad con que se corta el trino... Este es un soldado de la Germania antigua, muerto en frontera ignota sin que le haya sido concedido el tiempo mínimo para besar los pies del Crucificado... Este es un obrero de Flandes, con la herencia de paz de sus antepasados alterada fuertemente al paso del Umbral tremendo... Este es un

corista al que la llamada dió voz de ultravida cuando estaba en el Coro, cuando en instante de distracción pequeña pensaba en una sencilla amapola, en vez de pensar en Dios... El defensor entiende las miradas suplicantes, y los ojos se le llenan de lágrimas, de sinceras lágrimas que le queman las mejillas... El quisiera defender a todos, de una sola vez, ante el Tribunal donde ya no sirven nombres, orgullos, famas, glorias... Y ardiendo en amor no calificable por la sola medida que nosotros conocemos, les ofrece interceder por todos, no directamente ante el mismo Juez, sino ante la Señora que con gesto de loca parece va a correr en el templo sumido en sombras... Ella fue herida de auténticos puñales humanos, y fue madre de los hombres cuando se produjo el testamento de Dios...

Las sombras se van retirando lentamente, igual como vinieron, hacia los dominios que ni siquiera es posible nombrar, hacia el Más Allá donde lo justo se mide y pesa en infinito... Queda flotando en el ambiente un perfume extraño de otra vida, queda en el ánimo la presencia sin presencia de quienes viven con más auténtica vida desde que se fueron por los caminos oscuros de la muerte...

Ha quedado la noche, la noche pura e inmensa, ahora más misteriosa porque en su seno se ha gestado un desfile de fantasmas... La sombra se impregna de lamentos que no oyen oídos de ordinaria contextura... Aquello que es ruido de cadenas impalpables parecerá al hermano despertado de improviso un gemido del viento...

Julio Matovelle no descansa... No le es dado descanso al Santo... Ha hecho una oferta y debe cumplirla... De rodillas junto a la Señora enloquecida de dolor, tiene con ella coloquios húmedos de eternidad... La Señora divinamente loca le entiende y le escucha, y los puñales del pecho como que se le fueran hundiendo más y más hacia el corazón... Tiembla la noche, porque la Señora ha dejado caer desde sus pupilas la gracia prodigiosa de unas lágrimas...



Hombre de múltiples fases, complicado y férreo, tuvo y tendrá admiradores y adversarios en todos los círculos, mas nadie podrá negarle su grandeza de escritor, su noble sinceridad casi bravia, su gran carácter y caballerisca generosidad y la flor de la cultura traída del vergel latino y para escogidas tierras recién descubiertas de la literatura contemporánea. Nadie discutirá la preeminencia de Calle en este terreno.

Remigio Crespo Toral (Semblanzas de Azuayos Ilustres: Manuel J. Calle).

Manuel J. Calle sabía de todo, y si no lo sabía, lo adivinaba; y si no lo adivinaba, lo inventaba; y lo adivinaba o inventaba al correr de la pluma manejada con impetu genial. Una maravilla de ingenio sutil, nunca dormido ni adormecido siquiera. Siempre despierto, vivo y eréctil.

Alfredo Baquerizo Moreno.

## PAGINAS DE LUTO

---

La Universidad de Cuenca, en los últimos meses, nuevamente, se ha visto conmovida por la desaparición de eminentes hombres que la sirvieron, la enaltecieron y en ella se formaron para ser útiles a la Patria y a sus conciudadanos.

En estas páginas dedicadas a honrar su memoria va a quedar constancia perenne de sus nombres, para ejemplo y recuerdo de las generaciones futuras:

### SEÑOR DOCTOR DON LUIS CARLOS JARAMILLO LEON

Después de una vida dedicada por entero al servicio de las más nobles causas, en avanzada edad, dejó de existir el doctor Jaramillo una tarde de agosto de 1966.

Patriota y político de avanzadas ideas, catedrático universitario por más de veinte y cinco años, Decano de la Facultad de Ciencias Médicas y Vicerrector del Plantel durante el gobierno rectoral del doctor José Peralta; fundador y Presidente de la Cruz Roja del Azuay, Director de Sanidad, legislador, concejero del Cabildo de su ciudad natal, buen padre de familia, todas las funciones que se le confiaron las desempeñó con celo y eficiencia.

La Universidad tributó reverente homenaje a sus despojos mortales. Tanto el Consejo Universitario como la Facultad de Ciencias Médicas emitieron sendos acuerdos de condolencia y se dispuso que el cadáver del doctor Jaramillo sea trasladado a la capilla ardiente que se erigió en el Aula Magna del Instituto. Allí fué recibido

por el personal de catedráticos y por los estudiantes. Hizo su elogio el Decano de la Facultad de Medicina, doctor Alberto Alvarado Cobos y lo despidió el Rector doctor Gabriel Cevallos García.

He aquí el texto de los acuerdos y de las oraciones fúnebres:

**LA UNIVERSIDAD DE CUENCA Y, EN SU NOMBRE,  
EL CONSEJO UNIVERSITARIO,**

dolorosamente impresionados por la muerte de quien fuera meritorio ciudadano

**SEÑOR DOCTOR DON LUIS CARLOS JARAMILLO y**

**Considerando:**

Que el señor doctor Jaramillo prestó relevantes servicios al Instituto, como Profesor de la Facultad de Ciencias Médicas por más de treinta años consecutivos; como Decano de la misma y como Vicerrector del Plantel durante el Rectorado del doctor José Peralta;

Que el señor doctor Jaramillo constituyó paradigma de servicio social y se distinguió como ejemplo de honradez, de caballerosidad y de rectitud;

Que la muerte del doctor Jaramillo enluta el hogar del señor doctor Carlos Cueva Tamariz, Rector Honorario de la Universidad,

**Decreta:**

Art. 1º—Dejar constancia de que lamenta el deceso de tan ilustre ciudadano y declarar, por este motivo, duelo de la Universidad, por dos días.

Art. 2º—Rendir al doctor Jaramillo homenaje póstumo a su memoria, trasladando su cadáver a la capilla ardiente que se levantará en el Aula Magna de la Universidad, en donde será recibido por el

claustró de profesores. Le dará la despedida el Rector doctor Gabriel Cevallos García.

Art. 3º—Enviar a su recién abierta tumba una ofrenda de flores como tributo de la Universidad y concurrir en corporación al sepelio y a los actos funerales.

Art. 4º—Expresar la más sentida condolencia del Consejo Universitario al señor doctor don Carlos Cueva Tamariz, y a todos los miembros de la familia del ilustre extinto;

Art. 5º—Recomendar el nombre del doctor Jaramillo a las generaciones futuras como ejemplo de servicio a la causa de la Universidad, publicar este acuerdo por la prensa, y en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD y enviarlo autógrafa al doctor Cueva Tamariz.

Dado en Cuenca, a los tres días de agosto de mil novecientos sesenta y seis.

**El Rector,**

GABRIEL CEVALLOS GARCIA.

**El Vicerrector,**

MARCO TULLIO ERAZO VALLEJO.

**El Representante del Ministerio de Educación Pública,**

VICTOR LLORE MOSQUERA.

**Los Decanos de las Facultades:**

Gerardo Cordero León, Alberto Alvarado Cobos, Luis Loiza Jaramillo, Alejandro Serrano Aguilar, Marcelo González Moscoso, Hernando Acosta Crespo, Jorge Roura Cevallos.

**Los Representantes Estudiantiles:**

Raúl Andrade Zea, Johnny Moscoso Moreira, Juan Neira Carrasco, Rosendo López Novillo, Felipe Moscoso Delgado, Diego Salazar González, Rafael Arizaga Guerrero.

**El Prosecretario,**

CESAR AGUILAR PALACIOS.

**LA FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA Y, EN SU NOMBRE, SU CONSEJO DIRECTIVO:**

habida cuenta de que ha dejado de existir el señor doctor don **LUIS CARLOS JARAMILLO**, que honró a la Facultad como su catedrático por más de treinta años, como su Decano y como Vicerrector de la Universidad,

**Acuerda:**

Dejar constancia de que deplora el fallecimiento del doctor Jaramillo, que priva a la sociedad de uno de sus más prestantes miembros, a la ciudad de uno de sus más eminentes servidores, al cuerpo médico de uno de sus más conspicuos galenos y a la ciudad de uno de sus mejores hijos;

Asociarse al dolor que aflige a los miembros de la familia del doctor Jaramillo y especialmente al del doctor Carlos Cueva Tamariz, Rector Honorario de la Universidad; y de los doctores Luis Alberto, Rafael y Gerardo Sojos Jaramillo, vinculados al Instituto;

Concurrir en corporación a las ceremonias fúnebres que se van a tributar a su memoria y delegar al Decano de la Facultad, doctor Alberto Alvarado Cobos, para que reciba el cadáver del ilustre extinto en el Aula Magna de la Ciudad Universitaria;

Publicar este Acuerdo por la prensa y en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD y enviarlo autógrafo a la familia del doctor Jaramillo.

Dado en Cuenca, a tres de agosto de mil novecientos sesenta y seis.

**El Decano,**  
ALBERTO ALVARADO COBOS.

**El Subdecano,**  
JAIME VINTIMILLA ALBORNOZ.

**Los Profesores:**

Leoncio Cordero Jaramillo.— Eduardo Vázquez Carrión.

**El Reperesentante Estudiantil,**  
Felipe Kohn.

**El Secretario General de la Universidad,**  
ALFREDO ABAD GOMEZ.

**ORACION FUNEBRE DEL DECANO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS, DOCTOR ALBERTO ALVARADO COBOS, AL RECIBIR EN LA UNIVERSIDAD EL CADAVER DEL DOCTOR JARAMILLO:**

Nos encontramos ante los despojos de uno de los Profesionales que mayor actividad desarrolló durante su vida. **LUIS CARLOS JARAMILLO LEON** fue el Patriarca de la Medicina Azuaya. Vinculado con la Universidad y con su Escuela de Medicina en gran parte de su vida. Fue uno de sus alumnos sobresalientes, podríamos decir de sus fundadores, graduado en 1897. Hace algunos años que celebró sus Bodas de Oro Profesionales y fue el que ocupó hasta hace pocas horas el Decanato, entre todos los médicos de la ciudad, por su antigüedad y principalmente por sus méritos. Su vida fue ejemplar en cuanto al cumplimiento del deber.

Desde muy joven, recién graduado, sirvió en la Escuela de Medicina como Profesor de varias asignaturas, en ese tiempo en el que la falta de medios para la práctica y principalmente textos para la enseñanza debían ser reemplazados por el talento y capacidad del profesor. De las varias asignaturas que él dictó quiero hacer notar especialmente que fue el fundador de la Cátedra de Bacteriología y que formó al Profesor que más tarde la organizó.

Médico Progresista, pensó que no se hace Cátedra únicamente dictando conferencias y es a insinuación suya, cuando ejercía el cargo de Vicerrector de la Universidad, que en sesión del Consejo Universitario de 25 de Octubre de 1909, se resuelve la publicación de la segunda serie de la Revista Científica y Literaria de la Universidad del Azuay y en sus números escriben artículos médicos varios Profesores de la Escuela de Medicina.

En la nómina de los Profesores de la Escuela en 1910 consta el Doctor Jaramillo como Profesor de Patología y ya se sabe que en ese tiempo, ésta asignatura, abarcaba muchas materias que ahora son dictadas por varios Profesores. Pero en 1919 fue designado Decano de la Facultad, tomando en cuenta sus relevantes méritos, por dos periodos y lo desempeña a satisfacción de profesores y estudiantes hasta 1923.

Pero el Doctor Jaramillo no solamente se ha distinguido como Profesor, Decano y Vicerrector de la Universidad, sino que el Gobierno del Doctor Isidro Ayora, tomando en cuenta su capacidad y organización le encarga la difícil tarea de fundar en Cuenca la Sanidad Fiscal en mayo de 1926. No fué fácil esta gestión, por las grandes resistencias que esta innovación significa pero, merced a su tino y firmeza, sus actuaciones fueron aceptadas por la ciudadanía. Tuve el gran honor en 1935 de ser su colaborador inmediato y así de aprovechar de sus amplios conocimientos científicos.

De la Cruz Roja Provincial del Azuay se puede decir igual, que fue su fundador y presidente hasta 1950 y si bien no contaba con una contribución económica estatal regular, siempre que las circunstancias requerían de su presencia, allí se encontraba, aún cuando en alguna ocasión casi pagó con su vida tanta abnegación.

En cargos que desempeñó en Instituciones Comarcanas, siempre se distinguió por afán de adelanto en beneficio de su Patria chica, sirvió también en la Sanidad Militar y en la Asistencia Social.

En el ámbito nacional, llegó a ocupar la Vicepresidencia de la Cámara de Diputados.

Y, así el Doctor Jaramillo será recordado por sus discípulos como ejemplo de una vida dedicada por entero al servicio de la humanidad.

En nombre de la Facultad de Medicina, quiero dejar constancia a su atribulada familia, de la profunda pena, por la desaparición de este Patriarca de la Medicina Azuaya.

**ORACION PRONUNCIADA POR EL RECTOR DOCTOR GABRIEL CEVALLOS GARCIA AL DESPEDIR LOS DESPOJOS MORTALES DEL DOCTOR JARAMILLO:**

Otra lección de vida en esta sala. Son tantas las que me ha tocado leer en corto tiempo. Una plenitud de enseñanza me asalta y adoctrina con la alta palabra de la muerte, y no esquivo mi falible condición sentimental a estas doctrinas que, sumisamente, en el pe-

cho y en la cabeza, las recibo como agua de purificación. Ayer, un catedrático joven, fulminado en mitad de la existencia. Hoy, la sabia senda que se pierde en la fecha casi secular, penumbrosa, muy atardecida, llena de suavidad y con síntomas de ocaso.

La muerte del anciano es obra de perfección. La que hoy nos conmueve, parece haber puesto la clave en el sitio exacto donde se cierra el arco de la bienandanza. Noventitantos años de vida para el amor familiar, para el servicio a los pobres, para la enseñanza y la muestra de la honestidad, son, hablando al modo bíblico, ruta de bienandanza, largos capítulos entresacados del Libro de los Proverbios, capítulos vivos de un sentido elogio a la sabiduría que sólo el anciano lúcido puede transparentar.

Qué de falsedades se han dicho en torno al límpido misterio de la muerte. Qué de tinieblas enfermizas se han derramado en torno de sus claros procedimientos. Los romanticismos de todos los matices han contribuido con eficacia a volverla negra y trémula, siendo como es la muerte una simple y lineal consecuencia silogística en el argumento ad hómitem de la biografía personal. Permanecemos incompletos hasta la muerte y sólo en ella nos definimos, en el instante en que creemos acabar, finar, liquidarnos, somos la completud, somos la primera instancia de la infinita sublimación del hecho existencial. Comenzamos, somos en la luz, y si en la materia aparecemos como la caediza y cenicienta faz de lo inmóvil, en el orden del misterio, realísima realidad que la sentimos en la muerte, iniciamos el vuelo al recuerdo, dejamos de ser cuerpo y nos tornamos en sustancia memorable, en sustancia de eternidad.

Mientras vivimos, nuestros pasos buscan la complejidad. Al hallarla sería absurdo que sobrevenga la destrucción. Una larga vida en los pasos del bien, sentida con toda la intensidad de un deseo por perfeccionarse, por cumplirse en el tiempo y en la biología, una larga frutescencia preliminar, eso es lo que dicen materialmente los despojos que yacen hoy en esta sala. Pero su recuerdo confirma, espiritualmente, mucho más: esa gran urgencia de no morir que descubrimos en la muerte. No acompañamos todavía a nadie en su muerte, y no sabemos, entonces, si es verdad aquello de polvo, ceniza y nada. Mi esperanza cree fundadamente, anclada en la verdad de mi propia vida, que la muerte es nueva existencia,

memoración y todo. Un total de misterio y de claridad que nos ciega.

Precisamente nos hemos congregado en un instante del recuerdo. Y tenemos que reconocer: si el anciano benévolo que nos visita con su imagen fuera polvo, ceniza y nada, para nada nos habríamos congregado. Pero bien sabemos que es conmemoración, o sea existencia dentro de nuestra existencia que es retazo que nos arranca del ser social a que estamos confinados, que es dolor y tantas realidades con las que comprobamos nuestra vida.

Larga existencia de bienandanza la de este ilustre anciano, caballero geranio en términos homéricos, pues duradera hazaña es contar las generaciones y ser tronco y decoro de cinco de ellas. Contar los años, como el patriarca, es oferta de la Divinidad que promete el bien de poder numerar hijos, nietos y biznietos con el ritmo cósmico de las arenas y de las estrellas. Cuán hermosamente cuaja el árbol si alardea y cumple fecundidad duradera para lo notable. Prolífica muerte la de este ilustre anciano. Al caer no deja el vacío, pues cien vidas renovadas se aprestan a seguir sus pasos, a contarlos con cifra de recuerdos, a cuidarlos, como se guardan tantas piedras de leyenda, sobre las que un pie imponente marcó su huella. Esta es la bendición de la fecundidad. En el Génesis, libro poético donde se fundó la vida, la bendición de Dios aparece guarnecida de palabras inauditas hasta entonces: No es bueno que el hombre esté sólo. Hemos sido hechos para cortejar la existencia, conservándola y multiplicándola en el amor, que es más poderoso que la muerte.

La muerte como sociedad, es un suceso únicamente físico. La vida y la pervivencia, como faenas del espíritu, son sucesos comunitarios donde la proyección de las almas y la fusión de las esperanzas mantienen erguida la llama ascendente que nos impulsa a romper los límites, y nos habla con lenguaje inarticulado, pero efectivo, que nuestra falibilidad traduce por el anhelo de no morir.

Bien está, entonces, que en esta sala, junto al recuerdo de un viejo maestro, casi centenario, junto a la vida cabal y clara, hablemos de no morir y de no huir de la muerte, porque ella no es polvo, ceniza y nada, sino existencia, memoración y todo. Un total de

misterio y de claridad que nos ciega, pero nos conforta, nos hiere, pero nos vivifica, nos deja pensativos, pero nos colma de esperanza.

Yo creo, si, creo que este ilustre anciano ha comenzado una nueva existencia. Se ha despojado del cuerpo caedizo y ha asumido la eternidad sustancia memorable.

### SEÑOR DOCTOR ARIOLFO CARRASCO TAMARIZ

Otro eminente ciudadano que honró sobremanera las funciones de legislador y concejero municipal. Fué Gobernador de la Provincia por varias ocasiones, político activo y de ideas democráticas. Dejó de existir en avanzada edad luego de una vida llevada por los caminos de la pulcritud, la honorabilidad y el porte caballeroso siempre.

Regentó cátedra por algunos años en la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, cuyo Decanato ejerció de manera brillante.

La Facultad de Jurisprudencia, hondamente conmovida por su muerte, expidió el siguiente acuerdo:

### LA FACULTAD DE JURISPRUDENCIA Y CIENCIAS SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,

profundamente consternada por el sensible fallecimiento de quien fuera su Decano, señor doctor don

### ARIOLFO CARRASCO TAMARIZ

Cumple con el deber de presentar la nota de su pesar a los miembros de familia de tan esclarecido hombre público.

Cuenca, a 6 de Septiembre de 1966.

El Subdecano en ejercicio del Decanato,  
GERARDO CORDERO LEON.

El Secretario General de la Universidad,  
ALFREDO ABAD GOMEZ.

**SEÑOR DOCTOR VIRGILIO SALAZAR ORREGO**

Dedicado de manera exclusiva a la faena docente, ejerció con versación y el aplauso de sus discípulos la cátedra de Física en el Colegio Nacional "Benigno Malo" y, luego, la cátedra universitaria en la Escuela Superior de Minas y en la Facultad de Ciencias Matemáticas de la Universidad Cuenca, en donde desempeñó el Decanato por varios años, conduciendo a la entonces naciente Facultad por sendas de superación y progreso.

De trato exquisito, afable y bueno en la verdadera acepción del vocablo, fué querido de todos y particularmente de sus alumnos.

Cansado del duro tragar por la senda de la enseñanza diaria, no hace muchos años a que se retiró a la vida privada. Cuando la Universidad le entregó el título de Profesor Honorario Jubilado, pronunció una oración que se la recordará siempre por cuantos la escucharon: fué la última de sus lecciones, expuesta con maestría, con amor a la juventud y con la versación y la sapiencia del catedrático envejecido en la ardua faena de modelar el alma de la juventud.

Una violenta enfermedad lo llevó a la tumba cuando todavía se encontraba en plenitud de vida.

El Consejo Universitario y la Facultad de Ciencias Matemáticas, a la que sirvió con decisión, expidieron los siguientes acuerdos:

**EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,****Considerando:**

Que el día de ayer ha dejado de existir el señor doctor don

**VIRGILIO SALAZAR ORREGO;**

meritísimo ex-Decano de la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas de este Instituto;

Que fue uno de los profesores fundadores de la mencionada Facultad, en la que se dedicó por entero a impartir sus valiosas enseñanzas,

**Acuerda:**

Dejar constancia de que deplora su fallecimiento y asociarse al dolor que aflige a su familia y de manera especial al del señor Arturo Salazar Orrego, hermano del fallecido;

Concurrir al traslado de sus despojos mortales; y

Publicar este Acuerdo en la Revista ANALES y enviarlo autógrafa al señor Salazar Orrego.

Dado en Cuenca, a 1 de Octubre de 1966.

El Rector de la Universidad,  
GABRIEL CEVALLOS GARCIA.

El Secretario General,  
ALFREDO ABAD GOMEZ.

**LA FACULTAD DE CIENCIAS MATEMATICAS Y FISICAS DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,****Considerando:**

Que el día de ayer ha dejado de existir el señor doctor don

**VIRGILIO SALAZAR ORREGO;**

prestante miembro de la Sociedad Cuenca;

Que el doctor Salazar Orrego dedicó gran parte de su vida a la formación de la juventud Universitaria;

Que con sobra de merecimientos desempeñó la cátedra Universitaria en la Facultad y la función de Decano de la misma;

**Acuerda:**

Hacer suyo el pesar que aflige a la familia del ilustre deceso;

Delegar al señor Subdecano para que a nombre de la Facultad rinda póstumo homenaje al valioso ex catedrático, ex Decano y Profesor Honorario desaparecido;

Asistir en Corporación a los servicios fúnebres;

Publicar el presente acuerdo por la prensa local;

Dado en la Sala de sesiones de la Facultad de Ciencias Matemáticas, el día de hoy primero de Octubre de 1966.

El Decano de la Facultad,  
LUIS E. LOAIZA JARAMILLO.

El Subdecano de la Facultad,  
MEDARDO TORRES OCHOA.

#### Los Profesores:

Marco T. Erazo Vallejo, Enrique Hinojosa Cobos, Carlos Heredia Carrión, Hernán Vintimilla Ordóñez, Raúl Carrasco Zamora, Eugenio Castro Ledesma, Juan Neira Carrión, Arturo Ramírez Aguilar, Rafael Vélez Jaramillo, Jorge Burbano Moscoso, Fernando Malo Cordero, Julio C. Verdugo C., César A. Ochoa O., Ulises Sotomayor Villegas, Gustavo Castro Pozo, Jorge Vélez Jaramillo, José M. Pérez Carrión, Vladimiro Cordero Ordóñez, Claudio Corral Borrero.

#### Los Representantes Estudiantiles:

Eloy Palacios, Juan Alvarado V., Klever Valle C., Antonio Ochoa.

El Secretario de la Facultad,  
JULIO GONZALEZ MOSCOSO.

#### INGENIERO JAIME ROSALES CAMPOSANO

En plenitud de edad, cuando la vida le ofrecía anchos campos para sus actividades profesionales, de político sincero y de guía cariñoso de la familia amorosamente formada, la muerte cegó inclemente su preciosa existencia. La sociedad toda lamentó la prematura desaparición de Jaime Rosales Camposano y le tributó un homenaje de verdadero afecto.

La Universidad, en la que obtuvo su título de Ingeniero y a la que sirvió ya como Profesor de la Facultad de Ciencias Matemáticas, ya como constructor de algunos de sus edificios en la Ciudad Universitaria, se sumó a ese homenaje.

La Facultad de Ciencias Matemáticas dictó un acuerdo necrológico, cuyo texto vió la luz pública en la prensa diaria, concebido en estos términos:

#### LA FACULTAD DE CIENCIAS MATEMATICAS Y FISICAS DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,

#### Considerando:

Que el día de hoy ha dejado de existir en la ciudad capital de la República el distinguido Ingeniero Civil señor don

#### JAIME ROSALES CAMPOSANO;

Que el Ingeniero Rosales Camposano desempeñó con todo éxito la cátedra universitaria en la Facultad de Ciencias Matemáticas;

Que la desaparición del señor Ingeniero Rosales Camposano constituye una irreparable pérdida para la sociedad y la técnica;

#### Acuerda:

Asociarse al justo pesar que aflige a la familia del que fué señor Ingeniero Jaime Rosales Camposano, de manera especial a su dignísima esposa doña Cristina Heredia Carrión así como a su hermano político Ingeniero Carlos Heredia Carrión, prestigioso profesor de la Facultad.

Asistir en corporación a los servicios fúnebres previos a la inhumación;

Enviar una ofrenda floral;

Delegar al profesor Ingeniero Marco T. Erazo Vallejo, Vicerrec-

tor del plantel para que a nombre de la Facultad rinda póstumo homenaje al desaparecido colega.

Dado en la sala de sesiones de la Facultad de Ciencias Matemáticas, el día de hoy primero de octubre de mil novecientos sesenta y seis.

**El Decano de la Facultad,**  
LUIS E. LOAIZA JARAMILLO.

**El Subdecano de la Facultad,**  
MEDARDO TORRES OCHOA.

#### Los Profesores:

Marco Tulio Erazo Vallejo, Enrique Hinojosa Cobos, Jorge Burbano Moscoso, Claudio Corral Borrero, Vladimiro Cordero Ordóñez, Eugenio Castro Ledesma, Arturo Ramírez Aguilar, Gustavo Castro Pozo, Jorge Vélez Jaramillo, Fernando Malo Cordero, José M. Pérez Carrión, Juan Neira Carrión, Ulises Sotomayor Villegas, Rafael Vélez Jaramillo, Hernán Vintimilla Ordóñez, Julio C. Verdugo Cabrera, Raúl Carrasco Zamora.

#### Los Representantes Estudiantiles:

Eloy Palacios, Juan Alvarado Vintimilla, Klever Valle Carrera, Edgar Antonio Ochoa.

**El Secretario de la Facultad,**  
JULIO GONZALEZ MOSCOSO.

En la capilla ardiente que en el Salón de la Ciudad erigió el Cabildo para honrar la memoria de quien a la sazón ejercía funciones de Concejero Municipal, el Ing. Marco Tulio Erazo Vallejo, Vicerrector de la Universidad, en cumplimiento de la delegación que la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas de la Universidad le dió, hizo el elogio fúnebre del Ing. Rosale con estas sencillas pero sentidas frases:

Sonriente, mirada franca, apretón de manos cálido, saludo atento, aureola que envuelve a los que le rodean y los atrae a la maravillosa esfera de la amistad;

Hombre de principios, honrado a cabalidad, severo con la injusticia, amoroso de su Patria, defensor nato de los intereses de su ciudad, decidido por sus ideas, preocupado por la suerte de los desposeídos;

Profesional distinguido y con amplia experiencia acopiada dolorosamente, constructor de primera categoría, fiel cumplidor de sus contratos, defensor indeclinable de su profesión y fuerte baluarte contra el empirismo;

Esposo amante, padre cariñoso, hijo y hermano bueno, hombre de hogar. He aquí los atributos de quien, en dolorosa circunstancia, nos hemos reunido a rendirle un postrer homenaje. Porque estas cualidades de Jaime Rosales Camposano como amigo, ciudadano, profesional y hombre constituyeron su multifacética personalidad que, como el diamante, fué labrada con duros abrasivos sin que, por desgracia, hayamos llegado a apreciar todo su brillo por su prematura partida.

Estoy ante ti, Jaime, en representación de nuestra Universidad, de tu Universidad y Facultad donde dejaste un ejemplo de rectitud al separarte cuando viste que no las ibas a servir como se merecen, eso no lo hace cualquiera; se necesita valor y honradez.

Estoy aquí en representación de tu Universidad; tu la construiste, lo sabemos, a costa de múltiples sacrificios no solamente morales o intelectuales, por eso es también tuya materialmente y eso lo recordaremos y te agradeceremos siempre y cada vez que nos refugiemos en los acogedores ambientes que tú materializaste. Tu estarás presente, a travez de tu obra, en nuestro silencioso estudio, en las decisiones de la vida universitaria, en sus manifestaciones culturales, en el ambiente severo de su biblioteca.

Te confieso, recibí en forma renuente el encargo de despedirte; es que tu comprendes lo que eso significa para la mayoría de los hombres de tu profesión; pero lo he aceptado quizá porque dada la privilegiada situación de ser, además, uno de tus amigos, sentí deseos de decirte lo que tantas veces había deseado mientras podías oírme y no lo hice porque la sensibilidad de las personas lo veda. Estoy seguro que te habrías sentido incómodo.



No son mis capacidades y peor lo es mi elocuencia apta para expresar o tratar de interpretar el decisivo paso de la vida a la muerte; siempre tratamos de buscar palabras de consuelo, algo que nos dé la ilusión de prolongar las relaciones entre el que se va y los que quedamos; es que en realidad, querido amigo, la vida con todos sus sinsabores y felicidades es digna de vivirse y lo es aún más cuando, quien la posee, la dignifica. Todos amamos la vida y por eso la muerte es la experiencia más dolorosa para los que siguen vivos; eso no podemos ocultarlo, por lo menos nuestra idiosincrasia no lo permite y nuestra alma se desgarrará y quizá nuestros ojos lloren con tu ausencia, porque somos así y no lo ocultamos.

No te llame la atención el gran panorama de dolor que dejas entre los tuyos a quienes supiste prodigar cariño con tus manos señaladas por la muerte; no te llame la atención el vacío y desconcierto que dejas entre tus colegas y amigos a quienes guiaste desde la Presidencia de la Sociedad de Ingenieros y Arquitectos, ni tampoco te coja de nuevo la falta que vas a hacer a tu ciudad; nosotros sentimos y lloramos a nuestros muertos; rechazamos de plano el aforsismo de que "a rey muerto rey puesto"; cada uno tiene su lugar entre nosotros y ahí se queda.

Comprendemos que con tu prematura muerte te llevas mucho, pero también sabemos que nos dejas mucho y que tus actos cual pesados cantos de roca que llegan al mar, se sedimentarán en nuestra conciencia como ejemplo digno de imitarse.

Tu ansia de lucha contra lo injusto, caduco y banal; tu interés por tu ciudad, tu preocupación por los desposeídos, tu amor por la Patria se prolongarán al través de nuestras vidas. Ese es tu legado

\*  
\*   \*  
\*

#### SEÑOR DOCTOR ALFREDO PEREZ GUERRERO

La Universidad Ecuatoriana está de duelo por la desaparición corpórea de este perinclito servidor de la Patria y de sus más calificadas instituciones.

Dedicado por entero a la faena docente en la Universidad Central de Quito, a la que engrandeció moral y materialmente, se constituyó en fervoroso defensor de la autonomía universitaria, blanco de los más enconados e incomprensivos ataques. Puede afirmarse que murió luchando por la supervivencia de ella, pues sus dos últimos libros "La Universidad Ultrajada" y "Semillas al Viento", constituyen la más alta expresión de lo que se puede hacer por el imperio de esa autonomía. Perseguido por el último gobierno de facto, no cejó en la batalla y la muerte le encontró firme en el combate y apasionado por su obra.

Jurista, parlamentario, político de avanzada, escritor atildado, conductor de la juventud, ilustre Rector de la Universidad Central, catedrático de Derecho Civil, autor de renombrados textos didácticos, Procurador de la Nación, Ministro de Estado, Concejero Municipal, todas las funciones que se le confiaron las desempeñó con brillantez y acrisolada honorabilidad. Los desmanes de la política no pudieron opacar ese brillo.

Unido por vínculos espirituales a la Universidad de Cuenca, esta alta Casa de Estudios ha sentido hondamente su muerte y en testimonio de ella expidió el siguiente acuerdo:

#### EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE CUENCA,

##### Considerando:

QUE ha dejado de existir EL SEÑOR DOCTOR DON ALFREDO PEREZ GUERRERO, vinculado por estrechos lazos a esta Casa de Estudios;

QUE el SEÑOR DOCTOR PEREZ GUERRERO dedicó su vida a la formación de la juventud ecuatoriana como profesor de segunda enseñanza, como catedrático y Decano de la Facultad de Jurisprudencia y Rector, por varios periodos, de la I. Universidad Central de

Quito y como autor de obras didácticas de enorme valía científica y literaria;

QUE el SEÑOR DOCTOR PEREZ GUERRERO defendió con denuevo y convicción indeclinable la autonomía universitaria en los diferentes planos en que actuó y muy especialmente como catedrático y dirigente universitario, en el Parlamento Nacional y en sus obras;

QUE, además, el DOCTOR PEREZ GUERRERO sobresalió como jurista de primer orden, como parlamentario, como literato, como político democrático, como elevado funcionario del Estado, como servidor de la Patria y como ciudadano ilustre y eminente;

QUE la Universidad Central, con la muerte del DOCTOR PEREZ GUERRERO, pierde a uno de sus más valiosos miembros y a uno de los mejores propulsores de su progreso espiritual y material,

#### Acuerda:

Dejar constancia de que deplora por la prematura muerte de tan preclaro hombre público y asociarse, de manera sentida e íntima, al duelo que embarga a su distinguida familia y a la I. Universidad Central del Ecuador;

Recomendar el nombre del DOCTOR ALFREDO PEREZ GUERRERO a las actuales y futuras generaciones, como el de un consagrado Maestro y adalid de las más nobles causas, especialmente de las de la Universidad Ecuatoriana;

Rendir en fecha oportuna homenaje público a su memoria;

Izar a media asta el pabellón de la Universidad en señal de duelo, por dos días, e inscribir en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD este acuerdo de condolencia cuyo autógrafo se enviará a la familia del ilustre extinto y a la Universidad Central, destacando al efecto una comisión del seno del Consejo.

Dado en Cuenca, a 20 de noviembre de 1966.

**Marco Tulio Erazo Vallejo,**  
VICERRECTOR EN EJERCICIO DEL RECTORADO.

**Leoncio Cordero Jaramillo,**  
REPRESENTANTE DE LA ASAMBLEA  
UNIVERSITARIA.

**Víctor Lloré Mosquera,**  
REPRESENTANTE DEL MINISTERIO  
DE EDUCACION PÚBLICA

#### Los Decanos de las Facultades Universitarias:

Luis Monsalve Pozo, Alberto Alvarado Cobos, Luis E. Loaiza Jaramillo, Alejandro Serrano Aguilar, Marcelo González Moscoso, Hernando Acosta Crespo, Jorge Roura Cevallos.

#### Los Representantes Estudiantiles:

Raúl Andrade Zea, Johnny Moscoso Moreira, Juan Neira Carrasco, Diego Salazar González, Rosendo López Novillo, Felipe Moscoso Delgado, Rafael Arizaga Guerrero.

**Alfredo Abad Gómez,**  
SECRETARIO GENERAL DE LA UNIVERSIDAD

Con quietud, tiempo y dinero, Manuel J. Calle habría figurado como el príncipe del periodismo. Deslumbró con irradiaciones fulgurantes, hirió con ironías como dagas florentinas; pinchó, sobre todo en la polémica, más adentro de la epidermis, tal vez hasta muy cerca del corazón.

Alejandro Andrade Coello.

## CRONICA UNIVERSITARIA

1966

JULIO - DICIEMBRE

### INAUGURACION SOLEMNE DEL CURSO ACADEMICO 1966-1967

El primer día de labores docentes del ciclo escolar 1966-1967, es decir el diez y siete de octubre del año en curso, la Universidad de Cuenca llevó a cabo, con el esplendor y la solemnidad de costumbre, la ceremonia académica para declarar inauguradas las faenas universitarias en todas las Facultades, Escuelas e Institutos anexos.

Una numerosa y selecta concurrencia se dió cita en el Aula Magna de la Ciudad Universitaria. Las autoridades del Plantel y las de la ciudad ocuparon los escaños de honor. Concurrió también, especialmente invitado, el Ministro de Educación Pública, doctor Luis Monsalve Pozo, tan íntimamente ligado al Instituto por muchísimas razones. Todo el personal de profesores y los estudiantes, coparon las plateas inferior y superior. Presidió la ceremonia el Rector doctor Gabriel Cevallos García.

En primer término la Orquesta del Conservatorio de Música dejó escuchar las notas del Himno de la Universidad e inmediatamente subió a la Tribuna el Ministro de Educación Pública doctor Monsalve Pozo, para pronunciar las palabras iniciales del acto.

Luego se hizo entrega del título de Profesor Honorario al doctor José Carrasco Arteaga, catedrático de la Facultad de Ciencias Médicas que, después de más de treinta años de faena docente, se acogió a la jubilación.

Se otorgó un acuerdo en el que la Universidad hizo constar su gratitud para con el señor Lcdo. don Car-

La Memoria? Otro pasmo. Si hay Repúblicas-imperio, por qué no aplicar también el calificativo de imperiales a esas memorias que como las de Montalvo y Calle no olvidan jamás? Esas donde el recuerdo deja de serlo, para ser cosa que se ve y se palpa y vive en comunión íntima y constante con quienes gozan de tan admirable poder de resurrección, poder que los hace semejantes a dioses, pues es de dioses el no olvidar, el recordar eternamente...

Alfredo Baquerizo Moreno.

los Joaquín Córdova Malo, por haber contribuido de manera eficaz y principal para la consecución de rentas destinadas a la conclusión del plan de edificaciones de la Ciudad Universitaria.

Luego se procedió a discernir la Condecoración "Benigno Malo" a los más sobresalientes egresados del Plantel en el año escolar anterior, siguiendo de esta manera la ya arraigada tradición universitaria.

Y, por fin, el Rector doctor Cevallos García pronunció la primera lección del curso escolar que se iniciaba y se ofreció a los alumnos recientemente matriculados el saludo de estilo, número que corrió a cargo del estudiante de Filosofía y Letras, señor Mario Jaramillo Paredes.

La Orquesta del Conservatorio de Música, que ejecutó música selecta en los entreactos, entonó el Himno de Cuenca y se dió por terminada la ceremonia.

A continuación la Comisión Redactora de Anales transcribe las diferentes intervenciones, para que la reseña sea completa y para que quede fehaciente constancia de uno de los actos más trascendentales en la vida de la Universidad, como es el de iniciación de un nuevo año académico.

Con el atildado estilo que es propio del insigne Maestro y pulcro escritor señor doctor don Luis Monsalve Pozo, sus palabras, con las que se inició el programa, fueron éstas:

Permitidme que comience presentando mis gracias rendidas, mis profundos agradecimientos, al Sr. Rector de la más ilustre Casa de Estudios de la República, por su generosa invitación para que en esta hora propicia vuelva a encontrarme en mi propio hogar, en la Universidad de Cuenca, espíritu y meta de la cultura y de la Patria.

Ni un solo minuto, ni un solo instante, me he creído alejado del claustro universitario, al que me debo quizá por vocación y por destino. Siempre sus minutos han sido mis minutos. Y su alma

y su bandera, han animado y cubierto mi esperanza y mi camino... Qué orgullo, que unciosa satisfacción se enciende en el corazón, cuando en otras parcelas de la Patria o fuera de ella, se siente y se sabe formando filas entre quienes hacen la Universidad de Cuenca...

Por esto, en estos instantes, al comenzar nuestra Institución su nuevo año lectivo, permitidme que os hable, no como Ministro de Educación de la República, que, por otra parte, es un mero accidente, sino como Profesor universitario, que es lo permanente, lo sustancial o, si me permitís, el valor eterno que incide en las esencias mismas del espíritu.

En verdad, en el Ministerio de Educación, me he sentido mandatario de la Universidad Ecuatoriana; y como tal, principalmente a esta Universidad, debo informe y cuentas. Os ruego vuestra atención a algunos puntos que los considero capitales.

Ahora el país, lo podría ya decir sin temor, comienza una nueva etapa en su vida de pueblo libre. Ayer, en las urnas, se ha definido su destino democrático, destino por el que esta Universidad, guiada por vos, Señor Rector, y por vuestros colegas, fue la primera en trazar su ancho y esplendoroso camino... Recordad que la Mesa Redonda realizada en esta Casona fué el origen de la Primera Junta Constitucionalista reunida en la República y que, de esta primera Junta, surgieron las legiones que trituraron a la Dictadura e izaron en el Capitolio las banderas de un Gobierno civil y civilizado, que supo en forma caudalosa cumplir el encargo recibido, conduciendo al pueblo a los más limpios comicios, tarea que será coronada el próximo TRES DE NOVIEMBRE, día de Cuenca, la fecha áurea de nuestra historia... Así en este día, la Asamblea Nacional, expresión auténtica de la soberanía nacional, recibirá el Poder y el actual Gobierno habrá entonces cumplido a cabalidad con su máxima obligación: retornar al País al estado de Derecho!

Mis cuentas, distinguidos amigos, tenían que comenzar por este capítulo, porque, precisamente este capítulo, es el pórtico de una nueva etapa en la vida no sólo de la nación, sino, preferentemente, en el de la Universidad.

Así como el Gobierno asumió el Poder, una de sus misiones principales, fué romper la Carta de Esclavitud de la Universidad,

que había amarrado su fe y su esperanza. Luego, la nueva Ley de Educación Superior, garantizó sus fueros, su autonomía, su libertad, su cogobierno y aun decretó inviolables sus predios y recintos...

Seguramente lo sabeis, se me ha acusado que he convertido a la Universidad Ecuatoriana, en una Universidad comunista o, cuando menos entregada al comunismo... La demagogia preelectoral o, quizá, quiero suponer, la falta de conocimiento no sólo del proceso que originó la nueva Ley de Educación Superior o, talvez, el desconocimiento de lo que es una Universidad comunista, son, quiero suponer, las razones que explicarían tan ruda afirmación. La nueva Ley de Educación Superior, que libertó a las Universidades y rompió sus ataduras, nació del seno mismo de las Universidades, de su propia entraña: universidades estatales, universidades particulares, lo que vale decir entre nosotros, universidades católicas y las dos Politécnicas, conformaron el Proyecto que el Gobierno, con sensibilidad patriótica y con absoluto conocimiento del momento histórico que vive la humanidad, convirtió en Ley de la República. La Universidad de los regímenes totalitarios —sean de derecha o de izquierda— son universidades atadas al Estado y controladas por él... La Universidad Única, sin autonomía, sin cogobierno, sin libertad, es la Universidad comunista o falangista. Su mente es la mente del gobierno, su ámbito es el ámbito del Gobierno y sus metas son las metas del Gobierno. En cambio las Universidades ecuatorianas, sean las nacionales o las particulares, son libres con la más bella libertad; son autónomas con la más grande autonomía y son regidas por el cogobierno entre maestros y alumnos, con la más grande de las armonías...

Pero, cabalmente, por estas características, la nueva Universidad ecuatoriana y esta querida Universidad de Cuenca, tienen nuevas y más grandes responsabilidades. Se hallan en el caso de demostrar que son dignas de su libertad y de su autonomía y se hallan frente a la obligación de demostrar con amplio testimonio que pueden vivir dirigidas por el cogobierno de maestros y de alumnos... La Universidad, así, está obligada y tiene que demostrar, junto con su capacidad, su madurez para vivir objetivamente su nuevo estatuto de libertad, de paz, de trabajo y de sabiduría. Conductora del pueblo y de sus destinos, debe ante todo y sobre todas las cosas, saberse conducir...

En verdad, distinguidos maestros y alumnos, distinguidos ciudadanos que me escucháis, es preciso convenir que la misión de la Universidad es una ardua misión. Su problemática en este mundo convulsionado y trágico que vivimos, es enredada, es heterogénea y al propio tiempo, de gran responsabilidad... Don Felipe Herrera, con su mirada inquisidora de hombre de negocios y hombre de gran cultura, en palabras llenas de ponderación, ha fijado esa difícil problemática en sus límites verdaderos y justos:

"En primer lugar, lo ha dicho, he de referirme a la situación actual de las universidades de América Latina, sobre las cuales constantemente escuchamos juicios y comentarios que reflejan preocupación y hasta alarma. Tales juicios y comentarios no sólo emanan de nuestros propios países. También se expresan reiteradamente en Estados Unidos y Europa..."

"En efecto, se cree ver en la participación activa del estudiante en la vida política de su respectivo país y en los pronunciamientos de los organismos estudiantiles sobre los problemas político-sociales o de carácter internacional, la existencia de una crisis profunda que no sólo desquicia el auténtico sentido universitario sino que compromete el futuro mismo de la Universidad..."

"Frente a esta preocupación, estimo que no puede pretenderse que las universidades dejen de reflejar los tremendos problemas y las críticas circunstancias que configuran nuestra realidad de región en desarrollo. Las dificultades y tensiones que se derivan de una situación general, caracterizada por el insuficiente desarrollo económico frente a la creciente presión demográfica; el injusto reparto de la riqueza frente al ansia de mejoramiento de las grandes masas populares; el éxodo de la población rural a las ciudades, frente a la incapacidad de absorción por parte de la incipiente industria, de esa fuerza de trabajo desplazada; la formación frente a todos los factores adversos, de una nueva clase media que demanda nuevas oportunidades y reclama nuevas responsabilidades; la influencia del debate ideológico mundial, etc., son realidades que tienen que reflejarse en las Universidades"...

Esta cita de quien tiene en sus manos la conducción económica

de nuestra América, es por sí elocuente. Y ella nos dice, respetables amigos, que es inevitable que todos los problemas enunciados repercutan en nuestras altas Casas de Estudio... "Lo extraño, lo insólito, lo alarmante sería que no ocurriera así... Una Universidad tranquila y quieta en países que viven un proceso tan intenso de transformación, sería un contrasentido y hasta podría decir una rémora"... continúa el mismo banquero de las Américas. Por mi parte he preferido siempre el agua cristalina y bravía, el agua que cae tumultuosamente en espumas, a la mansa y estancada, que se daña y se pudre... Pero si todo esto es una gran verdad, es también cierto que este momento espiritual de las universidades, se vuelve más agudo y quizá vehemente, porque está viviendo un conjunto de problemas de tipo interno, que impactan principalmente en su economía. Las universidades están soportando un verdadero alud de necesidades, escribe el destacado maestro colombiano que hemos citado. Pero este orden de cosas que es general para todos los países, es mucho más grave en el Continente del Tercer Día de la Creación y en este Continente, aquí, en el Ecuador... Latinoamérica, de acuerdo con cálculos estadísticos y censales, duplica su población cada 27 años y en poco más de 30 tendrá 600 millones de habitantes... El 45% de la población latinoamericana tiene menos de 15 años de edad, es decir, que 90 millones de niños y adolescentes reclaman educación y, por ende, reclaman ingresos que no aparecen por ninguna parte, porque sencillamente sus fuentes están supeditadas a la voracidad foránea y a las oligarquías internas... Y de aquí el drama y de aquí la tragedia...

Este impacto se siente también en esta Universidad. En esta Universidad que, hasta hace pocos años, contaba tan sólo con sus dos viejas y novilísimas Facultades —las de Jurisprudencia y Medicina— y que hoy, tocada por la varita mágica de su propia energía, respondiendo a las necesidades del ambiente y del mundo, de nuestra demografía y de nuestras necesidades, armada de todas las armas, cuenta ya con casi todas las Facultades y todas en marcha ascendente, con el espíritu claro que pregona la vocación de cultura y de libertad de esta tierra democrática y libérrima... El Gobierno actual está haciendo lo posible por resolver sus necesidades urgentes. Espero que la próxima Asamblea Constituyente, cuando menos confirmará los Presupuestos que presentaremos, no solamente para esta Casa Nuestra, sino para toda la educación de la Patria.

Pero, de otra parte, es preciso vencer las dificultades que he anotado. La Universidad de Cuenca, como ninguna otra, ha poseído la virtualidad de conducir y de conducirse siempre triunfal en medio de todas las asechanzas. ¿Por qué también en esta hora incierta, pregunto, ella, nuevamente, no ha de conducirse a puerto seguro?...

Además, es preciso apuntar, los valores económicos, si conforman una honda estructura, no constituyen sin embargo, por sí solos, el hacerse integral de ninguna sociedad. El hombre, el valor hombre, es desde siempre, la "medida de todas las cosas"... Por esto que la Universidad de Cuenca, tiene, como tal, por encima de todas las negociaciones, una más grave responsabilidad: la preservación de su patrimonio espiritual heredado a travez de casi ya una centuria; y estoy seguro, este patrimonio, no solamente que lo va a conservar, sino que lo acrecentará. "Nuestra historia, nuestra historia de raíz genuina, nuestras tradiciones, nuestra lengua, nuestra literatura, no tienen por qué ser avasalladas o pervertidas pretextando las necesidades de adaptación o, yo lo diría, pretextando nuestras necesidades económicas... En el Ministerio de Educación, estamos en estos días en tensa lucha por conservar nuestro patrimonio espiritual y nuestros derechos de pueblo soberano, de nación libre no importa que pequeña y pobre, frente a las asechanzas de préstamos que, con la mascarilla de una fementida alianza y con el signo falaz de unas manos que se estrechan, tratan sencillamente de explotarnos y de convertirnos en colonia.

Que esta querida Casa de Estudios, conserve en alto su dignidad y su honor. Que conserve ese sello inconfundible de universidad ciento por ciento cuencana, que con tanta sabiduría y con tanto honor, le imprimieron Luis Cordero, Honorato Vázquez, José Peralta, Remigio Crespo, Octavio Díaz y que vosotros habéis sabido conservar y acrecentar mis distinguidos amigos, colegas y superiores, Srs Drs. Carlos Cueva Tamariz y Gabriel Cevallos García, ilustres Rectores de la más ilustre Universidad de la Patria, son los votos de este modesto Profesor, que luego de cumplida la misión que vosotros me encomendásteis en el Gobierno, vuelve a su cátedra y a su labor cotidiana...

El Profesor de la Facultad de Jurisprudencia, doctor Agustín Cueva Tamariz, fué el encargado de ofre-

cer el título de Profesor Honorario de la Facultad de Ciencias Médicas al doctor José Carrasco Arteaga y lo hizo en estos términos:

En la inestable marcha del mundo de hoy, en el que se desplazan los clásicos valores que equilibran la vida, sin que resplandezcan en una escala más justa y armónica los nuevos, destinados a señalar otra etapa en la marcha progresiva, o en espiral, de la existencia humana; cuando una negativa filosofía existencialista quiere contemplar al hombre como si fuese una esfinge envuelta en el panorama desconcertante del desierto, en cuya inmensidad resuena el eco de la frase desgarradora de Sartre: "El Sér está demás..." Filosofía de la angustia existencial que es fermento y razón de todos los desequilibrios y de todas las frustraciones en la aspiración humana de crear, cada día nuevas formas de vida. En medio de este panorama desolado, que pretende gravitar sobre nuestra conciencia, es consolador para nuestra mente y reconfortante para nuestro espíritu esa exultante afirmación neohumanista que ha venido expresando esta Universidad de Cuenca al enseñarnos que todavía debemos tener fe en el hombre que forja, a golpes de luz, el mundo histórico dentro del cual se desenvuelve, con la convicción de que la vida es obra permante, triunfo eterno, montaña arriba, roca adelante; que la vida es fuerte, es trágica, es enorme para realizarnos en ella y para que el bien, y la belleza y la verdad y la justicia sean algo más que sueños admirables.

Sólo así hemos de lograr esa serena ecuanimidad que debe reemplazar al actual culto decadente de la angustia, sin buscar la ataraxia en el sentido de los escépticos, que es privación y renunciamiento, sino esa otra ataraxia que Demócrito nos enseñó hace veinticinco siglos como felicidad animica, estado afectivo de serena alerta, clarividencia en el orden de la acción, fortaleza del hombre para ser imperturbable ante las fuerzas negativas y capacidad para darle vida hasta la urdimbre de un ensueño, como quiere el médico y humanista Martí Ibáñez.

Esta ilustre Universidad de Cuenca —repito— nos alienta con la cálida vivencia de cada día. Al influjo de esa comunión sagrada entre maestros y discípulos, al calor del diálogo y a la luz del espíritu, viene ofreciendo a las generaciones del porvenir una nueva for-

ma de vida guiada por los más altos valores del espíritu, guiándolas por los tres caminos, simultáneos y diferentes a la vez: el de la investigación científica, el de la docencia perfecta y el de la profesión práctica.

Y como una lógica consecuencia de esta honda actitud espiritual, la Universidad de Cuenca ha querido —en estos solemnes momentos de la iniciación del nuevo año lectivo— honrar los méritos docentes de una de las personalidades más señeras y significativas de su claustro de profesores, el Sr. Dr. Dn. JOSE CARRASCO ARTEAGA, que ha venido desempeñando, con lucidez y con decoro, su misión de catedrático por más de veinticinco años ininterrumpidos y que hoy se acoge ya a un justo y merecido reposo, luego de su larga, ardorosa y dura jornada intelectual.

Bien se que mi modesta palabra no puede ser intérprete fiel de los sentimientos del Gobierno universitario en este acto de estricta justicia; el honroso cometido que se me ha dado tiene para mí la explicación de la constante armonía afectiva mantenida con el colega y el amigo en más de seis lustros que han corrido, raudos y veloces.

Y esos años me han enseñado que la condición de médico tiene, con la de las demás profesiones, un punto de diferencia trascendental y capitalísimo. El médico que acepta, en plenitud de conciencia y en totalidad de entrega, su situación de tal, no ejerce —propiamente hablando— una carrera o una función, sino que toma un estado, es decir, responde con la integridad de su persona y de su vida. Y el Dr. JOSE CARRASCO ARTEAGA ha sido siempre el médico que, por derecho, ha merecido la esencialidad de ese calificativo, que es condición de entrega total en latitud y en profundidad.

Las raíces de toda vocación llegan hasta el centro persona de la vida del hombre que la siente y el doctor CARRASCO ARTEAGA ha sido un médico ilustre por vocación y por temperamento; acaso por esa vigorosa afición nativa a la contemplación del mundo cósmico, a su entusiasmo, casi romántico, por la Naturaleza y a ese vehemente afán de precisión, de exactitud y de minuciosidad de observador, porque la medicina ha sido siempre, y debe ser, una ciencia basada en la observación, y el médico no sólo debe ver sino saber mirar e interpretar luego rectamente lo visto.

Puntual en sus actos, estricto en su palabra, sobrio en sus gustos, modelando a solas su propia personalidad, el Dr. CARRASCO iba a enseñar después a modelar las suyas a los hombres nuevos. Alguien definió a una vida superior como un ideal de juventud realizado en la edad madura. Y José CARRASCO ARTEAGA ha cumplido con su deber de acumular su experiencia en la cátedra y en la vida sin apagar su lozanía: su madurez es todavía plenitud. Y como el árbol ha cumplido con su destino: reverdecer y extenderse.

Siempre puso sus esperanzas en la juventud, a la que consagró su pensamiento durante su fecunda actividad intelectual. Pero no sólo comprendió que la juventud es el descubrimiento de un horizonte infinito, sino que puso en ella todas sus esperanzas para la gran tarea que los nuevos tiempos habían de reclamar a la ciencia con ineludible imperio.

Su saber profundo y preciso, su aptitud magistral y su devoción por el deber hicieron del Dr. CARRASCO ARTEAGA un auténtico Maestro que mereció la Condecoración al Mérito Educacional, conferida por el Gobierno Constitucional del Presidente Carlos Julio Arosemena, en el año de 1963.

Esta Universidad de Cuenca, señor doctor JOSE CARRASCO ARTEAGA, os confiere el título de Profesor Honorario y hace público y solemne reconocimiento de vuestra misión de sembrador afanoso en los surcos de la cultura para la grandeza de esta tierra, cuya función vital tiene hondas raíces en el espíritu y en la historia.

Y que vuestra personalidad, nutrida del saber copioso y tamizado y del don de enseñar generosamente, ilumine a las nuevas generaciones médicas en su tormentosa búsqueda de la verdad de la ciencia, hito terminal de nuestras andanzas.

El texto del Diploma dice así:

#### EL H. CONSEJO UNIVERSITARIO DE CUENCA,

de acuerdo con lo dispuesto en el Estatuto del Plantel, cumple con el deber de hacer público su agradecimiento al distinguido catedrático, Doctor

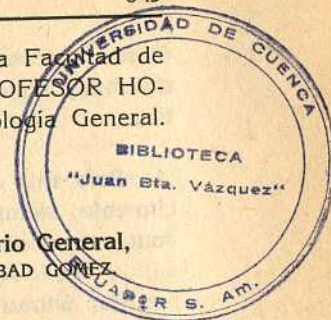
JOSE CARRASCO ARTEAGA,

quien, luego de cumplir treinta años de servicio en la Facultad de Ciencias Médicas es acreedor al nombramiento de PROFESOR HONORARIO en las cátedras de Patología Interna y Patología General.

Cuenca, a 17 de Octubre de 1966.

El Rector,  
GABRIEL CEVALLOS GARCIA.

El Secretario General,  
ALFREDO ABAD GÓMEZ



Y el doctor Carrasco, a su vez, agradeció el homenaje que se le tributaba, con estas breves frases:

"Primeramente presento mi agradecimiento a mi dilecto amigo, compañero y co-profesor por su elogioso concepto. Es su proverbial gentileza que ha hecho encontrar en mi las más altas cualidades que pueden adornar a un hombre.

A Vos meritisimo Sr. Rector, a vosotros ilustres Miembros del Honorable Consejo Universitario, hago presente el testimonio de mi más profundo reconocimiento por haberme otorgado el nombramiento de Profesor Honorario.

Este enorme acontecimiento en mi vida, marca una nueva etapa; y otra vez, como hace treinta años me señala el rumbo de mi existencia.

Creí ayer, cuando por un mandato de mi conciencia y mi reflexión debía dejar la cátedra, que ya no era nadie, que la gloria de ser es efímera, que la grandeza humana, como los grandes placeres tan sólo duran un instante; más vosotros habéis perpetuado en mí la satisfacción de sentirme aún poseedor de este don.

Quiero dejar constancia de imperecedera gratitud para la Universidad de Cuenca, para esta noble y grande Alma Madre, quien al través de treinta años, ha sabido instruir mi inteligencia, educar mi alma, fortificar mi voluntad y robustecer mi cuerpo; en Ella quiero tributar un recuerdo de cariño, veneración y gratitud a mis Maestros: Mogrovejo Carrión, Dávila Córdova, Crespo Astudillo, Cisneros y Barcenás, Toral León, Loyola García, Cuesta Vintimilla, Díaz Cueva, muchos de los cuales ya han pasado el linde de la vida; Ellos



fueron quienes al iniciar mi carrera docente supieron apoyarme, dirigirme y conducirme en el sendero que siempre fué áspero y difícil.

Para mis compañeros de aula, igualmente consigno mi reconocimiento, siempre disfruté del aprecio y consideración; compartimos continuamente las dichas y amarguras de la enseñanza.

Por último para mis amados discípulos, las más cumplidas gracias, pues también vosotros contribuisteis para mi éxito como maestro, proporcionándome un ambiente de paz, de sosiego, de tranquilidad y de confianza, tanto en el aula como en las salas de hospital junto al lecho del doliente enfermo. Ambiente de paz, sosiego y confianza tan indispensables para el éxito de la enseñanza."

El Ing. Marco Tulio Erazo Vallejo exaltó la actitud del señor Carlos Joaquín Córdova Malo por su gestión encaminada a obtener fondos especiales para dar cima al plan de construcciones de la Ciudad Universitaria y pronunció el siguiente discurso:

Por encargo del señor Rector me ha tocado la honrosa distinción de ser quien agradezca a Don Carlos Joaquín Córdova Malo por los invalorable servicios prestados a la Universidad de Cuenca.

Ante todo, distinguido señor, permitidme que os califique de verdadero cuencano, patriota y hombre universistario y, creedme, que al daros estos calificativos que los merecéis, no solo por derecho sino también por ancestro, estoy reconociendo las cualidades fundamentales del ciudadano íntegro.

La Universidad de Cuenca es una Universidad que se caracteriza por la honradez moral de sus componentes y por la sinceridad y amor con que la sirven. Todos sentimos que tenemos entre manos la gran responsabilidad de hacer que desempeñe a cabalidad su función dentro de la sociedad; y creemos y afirmamos, que la Universidad no es de los profesores ni de los alumnos, ni tan siquiera de Cuenca a pesar de que así se llama; es, ante todo, una universidad ecuatoriana; todos los que actualmente la conformamos somos un accidente y nuestra mayor responsabilidad es hacer que la Uni-

versidad de hoy sea mejor que la de ayer y de dejarla con suficiente empuje para que las generaciones venideras sigan sintiendo que su Universidad es mejor que la que dejamos nosotros.

Creo, Sr. Córdova, que vos habéis contribuido grandemente a afirmar muchos de nuestros ideales al haber asumido el papel de principal gestor para que se realice un acto de justicia con nuestra Casona que ha sido preterida por los poderes públicos y que tampoco ha recibido ayuda externa por el simple hecho de que no ha querido renunciar a su personalidad y a ser una Universidad típicamente ecuatoriana, hecha a nuestra medida y con nuestros esfuerzos. Si alguien, alguna vez, desea apoyarnos bajo estas condiciones será bien recibido; en caso contrario mantendremos bien en alto el carácter de nuestra Universidad, forjado al travez de arduo trabajo y experiencia de hombres recios, sabios y bien intencionados.

Ya véis otro aspecto de nuestra Casona que puede mantenerse incólumne gracias a vuestra gestión.

Nosotros sentimos que hay un despertar entre la gente, que ya nadie se conforma con solo saber leer y escribir, que todos aspiran a una situación mejor y estamos un tanto desconcertados porque no podemos captar el problema para resolverlo íntegramente. Deseáramos tener gran capacidad económica para afrontarlo; podríamos hacer en lo que respecta a dar nuevos rumbos a nuestra juventud y a mejorar enormemente los que impartimos. Tenemos suficiente confianza en lo que estamos haciendo, tenemos ideales y metas, imprimimos constancia a nuestros actos; no somos una Institución muerta ni tan siquiera con signos de caducidad y aún tenemos suficiente capacidad de equivocarnos y aprender. Todas nuestras Facultades tienen núcleos de profesores y alumnos con inquietudes, que trabajan constantemente tratando de dar un paso firme hacia adelante, por pequeño que sea.

Creemos en el cogobierno como un sistema realizable por el invalorable método de conversar y razonar y sostenemos que la Universidad es, al mismo tiempo, impersonal y humana no en el sentido caritativo sino comprensivo.

El problema de la Universidad actual es formidable, ya no po-

demos dedicarnos a enseñar una sola rama de la actividad humana como Ingeniería, Medicina, Química, etc., si sabemos que cada una de éstas llevaría una vida en aprenderla a conciencia. El saber humano de hoy no es el atributo de una sola persona sino el esfuerzo de muchas personas en muchos campos; esfuerzo que se va sintetizando en nuevos inventos y aplicaciones, en nuevas concepciones filosóficas, en nuevas maneras de ser de las gentes, en nuevas tendencias de organización social y no debe llamarnos la atención que la humanidad luche al mismo tiempo que habla de paz y que pugne por llegar a la luna mientras que los que quedan en tierra pugnan por alcanzar sus derechos fundamentales: libertad con honor y vida con pan y techo.

La Universidad de hoy debe representar el conocimiento colectivo y debe tender a llevar a la humanidad hacia adelante, de síntesis en síntesis hacia la utópica e inalcanzable Gran Síntesis.

Mientras más aspectos del saber humano pueda abarcar una Universidad es más completa, por eso nosotros aspiramos a ir ampliando nuestra capacidad de instruir a la gente y darle nuevas normas y facilidades de vida, al mismo tiempo que tratamos de guardar celosamente los principios fundamentales sobre los cuales se ha cimentado el desarrollo espiritual y material del hombre y estamos buscando y definiendo nuevos principios sin perder de vista que todo principio no puesto en duda es un principio que nace muerto. Queremos ir dejando en el espíritu de la juventud la sensación de que, realmente, somos limitados, de que podemos mejorar todo lo que hacemos o sustentamos pues esa es la única manera de proyectarnos hacia el futuro.

No es el papel de la Universidad impartir conocimientos solo al nivel profesional; no compartimos la idea de que la enseñanza debe ser eminentemente práctica e investigativa hechándonos a espaldas la instrucción teórica; procuramos dosificar lo mejor que podemos ambos aspectos de la formación universitaria, pues no estamos formando máquinas sino hombres pensantes, que sepan lo que hacen y la razón de las cosas. Naturalmente, somos limitados y nos falta mucho tanto en el aspecto teórico como en el práctico.

No pretendemos ser una institución esencialmente teórica y de

alto nivel de ejercicio intelectual, pero tampoco tendemos a ser una institución que se asemeje a un taller donde basta la simple habilidad manual y de observación, pues si seguimos solo este último camino es posible que lleguemos a descubrir cosas que ya se descubrieron hace cien años. Esperamos con el tiempo poder separar estos dos tipos de enseñanza para aprovechar mejor las capacidades, por hoy creo que nuestra enseñanza debe regirse por un ponderado término medio.

Perdonadme Sr. Córdova y distinguidas autoridades y oyentes que me haya permitido hacer algunas elocubraciones cansando vuestra atención y alejándome del encargo de nuestra Universidad que es también la vuestra; es que la ayuda que habéis conseguido nos ha permitido dejar volar un poco la imaginación al descargarnos de la grave tarea de construir nuestra Casa y permitidme que os reitere una vez más la profunda gratitud de la Universidad de Cuenca por vuestra magnífica gestión en pro de ella y de la sociedad a la cual pertenecéis.

El Rector doctor Cevallos García puso en manos del señor Córdova Malo la correspondiente constancia redactada así:

#### EL H. CONSEJO UNIVERSITARIO,

habida consideración de los servicios prestados al Instituto por el distinguido funcionario público Señor Don

CARLOS JOAQUIN CORDOVA MALO,

quien, desde un elevado cargo de la administración, ha posibilitado el programa de edificaciones de la Universidad, deja constancia del agradecimiento del Plantel a tan meritisimo ciudadano, cuyo nombre quedará vinculado a la historia de nuestra Casa de Estudios.

Cuenca, a 17 de Octubre de 1966.

El Rector,  
GABRIEL CEVALLOS GARCIA.

El Secretario General,  
ALFREDO ABAD GOMEZ.

En cumplimiento de lo dispuesto en el Reglamento, la Universidad, en este año, entregó la Condecoración "Benigno Malo" a dos distinguidos egresados del Plantel en el año escolar 1965-1966 que, por sus méritos sobresalientes, se hicieron acreedores a la alta preseña: los señores Jaime Martínez Coronel, de la Escuela de Derecho y Luis Borrero Olives, de la de Ciencias Económicas. Llevó la palabra oficial, a nombre del Plantel, el Profesor de la Facultad de Ciencias Médicas, doctor Timoleón Carrera Cobos. Dijo el doctor Carrera:

"La marcha del tiempo perenne e inexorable marca día a día un hito más en el devenir de nuestra vida universitaria, señalando ya un hecho, ya un acontecimiento en el cotidiano laborar de este Santuario de Estudios; empero, a no dudar merecen especial atención hechos como el de hoy, en el cual en sobria y emotiva ceremonia se inician oficialmente las labores de un nuevo año escolar.

Acto trascendental en el cual se vislumbran nuevos horizontes, se abren nuevas esperanzas, se hacen nuevas promesas con el vivo y sano afán de superación, con el deseo vehemente del saber, de llegar a poseer la ciencia en sus vastos campos especulativos y científicos, humanísticos y prácticos.

En su esencia misma, este acto nos conduce a algunas reflexiones y consideraciones, tanto para los que hacemos docencia universitaria, como para los alumnos.

#### Labor docente:

Personalmente estimo, no habrá Profesor Universitario para el cual sea labor suave e indolente o de rutina la Cátedra Universitaria, pues que constituye un imperativo serio, una responsabilidad espiritual y moral el enseñar, educar conducir y orientar debidamente a los alumnos. Sabemos bien que las ciencias no se estancan, que permanentemente evolucionan y toman nuevas facetas merced al constante desenvolvimiento científico de todo género, determinando así a la transformación socio-económica y bioecológica del hombre y de las colectividades humanas, transformaciones quizá más activas

y notorias en nuestros días que en épocas pretéritas. Perennemente el catedrático tiene que actualizar sus conocimientos a base de doctrinas y hechos científicos reales y sancionados; analizarlos debidamente y luego en forma metódica y sintética llevarlos al alcance de sus alumnos, nó con el novedoso intrascendente sino con sana crítica ajustada a la verdad científica en todos sus aspectos. Considerando a todo rigor las innovaciones y transformaciones socio-económicas, así como aplicando las diversas adquisiciones de la ciencia y de la técnica contemporánea; igualmente en el conocimiento de estudios biomoleculares o biocelulares, que merced a la técnica electrónica, o a la aplicación de las diferentes fuentes de energía atómica o de las modernas radiaciones de tipo Laser, nos llevan al conocimiento más íntimo de la vida del hombre, de sus sistemas genético-celulares, de sus perturbaciones intrínsecas, y extrínsecas, y como corolario de las mismas a la manera de prevenirlas y de remediarlas.

La enseñanza universitaria en mi concepto, esencialmente debe cumplir los siguiente postulados:

Primero: La formación del alumno en los llamados ciclos de cultura general, y el conocimiento cabal y completo en las diversas disciplinas científicas y técnicas propias en cada una de las Facultades y Escuelas Universitarias, consiguiendo de esta manera que al egresar el alumno y adquirir su Título Académico, posea un acervo de conocimientos básicos que le capacite eficientemente el ejercicio de la profesión elegida, dentro de las normas de aptitud, honradez, elevado sentido de responsabilidad y ética profesional. Poseedor de estos atributos será una garantía para sus semejantes, ya, al cuidar de su vida misma o al defender su patrimonio, así, debidamente capacitados fácilmente ejercitarán labor en directrices y orientadoras en los diversos problemas de la vida nacional, ofreciendo en beneficio de los demás, los conocimientos, experiencias y aptitudes adquiridas en el claustro universitario.

Segundo: Realizar labor de investigación en función de la cátedra:

Constituye un imperativo para la clase universitaria conocer a fondo el medio en que vivimos, efectuar un estudio cabal, exhaustivo

y real de nuestros hombres, ya desde el punto de vista sociológico, biopatológico, económico, industrial etc., etc. Conocer y determinar nuestras posibilidades y riquezas naturales para aprovecharlas dentro de un régimen de explotación técnica y científica; saber la riqueza de nuestros suelos y minas, de nuestra variadísima y rica flora y fauna, para utilizarlas mediante la industrialización adecuada, a la vez que procurar la conservación de diversas especies en vía de extinción por lo empírico de su utilización y en muchas ocasiones por inmisericorde destrucción.

#### Función de Investigación:

A medida de nuestras posibilidades la función investigadora se lleva a cabo de una manera permanente en las diversas Facultades de nuestra Universidad, sin embargo es necesario sistematizarla para su óptimo rendimiento. La función social y directriz de la investigación universitaria débese extender hacia el estudio de problemas básicos y generales, encaminados hacia la resolución de los mismos, retribuyendo así a la colectividad y al Estado mismo, lo que éstos aportan para el sostenimiento y mantenimiento de nuestros planteles universitarios.

Pero para llevar a feliz término los postulados y el motivo mismo de la razón de ser de la enseñanza universitaria, cabe la labor conjunta y armónica del cuerpo de dirigentes y profesores, así como de la irrestricta colaboración y empeño de los alumnos, solo así habremos llegado a la meta, solo así quienes hacemos el Cuerpo Docente de la Universidad habremos culminado un ideal, habremos satisfecho una obligación y un deber, y vosotros universitarios habreis llenado vuestras aspiraciones, habreis cumplido vuestros propósitos.

A vosotros distinguidos alumnos de la Universidad, os recuerdo que vuestra permanencia y paso por esta ciudad universitaria, por este claustro del saber, hogar paradisiaco rodeado de cantarias aguas y floridos jardines, habéis elegido el más bello de los sacrificios: estudiar y estudiar, luego discernir y discutir con clara lógica y sana intención con vuestros maestros y tutores los diarios problemas a esclarecerse, luego de lo cual a fuerza de sacrificios, constancia, dedicación y disciplina lleguéis a poseer la ciencia, a ser cada uno de

vosotros portadores de la bella leyenda que adorna nuestro escudo universitario "Fons Vitae Erudito Posidentis".

Por especial deferencia hecha a mi persona por el señor Rector del Plantel, he venido para presentar a los distinguidos alumnos egresados de esta universidad la más cálida felicitación por habérselos declarado acreedores al premio "Benigno Malo", la mas alta condecoración y presea que esta Universidad anualmente confiere a sus mejores alumnos.

Mas, fuera de vosotros, circunstancias adversas de índole interna, determinan que en este acto no se encuentren presentes alumnos egresados de otras Facultades. Lamentablemente en ellas sus acreedores a esta distinción universitaria. No es mi cometido y difícil sería en este momento analizar las causas determinantes, pero séame permitido trasladar esta inquietud a los dirigentes de las diversas facultades, a fin de que consideren debidamente este problema impartiendo adecuadas resoluciones encaminadas a enmendar procedimientos. En cuanto a la Facultad de Ciencias Médicas a la cual me pertenezco, cabe mencionar que por motivo de reformas fundamentales en el plan de estudios, en este año no hay alumnos egresados, ya que por resolución del H. Consejo Directivo a los alumnos de Medicina se les dará el carácter de egresados cuando terminen el año de internado obligatorio y dirigido.

A vosotros distinguidos jóvenes: Dn. Luis Borrero Olives, egresado de la Escuela de Economía y Dn. Jaime Martínez Coronel de la de Derecho, que habeis culminado con merecimiento y relevantes dotes estudiantiles vuestra carrera universitaria constituís los dos alumnos sobresalientes a los cuales en este año nuestra Alma Mater os impondrá la presea "Benigno Malo", galardón que os pertenece con sobrada justicia en honor a vuestros méritos estudiantiles.

La áurea medalla que os prende en vuestro pecho la Universidad de Cuenca, la sabreis llevar como merecida condecoración y que os sirva de perenne estímulo para que mantengáis vuestro hábito al estudio, vuestro deseo de superación, vuestro amor a la ciencia. Estudiad, y estudiad toda la vida ya que la ciencia como tal es incomensurable e infinita.

Jóvenes galardonados, estos momentos de vibrante emoción para ustedes, hace revivir en mí un igual estado, cuando allá hace veinte y nueve largos años fuera objeto de igual distinción, razón aún más para que vehementemente extienda mi mano y os estreche la vuestra con la más viva emoción por tan merecido triunfo estudiantil; y al hacerlo lo hago extensivo a vuestros dichosos padres que hoy comparten con vosotros este feliz momento y rendido homenaje."

Con profunda maestría y abordando, como siempre, problemas de verdadera actualidad, el Rector doctor Gabriel Cevallos García, desde la vieja tribuna universitaria, expuso la primera lección del curso, en forma magistral, así:

"Vivir en expectativa es una de las faenas peculiares del hombre histórico. Mirar, el sobrio mirar latino, derivó de la misma raíz voces como espectáculo, esperar, circunspecto; voces que animan cualquier teoría de interpretación histórica, o cualquier forma de vivir la historia comprendiéndola en su hoy y en sus posibilidades. Pues no otra cosa que panorama o espectáculo es la torrencial sucesión de la humana existencia, para quien se sienta a su vera y mira, mira sin término, y en torno repara, circunspectamente, para alcanzar la hondura de lo que fué y hacer con ella la trama de lo que vendrá.

Vivir en expectativa histórica requiere saber qué cosa sea la historia como pasado y qué cosa será como obra nuestra en el próximo mañana. Consiste en un sabernos alzar en puntillas sobre el alfiler del instante, y otear en dos sentidos, en los dos sentidos que nos son dables, pues el hombre histórico es un Jano de doble faz, una flecha —la única— viajera en dos sentidos, una colina de dos vertientes, una donde muere un panorama y otra donde brota nueva vida. Si logra vivir su hora histórica, el hombre tiene el privilegio de sentir a sus plantas el oleaje del mar que muere, y el de abrir con sus ojos la promisoría planicie creciente a la luz de sus anhelos. Nada es definitivo, nada es triste en el universo vital de la historia.

En torno de la palabra expectativa —se entiende del sentido viviente de ella— haré hoy tarde un primer término con el retazo del

humano acontecer que llamamos historia del Ecuador, deteniéndome en una meditación que nada tendrá de erudita, mas la quisiera y tremante con el deseo de mostrar nuestro deber y con el ánimo de golpear la conciencia universitaria, obligada como ninguna a vivir la hora histórica.

No vale repetir que nuestra hora es de esperanza. Pero si vale reiterar que el contenido de esa esperanza debe alumbrar el orden constitucional que nos vestirá, ya mismo, como traje hecho a la medida. Sin duda alguna, el Ecuador ha crecido en toda dirección, espiritual como material, las normas le vienen estrechas, el ensanchamiento del cuerpo social las torna extemporáneas, inusuales por el tiempo, decrépitas por el alma. Pero las normas que no pueden faltar, exigen a nuestra conciencia histórica el reacomodo, el reajuste no sólo de la mecánica legal externa, sino de la textura constitutiva interior. No estamos sólo en periodo de muda, como el ofidio que con natural simplicidad cambia de corambre. Nos hallamos en días de reencuentro con nosotros mismos, en horas de sinceridad, de implacable reconocimiento y reconciliación con lo que hemos llegado a ser. La angustia y el sufrimiento de los últimos años, no nos permiten ningún margen de insinceridad.

Sobre la veleidad política, más allá de la ingente ambición de hombres y facciones, trascendiéndolo todo, anulándolo, se asienta la axiomática premisa de nuestra manera de ser actual. Ser con naturaleza irrenunciable, con urgencias, con demandas, con imperativos, con ansiedades. Ostentamos hoy una naturaleza que no puede cobijarse con la librea constitucional de 1906, con la de 1929 o con la de 1946. Convulsiones mundiales, cambios en la estructura social, reorientaciones de la intrahistoria, ordenan posturas jurídicas inéditas.

La expectativa histórica del Ecuador, la más actual y urgente, finca en un avance constitucional que copie sumisamente lo que hoy somos. Pero todo avance en el orden del Derecho implica a más de la sumisa actitud a la realidad, la detenida consideración de la juridicidad. Porque el Derecho no es un ente sencillo de manejar, ni un mero agregado que pone el hombre en el medio para, convencionalmente, jugar con él, en los fugaces coqueteos de un cógame si puedes. No. El Derecho es cosa tan tremenda como lo

sagrado. El alma romana —alma jurídica si las hubo en la historia— encerró la manera de ser el Derecho en esa fórmula de sacralización que nos ha llegado en las aguas poderosas de la tradición: **sacer esto**. Cuando el ánimo colectivo daba con una fórmula de imprescindible ejecución, la tornaba sagrada. El imperio de la ley no es un convencionalismo cualquiera, es una fuerza poderosa y avasalladora que emana de ese recinto oscuro pero indestructible donde se asientan las creencias y los anhelos humanos.

Modificar la norma jurídica es atentar, a veces, contra la sacralización del Derecho. Equivale a derribar una deidad para erigir otra deidad, tarea que en la historia asume las dimensiones de la revolución y de la tragedia. Si la evolución del Derecho no fuera sino el cambio de palabras por palabras o el tránsito de palabras a fórmulas y de éstas a aquéllas, el ordenamiento legal supondría pura banalidad. Pero no es un tránsito de palabras a palabras, sino un camino de ideas a hechos, y de manera de comprender a modos de obrar.

Y en esto estamos, o sea en el trance de hacer cosas nuevas, y en el de hallar métodos para lograrlas. Y aquí debo aclarar que el método histórico de hacer la historia, el más eficaz entre todos ellos, no consiste en la solución de continuidad, en la ignorancia o desprecio del pasado, en la ruptura violenta o en la abolición de lo sedimentado por los siglos. El método más eficaz para edificar la historia consiste en tomarla como si fuera una pirámide e invertirla de modo que el vértice de ella incida, con todo el enorme peso del pretérito, sobre el vértice de nuestra responsabilidad. Si la pirámide nos abrumba, es que no hemos tenido fuerza para resistir la presión de la historia de ayer y, por tanto, no seremos dignos de orientar la de mañana.

La expectativa histórica no es simplemente una palabra, sino una sustancia cuyo poder necesita equilibrar la presión externa que ejerce sobre nosotros, con la presión que nosotros podemos ejercer en el contorno, a partir de nuestra íntima capacidad de comprender y de obrar. Entonces, la pervivencia histórica se asemeja al invisible, pero real equilibrio del pez en el agua. Mas sin ser escudizado como el pez, el hombre histórico tiene el deber de contestar con su existencia a las exigencias del contorno humano.

Nos hallamos en trance de impeler a las ideas a convertirse en normas de acción. Largamente hemos palpado el cambio del país, hemos pensado más largamente sobre él, y esos pensamientos que albergamos como ideales, se encuentran en el disparadero, listos a tornarse en actos. Aquellos actos serán concatenados en la evolución jurídica del país con otros anteriores a fin de desencadenar nuevos actos posteriores. Una prodigiosa cadena de actividad donde se engarza la historia.

Tengo cierto miedo de decir que mientras más revolucionaria sea la nueva ordenación constitucional, deberá ser tanto más tradicionalista. Pero esa es la verdad: cada artículo de la nueva Carta Política vendrá a ser, si tiene algún sentido, un eslabón más en la larga secuencia de precedentes lógicamente engarzados y centrados en su tiempo. Aparentemente, unas Cartas Constitucionales han repetido a las anteriores. En realidad, cada una ha visto otro ambiente, se ha nutrido de nueva savia histórica, ha respondido a un cuestionario colectivo diferente. Las palabras son, en muchos casos, las mismas. El meollo humano, diferente.

Los veinte últimos años de la vida ecuatoriana son copiosos y ricos de experiencia y crecimiento. La gente ha comenzado a pensar y vivir de otra manera. El campesino dejó de ser la soledad y la tristeza que encarnaban, sombríamente, la dureza de un paisaje adverso. El trabajador dejó de ser la pieza aislada de una máquina terrible y en manos de un dueño absoluto. El hombre de la ciudad también rompió el aislamiento provinciano, y aunque en varios aspectos siga siendo hombre de provincia, tiene a su alcance los caminos del mundo. También han aumentado nuestra impaciencia y nuestro descontento, dos símbolos o dos síntomas de la prisa y del temor a quedarnos a la zaga. ¿Podrán estos veinte años ser marginados por el Derecho Constitucional? Hay un confesado temor de juriconsultos y políticos a la proliferación de Cartas Constitucionales. Hay un inconfesado deseo a tornarlas en venerables estantiguas. Dicen los teólogos que no se deben multiplicar los milagros, pues el anhelo milagrero expresa una lamentable falta de fe. Los que amamos considerar la historia desde la intrahistoria no somos milagrosos ni gustamos de las estantiguas, y suponemos, a riesgo de herejía, que las Constituciones Políticas deben ser trajes de estación. No nos asusta el número de ellas sino la cruel figura de su

inactualidad. Hay pueblos que pueden permitirse el lujo de su anacronismo jurídico. Ninguno existe que pueda arrastrar el anacronismo histórico, salvo aquellos que Spengler llamó pueblos felahs, generalizando el término egipcio. Pueblos felahs que, dicho sea de paso, han comenzado a caminar.

La justificación de la nueva Carta Política no está sólo en la urgencia de retornar a la normalidad jurídica. Fundamentalmente se halla en la necesidad de concordar las normas con la vida. Cualquier disonancia acarrearía pavorosas consecuencias, pues la dinámica de nuestro tiempo no permite tales desacuerdos.

La condición íntima del siglo que nos ha tocado vivir no es la de un siglo de principios o de doctrinas como fueron el XIX y el XVIII, pues el siglo XX ha situado al hombre en su centro, al hombre real y singular, al hombre biográficamente considerado, aquel que ama, sufre y espera. El corazón del siglo XX tiene la exacta dimensión del corazón de cada hombre, y en su seno se torna imposible que lo humano sea forzado por lo intelectual, lo vivo por lo abstracto, lo social por lo formulario.

El Derecho sacralizado que existió casi hasta el borde de los años 1900, ha cedido el paso al Derecho socializado, forma jurídica humanizada en la que, por salvar a los grupos sociales específicos, se salva a la persona humana en su totalidad. Nuestra expectativa histórica es el hombre y su destino, la persona y su dignidad, el grupo social y su libertad. Todo esto no es sino el hombre como corazón de su siglo, y la norma jurídica en cordial armonía con el hombre.

Soy humano y nada de lo humano me es extraño decía el poeta latino. El lema de hoy es otro: nuestra expectativa histórica es el hombre y su destino, y nada de cuanto ocurre en este siglo le es extraño."

Y el estudiante señor Mario Jaramillo Paredes saludó a sus compañeros de reciente ingreso, de esta galana manera:

Muy lejos de mí están, al presentar mi saludo al comienzo de

este año lectivo aquellos lugares comunes como "Juventud Divino Tesoro" y otras frases trilladas que carecen de realidad, salvo el caso de que se haga patente su verosimilitud por medio de la práctica.

En el mundo hay muy pocas cosas de las cuales podemos afirmar con certeza que son o existen y para que adquieran la altura suficiente para entrar en esta categoría necesitan pruebas que acrediten o respalden este ascenso.

La juventud existe, pero como una abstracción del cuerpo, no está determinada por la aparente realidad cronológica, ni supeditada a los primeros años de vida orgánica, casos hay y por cierto innumerables de ancianos a los dieciocho y jóvenes de espíritu a los ochenta años.

El hombre ser impotente ante el tiempo en cuanto materia, lucha y debe vencer en la batalla por conservar su juventud de espíritu. Esta juventud, la única que merece la pena de ser llamada tal no marcha paralela con el tiempo, ni el tiempo la marchita y por esto es que a la vida llevada hasta su postrer instante con brio y firmemente es a la que deberíamos llamar "Vida divino tesoro".

Los colegiales que han dejado de ser tales para convertirse en universitarios, es decir hombres sin fronteras límites ni tabúes que detengan su pensamiento y su evolución intelectual deben tener muy en cuenta lo anterior, la juventud del estudiante no termina cuando éste deja de ser tal, pues no podemos hablar de senectud cuando diariamente se piensa, se lucha y se hace que la vida adquiera ese carácter de continuo movimiento que es lo que le diferencia de la vejez intelectual.

La juventud a los dieciocho años tiene actualmente la tendencia a asumir un estado de inconformidad constante contra todo y todos. Quizá el carácter fundamental a estudiarse cuando la historia se preocupe de la juventud de fines de este siglo será la inconformidad. Luchar contra los convencionalismos caducos y no adoptados a nuestro tiempo, es digno, encomiable, se llama rebeldía y su resultado es la evolución y el progreso, pero hacer de esa rebeldía un tonto lugar común, una pose de esquina o de salón, es degra-

darla y bien hablaba S. Maughan al decir: "que mérito existe en fingir desprecio por los convencionalismos cuando precisamente ese desprecio es uno de los convencionalismos de la época".

"El hombre no es de ninguna manera un producto firme y duradero, es más bien un ensayo y una transición, no es otra cosa sino el puente estrecho y peligroso entre la naturaleza y el espíritu" dice Hesse en "El Lobo Estepario", y en realidad si el hombre y su vida son un producto tan efímero, bien vale este peligroso y estrecho puente la pena de ser cruzado pero no a ciegas y sin punto de llegada, nosotros universitarios tenemos una meta. El progreso científico, cultural, social, la paz y la libertad.

Indudablemente el ingreso a una Universidad supone una ardua y tenaz tarea, ser universitario significa ser libre y universal, borrar las fronteras de toda índole y lograr en fin poner en la práctica aquel bello concepto de ser ciudadano del mundo. Dicho así, en pocas palabras, la tarea parece simple como todo concepto, luchar por ella y ponerla en la realidad es lo difícil y esa la tarea universitaria.

Cuéntase que en una batalla contra los carracenos en España, los escoceses arrojaban hacia adelante el corazón de Roberto I, el Rey que los había independizado de Inglaterra y se lanzaban convatiendo denonadamente a recobrarlo. Ese es el método de avanzar en la vida, no haciendo la obra solo para el presente, lancemos al porvenir un ideal, el objeto de una esperanza y luchemos por alcanzarla. Tengamos una meta fija y organicémonos para llegar a ella, en fin hagamos de la existencia el medio de realizar un propósito y habremos derrotado las infieles huestes de la ignorancia, el fanatismo y la obscuridad.

Vivimos una época en que parecen estar de moda los llamamientos a la paz y al progreso, mientras paralelamente los hombres se matan entre sí y se retrocede a la barbarie; las naciones invitan pomposamente al desarme y mueven los hilos de la política tendientes a esclavizar a sus semejantes por medio de científicos métodos económicos; condenan la guerra y mandan miles de hombres a los campos de batalla. En fin todo es doble juego y falsedad. A los estudiantes de hoy toca luchar contra ese sistema y lograr un mundo cuya razón de ser consista en la libertad y el progreso alcanzados gracias a la cultura.

Que en estas palabras consista mi saludo en nombre de los universitarios, no hago un llamado a esta cruzada por que la gente que piensa no necesita que le fabriquen ideas ni caminos, tengo fe en la juventud y creo que ella es la responsable del futuro, recordemos por último las palabras del gran escritor francés: "acaso sin juventud no habrían guerras en el mundo pero tampoco habría heroísmos ni esperanza".

### LA UNIVERSIDAD CONCEDIO EL TITULO DE DOCTOR HONORIS CAUSAE, AL EMBAJADOR DE MEXICO EN ECUADOR, DOCTOR BERNARDO REYES

Trayendo un mensaje de confraternidad y buena voluntad, el Embajador de la República Federal de México en Ecuador, doctor Bernardo Reyes, visitó la ciudad de Cuenca, para ofrecer a sus habitantes una muestra del arte popular mexicano que se exhibió en la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay.

En la Universidad, el Embajador doctor Reyes, ante una siempre numerosa y selecta concurrencia, sustentó un breve ciclo de conferencias con los siguientes enunciados: "La Revolución Mexicana", "Don Alfonso Reyes y su obra" y "Destino de Nuestra América".

Hizo además entrega de una valiosa colección de libros para incrementar el fondo bibliográfico de las diferentes Bibliotecas del Plantel.

El Consejo Universitario, en forma unánime, tanto por los personales merecimientos del Embajador doctor Bernardo Reyes, como por los estrechos vinculos de amistad que el Ecuador mantiene con la nación azteca, resolvió otorgar al doctor Reyes el Título de Doctor Honoris Causae, alta distinción que se confiere sólo a personalidades eminentes.

La ceremonia de entrega del título se llevó a cabo el trece de julio de 1966, en el Aula Magna de la Ciudad Universitaria. Intervino en primer término el Ministro de Educación, doctor Luis Monsalve Pozo, que acompañó al Embajador en su gira de buena voluntad. Habló luego el Rector doctor Cevallos García para exaltar



la personalidad del doctor Reyes y los motivos de confraternidad nacional que habían sido también considerados para la concesión del Título y, por fin, de manera emocionada, agradeció el doctor Reyes.

#### ADHESION UNIVERSITARIA AL MINISTRO DE EDUCACION PUBLICA, DOCTOR LUIS MONSALVE POZO

Para recomendar a la ciudadanía la valiosa labor cumplida desde el Ministerio de Educación Pública por el señor doctor don Luis Monsalve Pozo y en acto de justicia, el Consejo Universitario expidió el siguiente acuerdo que fué entregado al doctor Monsalve en ceremonia íntima y difundido en ámbito nacional por medio de la prensa:

#### EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,

presenta el testimonio de su más cordial adhesión al señor Ministro de Educación Pública, doctor Luis Monsalve Pozo, meritisimo profesor del Plantel, Vicerrector que fue del mismo y actual Decano de la Facultad de Jurisprudencia.

La Universidad de Cuenca ha mirado la faena ministerial del doctor Monsalve Pozo, faena de Ministro intelectual y tinoso, como una de las más delicadas del presente Gobierno, al que ha tocado la empresa de reordenar institucional, moral y materialmente un país en ruina.

La presente nota de adhesión no significa otra cosa que la necesaria solidaridad entre un grupo de catedráticos íntimamente vinculados en el más noble y elevado quehacer, como es el de formar dirigentes del país.

Cuenca, a 22 de Septiembre de 1966

El Rector,  
GABRIEL CEVALLOS GARCIA.

El Vicerrector,  
MARCO T. ERAZO V.

El Representante de la Asamblea,  
CARLOS CUEVA TAMARIZ.

El Representante del Ministerio,  
VICTOR LLORE MOSQUERA.

#### LOS DECANOS:

Gerardo Cordero León.— Alberto Alvarado Cobos.— Luis E. Loiza Jaramillo.— Alejandro Serrano Aguilar.— Marcelo González Moscoso.— Hernándo Acosta Crespo.— Jorge Roura Cevallos.

#### Los Representantes Estudiantiles:

Raúl Andrade Zea.— Jhony Moscoso Moreira.— Juan Neira Carrasco.— Diego Salazar González.— Rosendo López Novillo.— Felipe Moscoso Delgado.— Rafael Arizaga Guerrero.

El Secretario General,  
ALFREDO ABAD GOMEZ.

#### CONDOLENCIA POR LA TRAGEDIA SUFRIDA POR LA UNIVERSIDAD DE LOJA

A raíz de la tragedia de grandes magnitudes que sufrió la Universidad de la ciudad de Loja, con la que la de Cuenca mantiene especiales lazos de afecto y confraternidad, fatal accidente que cegó la vida de autoridades, profesores y alumnos de ese Instituto de Educación Superior, la Universidad de Cuenca, hondamente conmovida, hizo llegar hasta las manos del Rector del Plantel, el siguiente acuerdo:

#### LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,

profundamente consternada por el trágico fallecimiento de distinguidos componentes de la Universidad de Loja, entre los que se cuentan el señor Decano de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación, meritisimos catedráticos, el señor Secretario General del Plantel, alumnos y otras destacadas personalidades de la ciudad de Loja.

#### Acuerda:

Solidarizarse con el dolor que aflige a los familiares de los fallecidos y lamentar por la irreparable pérdida que ha sufrido la Universidad de Loja;

Izar a media asta la bandera de la Universidad, durante los días de hoy y mañana, en señal de duelo; y

Enviar copia de este Acuerdo a los señores Rector de la Universidad de Loja y Decano de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación.

Dado en Cuenca, a 19 de Julio de 1966

El Vicerrector en ejercicio del  
Rectorado,  
MARCO T. ERAZO VALLEJO

El Secretario General,  
ALFREDO ABAD GOMEZ

### LA UNIVERSIDAD CELEBRA INTERESANTE CONVENIO CON LA JUNTA CENTRAL DE ASISTENCIA SOCIAL DEL AZUAY, CAÑAR Y MORONA SANTIAGO

Para coordinar mejor las labores que los catedráticos y los alumnos de la Facultad de Ciencias Médicas llevan a cabo, diariamente, en el Hospital "San Vicente de Paul" y habida cuenta de que en breve tiempo más, el hospital Regional de Cuenca tendrá el carácter de docente, el Consejo Universitario y la Junta Central de Asistencia Social del Azuay, Cañar y Morona Santiago, celebraron el siguiente Convenio que se encuentra en plena vigencia:

"La Universidad de Cuenca y la H. Junta de Asistencia Social del Azuay, Cañar y Morona Santiago, en uso de las facultades que les confieren las Leyes y considerando que es indispensable la mutua colaboración de las dos entidades para el cabal cumplimiento de sus específicas funciones: la prevención de enfermedades, la eficaz atención de los pacientes, por una parte; la docencia, y la preparación científica, por otra; y con una meta común: el progreso y desarrollo socio-económico de la Región,

#### Resuelven:

PRIMERO:—Celebrar el presente convenio, por medio del cual se regula el Hospital REGIONAL DOCENTE "SAN VICENTE DE PAUL", como organismo que propugnará a elevar el nivel de salubridad, asistencia, docencia e investigación;

SEGUNDO:—Fusionar sus diferentes servicios a base de personal médico, para-médico, empleados de servicio y equipos de que disponen las diferentes secciones del Hospital y de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad; y

TERCERO:—Elaborar los ESTATUTOS DEL HOSPITAL REGIONAL DOCENTE "SAN VICENTE DE PAUL", los que, luego de estudiados por los organismos competentes de las dos entidades entrarán en vigencia luego de su suscripción.

### ESTATUTOS DEL HOSPITAL REGIONAL DOCENTE "SAN VICENTE DE PAUL" CREADO MEDIANTE CONVENIO CELEBRADO ENTRE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA Y LA HONORABLE JUNTA CENTRAL DE ASISTENCIA SOCIAL DEL AZUAY, CAÑAR Y MORONA SANTIAGO

#### CAPITULO I

#### DEL NOMBRE Y DOMICILIO

Art. 1º—El Hospital Regional Docente, dependiente de la Junta Central de Asistencia Social del Azuay, Cañar y Morona Santiago y de la Universidad de Cuenca a través de la Facultad de Ciencias Médicas, mantendrá el nombre de "SAN VICENTE DE PAUL".

Art. 2º—El Hospital Regional Docente "San Vicente de Paul" tendrá su domicilio en la ciudad de Cuenca, Capital de la Provincia del Azuay, República del Ecuador.

#### CAPITULO II

#### OBJETIVOS

Art. 3º—Los objetivos para los cuales se organiza el Hospital Regional Docente "San Vicente de Paul" son:

1º—Prestar atención médica y hospitalaria a quienes la soliciten por enfermedades que pueden ser debidamente atendidas, sin dis-

criminación y procurando que los servicios ofrecidos sean de la más alta calidad;

2º—Cumplir actividades educativas como centro docente de la Universidad de Cuenca;

3º—Promover y mantener investigaciones científicas orientadas a dar una mejor atención a los enfermos y a levantar el nivel formativo de los alumnos y ex-alumnos de la Facultad de Ciencias Médicas y Escuelas anexas; así como también de todos los médicos que se sujeten a esta reglamentación y deseen intervenir;

4º—Participar en el desarrollo de actividades relacionadas con el mejoramiento de la salud de la comunidad a través de los programas de salubridad y sanidad ambiental.

### CAPITULO III

#### DEL PATRIMONIO

Art. 4º—Los edificios y equipos de que disponen y los que adquieran en el futuro, la Asistencia Social para el funcionamiento del Hospital y la Universidad de Cuenca para la Facultad de Ciencias Médicas, continuarán perteneciendo a las respectivas instituciones.

### CAPITULO IV

#### DE LA ORGANIZACION

Art. 5º—El Hospital Regional Docente "San Vicente de Paul", tendrá dos secciones, una científica y otra administrativa.

Art. 6º—La sección científica comprenderá:

- a) Departamento de Medicina Interna
- b) Departamento de Cirugía
- c) Departamento de Pediatría
- d) Departamento de Obstetricia y Ginecología
- e) Departamento de Patología
- f) Departamento de Radiodiagnóstico y Terapia

- g) Departamento de Fisioterapia
- h) Departamento de Enfermería
- i) Departamento de Laboratorios Clínicos
- j) Servicios de Odontología
- k) Servicio de Botica
- l) Servicio de Nutrición y Dietética
- ll) Servicio Social
- m) Servicio de Administración y Urgencias.

Art. 7º—La Sección de Administración comprenderá:

- a) Dirección
- b) Secretaría
- c) Colecturía
- d) Personal
- e) Contabilidad
- f) Estadística
- g) Compras
- h) Almacenes
- i) Mantenimiento
- j) Archivo de Historias Clínicas
- k) Comunidad
- l) Servicios generales.

Art. 8º—La organización y funcionamiento de los diversos Departamentos y Servicios de las secciones científicas y administrativas, dependerán directamente de la Junta Directiva y Dirección del Hospital Regional Docente "San Vicente de Paul".

### CAPITULO V

#### DE LA ADMINISTRACION Y DIRECCION

Art. 9º—La administración y dirección del Hospital Regional Docente "San Vicente de Paul" estará a cargo de los siguientes órganos:

- a) Junta Directiva
- b) Dirección General
- c) Director Científico
- d) Administrador.

## CAPITULO VI

## DE LA JUNTA DIRECTIVA

Art. 10.—La Junta Directiva del Hospital Regional Docente "San Vicente de Paul" estará integrada por cinco miembros médicos que presten servicios en el Hospital, principales, y sus respectivos suplentes. De los cinco miembros principales, dos serán designados por la Junta Central de Asistencia Social del Azuay, Cañar y Morona Santiago, dos por la Junta de la Facultad de Ciencias Médicas y uno por las entidades médico asistenciales que colaboran con el Hospital, siempre que firmaran convenios que regulen su colaboración.

Art. 11.—Los miembros principales y suplentes serán elegidos para un periodo de dos años y podrán ser reelegidos. No percibirán sueldo ni otra remuneración por sus servicios.

Art. 12.—De entre los miembros principales se elegirá al Presidente, el cual durará en sus funciones un año y podrá ser reelegido.

Art. 13.—Será Secretario nato de la Junta Directiva el Secretario del Hospital.

Art. 14.—La Junta Directiva se reunirá obligatoriamente dos veces en el mes y tendrá sesiones extraordinarias cuando el Presidente lo estime conveniente. El quorum en las reuniones de la Junta Directiva será con tres de sus miembros y sus decisiones serán adoptadas por mayoría absoluta de votos.

Art. 15.—Son atribuciones de la Junta Directiva:

1) Dictar los reglamentos, normas y disposiciones que se requieran para que el Hospital cumpla sus funciones básicas: prevención, asistencia, docencia, investigación;

2) Elaborar los anteproyectos de presupuesto de gastos del Hospital, para ser sometidos a consideración de la Junta Central de Asistencia Social del Azuay, Cañar y Morona Santiago y de la Universidad de Cuenca para su aprobación en lo correspondiente a cada Entidad;

3) Formular las ternas para los nombramientos de Director General y Administrador del Hospital que efectuará la Junta Central de Asistencia Social del Azuay, Cañar y Morona Santiago;

4) Formular la terna para el nombramiento de Director Científico que realizará la Junta de la Facultad de Ciencias Médicas y que será puesto en conocimiento de la Junta de Asistencia Social para su ratificación;

5) Crear los comités permanentes y especiales que sean necesarios para que cumpla el Hospital debidamente sus objetivos y designar los miembros que integrarán los diferentes comités;

6) Proponer a la Junta Central de Asistencia Social y a la Facultad de Ciencias Médicas las reformas de los reglamentos cuando estime necesario, exponiendo las razones para las reformas;

7) Solicitar al organismo correspondiente, de acuerdo con los reglamentos, las sanciones por las faltas disciplinarias cometidas por el personal médico, para-médico y empleados de servicio;

8) Efectuar mensualmente una reunión ampliada a la que asistirán el Director General del Hospital, el Director Científico y el Administrador, pudiendo llamar, cuando lo estime conveniente, a los miembros de los diferentes comités y departamentos. En esas reuniones las personas invitadas tendrán voz informativa;

9) Examinar las cuentas mensuales, el balance económico y el movimiento de pacientes atendidos que presentará el Administrador; y

10) Crear y organizar servicios especiales a fin de conseguir mejor atención asistencial, sanitaria, docente e investigativa.

## CAPITULO VII

## DE LA DIRECCION GENERAL

Art. 16.—La Administración del Hospital, en todos sus servicios, estará a cargo de un Director General, nombrado por la Junta Central de Asistencia Social del Azuay, Cañar y Morona Santiago,

de la terna formulada por la Junta Directiva del Hospital. Este funcionario será un profesional médico y su cargo será de libre nombramiento y remoción.

Art. 17.—El Director General desempeñará su cargo a dedicación exclusiva.

Art. 18.—Son atribuciones del Director General:

1.— Asumir la responsabilidad de los servicios médicos, administrativos y generales del Hospital Regional Docente "San Vicente de Paúl", así como cuidar de las recaudaciones e inversiones que se hagan en el Hospital.

2.— Cumplir y hacer cumplir los estatutos, reglamentos, resoluciones y órdenes de los diversos órganos de la administración;

3.— Presentar anualmente a la Junta Directiva, para su aprobación, los planes de organización y administración del Hospital;

4.— Asistir mensualmente a las reuniones ampliadas de la Junta Directiva y presentar un informe detallado sobre la marcha hospitalaria; y

5.— Efectuar una reunión semanal con el Director Científico y el Administrador para programar el trabajo a desarrollarse.

## CAPÍTULO VIII

### DEL DIRECTOR CIENTIFICO Y DEL ADMINISTRADOR

Art. 19.—El Director General del Hospital Regional Docente "San Vicente de Paúl" tendrá dos colaboradores: el Director Científico y el Administrador.

Art. 20.—El Director Científico será nombrado por la Junta de la Facultad de Ciencias Médicas, de la terna formulada por la Junta Directiva del Hospital y ratificada por la Honorable Junta Central de Asistencia Social del Azuay, Cañar y Morona Santiago. Será un

profesor de la Facultad y deberá prestar sus servicios a tiempo completo; durará en sus funciones tres años, pudiendo ser reelegido.

Art. 21.—El Administrador será nombrado por la Junta Central de Asistencia Social del Azuay, Cañar y Morona Santiago, de la terna presentada por la Junta Directiva del Hospital. Será de libre nombramiento y remoción y desempeñará el cargo a dedicación exclusiva.

Art. 22.—La Junta Directiva fijará las atribuciones de dichos colaboradores y las actividades a las cuales deberán atender preferentemente.

Cuenca, a 20 de Septiembre de 1966

Gabriel Cevallos García,  
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD.

Alejandro Serrano Galarza,  
DIRECTOR DE LA JUNTA CENTRAL  
DE ASISTENCIA SOCIAL DEL AZUAY,  
CAÑAR Y MORONA SANTIAGO.

Alberto Alvarado Cobos,  
DECANO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS  
MÉDICAS DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

### EL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD FUE ACREDITADO DELEGADO A LA XIV CONFERENCIA GENERAL DE LA UNESCO

El Rector doctor Gabriel Cevallos García, por deferente resolución de los señores Presidente Interino de la República, don Clemente Yerovi Indaburo y su Ministro de Educación Pública, doctor Luis Monsalve Pozo, viajó a Francia, con el objeto de concurrir, en representación del Ecuador, a la XIV Conferencia de la UNESCO, que se llevó a cabo en París, en el decurso del mes de noviembre del presente año.

Tan señalada distinción honra a la Universidad de Cuenca, a la vez que a su meritisimo Rector.

El Consejo Universitario, al tiempo en que expresó su congratu-

lación al doctor Cevallos García, le declaró en comisión de servicios para que pueda cumplir la alta misión que le fuera confiada.

### DOS PRECLAROS MAESTROS DE LA UNIVERSIDAD GALARDONADOS POR EL CABILDO DE CUENCA

Aplicando las normas de las pertinentes Ordenanzas, en el presente año, el M. I. Concejo Cantonal de Cuenca, en representación de la ciudad, otorgó las preesas "Municipalidad de Cuenca" y "Fray Vicente Solano", a dos de los más prestigiosos, queridos y antiguos maestros universitarios, profesores ambos de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales: los doctores Carlos Cueva Tamariz y Luis Monsalve Pozo.

La condecoración "Municipalidad de Cuenca", con la que se reconoce y premia a los ciudadanos que mayores servicios cívicos hayan prestado a la colectividad, fué discernida al doctor Cueva Tamariz considerando que su labor docente, cumplida a lo largo de más de cuarenta años con especial brillo y dedicación, unida a su actividad cultural y de servicio público en los más delicados campos de la convivencia nacional y cuencana, le otorgaban méritos más que suficientes para considerarlo acreedor a esa presea.

Y la condecoración "Fray Vicente Solano", que se entrega a quienes hayan sobresalido en el cultivo de las letras, las disciplinas científicas o las actividades artísticas, fué colocada en el pecho del doctor Monsalve Pozo, <sup>de</sup> altísimo valor intelectual que, con sus obras de sociología y derecho, ha trascendido los ámbitos de la Patria, llevando el bien ganado prestigio de la cuencanía, más allá de sus lindes.

La Corporación Municipal hizo entrega solemne de las áureas medallas a los doctores Cueva Tamariz y Monsalve Pozo, en la sesión solemne de Cabildo Ampliado celebrada en el Salón de la Ciudad con motivo del CXLVI aniversario de la independencia de las Provincias Azuayas.

El Alcalde de la Ciudad, doctor Ricardo Muñoz Chávez, al exponer los motivos que el Ayuntamiento tuvo para galardonar a los dos ilustres profesores, se expresó en estos términos:

"La presea Municipalidad de Cuenca, ha sido otorgada al benemérito ecuatoriano señor doctor don Carlos Cueva Tamariz en testimonio de reconocimiento a sus singulares virtudes cívicas y a los altos servicios prestados a la Patria desde los diferentes campos de acción pública, especialmente desde la docencia. La Patria ha entregado al doctor Cueva Tamariz las más altas condecoraciones en testimonio de reconocimiento a su labor y a su valía; el Consejo Provincial del Azuay le declaró el más destacado ciudadano de la Provincia, por tanto, el Concejo Municipal de Cuenca estaba en deuda con vos, Dr. Cueva Tamariz, de reconocer en forma categórica y expresa, como hoy lo hace, al entregaros esta condecoración, ya que vos enaltecéis a esta tierra con vuestros merecimientos cívicos, con vuestra honradez acrisolada que no podrá ser empañada ni por vuestros más rabiosos detractores, por vuestro amor a la ciudad expresado en invalorable servicios que le habéis prestado. Para el Municipio Cuencano, institución en la que no han tenido cabida ni pueden tener cabida rivalidades partidistas, mucho menos odiosas discriminaciones sectarias, es motivo de satisfacción el prender en vuestro pecho de patriota esta presea que adquirirá mayor brillo y refulgencia con la luz de vuestro talento, con la claridad de vuestro patriotismo y con la brillantez de vuestra caballerosidad sin tacha. Como hombre de real valor, tenéis entre vuestros múltiples méritos el de la modestia y por ello al recibir la noticia de que se os otorgaba esta presea, en una nota desbordante de bondad decíais "recibiré la presea municipal con sincera modestia y me estimulará en lo sucesivo para hacerme digno de ella". Es cierto que en vuestra actitud hay sincera modestia; pero esta presea no es estímulo porque de estímulo nunca habéis necesitado para servir a vuestra ciudad y a vuestra Patria; digno sois de ella, porque no es una resolución de compromiso la que ha hecho que se os la entregue, sino que vuestros méritos han exigido que os la impongamos.

Honda satisfacción tengo de poder así mismo rendir homenaje de admiración y de justicia a un notable valor de la cultura ecuatoriana, el señor doctor don Luis Monsalve Pozo, cuya labor fecunda sólo puede ser menospreciada por la mala fe o desconocida por la ignorancia. Desde vuestra juventud os destacasteis, Dr. Monsalve Pozo, por vuestros afanes culturales, por vuestro claro talento, por vuestra vocación de maestro puesta siempre al servicio de la juventud. Estas cualidades vuestras os llevaron al magisterio primario, al profesorado de educación media, a la cátedra universitaria, al Vice-

rectorado de la Universidad y al Ministerio de Educación Pública, dejando huellas de labor magnífica en todas estas actuaciones. Pero el mejor testimonio de vuestro valor intelectual están en vuestros libros, esos hijos predilectos de vuestro espíritu, en los que se destacan las inquietudes del sociólogo, el espíritu justiciero del jurista, el pensamiento claro y profundo del intelectual de verdad. Sin vuestro nombre de real valía, la nómina de intelectuales cuencanos galardonados con esta presa estaba incompleta; por justicia debíamos llenar ese vacío y lo hemos hecho con la satisfacción íntima de quien sabe que cumple con un deber. Cuando estudiante tuve la suerte de llevar la palabra en un acto universitario en el que se rendía homenaje al destacado maestro, hoy en que inmerecidamente tengo el honor de representar a Cuenca, me es grato prender en el pecho del notable escritor y publicista la presea Fray Vicente Solano, que es el testimonio de reconocimiento que hace Cuenca a sus más altos valores intelectuales."

Y las constancias autografiadas en sendos pergaminos, dicen así:

#### EL ILUSTRE CONCEJO MUNICIPAL DE CUENCA,

en uso de las atribuciones que le concede la Ordenanza Municipal, y en testimonio de reconocimiento a las altas virtudes cívicas que adornan al señor doctor don CARLOS CUEVA TAMARIZ, quien desde diferentes funciones ha prestado relevantes servicios a la Ciudad y a la Patria,

#### Acuerda:

Otorgarle la Presea "MUNICIPALIDAD DE CUENCA", dejando constancia de los sentimientos de gratitud de la ciudad y de su Cabildo por la labor patriótica del Dr. Cueva Tamariz,

Dado en la ciudad de Cuenca, a los tres días del mes de Noviembre de mil novecientos sesenta y seis.

El Presidente Alcalde del Concejo,

RICARDO MUÑOZ CHAVEZ.

El Vicepresidente del Concejo,

AGUSTIN CUEVA TAMARIZ.

#### LOS CONCEJALES:

Cornelio Malo Crespo, Víctor Lloré Mosquera, Alejandro Serrano Aguilar, Miguel Merchán Ochoa, Mario Jaramillo Paredes, César Fernández Márquez, Enrique Malo Abad, Rómulo Neira Carrión., Carlos Guillen Encalada.

El Secretario Municipal,

LUIS VINTIMILLA CARRASCO.

#### EL ILUSTRE CONCEJO MUNICIPAL DE CUENCA,

en uso de las atribuciones que le concede la Ordenanza Municipal, cumple con su deber de exaltar las brillantes cualidades de escritor, intelectual y Catedrático del señor doctor LUIS MONSALVE POZO, y le otorga la PRESEA "FRAY VICENTE SOLANO", en testimonio de reconocimiento y aplauso a su labor cultural, fecunda y valiosa.

Dado en la ciudad de Cuenca, a los tres días del mes de Noviembre de mil novecientos sesenta y seis.

El Presidente Alcalde del Concejo,

RICARDO MUÑOZ CHAVEZ.

El Vicepresidente del Concejo,

AGUSTIN CUEVA TAMARIZ.

#### LOS CONCEJALES:

Cornelio Malo Crespo, Víctor Lloré Mosquera, Alejandro Serrano Aguilar, Miguel Merchán Ochoa, Mario Jaramillo Paredes, César Fernández Márquez, Enrique Malo Abad, Rómulo Neira Carrión., Carlos Guillen Encalada.

El Secretario Municipal,

LUIS VINTIMILLA CARRASCO.

**EL DOCTOR CARLOS CUEVA TAMARIZ, RECTOR HONORARIO DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA, FUE ELEGIDO DIPUTADO FUNCIONAL POR LA EDUCACION PUBLICA ANTE LA ASAMBLEA NACIONAL CONSTITUYENTE**

De conformidad con lo preceptuado en el Estatuto Electoral que norma la integración y funcionamiento de la Asamblea Nacional Constituyente que reintegrará a la República al régimen de derecho, las Universidades Ecuatorianas designaron, en gran colegio compuesto por electores acreditados por todas las Universidades, al Diputado que representará a la Educación Pública.

Para tan elevada y delicada función fué escogido, por unanimidad, el doctor Carlos Cueva Tamariz, Rector Honorario de la Universidad de Cuenca, su Ex-Rector titular y actual catedrático de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

El doctor Cueva Tamariz, de otra parte, es uno de los más distinguidos parlamentarios nacionales y ha representado a su Provincia en varios Congresos, ya como Senador, ya como Diputado y ha concurrido a tres Asambleas Constituyentes: las reunidas en los años 1928-29, 1938 y 1944-1945.

Excepcional honor para la Universidad de Cuenca significa el que uno de sus más prestantes Maestros haya sido elegido para representar en la Asamblea a esa primordial actividad del Estado.

**CURSO DE ESPECIALIZACION PARA PROFESORES NORMALISTAS AUSPICIO LA UNIVERSIDAD DE CUENCA**

Contando con la valiosa colaboración del Ministerio de Educación Pública del Ecuador y de la Universidad de New-México de los Estados Unidos de Norte América, la Universidad de Cuenca patrocinó un curso de especialización para profesores normalistas, que se llevó a cabo en los meses de julio y agosto de mil novecientos sesenta y seis.

El grupo de catedráticos de la Universidad de New-México es-

tuvo presidido por el doctor Jhon Aragón e integrado por los doctores Horacio Ulibarry, Mary Lucy Ulibarry y Harry Carlson.

Los cursos comprendieron la ampliación de conocimientos en Metodología de las Ciencias, Técnicas para Enseñanza de Lectura, Administración y Supervisión Escolar, Sociología de la Enseñanza, etc., etc.

El aporte nacional estuvo a cargo del Rector doctor Gabriel Cevallos García, del doctor Alejandro Serrano Aguilar, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y del Profesor Victor Gerardo Aguilar, Subdirector de Educación del Austro.

El curso, que contó con la presencia de maestros normalistas del Azuay y Cañar, se clausuró de manera solemne el 5 de septiembre del presente año.

**FUE ORGANIZADO EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION SUPERIOR**

Conforme a las provisiones constantes en la Ley de Educación Superior, en la ciudad de Quito y durante el decurso del mes de septiembre de este año, se constituyó de manera definitiva el Consejo Nacional de Educación Superior.

Este Organismo, encargado de armonizar la vida docente y administrativa de las Universidades Estatales y Particulares y de las Escuelas Politécnicas de Quito y Guayaquil, constituye la más alta autoridad de la educación superior ecuatoriana y su existencia afianza la autonomía universitaria por la que han luchado con denuedo las Universidades del País.

El Consejo se ha conformado en un clima de armonía y mútua comprensión y este hecho contrasta con el rechazo que las Universidades manifestaron a similar entidad que trató de estructurar la dictadura militar que tomó a su cargo el poder en julio de 1963.

A la primera convocatoria hecha por el Ministro de Educación Pública, doctor Luis Monsalve Pozo, en representación de la Univer-



sidad de Cuenca concurren su Rector, doctor Gabriel Cevallos García; el Rector Honorario y Representante del Profesorado ante el Consejo Universitario, doctor Carlos Cueva Tamariz y el estudiante señor Juan Neira Carrasco.

Una de las gestiones iniciales del Consejo Nacional constituyó la promulgación del Reglamento que ha de regir su vida interna y la aprobación de los Estatutos de las Universidades Estatales y de las Escuelas Politécnicas.

El Estatuto Orgánico de la Universidad de Cuenca fué aprobado sin modificación alguna y tal como lo expidió el H. Consejo Universitario.

He aquí su texto:

**EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE CUENCA, EN EJERCICIO DE SUS ATRIBUCIONES, EXPIDE EL SIGUIENTE ESTATUTO ORGANICO DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA:**

**CAPITULO PRIMERO**

**FINALIDADES, CARACTER Y CONSTITUCION DE LA UNIVERSIDAD**

Art. 1º—La Universidad de Cuenca es una Institución educativa autónoma y laica de estudios superiores en las más altas disciplinas del pensamiento, destinada a realizar, dentro de un régimen de libertad y desde el punto de vista de la universalidad de los conocimientos, la formación integral del hombre, la docencia y la investigación.

Art. 2º—Inspirada en las doctrinas democráticas, la Universidad de Cuenca ha de propender:

- 1º—A conservar, crear, defender y difundir la cultura y realizar la enseñanza y el perfeccionamiento de la técnica;

- 2º—A estudiar los problemas nacionales e internacionales, procurando la orientación del pensamiento colectivo con miras al servicio social; y,

- 3º—A formar el espíritu cívico, contribuyendo a la realización de un régimen de paz fundado en el respeto a la dignidad humana, de acuerdo con los ideales de democracia y de justicia social.

Art. 3º—La Universidad de Cuenca conferirá, además, de conformidad con la Ley y los reglamentos, grados académicos y títulos profesionales.

Art. 4º—Corresponde también a la Universidad realizar labor de extensión universitaria para la difusión de las ciencias y las artes entre los diferentes grupos y clases sociales, valiéndose para ello, entre otros medios, de cursos breves, exposiciones, ediciones de libros, revistas, folletos y otras formas de difusión.

Art. 5º—La Universidad de Cuenca está constituida por el conjunto de catedráticos y alumnos que a ella pertenecen, e integrada por las Facultades, Escuelas, Departamentos, Institutos de Investigación científica y organismos anexos ya existentes o cuya creación fuere resuelta por el Consejo Universitario.

Art. 6º—Las Facultades son organismos académicos que forman parte de la Universidad, que se caracterizan por la afinidad de las disciplinas que en cada una de ellas se enseñan y están destinadas a organizar estudios especializados.

Art. 7º—Las Escuelas son secciones que, dentro de una Facultad, se dedican a la enseñanza de una ciencia o técnica determinadas.

Art. 8º—Los Departamentos son organismos docentes que tienen a su cargo la enseñanza de una disciplina determinada en las Facultades y Escuelas del Plantel.

Art. 9º—Los Institutos de Investigación Científica, además de las funciones docentes, tienen como finalidad:

- a) Realizar investigaciones que contribuyan al adelanto de la ciencia;
- b) Contribuir a la formación de investigadores;
- c) Establecer vinculaciones con otras entidades similares;
- d) Publicar el resultado de sus investigaciones; y,
- e) Cumplir las finalidades específicas que le señalan los respectivos reglamentos.

Art. 10.—Forman parte de la Universidad como organismos anexos, la Academia de Bellas Artes "Remigio Crespo Toral", el Conservatorio de Música "José María Rodríguez" y el Colegio de Segunda Educación "Fray Vicente Solano", que se regirán por sus respectivos reglamentos.

Art. 11.—La Universidad de Cuenca, como persona jurídica de derecho público, puede adquirir, conservar, administrar, gravar y enajenar sus bienes de acuerdo con las normas legales.

## CAPITULO SEGUNDO

### GOBIERNO Y REGIMEN DE LA UNIVERSIDAD

Art. 12.—La Universidad está regida por la Asamblea Universitaria, el Consejo Universitario, el Rector, las Juntas y Consejos Directivos de las Facultades, los Decanos, las Juntas y Consejos Directivos de los Institutos anexos y sus Directores.

#### Parágrafo I

#### ASAMBLEA UNIVERSITARIA

13.—La Asamblea Universitaria es la reunión de todos los profesores principales y de los agregados de las Facultades, con dos años por lo menos de ejercicio de la docencia, y de los representantes estudiantiles a las mismas Facultades. Sus resoluciones serán tomadas

con la mayoría absoluta de los miembros concurrentes, a excepción de los casos a los que se refiere el Art. 15.

Para sesionar necesita la concurrencia de por lo menos las dos terceras partes de sus miembros. Caso de no establecerse este quórum, se necesitará la concurrencia de la mitad más uno de los miembros, en la segunda convocatoria.

14.—Cada cuatro años la Asamblea Universitaria elegirá Rector, Vicerrector y Profesor Representante ante el Consejo Universitario para un periodo completo, y el suplente de este último. También elegirá al profesor principal representante de todos los departamentos académicos y docentes y su correspondiente suplente.

Art. 15.—Corresponde a la Asamblea conocer las acusaciones que se propusieren contra el Rector, el Vicerrector y los Decanos de las Facultades. Las acusaciones deberán presentarse documentadas y para que se las acepte es necesario el voto de las tres cuartas partes de los miembros concurrentes a la sesión.

Art. 16.—Aceptada una acusación contra las autoridades enumeradas en el artículo anterior, la Asamblea podrá imponer como sanción la suspensión temporal en el ejercicio de las funciones, la destitución o la que estimare conveniente.

#### Parágrafo II

#### CONSEJO UNIVERSITARIO

Art. 17.—Al Consejo Universitario le competen las siguientes atribuciones:

- 1ª—Expedir y reformar los Estatutos de la Universidad;
- 2ª—Aprobar los Reglamentos y planes de estudio de las Facultades e Institutos Anexos;
- 3ª—Dictar normas para el régimen docente y disciplinario del Plantel mediante resoluciones de carácter obli-

- gatorio para todas las Facultades, Institutos y Departamentos;
- 4<sup>a</sup>—Nombrar a los miembros del personal docente y administrativo de la Universidad;
  - 5<sup>a</sup>—Declarar en comisión de servicio al personal docente y administrativo, en caso necesario;
  - 6<sup>a</sup>—Designar la comisión pedagógica;
  - 7<sup>a</sup>—Dictar anualmente el presupuesto de la Universidad;
  - 8<sup>a</sup>—Conocer y fallar en última instancia sobre las resoluciones de orden administrativo, académico y cultural que dicten otros organismos universitarios, cuando le sean elevados en apelación;
  - 9<sup>a</sup>—Considerar y resolver cualquier asunto que se plantee y sea de su competencia;
  - 10<sup>a</sup>—Conceder licencias a los miembros del personal docente y administrativo por más de treinta días. En ningún caso, el total de las licencias podrá exceder de noventa días en el año lectivo;
  - 11<sup>a</sup>—Conferir títulos honoríficos a propuesta de las Facultades o por propia iniciativa;
  - 12<sup>a</sup>—Clausurar, suprimir y crear Facultades, Escuelas, Institutos, Departamentos y nuevas ramas de enseñanza;
  - 13<sup>a</sup>—Organizar congresos científicos para el estudio de los problemas de interés nacional o internacional;
  - 14.—Contratar los servicios de profesores extranjeros;
  - 15.—Estudiar los informes que presenten el Rector de la Universidad y los Decanos;

- 16<sup>a</sup>—Juzgar y separar, en caso necesario, al profesor que no cumpla con sus deberes e incurra en actos que desdigan del decoro, honrra de bien y decencia que se requieren para el ejercicio de la cátedra universitaria. Para el efecto, seguirá el procedimiento más adecuado, oyendo en todo caso al profesor;
- 17<sup>a</sup>—Conocer de las faltas en que incurrieren los funcionarios y empleados de administración del Plantel, para separarles de sus cargos siguiendo el procedimiento que estime más apropiado;
- 18<sup>a</sup>—Conocer y sancionar las faltas en que incurrieren los estudiantes. Para ello, se comunicará la acusación al alumno quien, en el plazo que se le señale, someterá a consideración del Consejo la contestación correspondiente acompañada de todos los documentos comprobatorios. Estimándose suficientemente instruida la cuestión, el Consejo emitirá el fallo. Este procedimiento se adoptará cuando la sanción a imponer deba consistir en la suspensión de los estudios, la pérdida del año escolar o la expulsión del Plantel;
- 19<sup>a</sup>—Conceder premios honoríficos a los profesores y alumnos que se hicieren acreedores a ellos por sus producciones científicas o su aprovechamiento distinguido, así como a los que resultaren vencedores en debates, torneos deportivos, etc.;
- 20<sup>a</sup>—Organizar la comisión de extensión universitaria;
- 21<sup>a</sup>—Resolver sobre la validez de los títulos conferidos por universidades extranjeras y los estudios en ellas realizados, de acuerdo con las cláusulas de los Tratados que haya suscrito el Ecuador y las prescripciones del reglamento respectivo;

A falta de Tratado, el interesado deberá elevar solicitud al Consejo Universitario acompañando el ti-

tulo autenticado, los planes de estudio de la Universidad en que se hayan cursado, asimismo, autenticado y justificación de su honorabilidad acreditada con certificación del Representante Diplomático o Agente Consular de la nación a que pertenezca. Cumplirá además los requisitos que le señalen el Consejo Universitario o el Consejo Directivo de la Facultad correspondiente;

22ª—Autorizar los gastos e inversiones cuya cuantía exceda de diez mil sucres;

23ª—Autorizar la publicación de obras de los profesores y alumnos;

24ª—Fijar el arancel para las matriculas, exámenes y grados académicos, así como para otros actos de carácter universitario;

25ª—Autorizar la docencia libre;

26ª—Reglamentar la elección de los alumnos que deban integrar el Consejo Universitario, las Juntas de Facultad y sus Consejos Directivos;

27ª—Designar, de entre los alumnos representantes ante el Consejo Universitario, al que debe representar a la Universidad en el Consejo Nacional de Educación Superior;

28ª—Resolver sobre los recursos que los estudiantes presenten contra los profesores en ejercicio del derecho que les concede este Estatuto;

29ª—Conferir la medalla de la Institución y las insignias de cualquiera de sus Facultades a las personas que se hagan acreedoras a ellas así como la Condecoración "Benigno Malo" y las demás preseas honoríficas que se establecieren de conformidad con los reglamentos respectivos; y

30ª—Ejercer las demás atribuciones señaladas en la Ley de Educación Superior y en los Estatutos y que no competen, privativamente, a otro organismo universitario.

### Parágrafo III

#### RECTOR Y VICERRECTOR

Art. 18.—El Rector de la Universidad será elegido por la Asamblea entre los profesores principales en ejercicio del magisterio universitario, y de conformidad con la ley.

Art. 19.—Además de las atribuciones específicas detalladas en la Ley de Educación Superior, el Rector de la Universidad tendrá las siguientes:

1ª—Vigilar que la enseñanza se realice de acuerdo con los programas y los planes de estudio aprobados por las Facultades;

2ª—Observar razonadamente y por escrito cualquier medida adoptada por las Facultades, Institutos y Departamentos que no se ajuste a la Ley, al Estatuto y a los Reglamentos o sea errada o perjudicial a los intereses de la Institución. En caso de que la observación no sea atendida, el asunto será resuelto en última instancia por el Consejo Universitario;

3ª—Observar razonadamente y por escrito sobre las resoluciones del Consejo Universitario que fueren expedidas en oposición a las prescripciones legales, estatutarias o reglamentarias. En este caso, el asunto volverá a ser tratado y resuelto por mayoría de votos;

4ª—Designar con carácter de interinos a los funcionarios y empleados administrativos cuantas veces se produjere una vacante, y solicitar oportunamente del Consejo la designación del titular;

- 5ª—Pedir informes a las Facultades, organismos universitarios, profesores, etc.;
- 6ª—Celebrar contratos y otorgar poderes a nombre de la Institución previa autorización del Consejo Universitario;
- 7ª—Expedir órdenes de pago con cargo a las partidas generales o especiales del presupuesto cuando el gasto no exceda de diez mil sucres;
- 8ª—Imponer penas pecuniarias por faltas disciplinarias a los profesores, funcionarios y empleados de administración;
- 9ª—Establecer, bajo su inmediata dirección, la Sección Estadística de la Universidad;
- 10ª—Dar posesión en sus cargos a los dignatarios de las Facultades, Institutos y Departamentos, a los catedráticos, funcionarios y empleados de administración;
- 11ª—Supervigilar las bibliotecas, gabinetes, laboratorios, etc.;
- 12ª—Refrendar los títulos universitarios;
- 13ª—Dirigir la correspondencia oficial de la Universidad;
- 14ª—Autorizar las publicaciones de la Universidad;
- 15ª—Conceder licencias a profesores, funcionarios y empleados de administración hasta por treinta días en cada año lectivo;
- 16ª—Cuidar de la recaudación de las rentas y derechos universitarios que debe hacer la Tesorería;
- 17ª—Abrir anualmente, en acto público y solemne, los cursos universitarios, conforme al calendario escolar;

- 18ª—Conceder "pases" a los alumnos que deseen estudiar en otras Universidades ecuatorianas;
- 19ª—Informar, a la conclusión de su mandato, a la Asamblea Universitaria sobre la labor realizada en el cuatrienio; y
- 20ª—Ejercer las demás atribuciones que le señalan la Ley de Educación Superior, los Estatutos y Reglamentos.

Art. 20.—El Vicerrector hará las veces de Rector en los casos de renuncia, ausencia o cualquier otro impedimento de éste.

Art. 21.—La falta de Rector y Vicerrector, cualquiera que sea el motivo, será llenada por el Decano más antiguo, antigüedad que se computará por el número de años de servicio en el profesorado.

#### Parágrafo IV

#### FACULTADES, INSTITUTOS Y DEPARTAMENTOS

Art. 22.—Entre las Facultades universitarias debe existir la más estrecha colaboración, especialmente entre aquellas que imparten la enseñanza de ciencias afines.

Art. 23.—Las Facultades estarán regidas por la Junta, el Consejo Directivo y el Decano elegido para un período completo de dos años. En caso de ausencia o impedimento, le subrogará el Subdecano que será también elegido para un período completo de dos años y por ausencia o impedimento de este último, los profesores miembros del Consejo Directivo en orden de antigüedad.

Art. 24.—Las Juntas de Facultad resolverán todas las cuestiones sobre docencia que se les someta a su consideración por el Consejo Universitario, el Rector o cualquiera de sus miembros. Para el efecto, celebrarán sesiones obligatorias, cuando menos una por mes.

Art. 25.—Son atribuciones de la Junta de Facultad:

- 1ª—Elegir al Decano y Subdecano;

- 2ª—Elegir a los profesores y a los estudiantes que constituirán el Consejo Directivo;
- 3ª—Conocer y resolver sobre las renunciaciones del Decano, Subdecano y miembros del Consejo Directivo;
- 4ª—Proponer al Consejo Universitario las medidas conducentes al progreso de la Universidad o de la propia Facultad;
- 5ª—Formular ternas para el nombramiento de profesores; y
- 6ª—Ejercer las demás atribuciones que le confieren los Estatutos y Reglamentos.

Art. 26.—Los Consejos Directivos estarán integrados por el Decano, el Subdecano, dos profesores principales elegidos por la Junta de Facultad y dos alumnos representantes elegidos de entre los que integran dicha Junta de Facultad.

Los profesores que integran los Consejos Directivos durarán dos años en sus funciones y podrán ser reelegidos.

Art. 27.—Son atribuciones de los Consejos Directivos:

- 1ª—Dictar normas para el mantenimiento de la disciplina en la Facultad y comunicar al Consejo Universitario las faltas en que incurrieren profesores y alumnos cuando por su gravedad deban ser juzgados por ese organismo;
- 2ª—Dictar el Reglamento de la Facultad y modificarlo cuando las conveniencias docentes y administrativas lo requieran;
- 3ª—Estudiar los programas de enseñanza presentados por los profesores y aprobarlos, modificarlos o rechazarlos;

- 4ª—Resolver toda solicitud referente a matriculas, grados y títulos;
- 5ª—Designar los tribunales para los exámenes de fin de curso y para las pruebas de grado;
- 6ª—Dictar los planes de estudio;
- 7ª—Formular los horarios de clases distribuyendo el trabajo de los profesores en días distintos;
- 8ª—Organizar giras conforme al Reglamento;
- 9ª—Expedir el Reglamento para la provisión de cátedras;
- 10ª—Resolver sobre las solicitudes de revalidación de títulos y de estudios que le fueren enviadas por el Consejo Universitario;
- 11ª—Otorgar los títulos académicos correspondientes previo el cumplimiento de los requisitos reglamentarios;
- 12ª—Resolver sobre la aceptación de los "pases" de los alumnos de otras Universidades;
- 13ª—Distribuir las asignaturas entre el personal docente, previa consulta a la Junta de Facultad;
- 14ª—Imponer penas disciplinarias autorizadas por los Reglamentos; y
- 15ª—Ejercer las demás atribuciones que le confieren los Estatutos y Reglamentos.

Art. 28.—El Decano será elegido por la Junta de Facultad de entre los profesores principales de la misma, siempre que tenga, por lo menos, tres años de servicio en la docencia y podrá ser reelegido.

Art. 29.—El Decano representará a la Facultad y tendrá las siguientes atribuciones:

- 1ª—Cuidar de que los alumnos, para obtener matrícula, cumplan todos los requisitos legales y reglamentarios;
- 2ª—Informar al Consejo Universitario y al Rector del Plantel sobre la marcha de la Facultad, anualmente y cuantas veces fuere requerido para ello;
- 3ª—Absolver las consultas y resolver las cuestiones que le fueren presentadas por los profesores y alumnos de la Facultad;
- 4ª—Visitar las clases y exigir el cumplimiento de los deberes a los profesores y alumnos;
- 5ª—Designar en cada caso el tribunal que ha de examinar los trabajos de agrupación o tesis doctorales;
- 6ª—Autorizar los exámenes extraordinarios de los alumnos de la Facultad de acuerdo con las normas reglamentarias;
- 7ª—Velar por el cumplimiento de los programas de enseñanza y por la exacta aplicación del calendario escolar;
- 8ª—Conceder licencia a los profesores, por causas justificadas, hasta por ocho días en cada año escolar;
- 9ª—Velar por la aplicación estricta de las normas estatutarias y reglamentarias; y
- 10ª—Ejercer las demás atribuciones que le confieren los Estatutos y Reglamentos.

Art. 30.—El Decano deberá estar presente por lo menos cuatro horas diarias en el despacho a fin de tramitar y resolver los asuntos que le conciernen como funcionario responsable de su Facultad.

Art. 31.—El Subdecano será elegido en las mismas condiciones del Decano. Reemplazará a éste en caso de ausencia.

Art. 32.—Los Institutos y Departamentos serán regidos por los Directores designados por el Consejo Universitario o los Consejos Directivos, según los casos. Tendrán los organismos consultivos o directivos señalados en los reglamentos y cumplirán las funciones específicas que les competen.

Art. 33.—Las Escuelas dependientes de una Facultad podrán tener un Director designado por el Consejo Directivo que durará dos años en el ejercicio de sus funciones.

### CAPITULO TERCERO

#### PROFESORADO

Art. 34.—Los profesores de la Universidad de Cuenca serán honorarios, principales, agregados, accidentales y libres. Habrá también profesores ayudantes o auxiliares, cuando excepcionales circunstancias docentes así lo exijan.

Art. 35.—Cuando las necesidades de las Facultades lo requieran se designarán profesores a tiempo completo, siguiendo las normas del reglamento respectivo.

Art. 36.—El Consejo Universitario, a petición de la Facultad respectiva, designará profesores honorarios a las personas de reconocida competencia científica y profesional.

Art. 37.—Tendrán el carácter de profesores honorarios los catedráticos universitarios jubilados.

Art. 38.—Los profesores honorarios llevarán su título con determinación de la ciencia que enseñaron en la Universidad o en la cual se hayan especializado. La Universidad les guardará el fuero y les otorgará los privilegios correspondientes.

Art. 39.—Los profesores principales serán nombrados por el Consejo Universitario, previa terna formulada por la Junta de Facultad, o mediante concurso, de acuerdo con los respectivos reglamentos. Cuando la elección se realice por terna, se harán constar los servicios que los candidatos hubieren prestado a la ciencia y a la edu-

cación pública. El Consejo Directivo de cada Facultad decidirá la forma de provisión de las cátedras, y así lo comunicará al Consejo Universitario, quien dará la respectiva autorización.

Art. 40.—Los profesores agregados serán designados de la misma manera que los principales.

Art. 41.—La Universidad reconoce a los miembros del personal docente su derecho a la estabilidad en la cátedra, salvo los casos de excepción puntualizados en este Estatuto.

Art. 42.—Los profesores accidentales serán nombrados por el Rector de la Universidad.

Art. 43.—Los profesores ayudantes o auxiliares serán elegidos por el Consejo Universitario a propuesta de los Consejos Directivos de las Facultades entre los más sobresalientes egresados de ellas. Integrarán los tribunales para la recepción de exámenes de fin de curso.

Art. 44.—Los profesores del Instituto de Idiomas serán nombrados de acuerdo con el Reglamento respectivo y tendrán los derechos y obligaciones que en dicho reglamento se les asigne.

Art. 45.—Si el Consejo Universitario requiere los servicios docentes y de investigación de un profesor en goce de pensión jubilar, establecerá la remuneración correspondiente.

Art. 46.—Los profesores contratados tendrán iguales derechos y obligaciones que los nacionales.

Art. 47.—El Consejo Universitario podrá autorizar la docencia libre a personas de méritos intelectuales comprobados y fijará el período de tiempo que un profesor libre ha de ejercer la cátedra.

Art. 48.—Los profesores universitarios tienen los derechos y obligaciones siguientes, de acuerdo con la declaración contenida en la Carta de las Universidades Latinoamericanas que la Universidad de Cuenca adopta:

### DERECHOS:

- 1º—El respeto a su condición y el estímulo adecuado para el desempeño de sus funciones docentes;
- 2º—La estabilidad en su cátedra, de acuerdo con la Ley y estos Estatutos;
- 3º—La libertad de asociación;
- 4º—La publicación de sus obras, siempre que reúnan méritos suficientes;
- 5º—La participación en el gobierno de la Universidad; y
- 6º—La Libertad de cátedra y de investigación.

### OBLIGACIONES:

- 1º—Mantener y acrecentar la dignidad, la ética y el prestigio de la Universidad;
- 2º—Contribuir a la orientación, formación y preparación de los estudiantes Universitarios;
- 3º—Colaborar en las labores culturales, específicas y extensivas, de la Universidad;
- 4º—Mejorar constantemente sus conocimientos para mantenerlos al nivel del progreso científico y cultural;
- 5º—Preparar trabajos de investigación y obras de carácter didáctico o de divulgación;
- 6º—Cumplir fielmente las obligaciones de su cargo y ser ejemplo para los estudiantes;
- 7º—Cumplir las comisiones que les encomienden los organismos y autoridades universitarias;



- 8º—Dirigir los trabajos de investigación para las memorias de grado;
- 9º—Intervenir en los tribunales de recepción de exámenes;
- 10º—Anotar prolijamente la inasistencia de los alumnos sujetándose a las normas reglamentarias;
- 11º—Calificar las pruebas interanuales y finales de los estudiantes dentro de los periodos reglamentarios;
- 12º—Concurrir a los actos universitarios; y
- 13º—Cumplir todas las demás obligaciones emanadas de los Estatutos y los Reglamentos del Plantel.

Art. 49.—Cuando un profesor llegara a distinguirse en algún ramo de la ciencia y necesitare especializarse en centros docentes extranjeros, podrá obtener del Consejo Universitario la ayuda económica correspondiente.

Art. 50.—Los profesores tienen derecho a ascenso en el escalafón y al subsidio familiar conforme a las normas del reglamento pertinente.

#### CAPITULO CUARTO

##### ESTUDIANTES

Art. 51.—La Universidad de Cuenca contará con dos clases de alumnos:

- a) Regulares; y
- b) Oyentes.

Son alumnos regulares los que siguen sistemáticamente las asignaturas de un curso de acuerdo con la orientación de los planes de

estudio y cumplen los requisitos de ingreso, matrícula y trabajo en la Universidad.

Son alumnos oyentes los que, sin seguir estudios de una carrera determinada, asisten a una o más clases de la Universidad, previo el pago de los derechos respectivos. No se les exigirá el cumplimiento de los requisitos de ingreso ni tendrán otros derechos que los de su libre acceso a las aulas del Plantel.

Art. 52.—Para ingresar a la Universidad los aspirantes deberán sujetarse a los requisitos señalados en el reglamento especial correspondiente.

Art. 53.—Los estudiantes universitarios, conforme a la declaración constante en la Carta de las Universidades Latinoamericanas, que la Universidad de Cuenca adopta, tienen los siguientes derechos y obligaciones:

##### DERECHOS:

- 1º—Recibir enseñanza sin más limitaciones que las derivadas de su capacidad;
- 2º—Libertad de opinión y de ideología;
- 3º—Facultad de formar asociaciones estudiantiles libremente;
- 4º—Servicio de bienestar estudiantil; y
- 5º—Participación en el gobierno de la Universidad.

##### OBLIGACIONES:

- 1º—Mantener y acrecentar la dignidad, la ética y el prestigio de la Universidad;
- 2º—Colaborar de la manera más amplia en las labores culturales, específica y extensiva, de la Universidad;

- 3º—Dedicar el máximo esfuerzo a su formación universitaria;
- 4º—Concurrir puntualmente a las clases en los días y horas señaladas en los horarios;
- 5º—Observar las prescripciones estatutarias y reglamentarias del Plantel;
- 6º—Concurrir a las elecciones estudiantiles; y
- 7º—Concurrir obligatoriamente a todos los actos universitarios para los que fueren convocados.

Art. 54.—Los estudiantes tienen derecho de tacha sobre sus profesores. Este derecho se lo ejercerá de la siguiente manera:

- a) Los estudiantes solicitarán al Consejo Universitario que declare vacante la cátedra correspondiente;
- b) La solicitud deberá estar suscrita cuando menos por las tres cuartas partes de los estudiantes que reciban clase del profesor cuya exclusión se pida y contendrá la exposición clara y precisa de los motivos de la solicitud;
- c) El Consejo Universitario dispondrá que la indicada petición sea puesta en conocimiento del profesor, quien tendrá derecho de presentar su defensa ante aquél;
- d) El Consejo Universitario tomará las medidas más convenientes para verificar la exactitud de los motivos alegados por los alumnos y de los derechos que fundamenten la defensa del profesor, y aún para conseguir el acuerdo de éste y aquéllos;
- e) Si después de un mes de presentada la solicitud los estudiantes se ratificaren en ella, en la forma y con los requisitos antes señalados, el Consejo Universitario declarará vacante la cátedra y pedirá inmediatamente la formación de la terna respectiva.

Art. 55.—Los alumnos perderán el curso escolar por completar un número de faltas a clase igual al veinte y cinco por ciento del total de ellas de la respectiva materia, computadas con arreglo al calendario escolar, desde la fecha de inscripción de su matrícula.

Art. 56.—Son faltas de los alumnos:

- a) Los actos de indisciplina y los movimientos subversivos;
- b) Los hechos contrarios a la moral, al decoro y al prestigio del Instituto;
- c) La falta de respeto a las autoridades universitarias y a los catedráticos; y
- d) Los hechos contrarios a los Estatutos y Reglamentos.

Art. 57.—Las penas que se aplicarán a las faltas de los alumnos serán estas:

- 1º—Amonestación privada del catedrático, del Decano o del Rector;
- 2º—Censura pública por los mismos;
- 3º—Suspensión del examen;
- 4º—Pérdida del año escolar; y
- 5º—Expulsión del Plantel.

Las dos primeras penas se aplicarán según la gravedad de la falta y de su ejecución no se dejará constancia alguna.

Las otras sanciones serán impuestas por el Consejo Universitario previo el trámite señalado en el numeral 18 del Art. 17.

Art. 58.—Los alumnos están obligados a pagar los derechos y tasas fijados en los reglamentos correspondientes.

Art. 59.—Si un juez llamare a un alumno a juicio plenario, será

de hecho suspendido en los exámenes finales del curso, y de llegar a pronunciarse sentencia condenatoria, se le expulsará del Plantel.

Art. 60.—Concluidos los correspondientes ciclos de estudios, los alumnos tendrán derecho a obtener los títulos respectivos, de acuerdo con las normas reglamentarias pertinentes.

Art. 61.—Los estudiantes que formen parte del personal docente, auxiliar y de administración de la Universidad no podrán representar a sus compañeros en los Organismos Universitarios.

## CAPITULO QUINTO

### PERSONAL ADMINISTRATIVO Y AUXILIAR

Para la administración de la Universidad de Cuenca funcionarán los siguientes departamentos:

- 1.—De secretaría, estadística, archivo, publicaciones y canje;
- 2.—De tesorería y contabilidad;
- 3.—De bibliotecas;
- 4.—De laboratorios, gabinetes, museos, etc. y
- 5.—De talleres gráficos.

Cada Departamento tendrá un Jefe. Del de Secretaría, Estadística y Archivo, etc., lo será el Secretario General de la Universidad; del de Tesorería y Contabilidad, el Tesorero del Plantel y del de Bibliotecas, el Bibliotecario General.

En cada gabinete, laboratorio o museo, el Jefe nato será el profesor de la asignatura correspondiente y contará con los auxiliares necesarios. Cuando hubiere varios profesores, el reglamento determinará quién es el Jefe. El Regente de los Talleres gráficos será el Jefe del Departamento de su cargo.

El Consejo Universitario podrá establecer otros Departamentos según lo requieran las necesidades administrativas.

Art. 63.—El Rector de la Universidad será el Jefe Superior de todos los Departamentos.

Art. 64.—El Secretario General de la Universidad deberá poseer título profesional universitario y podrá ser designado de entre los miembros del claustro de profesores.

Son sus obligaciones:

- 1ª—Actuar como Secretario de la Asamblea y del Consejo Universitario, así como de la Comisión de Escalafón de Profesores de la Universidad;
- 2ª—Redactar las actas de las sesiones de estos organismos y dar fe de autenticidad de las mismas y de los acuerdos que se adopten;
- 3ª—Despachar la correspondencia oficial de acuerdo con las indicaciones que reciba del Rector;
- 4ª—Ordenar y custodiar el archivo de la Universidad, para lo cual contará con un ayudante especial;
- 5ª—Llevar el expediente académico de los profesores de acuerdo con el Reglamento de Escalafón de los mismos; y
- 6ª—Otogar copias y certificados previo el abono de los derechos señalados en el arancel.

En los casos de falta o de ausencia del Secretario General le reemplazará el Prosecretario del Plantel o uno cualquiera de los Secretarios de las Facultades, llamado por el Rector.

Art. 65.—Para el control de matriculas, exámenes, grados, calificaciones y labores similares, así como para los actos administrativos de las Facultades e Institutos anexos, habrá los Secretarios de

estas dependencias que el Consejo Universitario estime conveniente. Las Secretarías de las diferentes Facultades e Institutos integrarán el Departamento de Secretaría.

Para ser Secretario de Facultad se requiere ser Abogado y la elección se verificará por el Consejo Universitario previa terna del respectivo Consejo Directivo.

Art. 66.—El Tesorero del Plantel tendrá las siguientes obligaciones:

- 1º—Dirigir el cobro y percepción de los derechos universitarios;
- 2º—Llevar, por medio de los ayudantes respectivos, los libros de contabilidad del Establecimiento y la cuenta de inventario;
- 3º—Elevar al Rector de la Universidad y a la Contraloría, mensualmente, copia de la cuenta de los valores vendibles, inventario y caja; y
- 4º—Cumplir todos los demás deberes que le estén señalados en las leyes de la República y en los Estatutos y Reglamentos de la Universidad.

Art. 67.—El Departamento de Bibliotecas se regirá por un Reglamento especial y el Jefe de él cuidará de la buena conservación de las colecciones bibliográficas, de su debida catalogación y de la eficiencia del servicio.

Art. 68.—Las bibliotecas de la Universidad son la General y las especializadas en cada una de las Facultades e Institutos anexos. La General lleva el nombre del Rector fundador de ella, doctor Juan Bautista Vázquez.

Art. 69.—Los profesores y estudiantes tienen derecho de utilizar las bibliotecas para sus estudios e investigaciones y de sacar libros fuera de ellas con sujeción a las normas reglamentarias correspondientes.

Art. 70.—La Universidad dispondrá para los trabajos prácticos y de investigación científica de los laboratorios necesarios.

Art. 71.—En cada laboratorio o gabinete habrá un profesor-jefe encargado de la buena marcha de la dependencia y de la supervigilancia, conservación e incremento de los equipos. Habrá también el número necesario de ayudantes, designados previo concurso conforme a los reglamentos respectivos.

Art. 72.—Entre los servicios de bienestar estudiantil la Universidad mantendrá un almacén para la provisión de los útiles, materiales y libros indispensables.

Art. 73.—Tanto para el manejo de las bibliotecas como de los laboratorios, gabinetes, museos, etc., los correspondientes funcionarios y miembros del personal administrativo que los custodien rendirán las fianzas que señale el Consejo Universitario.

Art. 74.—El personal administrativo del Plantel tendrá derecho a estabilidad y ascenso en su carrera y al subsidio familiar conforme a los Reglamentos que rigen estas instituciones.

## CAPITULO SEXTO

### PUBLICACIONES, BLASONES, TITULOS HONORIFICOS

#### Y CONDECORACIONES UNIVERSITARIAS

Art. 75.—El órgano oficial de publicidad de la Universidad está constituido por la Revista "ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA". Su dirección estará a cargo de un profesor designado por el Rector del Plantel.

Las Facultades podrán publicar Revistas especializadas.

Art. 76.—Los blasones y el pabellón de la Universidad son los acordados por la Junta Administrativa el diez y seis de junio de mil novecientos cuatro.

Los blasones tienen el siguiente simbolismo:

"En los colores azul y rojo el escudo agrupa las ideas de amor a la ciencia. La cruz simboliza la fe. Al centro un árbol, un libro abierto y un manantial representan el apartamiento para el estudio y la fecundidad de éste expresada en el lema: "Fons vitae eruditae possidentis" (Tiene una fuente de vida en la instrucción quien la posee), tomada del libro de los proverbios, capítulo XVI. v. 22, e inscrito en la parte superior en un festón cruzado por entre una corona. Ornan el escudo a la derecha ramos de violetas, símbolo de la modestia, como predecesora de la gloria, representada a la izquierda por una palma de laureles. Al término, hacia abajo, penden tres borlas correspondientes a las Facultades que funcionan en la Universidad".

"El pabellón universitario se compone de los tres colores del nacional en fajas que divergentes desde el asta hasta los extremos laterales, terminan a la mitad del pabellón, cuyo fondo es blanco en una faja y amarilla en la otra".

Art. 77.—El Título de Doctor Honoris Causae no podrá ser conferido sino a personas que hayan contribuido de manera valiosa y relevante al progreso de las ciencias o de las artes o al desarrollo de la cultura en general. Será acordado por el Consejo Universitario en virtud de iniciativa propia o por proposición razonada de cualquiera de las Facultades.

Art. 78.—Institúyese la Insignia "Universidad de Cuenca", consistente en una medalla de oro con los blasones del Plantel, para que sea entregada a las personas que hayan prestado servicios relevantes a la Universidad.

La concesión de ella será acordada por el Consejo Universitario por su propia iniciativa o por proposición razonada de cualquiera de las Facultades.

Art. 79.—Cuando un profesor de la Universidad cumpla veinte y cinco años de ejercicio de la docencia, la Facultad a la que pertenezca le tributará homenaje en sesión especial de la Junta con asistencia del Rector del Plantel y del Consejo Universitario.

De igual manera procederán los Institutos anexos, con sus profesores.

Art. 80.—La Condecoración "Benigno Malo" establecida por acuerdo del Consejo Universitario de doce de octubre de mil novecientos veinte y seis para los egresados de las diferentes Escuelas y Facultades Universitarias de cada promoción, se conferirá siguiendo las prescripciones del reglamento especial correspondiente.

Art. 81.—Todos los miembros de la Universidad —autoridades, catedráticos, funcionarios y personal de la administración y el alumnado— llevará en la solapa izquierda de la americana una escarapela con el blasón de la Universidad.

Art. 82.—El Consejo Universitario señalará las insignias distintivas de cada Facultad o Instituto anexo.

Art. 83.—Anualmente, el tercer lunes de enero, se conmemorará la fundación de la Universidad de Cuenca con una ceremonia solemne o en la forma que más conveniente estime el Consejo Universitario.

## CAPITULO SEPTIMO

### DISPOSICIONES GENERALES

Art. 84.—El periodo lectivo se regirá por las normas del Reglamento que establece el calendario escolar; se iniciará el segundo lunes de octubre y finalizará el tercer lunes de junio de cada año.

Art. 85.—Los Estatutos de la Universidad podrán ser reformados por el Consejo Universitario en dos discusiones, en sesiones especialmente convocadas al efecto y con el voto de las dos terceras partes de los miembros concurrentes.

Art. 86.—El Consejo Universitario nombrará cada año una comisión permanente de presupuesto encargada de recolectar y sistematizar los datos para la expedición del mismo.

Dicha comisión elaborará el anteproyecto de presupuesto y el Consejo Universitario lo dictará luego de discutirlo en dos sesiones, celebradas en días distintos.

Las reformas que se requieran se harán previo informe favorable de la Comisión de Presupuesto y necesitarán el voto de las dos terceras partes de los miembros concurrentes a la sesión en que se discuten.

Art. 87.—Todo asunto que no se encuentre especialmente previsto en los Estatutos o en los reglamentos universitarios, se registra por medio de acuerdos o resoluciones que expida el Consejo Universitario.

**Gabriel Cevallos García,**  
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

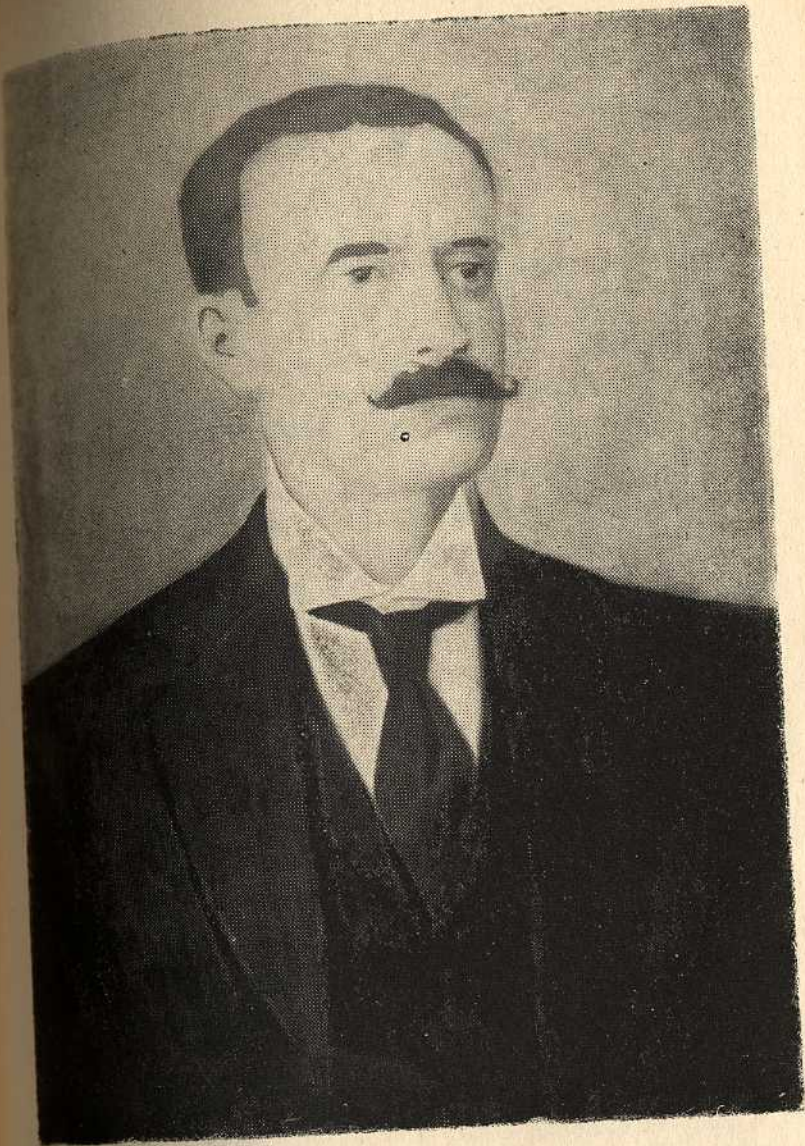
**Alfredo Abad Gómez,**  
SECRETARIO GENERAL

CERTIFICO QUE EL ESTATUTO ORGANICO DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA, QUE ANTECEDE, FUE APROBADO POR EL H. CONSEJO UNIVERSITARIO EN SESION DE 29 DE AGOSTO DE 1966.

CERTIFICO QUE EL ESTATUTO ORGANICO DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA FUE CONOCIDO Y APROBADO POR EL H. CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION SUPERIOR, EN SESION CELEBRADA EN LA CIUDAD DE QUITO, SEDE ACTUAL DEL CONSEJO EL 14 DE SEPTIEMBRE DE 1966.

**Germán Cabrera J.,**  
SECRETARIO GENERAL INTERINO DEL CONSEJO  
NACIONAL DE EDUCACION SUPERIOR.

**MANUEL J. CALLE**  
**BIOGRAFIAS Y SEMBLANZAS**



MANUEL J. CALLE

## UN RECUERDO DE CALLE

Manuel J. Calle, en las letras azuayas, llenas de tantos prestigios limitados a la provincia, tiene logrado renombre comarcano y nacional, pues fué de los pocos cuencanos que pensó, escribió y actuó más allá de la región. La vida le impuso residencia casi obligada en Guayaquil, la suerte le deparó la tribuna periodística donde hacerse nombre y fama, la pluma le situó en la vanguardia de los más castizos escritores ecuatorianos.

Calle ostenta una doble figura: la del escritor positivo y la del polemista negativo. Las circunstancias históricas y las preferencias populares —tan propensas a errar, como misteriosas— han situado al polemista sobre el escritor positivo. Calle es conocido por sus violencias, contradictorias y fugaces, y casi no es conocido como el gran estilista que fue, como el atildado y humanista, soberano señor de un modo muy personal y de una caudalosa cultura sólidamente asentada en la rancia latinidad.

Para muchos, Calle continúa siendo el más agudo y ágil "insultador" del periodismo político, especie de campeón paradigmático, a quien se le venera por algo que no cabe exactamente en el mundo literario: por sus luchas. Era la época: Alfaro, el viejo luchador; Calle, el luchador de la prensa, como hubo tantos en las horas de transformación política de nuestra vida. Pero, tras Montalvo, Calle monta guardia en la misma línea de los luchadores, epíteto con el que se trata de cubrir una suerte de estilo más político y corrosivo, que literario y edificante.

Lo valioso, lo duradero de Calle, la resistente y sutil materia que supera banderías y luchas, va perfilándose y el escritor, al ser ubicado en su domicilio de escritor, cobra dimensiones que, a la distancia, limpian la mirada de torvas perspectivas, sitúan actos y



pensamientos en el manantial de la biografía auténtica, levantan la caedizo del político y alquitaran la validez literaria de un hombre que, en fin de cuentas, escribió una de las mejores prosas que se hayan escrito en el Azuay.

Con motivo de cumplirse los cien años de su nacimiento, nos detenemos un momento ante su calidad de gran escritor, de hombre de sabia contextura intelectual, para decir a los jóvenes de hoy que Manuel J. Calle vinculó su existencia de hombre a la esencia del escritor, fundiendo su vocación en su arte, como todo literato que no es únicamente el que muestra y hace galas de regalo y acrobacia, sino el medular, paciente, profesional y artesano de la tarea de dignificar el contorno con la magia de la palabra escrita. El valor supremo de escribir no finca en hacerlo o en hacerlo bien, radica, mejor, en el fin que se cumple, fin de valor ético y docente, fin de valor interpretativo del medio y destinado a servir al medio, fin que no es fin en sí mismo, pues antes —presidiendo el impulso creador— y después —justificando la necesidad de escribir— circundando las letras y sus empeños, se encuentra la suprema necesidad de expresar dignamente la verdad. Verdad que asume en la vida social —verdad divina y proteica— apariencias y funciones de justicia, de libertad, de sinceridad, de amor al prójimo.

Calle no fue sólo el tumulto periodístico y combativo. Cuando hacia un descanso a su faena de escritor político, solía pasear la mirada en la hondura o en el panorama histórico. Escribió bellos libros, algunos de los cuales han entrado en el patrimonio colectivo y allí están como libros de ilusión para escolares, como cabezal de recuerdos para cuántos estiman la tradición, como motivo incitante para escritores noveles.

Reproducimos parte de uno de sus más conocidos libros: *Biografías y Semblanzas*. La reproducción en parte, en aquella que más nos pertenece, es decir en la relativa a escritores cuencanos compañeros y amigos de Calle o, por lo menos, de su generación inmediata anterior, pero a quienes conoció y supo estimar, no obstante las distancias que impone —o imponía— el partido político. Superarlas con afecto y verdad, constituye uno de los méritos morales del bello libro que hoy entregamos al lector.

G. C. G.

## PAGINAS PRELIMINARES

Quien que sepa leer y escribir, en el Ecuador, no conoce a Manuel J. Calle, autor de este libro? Combatiente en el circo de los gladiadores del pensamiento, fué exaltado y aplaudido por las turbas, unas veces, y menospreciado y perseguido, otras; vencedor en más de un combate, nunca abandonó la trinchera ni cayó jamás, aunque siempre estuvo herido y ensangrentado en la lucha; víctima destinada al martirio, transitó por el mundo cubierto con el polvo de la gloria, pero azotado por horribles tormentas del alma, y llegó a ser —gigante de espíritu, encerrado en un cuerpo extenuado y enfermo— un cruzado de la civilización ecuatoriana y uno de los grandes prosadores de América.

Ardua empresa y difícil tarea es, por consiguiente, escribir con acierto acerca de este hombre superior, que hizo de su pluma de literato, arma de combate y escarpelo de disección en las penosas faenas de la prensa periodística, agitando en su torno las pasiones populares hasta el punto de sentir él todas las caricias del amor y de la admiración y todas las enconosas desgarraduras del furor y de la venganza.

Y más arduo y más difícil es el empeño de estudiar la psicofisiología de este batallador turbulento con instintos de apóstol, de este derrotado rebelde con tendencias de contemplativo, en la hora actual y ante sus contemporáneos, los que le vimos crecer y crecer, como árbol que, arraigado en el fondo del valle, alza su copa, para beber la luz, más arriba de los que nacieron en la cumbre.

Manuel J. Calle, hijo de sus propios esfuerzos, conquistador glorioso de su fama, es un enigma para la crítica de la historia y es un interrogante para la sociología; pues muerto, excita todavía

pasiones de todo género, porque perduran sus rebeldías como pensador, sus imprecaciones como político, sus maldiciones como fustigador de tiranos, sus acometidas como luchador en el palenque siniestro de la prensa, donde hirió, como acontece en toda guerra despiadada, a buenos y a indefensos. Si; muerto Calle, excita todavía ruidosos aplausos y rabiosas protestas, porque no terminan las conmociones filodoxas que produjo su vida de periodista, de crítico, de sociólogo tan llena de angustias y de reveses, en este siglo en que, destronar soberanos, llámense reyes, filósofos o artistas, ha sido el utópico anhelo, el atormentador ideal, el sacrilego error de la Humanidad; siglo que, más que ningún otro, busca víctimas para saciar la eterna sed de lágrimas y sangre, especialmente de regicidio que tan necesario es (aunque parezca paradójico) ya que de esta ceguera de las multitudes depende la misión augusta del martir, así para la redención intelectual del mundo, en el cerebro del sabio o del genio, como para la redención suprasensible, en el corazón del héroe o del apóstol.

Mas, a pesar de lo arduo, difícil y trascendental del problema que encierra la vida y las obras de Calle, yo debo escribir algo como una prefación para este libro, que se publica por cuenta del Gobierno ecuatoriano, según Decreto Legislativo del Congreso de 1919, como ofrenda delicadísima y valiosa para el pueblo azuayo, y como homenaje de cariño y de aplauso, en tributo de gloria, para el autor del libro, al conmemorar el Primer Centenario de la emancipación política del Azuay; y debo hacerlo, no sólo porque así lo quiere la gentil y cariñosa heredera del ilustre escritor, única dueña de la edición y del libro, no sólo porque necesito pagar deudas del corazón, defendiendo la memoria del maestro, del amigo, del hermano muerto, contra el tenaz resentimiento de unos y la violenta protesta de otros; sino principalmente, porque, si este libro es una ofrenda para Cuenca, en sus días de triunfo, quiero rendirle yo también mi homenaje de filial ternura, santificando sus fiestas con la sagrada y patriótica tarea de estudiar una parte siquiera de la psiquis admirable de un cuencano egregio, sacudiendo el polvo de su sepulcro para convertirlo en ara, a fin de que Calle sea más conocido de las generaciones jóvenes y sea más querido de las contemporáneas, pues si bien él no sintetiza el alma MORLACA es un ejemplar hermoso e interesante para estudio crítico de nuestra vida intelectual como pueblo.

Además, si Calle me honró, más de una vez, distinguiéndome como a discípulo, aplaudiéndome como a escritor, mimándome como a amigo y acariciándome como a hermano ¿quién sino yo?, estoy llamado a aplaudir como lo hago ahora al Congreso de 1919 y al Gobierno actual por el solícito interés que han tenido para glorificar a Cuenca y a sus hijos; quién, sino yo, ha de agradecer la generosidad y la delicadeza del altivo y noble pueblo de Guayaquil, que guarda la tumba de Calle cubierta siempre de flores, y que le hizo grande en vida, sin negarle jamás pan y albergue, honores y cariño?

Y no se crea que, como amigo y discípulo de Calle, pretenda yo lamentar aquí mi tristeza y publicar mi duelo; nó, he humedecido ya con lágrimas las flores que crecen en su tumba de proscrito, y pagaré sus afectos, abrazándome con ternura a las prendas caídas del hermano muerto. Apuntes escritos a la ligera, rasgos trazados sin plan preconcedido, no serán éstos ni una biografía de Calle ni un prólogo para su libro: diré tan sólo, con sincera imparcialidad, lo que he sentido al leer los originales de las seis biografías que forman este volumen, procurando, antes, esbozar la personalidad literaria de Calle, que me fué muy familiar y muy conocida, con los perfiles más característicos, aunque no sean los más sobresalientes ni los más detallados.

\* \* \*

La autoeducación de Calle, su preparación técnica en los mejores planteles de instrucción, sus severas disciplinas del espíritu ordenadamente ejercitadas, le armaron desde niño para caballero del ideal, ataviándole con las insignias de una educación esmerada y de una instrucción dogmática bien comprobada. Hombre de cerebro y de corazón, luchó denodado por la gloria, pero sintió, desde los primeros momentos, las angustias de la derrota, no obstante el diestro manejo de las armas tan gallardamente preparadas por él, y saltó entonces la barrera, exponiendo de frente y sin escudo, su pecho desgarrado ya. ¿Era esto un resurgimiento o una protesta, era una anormalidad o una conquista? Era tan sólo la primera manifestación dolorosa del hombre superior, condenado psíquicamente a una eterna lucha consigo mismo.

En efecto, Calle clásico por temperamento y por educación, como lo demuestran su ideal de artista y su culto por lo egregio, lo latino y todo lo castizo de España y de América; clásico por necesidad de crecimiento, fué sin embargo, rudo batallador contra dómínes y preceptistas, contra académicos y gramáticos.

Se rebeló contra sus maestros, sin reparar que él, lo fué de sí mismo. Fingió escribir sin reglas, y combatió cruelmente, esa misma libertad proclamada por algunas escuelas literarias. Quiso romper los moldes, y se amoldó al pensar y al sentir de las multitudes. Pretendió ser acrático, y rindió culto al arte en la forma. En toda su profesión dogmática fué un revolucionario: revolucionario en gramática, revolucionario en crítica, revolucionario en política e indiferente en religión; pero, dentro de esta fingida libertad, creada por él mismo, acude en humanidades a la autoridad del Diccionario y del libro, que guardan las disciplinas técnicas y las normas clásicas; fustiga al pueblo que es su ídolo, desconociéndole hasta como árbitro del lenguaje, o protesta contra la Naturaleza y los instintos humanos, y en crítica literaria los reconoce como soberanos del Arte y de la concepción artística; ataca a las modernas escuelas poéticas, ejerciendo la tiranía del pensamiento y la crueldad del sarcasmo, y profesa como dogma la absurda libertad de credos; sirve a tiranos, como él mismo lo confiesa, atribuyéndolo a errores de concepto, y se afeza a la tradición en los más elementales problemas sociales.

Esta dualidad —no inconsecuencia, como diría el vulgo— se marca siempre en los hombres de combates interiores, en el momento en que se forma su conciencia y su personalidad. Calle no cambió de opiniones, no cambió de credo, no cambió de moral: estos cambios se operan, o por la acción refleja del medio en que se desarrolla la vida, o por la variación de los métodos educativos, por el procedimiento que se emplea en la investigación científica, pero en todo caso, estos cambios alteran la vida psíquica con fenómenos muy conocidos y detallados, tales como el misticismo o la exageración sectaria y sentimental, cuando se refieren esos fenómenos a lo dogmático en ciencia o religión; y ninguno de estos caracteres se ha observado en Calle que fué esclavo del libro, a pesar de sus rebeldías intelectuales, y que nunca llegó ni a la contemplación pura ni a la exaltación doctrinaria. Todo en él fué un

efecto natural de la simulación psíquica, marcadísima en toda su vida.

¿De la simulación? Si; yo acepto la teoría de la simulación, reconocida por los moralistas, estudiada por psiquiatras y alienistas, por filósofos y toda clase de profesionales, y sobre todo, presentida por cada uno de los seres que piensan; y la acepto como base de la disección moral en biología, porque hallo deficiente y falsa la teoría de la degeneración superior del genio, rebatida en los prolegómenos de la Psiquiatría, y porque no me satisface, tampoco, la doctrina de la anormalidad específica del hombre superior, que equivale a un problema etimológico o de significado de voces, y no a una tesis sociológica.

¿Hasta qué grado de simulación llegó Manuel J. Calle, en la jornada fatigosa de su vida? Lo voy a determinar, brevemente, a fin de conocer su personalidad intelectual y su personalidad sentimental, deteniéndome sólo en una nota, para no traspasar los estrechos límites de un proemio.

Calle empleó el pseudónimo en sus producciones, desde muy temprana edad, cuando amaba la gloria con los castos amores de la primera adolescencia y soñaba con un ideal de esperanzas y de promesas risueñas; es decir, la simulación psicológica, en la manifestación más característica, principió para él, en una hora risueña, de sinceridad para los más, en el momento mismo en que se modelaban sus formas psíquicas.

¿Es el pseudónimo el antifaz con que se cubre el criminal de encrucijada, o es la máscara que oculta los pudores de la vergüenza y las libideces de la cobardía? Es el pseudónimo, suprema expresión de soberbia, renegamiento de la progenie, protesta contra la existencia, vanidad inocente, modestia triunfadora o humildad sublime? Todo esto puede ser; pero es algo más, y es algo menos, y es nada, desde que, hay pensadores, que usan inconscientemente de este como velo, que yo conceptúo hasta como prenda de gala y de uso inocente.

Me basta, pues, recordar que el pseudónimo es una simulación que depende de las facultades individuales y se desarrolla según el medio ambiente, es decir, adaptándose a las circunstancias de tiem-

po, de lugar, etcétera, etcétera, y que en Calle fué la dolorosa simulación de Cyrano de Bergerac, simulación que envuelve el problema más desesperante de la trágica comedia humana.

Una alma grande encerrada en un cuerpo no apropiado para medio de la realización de ideales casi innatos; un ser nacido para el triunfo y la conquista, que se siente derrotado desde la primera tentativa y que lucha y forcejea en vano, entre las angustias de la asfixia, esto fué Cyrano en la vida afectiva, mantenido cruelmente por su poderosa inteligencia, y esto fué también Calle, en la vida intelectual, atormentado por la sed de afectos, tan necesarios en la vida psíquica...

Si Calle rodó por la pendiente en la primera hora trágica, no fué porque, como a Sisifo, le arrastraba el peso de su propio destino: joven, casi niño, pobre y sin nombre todavía; sin más patrimonio que su pluma tajada según arte y manejada por su corazón lleno de esperanzas, rodó porque son las turbas con su befa y los imbéciles con su crueldad, los que, agrupándose al pie de la cumbre inaccesible, apedrean o crucifican al que no se aplebeya o se esclaviza como ellos; rodó porque había nacido para grande, y estaba solo. Fué entonces que Calle se irguió altanero, para pedir, no perdón y piedades, que jamás concede el mundo al que levanta en alto la cabeza, sino para pedir sanción ¡pobre muchacho! para retar ¿a quiénes? El dolor, la lucha le habían engrandecido ya; estaba arriba, clareaba la aurora gloriosa de su fama indisputable; estaba sobre los que se arrodillan ante el becerro de oro, se armó del sarcasmo, y no encontrando con quien combatir, se desgarró el corazón, sin volver, para su mal, la vista a la Patria de sus ensueños, ni comprender que el cielo está más arriba de las nubes.

Yo he oído que, fácilmente, se perdonan y se olvidan los extravíos de la juventud; yo sé que la simulación que rige con mayor o menor imperio la vida humana, produce en la primera adolescencia de los hombres superiores, fenómenos psíquicos que justifica el jurisperito y absuelve el más severo moralista; pero, por desgracia, no hay perdón en el mundo para el crimen de haber nacido con la facultad de pensar y de sentir cosas superiores; y la historia de Calle, fué la historia de siempre, la historia de muchos: indiferencia o desprecio cuando el mártir está caído, y temor, reverencia,

cuando se le vé levantado por sus propias fuerzas, pero siempre el odio, siempre la envidia, siempre la rivalidad hiriéndole en la en-crucijada.

Es tesis sociológica que el individuo es producto del medio social, y que el crimen o la gloria del individuo es la lenta elaboración de la vida colectiva. Aisladamente, el hombre es salvaje, y como tal, incapaz de los refinamientos del vicio y de las abnegaciones de la virtud: las sociedades, los pueblos son, pues, los únicos responsables de los crímenes, o son los verdaderos glorificados por las virtudes de cada uno de los asociados, de la misma manera que el hombre es el sólo responsable de las acciones, buenas o malas, que ejecuta el brazo, el cerebro o el corazón.

Restablecer el amor entre los hermanos, aunque haya diversidad de opiniones, diré aquí, es el deber principal de las clases directivas del país, si no se quiere extraviar a los hombres superiores en su vocación o en su apostolado.

Simuló como Edgar Poe, el desequilibrio mental y el envenenamiento de la vida para matar el dolor (absurda paradoja) sintiendo más fuertemente con un excitante atormentador; pero, por felicidad, no fué como el poeta sombrío, hasta el abuso, que enerva las potencias intelectuales y aminora la propia existencia.

Simuló también un desborde de pasión, en lo puramente afectivo y galante: acaso se sintió temerario e incapaz de soportar rivales, como don Juan Tenorio, y creyendo que esto sólo le bastaba, quiso desempeñar ese papel en la escena humana, llegando únicamente al final del acto primero, para concluir repitiendo la conocida estrofa: Clamé al cielo, y no me oyó —y pues sus puertas me cierra— de mis pasos, en la tierra, —responda el cielo y no yo.

Ni el escepticismo, ni el pesimismo, ni el egoísmo eran para su alma soñadora y buena, hidalga y cariñosa; pero él que tuvo valor para desafiar a los dioses del Olimpo, sintió como Prometeo, hondo desaliento cuando el pico voraz de esos cuervos inmundos le desgarraban las entrañas.

¡Pobre mártir! La simulación, obedeciendo al medio social en que se desarrollaba, consiguió formar en Calle una personalidad

compleja, ciclópea y grande, pero la tiñó de extraños colores: el alma de Calle, blanca y transparente, se presenta como los mares, como las montañas, como los horizontes, vistos a la distancia, con tintes distintos de los que en realidad tienen.

Esto, por lo que respecta a la personalidad sentimental de Calle cuanto a su potencia intelectual, el ensayo universitario y el panfleto de combate en la prensa política, fueron los extremos de su labor literaria; es decir, Calle principió como muchos, mendigando el aplauso con la composición de obras de efecto teatral que sirven para halagar vanidades, amoldándose al sentir de las multitudes.

Muy luego, con la clarividencia de su talento, vió lo estrecho del círculo en que actuaba y comprendió cuán poco valen los moldes para vaciar en ellos el pensamiento; y aunque no tuvo fuerzas para sacudirse de prejuicios de educación y defectos de enseñanza, menos aún para independizarse del dictamen europeo que en todo nos humilla, nos enerva y nos empequeñece; pudo no obstante, dominar con gallardía, durante treinta y cuatro años de labor diaria, en la crítica y la sociología, en la política y la literatura, hasta formarse una fisonomía propia y característica, como literato verdaderamente admirable.

Treinta y cuatro años de leer y escribir sin cesar, de meditar y de combatir sin tregua; treinta y cuatro años no interrumpidos de una intensa labor intelectual, escalando día a día la cumbre, con esfuerzo propio, hacen de Calle una de las más altas personalidades literarias.

Si lo anecdótico, si lo íntimo y personal de la inimitable correspondencia epistolar de Calle, o los episodios de su vida modesta de muchacho desvalido, de bohemio o de literato altísimo, pudieran ser publicados aquí, yo comprobaría que la psicofisiología de mi noble amigo muerto nada tiene de anormal, sino que todo en él es grande, es elevado, es superior. Y ¿para qué pruebas al respecto? ¿Quién no sabe que Calle fué el primer periodista de su época, en el difícilísimo concepto que encierra este término o vocablo tan poco comprendido?

El periodista, como el cómico, está siempre en situaciones difíciles, y un gesto, un detalle, acaso insignificante, le hacen ridículo

y despreciable; de modo que, para ser periodista de renombre se necesitan, no sólo el valor para retar a las multitudes y la serenidad para recibir las befas del vulgo, junto con las habilidades de la declamación y las asimilaciones del momento, sino que es indispensable poseer además, como poseyó Calle, en grado superlativo, la vocación del apóstol, la preparación del profesional y la destreza del gladiador. Por ésto, en la inmensa acción de sus actividades, Calle fué un gigante por su cerebro, por su ilustración, por su genio, al manejar así la pluma de acero del diarismo, como la áurea de literato de verdad que halla en el tintero todos los matices para el pensamiento y para los afectos del corazón.

Calle necesita, pues, el perdón de sus extravíos, si los tuvo, porque fué grande, pues el sol tiene también manchas, que la brillantez de sus rayos nos impiden verlas. Hay que olvidar los reproches de Calle, si ellos excedieron de lo justo, porque fué docto y laborioso, pues el sol no deja de ser vivificador, porque alguna vez tostó nuestro rostro o aumentó nuestra fatiga con sus rayos abrasadores. Seamos justos, enorgullecámonos de nuestras glorias, amemos la memoria de Calle y aplaudamos su misión, porque fué bueno, leal y honrado.

\*  
\* \* \*

Estudiado Calle, a grandes rasgos, en el concepto moral, intelectual y volitivo, dentro de las situaciones dolorosas de su vida y de las conquistas en su formación profesional; examinados, a la ligera, los recursos de que dispuso para el triunfo, los medios en que se desarrollaron sus facultades y los elementos con que contó para su educación y desarrollo literario, muy fácil me sería hacer el análisis de la inmensa y variada labor de tan ilustre literato; pero, basta para los fines de un prólogo, consignar que Calle, al poner lágrimas y sangre, dolores y angustias, promesas y esperanzas vividas, en todas sus composiciones, llegó a adquirir un estilo propio, escribiendo en la prosa más poética que se ha escrito, en los últimos tiempos, en el Ecuador.

Como Montalvo, como Mera, como Espinosa, como González Suárez, compuso obras verdaderamente poéticas, porque conocía,

casi intuitivamente, el secreto del ritmo en la frase sin métrica, la música de la palabra y los colores de la expresión. Manejó la pluma, siempre inspirado, y al tratar de los asuntos más sencillos, vertió sentimientos hondos e imágenes grandiosas, superando a todos los escritores, en el inimitable artificio de aristocratizar el modo del pueblo y la frase burguesa. Menos retórico, menos académico si se quiere, que cualquier escritor nacional, hizo de la palabra plebeya y del giro ordinario, locución correcta, ya que con esas palabras y esos giros consiguió dar música y colorido, alma y verbo, a pensamientos elevados y sensaciones nobles; y por ello, llegó a ser universalmente aplaudido y muy popular, en el verdadero y estricto sentido del concepto.

Además, aunque las obras de Calle se pueden ordenar en categorías y clasificar en la variedad de géneros que cultivó, no se sabría determinar cuál de ellas es mejor, puesto que todas le caracterizan, todas son bellas y todas son correctas e impecablemente producidas. No obstante, por razones fáciles de comprender, es decir, por ser yo el prologuista de las seis biografías de este volumen, y porque los seis biografiados son para mí —por rara coincidencia— personajes a quienes soy deudor de bondades especiales, amén de la admiración que me han inspirado por sus indisputables merecimientos, a nadie causará extrañeza que yo afirme, ser este libro, uno de los mejores de Calle, y que me complazco de aplaudir y de hacer coro a los justos elogios que tiene el biografiador para cada uno de esos esclarecidos varones, aunque no acepte algunos de sus conceptos, ni estoy de acuerdo con ciertas conclusiones políticas o históricas que hay en el libro; y esta diversidad de pareceres, lo diré de una vez, se funda, no en diversidad de doctrinas, de investigaciones o de escuelas, sino en accidentes externos, como son las situaciones que colocan al observador en condiciones de ver las cosas por tal o cual aspecto solamente. Para Calle, periodista y batallador, son tesis en historia y en política, en ciencia y en literatura, lo que para mí, mero aficionado a turista en el campo de las letras, son datos para la investigación o documentos para la crítica.

Así, al hablar Calle del laureado Crespo Toral, a quien llama poeta nacional, sostiene que lo que determina el criollismo en poesía son los temas, los motivos y hasta las formas primeras (colorido, actitud, paisaje, idioma, etcétera) porque estos caracteres mar-

can lo peculiar, lo castizo de la literatura de un pueblo; y yo, que ni quiero ni debo discutir sobre este asunto, tengo necesidad de expresar, que no acepto tales proposiciones, y esto sólo por no pasar en silencio la breve cita que él hace respecto de mi producción literaria.

Y no acepto esas enseñanzas, porque sé que bosques y cordilleras, ríos y llanuras, chozas y aldeas existen en todo el mundo, y que, por ello, no es poeta criollo el que tales cosas poetiza o el que busca en el terruño temas y motivos para sus concepciones. Yo creo que es poeta criollo el que canta con sinceridad, porque ha sentido ingenuamente, el que libre de prejuicios se deja orientar por la vocación, y pone en los versos sangre y fuego del cerebro y del corazón. Ya he dicho que se pueden escribir obras de arte netamente criollas, aunque sea con motivos y en lenguas extrañas, si se pone en las obras el pensar propio, el sentir ingenuo, la pasión sentida, la escena real, el dolor o la alegría, la angustia o la bendición, el temor o la esperanza, la duda o la victoria, la bendición o las lágrimas, la ternura o la decepción, y hasta la rabia, la impotencia, la locura, el sarcasmo y la maldición que se han vivido.

Si busqué temas indígenas, si fueron los motivos para los versos en mi adolescencia, la leyenda, el folklore y el cronicón nativos, todo ello fué porque quería ensayarme en la ingenuidad del medio, si vale la frase, así para las funciones de la concepción, como en la producción de la obra; pero no porque haya creído jamás que en ésto consistía la nota característica del criollismo. La sinceridad en el arte, que determina la conciencia de ser, de existir, es lo que constituye lo idiosincrático, lo genuinamente castizo, lo criollo de la literatura de un pueblo; y confieso, ya que de mí tengo de hablar, que también en mis versos líricos de temas subjetivos y de motivos casi universales, soy criollo, como lo reconocen críticos benévulos que se han dignado de estudiar mi modestísima producción en verso.

Por lo demás, esta diversidad de opiniones, en nada amengua mi admiración consciente y sincera; pues, pasma verdaderamente que Calle, en su asombrosa fecundidad y escribiendo casi siempre a destajo, sobre temas impuestos, manoseados, vulgares y desabridos, no tenga cansancios ni decaimientos en la producción, y que su

prosa sea siempre poética, siempre florida, siempre elegante y amena.

Puede haber errores de concepto en sus obras; hay de hecho injustas apreciaciones y ataques violentos, causados acaso por motivos partidistas en la política; pero, en el fondo hay rectitud de intenciones, patriotismo, culto por todo lo grande y elevado, y hay sobre todo, gracia, movimiento y vida en todas sus producciones, que tienen la rara particularidad de agradar por igual al docto y al menos preparado. Su frase no tiene la correcta severidad académica, pero está exenta también de la estafalaria combinación de voces exóticas o de menguada progenie: el habla de Calle es artísticamente castellana, de subidos quilates, y en la forma y con el giro de nuestra nobleza criolla, que no es el menor de los aplausos que puedo tributarle, desde que el idioma caracteriza la raza en literatura.

En efecto, el idioma en cuanto es un producto consciente de la naturaleza humana, y como tal, organismo vivo y perfecto en cada momento de la historia, lleva en sí todos los elementos apropiados para encarnar lo bello, conforme a la estética de la colectividad que habla tal idioma; pero sólo los grandes literatos saben conservar el catecismo, lo idiomático en la pureza de la locución y del artificio gramatical, arrancándolo del alma del pueblo y nó del libro, sepulcro donde duermen las generaciones idas, para mantener así el honor de la casta y el lustre de la literatura.

Desde este concepto (el de la corrección del lenguaje) nuestra literatura ecuatoriana lleva el sello de la grandeza primitiva, no sólo en el secreto del verso, sino en lo pristino de la construcción, y ésto con mayor lujo de detalles que en la misma España. ¿Sorprende, por ventura, esta afirmación? Pues, yo creo que, después de poco tiempo, cuando los tíos y las manolas españolas olviden los donairosos cantares y los picarescos decires de la tierra, cediendo a la invasión francesa y a la de otros pueblos cultos de Europa, que los límites políticos no son bastantes para contenerla; yo creo que aquí en el Ecuador, en Colombia, en Chile, en el Perú, en los países americanos de habla castellana se han de buscar los elementos castizos, los signos raciales de la lengua de Alfonso el Sabio; porque nosotros conservamos como avaros el tesoro del

habla, mientras que España en comercio directo con sus hermanos de la babilónica Europa, por imitación, por moda, por necesidad acaso, barbariza la lengua con exotismos que no dan ningún esplendor, dentro de lo idiosincrático, ni a la concepción ni a la producción artística.

Legítima gloria, meritoria conquista y altísima misión son, por tanto, para Calle, haber contribuido a salvar el honor de la raza, conservando sin quiebras ni menoscabos el tesoro de la lengua, y antes bien, depurando de toda escoria el habla que, en sus torrentes de armonía, tiene primores para toda expresión, matices para todo arrebató y elementos para toda concepción; pues el idioma castellano que tan bien sintetiza la nobleza de nuestra raza, además de ser el único vínculo étnico que en la actualidad nos une con los pueblos que más amamos, es también la fragua donde se forja el alma eterna de nuestra casta. Barbarizar la lengua es dejar de ser españoles... y qué pérdida ésta tan inmensa no sólo para las conquistas de la civilización, sino para la conciencia y para el orgullo de todo un hemisferio!

Y basta: del libro que una mano cariñosa puso en las mías, para que garrapatee en las páginas preliminares, no hago otro elogio que llamarlo libro correcto, libro español, libro que contiene altas enseñanzas, libro digno de su autor.

Remigio Romero León

## DON LUIS CORDERO

1833—1912

(Con motivo de su coronación)

### I

Hoy debe tributar la ciudad de Cuenca el acordado homenaje póstumo a D. Luis Cordero, poeta y polígrafo entre los mayores que honran la historia literaria del Ecuador, y hombre público notable que, en una vida sin mancha, supo unir el esfuerzo persistente por el logro de nobles ambiciones a la virtud de un patriotismo cuyo desinterés se probó repetidas veces en la candencia de nuestras luchas intestinas.

La representación del Jefe del Estado y sus primeros dignatarios; de los altos Tribunales; de una multitud de Ayuntamientos, de las Universidades, la Prensa, el Episcopado, y muchas sociedades científicas, literarias, eclesiásticas y aun obreras, dan al homenaje en referencia, que consiste en la coronación de un busto del egregio Varón, la solemnidad y proporciones de un gran acto nacional de apoteosis, al que se han unido en manifestación de encantadora simpatía, algunas Legaciones extranjeras acreditadas ante nuestro Gobierno.

No es una justicia tardía la que se hace a los méritos del Sr. Cordero. Sobre la corona de plata con que los años le ornaran la frente, numerosos ecuatorianos amantes de las glorias patrias quisieron colocar la simbólica rama de oro debida a los predilectos del Numen; y en vísperas estaban de realizar su propósito cuando vino a interrumpirles la muerte del ilustre Anciano, que rindió la

Jornada con la serenidad de un justo, mientras se desquiciaba la República, víctima de una convulsión horrenda, el dolor y la angustia llenaban las almas, y cundía la sombra en los horizontes: revolución de 1911-1912.

Quedó latente el proyecto, y hubo de ser aplazado indefinidamente para días mejores, en que fuese posible honrar en paz a los vivos sin más concurrente dañino que la inseparable Envidia, y glorificar a los muertos con solemne aparato de fiesta ciudadana, sin que a la tranquila música de los himnos triunfales se uniese, de cerca ni de lejos, el rugir sangriento de turbas enfurecidas hasta el crimen por la electricidad de los odios políticos y los estímulos de la codicia...

Y se ha creído que es llegado el momento, no porque las circunstancias sean más favorables que antes a empeños de esta clase, pues bien sabemos que la inquietud ansiosa y apesurada preside la labor diaria, y peligros de muerte circulan en la atmósfera que nos rodea, sino porque la Nación (sea cansancio o impotencia de las facciones) yace en un paréntesis de quietud, y una honrada libertad desentumece los miembros anquilosados al calor humeante que dejó una revolución de tres años.

Seguramente, no nos alumbrará el sol de los días propicios, y las fieras hirsutas afilan las garras en el tumulto de tal vez no ignorados conciliábulos; pero si vamos a aguardar la plenitud de la calma y la victoria final de las más halagüeñas esperanzas para efectuar la obra civilizadora de admiración y gratitud, no acabaremos nunca, y bien está que en la amarga y penosa ascensión por desolada pendiente, señalemos con piedras blancas, monumentales, los sitios donde pudo respirar un instante nuestra fatiga.

Es fácil figurarse la función casi filial que celebra la familia cuencana. Escenario: arriba, un plácido sol de mayo, en la hora de su cenit, reverbera en lo profundo de un cielo azul, tan azul y tan claro que parece transparente: allá en los confines del horizonte, se amontonan escuadrones de nubes armiñadas, argénteo marco de un inmenso espejo; y fluye suave la luz en ondas que no queman, derramando polvo de oro sobre la cruz de los viejos campanarios, sobre tejados y árboles, sobre las flores del humilde



parque, e irisándose en la lluvia de gotas cristalinas que caen en el ancho tazón de la fuente de mármol. En medio del vasto espacio cuadrangular, donde hierve una multitud curiosa y entusiasta, se yergue sobre una modesta columna la blanca imagen del Poeta venerado, que vivió y murió en el culto de la tierra nativa, objeto de la mayor actividad de su larga existencia. Las tropas de la guarnición descansan sobre las armas en torno al monumento, y tras ellas y en ordenadas hileras, se agolpa muchedumbre de niños de las escuelas y de adolescentes de los colegios, que se inquietan esperando la hora.

Repican las campanas como en día de fiesta religiosa, porque los señores obispos se han dignado acudir como acólitos y participantes al acto de gracias que rinde un pueblo a nuestra Madre y Señora la Santa Poesía; un enorme cuchicheo llena la plaza; y llega susurrante y húmedo de la lejana montaña el viento sutil que estremece de frío a niños y flores...

Van presentándose las corporaciones; ábrense las puertas de la Casa Municipal, y las autoridades ocupan sus puestos. Al pie de la estatua, en comité de recepción, se agrupan los hijos del Poeta; y junto a ellos, comisiones de mancebos y tiernas vírgenes, escogidas entre la flor y nata del concurso escolar... De pronto se produce un silencio profundo; los representantes de la autoridad se aproximan, la banda entona el himno nacional; y poco a poco va cayendo la bandera tricolor que envuelve la escultura, hasta dejarla descubierta, y resuena un aplauso formidable salido de todos los pechos, de todas las manos... Pausa oficial: un coro de chiquillas bellísimas le entrega la corona de oro a D. Remigio Crespo Toral, diputándole como el representante más legítimo de las letras ecuatorianas, para que haga la ofrenda y pronuncie el elogio del difunto Maestro. Un poeta habla de otro poeta, estudiando en conjunto su vida y sus obras; y al cesar la última nota de su elocuente palabra, cientos de voces infantiles elevan el canto marcial de las circunstancias compuesto por vates y músicos regionales. Recitase un elogio en verso, se pronuncia otro panegírico, y la música de voces e instrumentos va alternando con la armonía vibrante de la palabra.

Y eso es todo, en no larga ni enojosa función repleta de palabrería y de huecos endecasílabos: qué mayor poesía? Revienta la

vida humana por las esquinas; y, luego, cae el silencio que es la última majestad del triunfo... Luego será honrado el sepulcro del Triunfador, y la memoria de sus hechos romperá un momento la cansada indiferencia del ordinario hastío. Y en seguida, nada: **hástele al día su propio afán; que si hay algo** más allá de la tumba que se interese por las cosas de este pobre hormiguero, cómo se reirán los muertos de la futilidad y miseria de las grandezas humanas!

## II

Quedará la memoria del suceso; como una página documental de la literatura ecuatoriana, quizás el elogio del Difunto. Para obligado complemento de la solemnidad e inteligencia del mayor número, será preciso que la misma pluma que tal elogio trazó con la retórica apropiada a las circunstancias y el carácter y extensión de un discurso pronunciado en media plaza, u otra de igual autoridad y competencia, escriba en amplia y detallada forma la noticia cabal de la vida y obras de Cordero, con juicio ilustrado y sereno criterio, libre de prevenciones de escuela y de todo sedimento de pasados rencores, tanto como de ciegas aficiones y entusiasmos inconducentes.

Porque esa vida y esas obras son, ante todo, un ejemplo provechoso para la juventud de esta tierra donde no templan los engaños de la caída, las audacias de una osadía sublevada e inducta. No cabe declararlo en las columnas de un diario de información solicitado por rudos menesteres de la faena colectiva; pero de expresar algo, diríamos que la existencia de D. Luis Cordero es una de las más grandes demostraciones de la valía del propio esfuerzo en sociedades en formación, hoscamente resistentes a todo imperio que no venga con resonancias de victoria desde campos ensangrentados, no brote implacable en la oscuridad de la traidora emboscada.

Y, no obstante, apenas hay vida más llana y corriente; se expande sin precipitarse, como un lago tranquilo en que se refleja la lágrima de los cielos; pasa por las cribas ordinarias del humano dolor; y se consume octogenaria, más bien como una flor que se

agosta antes que como una llama que se apaga. En medio, un poquillo de agitación; tal vez, la parte representativa que se debe a las gentes entre quienes vivimos, y nada de excepcional y novelasco: su fuerza dinámica es más honda; arranca, surte irresistible, del centro, del nervio que se llama voluntad, e irradia sobre la superficie en miradas de moléculas resplandecientes...

No es un hombre singular, ni se destaca como una cumbre. Viene solo, desconocido, paupérrimo, de allá, de la lejanía campesina y casi selvática donde vió la luz, a la conquista de la ciudad; si puede, a la conquista del mundo. Es un bello y bravo adolescente, pero aún trasciende a bosque primitivo... ¿Quién le ayuda? Nadie: no tiene seguro el pan de cada día, y es para él un rudo problema la adquisición del libro, y del dinero para comprar el candil que alumbraba la velada. Un grano de mijo: casi nada...

Y estudiando y trabajando, y batiéndose como un héroe en los caminos de la vida, llega a donde pocos de los nuestros han llegado, y es todo cuanto se puede ser en esta sociedad,

desde teniente parroquial hasta Presidente de la República;

desde maestro de escuela hasta Rector de la Universidad y académico de la lengua;

desde juez civil de barrio hasta presidente de la Corte de Justicia;

desde misero pendolista hasta inspiración y alma de los Parlamentos, de los Municipios de su tierra;

y concejero; militar, diplomático, tribuno, director espiritual de la juventud azuaya;

comerciante, explorador de la selva, agricultor;

abogado, diputado, senador, pentaviro, consultor político, maestro de maestros;

y literato, académico, botánico, moralista, filólogo, lexicógrafo, jurisperito, erudito, crítico, periodista, poeta lírico y epigramático, polemista, foliculario, filósofo y contabilista, escribiendo de todo en alto estilo y profundo pensamiento.

Y ello sin ningún auxilio, por el propio empuje, en un desarrollo natural de fuerzas, sólo por virtud de una admirable energía y el aliento potente de una clarísima inteligencia, venciendo el obstáculo principal de la indiferencia circundante, y esquivando, mejor que rompiendo, los bloques acumulados en su camino por la envidia.

Quienes sepan de sus intimidades y conozcan a fondo su casi secular historia, dirán si en la obra vertió lágrimas desesperadas y sudores de angustia, si conoció el tedio y el desencanto de las jornadas muy largas y vió, más de una ocasión, la rudeza del empuje y la frágil poquedad de los recursos. Fue hombre, y debió de sufrir y desmayar: baste para su memoria que las generaciones que le conocieron testifiquen su honorabilidad y rindan tributo leal a su hombría de bien: pudo equivocarse, ¿quién es infalible de tejas abajo? Fue débil, indudablemente, como ser humano y como personaje representativo; pero nadie contempla ni aun a la misma Calumnia señalando con tinta roja indeleble los umbrales de su tumba...

Y en ochenta años, que fueron breves para él, conoció la cumbre del Poder y la playa del destierro; se miró ignorado, huérfano, lleno de hambres y de necesidades, y sintió la hartura de la celebridad y las bascas de la fortuna.

Y al fin de su existencia, pudo decir como el antiguo emperador: "Lo fui todo, y todo es nada".

Tal vez porque sólo Dios es eterno, y únicamente el dolor es la sensación suprema y verdadera.

¡Qué hombre y qué vida! ¿Cuántos como él entre nosotros?

### III

Apreciar, pues, tal historia, siquiera en sus lineamientos generales, no es propio de este lugar, porque rebasaría sus estrechos límites, ni cabe la empresa en la pequeñez de nuestras fuerzas: lo que sí hemos de señalar en él es aquella enorme fecundidad de aptitudes, aquella ductilidad admirable para las más contrarias y aun contradictorias asimilaciones, que obran conjuntamente en un

solo individuo sin producir alteraciones psíquicas ni determinar neurosis genial, en su armonía y equilibrio de facultades que no se rompen en estallido sublime, ni llegan a la vulgaridad común donde se confunden las medianías y se abisma el tropel de las celebridades de campanario. Caso singular y poco menos que extraordinario; nosotros, a lo menos, no recordamos otro parecido en los andes ecuatorianos, donde hay, naturalmente ilustraciones más honradas y, si se quiere, más idóneas, pero de una sola cuerda, de dos o tres cuando mucho, de mayor fuerza plasmante y de menor adaptabilidad y adecuación al medio. Cualquiera diría que ser genio no tiene gracia, por cuanto es un don de la Naturaleza, una predestinación, un estigma, que se trae desde la cuna para asombro del mundo y admiración de las edades: la educación del espíritu y el mayor y más equilibrado perfeccionamiento del YO por la fuerza propia, no mediante una autosugestión poderosa sino por trabajo reflexivo y metódico, eso constituye la obra humana que es digna del aprecio de los semejantes y merece el lauro del triunfo ofrecido con sincera emoción por todo un pueblo.

Preside la unidad a la labor; unidad de acción, y, más que de acción, unidad de pensamiento. No es muy complicado ese hombre: todo lo contrario, apenas puede ser más sencillo, en ocasiones raya en puerilidad y aparece como un ingenuo; y como procede a la luz del día, con una simpática inclinación a lo teatral y resonante, batiéndose a gritos y recitando improperios en exámetros henchidos de epítetos, como los héroes de Homero bajo los muros de la sagrada Ilión, conocen amigos y adversarios los filos de su lanza y las junturas de su arnés. Lo que le comunica fuerza es la fe: fe en Dios, y, luego en sí mismo: el culto de la conciencia y el cultivo de la propia individualidad para los menesteres de la tarea incesante. Y esa fe constituye el nexo de unión de su labor en apacible desarrollo.

Fué católico y piadoso sin llegar a devoto, y esa creencia es en él como un eje de oro al rededor del cual giran la rueda catalina del sentimiento de amor y ambición, y el deseo de procurar su propio bien y el bien de sus compatriotas.

Corresponde a su tiempo, y bautiza con el nombre de liberal su resistencia a la intemperancia ultramontana que ensaya el te-

rror en pleno siglo XIX; pero su liberalismo apenas alcanza al ideal democrático tolerado por la Iglesia; y cuando se ve en el Poder, no se detiene en palabras y trata de convertir su consecuencia para consigo mismo en un arbitrio político que tiende al tradicionalismo y no contenta ni a los eclesiásticos.

Y su error nació de esto, precisamente, de no querer comprender la evolución de su patria, cuando su propio partido se desquiciaba interiormente conservando como apariencia la estructura doctrinaria; vanidad sin nombre de aquel partido que dificulta en sus manos el progreso y le vuelve inhábil para los empeños del porvenir.

Mas, es sincero: obra así, porque así cree. Al través de los gobiernos conservadores es poco menos que un sublevado, no por cuestiones de doctrina sino por amor a la libertad; contra los gobiernos liberales es un franco revolucionario no tanto por amor a la libertad sino por escrúpulos de conciencia: por eso, cuando corona la montaña empujado por una tribu de fariseos, se encuentra con la inquina de los terroristas atropellados en su nombre, y la oposición de los liberales que se habrán de alzar con la casa que él dejara en abandonadas ruinas.

Tiene un prototipo harto mediocre para la dificultad de la situación: la reorganización administrativa según el ensueño de los pensadores liberales, basada en una política confesional que comienza con declaraciones estupendas de sumisión a la Iglesia, que ni el mismo García Moreno habría osado expresar.

Y se ve malquisto con las mayorías, y retírase con un gesto soberbio e inolvidable, que será un incidente consolador en la historia de nuestras turbulencias. Tiene asco de la situación, desprecia a los unos y a los otros: a los que le desconocieron y trataron de empañar su limpia reputación cometiendo el más indecoroso de los actos a la sombra de su crédito, y a los que arriban en tumulto en nombre de reivindicaciones nacionales; y en cuanto la intriga de los peores empapa en sangre las calles de Quito, en asonada innoble, no quiere contaminarse: huye de la atmósfera que caldean el odio y la ambición, arroja la banda presidencial como una túnica de Neso sobre los hombros de los progresistas y ultra-

montanos que provocaron la tempestad, y desaparece tranquilamente del proscenio, sin frases resonantes ni aparato dramático, y húndese durante lustros y lustros en el silencio de su hogar y el amor de los suyos. Por su parte, había terminado la carrera política a la que consagrara una porción de su florida juventud y algunos periodos de su provechosa ancianidad, sin gloria tal vez, pero sin deshonor, en todo caso. Y se abroquela con su dignidad, en un desdén inquebrantable que le aleja quince años de toda participación en la vida pública, mientras la sociedad se transforma y se renueva entre los estallidos de una borrasca atroz, se reconstituye el estado sobre un plan de conclusiones radicales, y se tambalea la Nación al paso de las revoluciones que llevan en su seno el fermento del crimen...

Y es el mismo de siempre. Si la ilusión acariciada en la mocedad y robustecida en la edad madura, le llevó a querer cultivar la libertad y el progreso al amparo de la creencia pura y neta, el desencanto hace que acepte su dolor como un holocausto debido a su fe, y muere en la misma visión espléndida de la escala de Jacob, que arranca de las profundidades de la sombra a perderse en lo infinito, que es Dios.

#### IV

El señor Cordero no fue político sino en la medida en que lo fueron los hombres de la generación a que perteneció, ni puede decirse que consumió sus energías en la inquieta atención y defensa de los intereses públicos. Lo más trascendental de su tarea perteneció a distinto propósito y se limita en diverso radio de fecunda actividad. Considérenle otros en la lucha por la existencia, y digan cómo de abogado de crédito se convierte en entusiasta comerciante, y deja luego la vara de medir y los libros de contabilidad, que le desgastan con escaso provecho, para penetrar como un aventurero en los bosques orientales, en busca de la preciada quina, machete en mano y capitán de tribus un tanto menos salvajes que las que habitan a orillas de los grandes ríos en el corazón de la montaña; contémplesle de señor de haciendas, ensayando curiosamente en sus posesiones las artes modernas del cultivo; y, elevando el tono, manifiesten cómo trabajó en los Congresos, en la Municipa-

lidad, en la Cátedra, por el bien de los ecuatorianos en general, y en particular por el engrandecimiento y progreso de sus compatriotas; hablen de su portentosa laboriosidad que se duplicaba ante la resistencia de un medio ingrato o poco preparado; recuerden que se debió a sus esfuerzos la fundación de la Universidad de Cuenca y el adelanto del Colegio Nacional; y si hay gratitud en los escritores cincuentones que ahora son maestros, declaren lealmente cuánto debe su literatura a la dirección y consejos del modesto sabio que labró sus almas con la lección y el ejemplo en una acción tan eficaz como desinteresada; pues, oprimidos nosotros por las urgencias del tiempo y del espacio, nos limitamos a consignar aquí la solidez de su labor literaria y sus excelencias de poeta; de poeta especialmente, ya que a título de tal se consagra su memoria en acto público y solemne.

Dijimos que el Sr. Cordero escribió mucho y sobre variedad de materias, sin dedicar atención preferente a ninguna como para formar de ella lo que en otros campos de investigación se llama una ESPECIALIDAD: su natural vivaz y sus conocimientos en humanidades le inclinaban, acaso, a la crítica social y literaria, pero encontró el ambiente inficionado de fatuidad e intolerancia, y se retiró a tiempo, en defensa de su propia tranquilidad; y en los opúsculos que publicó sobre diversos asuntos se advierte que obró bien, pues, excepción hecha del estudio de las poesías de D. Julio Zaldumbide, compromiso académico antes que brote espontáneo, salta en ellos demasiado la sátira a la manera de Quevedo, con su exquisita gracia y su macizo estilo, aunque sin el **poso** ruin que a veces deslustra las obras del gran polígrafo español.

La vida de campo; las andanzas por las montañas orientales en trato frecuente con sus propios peones, sus mismas necesidades de agricultor rico, y los recuerdos de los primeros años, le hicieron observar atentamente la índole del idioma quíchua, dulce habla de nuestros antepasados aborígenes que va corrompiéndose y desapareciendo con los años, y se puso a inquirir sus raíces y correspondencias gramaticales, su misma estructura; de la curiosidad pasó a la seria investigación científica, y vio que era necesario defender esa lengua todavía no muerta, explicándola en el libro, trasladando la significación de sus vocablos, giros y modismos a las páginas de un diccionario. Es su trabajo de mayor empeño y que permanece

todavía inédito: la Gramática quichua, el Diccionario quichua. Y empleó ese idioma, que es suave y casi doloroso como un arrullo, en poesías que el público conoce, en las cuales llora la suerte del indio, proscrito dentro de la heredad de sus mayores, víctima de la explotación del blanco, o traduce en versos armoniosos el *Magnificat* para una edición políglota de aquel himno famoso de humildad y alabanza divinas.

Y sacó más del campo: *terra, mater uberrima*,— la afición a los estudios botánicos. Un poeta tan bien lastrado como él debía tomar por ese camino, que es el de la contemplación de la Naturaleza en las florecillas del prado y en las hierbas de la espesura, para sorprender sus secretos, saber su historia y presenciar su nacimiento y desarrollo. Es ciencia de poetas, que un Goethe transforma en poema; pero hay que idealizarla un poco si se quiere salir de las áridas nomenclaturas y clasificaciones que se convierten, al fin, en una inocente manía, si de ellas no se exprime algún jugo para los menesteres de la vida o del arte.

En el Ecuador no es desconocida dicha ciencia; y sin recordar nombres de ilustres viajeros que herborizaron en tierras andinas, ni citar al Padre Solano, cuya portentosa actividad intelectual apenas dejó punto importante por tocar y del cual nos quedan las *Cartas de la Papaya*, bastará nombrar a Jamesson y a Sodiro para hacer ver que nuestra Flora no ha sido abandonada por la lupa de los secuaces de Linneo.

El Dr. Cordero se limitó a estudiar y describir en galano estilo las virtudes y vicios de las plantas de las comarcas azuayas. Es un curioso libro el suyo, tanto porque está al alcance de los profanos y menos iniciados en tales estudios, como por las noticias que contiene. A la clasificación científica siguen el nombre vulgar y aun quichua de la planta; luego, su sencilla descripción en términos clarísimos, como para que la entiendan aun las comadres del barrio, la noticia de sus aplicaciones comunes o populares, y su aprovechamiento terapéutico o simplemente culinario, el modo de cultivarla, o los medios expeditivos para desterrarla, y si es posible, destruirla, cuando es dañina y perversa. Se lee con agrado, a veces con la sonrisa en los labios, y pronto se sale perito en plantas azuayas, de jardín, huerta, hacienda y barbecho, sin necesidad de

aliborrar la cabeza de latinajos y nombres raros... No será un aporte definitivo para los hipócrates y cordones azules de la vecindad, pero algo se aprende, y se pasa horas agradables en tan útil lectura.

De las flores a las abejas no va sino lo que de la despensa a las bocas que la consumen. Y el curioso escritor compuso un libro sobre apicultura.

*Protenus aeri mellis coelestia dona exequar*, murmuró sin duda, con el divino Marón; y si no cantó como él asombrosos espectáculos de cosas pequeñas, *levium spectacula rerum*, porque la materia estaba agotada, dió consejos e hizo advertencias muy oportunas sobre la cría y conservación del ilustre insecto que mereció se ocupara en él con igual metro y alta inspiración la misma Musa que cantó "las terribles armas de marte y el varón que, huyendo de las riberas de Troya por el rigor de los hados, pisó el primero la Italia y las costas de Lavinio".

¡Siempre el atractivo de los campos! Ensayó tratados de agricultura y se derramó en escritos llenos de experiencia para prevenir o enseñar a los labradores, tenía el concepto *utili dulce*, y si describía el huerto y su deliciosa calma, no era para el egoísta apartamiento de un Alfesibeo o de un Fray Luis de León; y de la égloga, no apreciaba los melindres de los zagales de Meléndez Valdez, que llevan ovejas peinadas y encintadas a los prados verdeantes de hierba aljofarada: más hombre, sacaba de la Naturaleza el concepto de su inmensa valía para los seres que ella circunda, alienta y mantiene; y, observándola, tendiendo a exprimir de sus pechos la leche generosa, ponía vagamente encima de ella la ilusión del ensueño y del arte, no como un objetivo sino como un brillo, un color, una nota, un perfume.

Diríamos que hasta el fin de sus días tuvo la vocación docente; en la misma colección de sus versos, la más extensa y alabada de sus composiciones es una poderosa síntesis histórica y una réplica; y en sus opúsculos originales o traducidos, la propaganda doctrinaria contra vicios sociales y el ataque político, se elevan a lecciones magistrales. Pero esto es una excelencia, no un defecto, por cuanto él no dogmatizó, no abusó del énfasis, ni fué propiamente pedagogo, ni cayó en pedantería.

Su estilo es ligero, alado, cuanto puede serlo dentro de la clásica corrección académica y la pureza léxica y gramatical de la elocución: tiene la transparencia burbujante de una copa de champaña vista al trasluz. El licor es aristocrático y embriagador, pero la chispa del ingenio flota sobre él, surgiendo del fondo, y esa chispa es gracia, delicadeza, a veces agudo chiste más o menos epigramático, que recibe en su diminuta superficie una partícula de luz que se descompone en colores... Y no es un esfuerzo; corresponde a un don natural del autor, a una atracción irresistible, a cierta inquietud burlona de espíritu que severas disciplinas no pudieron ahogar en la porcina seriedad académica de los que creen como un artículo de fe en aquello de que Dios nos dió la palabra con el objeto de que nos engañemos los unos a los otros. Es el menos poético de los prosistas de su tierra, y desprecia la futilidad del arte habilidoso de la nueva retórica, para lanzarle una saeta desde el adarve de las viejas humanidades, sin perder la compostura ni desplegar en los labios la sonrisa. Leyéndole, se recuerda al magnífico señor de la Torre de Juan Abad, ya mencionado, que ni aun burilando sudorosamente la *Vida de Marco Bruto* o poniendo en castellano la *Introducción a la Vida devota* del piadoso San Francisco de Sales, se olvida del todo de que con la misma mano escribió la historia del *Gran Tacaño* y borroneó las célebres cartas del *Caballero de la Tenaza*... Y de ahí el agrado de la lectura, la fácil comunicación con el autor y la inteligencia de lo que éste dice.

## V

"Dióle Dios la virtud del canto", y cantó desde pequeño obedeciendo a un impulso interior que ponía la cadencia y las rimas en su boca.

Comenzó en época de decadencia para la poesía ecuatoriana, cuando, muerto Olmedo, no se sospechaba todavía la existencia de Lloná; y si aun se escuchaba de vez en cuando la estrofa melancólica de Zaldumbide, y tanteaba Mera todos los senderos para dar forma adecuada a una nueva corriente literaria, sus esfuerzos y voces se perdían en la garrulería irrestrañable de un ultraromanticismo pervertidor del idioma, del gusto y del sentido común. Aves de paso eran algunos cantores que no acertaban a repetir la exce-

lencia del primer ensayo, y sobre un pequeño prado de florecillas ahogadora que solo muy tarde se pudo escardar y limpiar.

Pocos se libraron del contagio, y el mismo citado señor Mera, que empuñara el almocrafe crítico y tan buenas y bellas cosas dijera de la educación de la juventud ecuatoriana y de los vicios sociales y literarios en circulación, salió trabajosamente del estilo campudo y del treno perenne, para echarse, por dolorosa antitesis, en los brazos de hielo de la temperancia clásica. La *Virgen del Sol* fue una caída juvenil, pero si las *Melodías indígenas* no lograron formar género y más recuerdan al Zorrilla de las *Orientales* y aun al casi ignorado Padre Arolas, sus cantos al *Triunfo de la Iglesia*, a García Moreno, al mismo Dios, son de puro siglo XVIII y llevan la marca de la reacción de Luzán, y su égloga es una iniquidad académica antes que un cuadro de costumbres de la tierra.

Cordero no se libró tampoco del influjo romántico que malbarató en América el famoso Fernando Velarde, e hizo crisis especialmente en el Ecuador, donde la exageración y el mal gusto llegaron a la demencia. Y al abandonar las sencillas estrofas de la adolescencia, rompió en coplas restallantes y patrioterías que le ponían al nivel de un fabricante de versos cualquiera. Fue advertido a tiempo, y acaso con más acritud que benevolencia, y, para su bien y el de las letras patrias, reflexionó y miró la inútil vaguedad de su empeño. Pocos años después nos daba su magnífico canto *A la Juventud*, y luego una de sus obras preciadas, el elogio de Malo y Solano.

Le quedó el tono, lo que llamamos familiarmente la *embocadura*, y ya no pudo prescindir de la grandilocuencia, un tanto fastuosa, ni le fue dable abatir el canto a los temas halagüeños. En la pléyade cuencana, no hay poeta menos dúctil a los asuntos fáciles, y en su obra no oímos vibrar una nota del amor humano por excelencia, del amor de los amores, alma del mundo y razón de la existencia: si no fuese por el *Adiós*, elegía bañada en lágrimas, mucho más sentida que las famosas de Gallegos y el Duque de Rivas a la Duquesa de Frías, la menos académica, pero en nuestro concepto, la mejor de sus poesías, por el sentimiento, la emoción estética, el grito de dolor y la misma forma soberana, si no fuera por ese *Adiós* tan humano, tan triste, poema de esposos y padres

desolados, diríamos que D. Luis fue más poeta épico u objetivo que propiamente lírico, y que el más alto punto de su obra se cifra en los **Aplausos y quejas**, canto valentísimo y de perfecta estructura, pero cuya concepción genial no le corresponde, como respuesta que es a otro de un poeta que nos olvidó en una especie de discurso de filosofía de la historia de la raza latina, compuesto en grandiosas estrofas.

El **Adiós** en la muerte de su primera esposa y el citado canto épico **Aplausos y quejas** suelen ser considerados como lo mejor de sus obras poéticas, muy por encima de los versos de la juventud y superiores a la oda **A las sombras de Malo y Solano**, que más tarde remendó con reminiscencias de D. Mariano Cueva. Pero, si en estas últimas poesías se halla el germen, hay en otras un valor que convendría declarar y exponer cuando se acometa el examen de todas ellas, entonces se verá los quilates del **Himno a Bolívar A las hijas en la apoteosis del Padre** y varias de la misma época fulminante de la Restauración (1883). Entre ellas hay una intitulada **El Regreso del voluntario**, que nada tiene de Ruiz Aguilera, y es una soberbia concepción patriótica que predica el desinterés cívico a los héroes de nuestras discordias civiles que suelen amar mucho a la libertad con tal de aprovechar de la situación creada con la propia fatiga, amontonando tiranías sobre tiranías y volviendo así, perdurable la necesidad de las revoluciones...

Carece de la visión del paisaje, lo que es extraño en un hombre como él que pasó la mayor parte de su vida en el culto y el cultivo de la Naturaleza, pero ahonda en el pensamiento filosófico, y la rica variedad de su lectura le proporciona imágenes apropiadas como en una producción continua. Su canto a **Rocafuerte** es labor de taracea, y tiene un poco de sequedad inevitable, por razones que no se le ocultan al lector; pero abunda en trozos magníficos y el tono no desmaya, lo mismo que su romance heroico a **Chile**, una de sus últimas poesías de empeño.

Donde luce su gracia desenfadada es en los versos menores. Su composición a **España** cuando la guerra con los Estados Unidos, aunque escrita en redondillas, tiene el empuje y resonancia de una oda quintanesca, y sus romances destilan la miel ática por todos sus versos, así describa escenas patrióticas (**Asalto, victoria y perdón**),

exhale su dolor en suaves quejas o en reconvenciones a sus enemigos, o bien implore misericordia por los crímenes y sacrilegios perpetrados en la ciudad nativa. Es su fuerte el romance. Libre de las trabas retóricas, corre airoso y juguetona, bromea, se apena alguna vez y llora su poco, se acerca curiosa a la gruta de los idillos pastoriles, o, como la ninfa de Gil Polo, se lava los pies en la orilla espumosa: nadie creería que es la misma que sopla en la trompa homérica para seguir los destinos de la raza latina al través de los siglos y por los continentes.

Entre esos que llamamos —y mal llamado por cierto,— versos menores para distinguirlos de las extensas odas endecasílabas, hay dos poesías en quichua: el **Rinimillacta** y el **Cushi quillca**, de lo mejor acaso entre las demás por su hondísimo sentimiento que expresan y la insuperable dulzura de la forma: son los dolores del indio, de la raza vencida, que tiemblan en **quenás, bocinas y rondadores** allá en la soledad de los campos, revelando la angustia de todo un pueblo como en los negros días que siguieron a la Conquista... ¡Cuánta belleza y qué sencillez de arte! El mismo autor quedó por debajo de su obra en las traducciones castellanas que de ella hizo, porque nuestra lengua viril y armoniosa, no obstante ser tan adecuada para la expresión de los más suaves sentimientos, no alcanza a trasladar con exactitud eufónica palabras que por sí mismas son cadencias melódicas, melodías que se resuelven en gemidos.

Queda la parte epigramática que trabajó con esmero el ilustre vate. Es algo paradójal que el poeta de las cláusulas resonantes y los fáciles romances sea al mismo tiempo un intencionado epigramático, como lo sería que el cóndor diese picotazos de la intensidad inofensiva de los de la abeja... Pero así es, y corre un volumen formado sólo con esas producciones de un género nada simpático para la generalidad y propio de muy pocos ingenios, en el cual tan fácil es que la caridad tropiece y caiga en el peldaño enjabonado del oportuno chiste. Los de Cordero tienen fama, y en la mencionada colección de **Poesías jocosas** hay verdaderas joyas que han logrado popularizarse, que al fin para el pueblo son fabricadas, y poemitas de mayor empeño como la chispeante sátira política intitulada **Corregir al que no yerra**: vale menos su crítica de los dos estilos, porque nos recuerda la desdichada **Epístola a Andrés** de D. Leandro Moratín.

El epigrama ya no es un género como en las antiguas clasificaciones retóricas, pero será siempre una muestra genial y exclusiva de buen talento e inspiración que queda para los escogidos.

Habría mucho más que decir; pero advertimos ya la desproporcionada extensión de este escrito.

En resumen, Cordero poeta cantó las cosas altas: la raza, la patria, los héroes; rindió tributo al dolor, y tuvo con la suave delicadeza de los númenes apacibles, la gracia de la sonrisa, la caricia del consejo y la crítica que suena a palmetazos.

Hoy le coronan sus conciudadanos, y hacen bien: merece, ciertamente, un homenaje así una vida consagrada al trabajo útil, a los compatriotas, y una vocación artística altamente obedecida.

Fué un varón ilustre y un hombre honrado. Ni los que fueron sus más ardientes adversarios políticos lo niegan; y no porque haya muerto, pues la obra de justicia comenzó mucho antes de que muriese, sino porque el mérito al fin triunfa, y sobre los rencores políticos, los resentimientos personales, la envidia y las tristezas de antiguos errores, siempre levanta la verdad su trono, la verdad que es un resplandor de Dios en la conciencia humana.

24 de Mayo de 1917.

## DON REMIGIO CRESPO TORAL

### I

#### EL NIDO Y EL PAJARO

LA CALLE, dirigiendo la vista desde el arranque, parece una bodoquera: angosta, oscura, triste y nada limpia, avanza hasta perderse en la distante cuesta... Se le conoce con el nombre antonomástico de **Larga**: la calle larga, solitaria por el día, y tétrica, peligrosa para los transeuntes durante la noche: tiene sus leyendas populares, su folklore particular henchido del recuerdo tradicional de cuentos de aparecidos, de sucesos espeluznantes que el diablo enreda y desenreda a placer, de peleas de espadachines y jolgorios de los terribles viejos estudiantes, interrumpidos por un batir de alas de loras inverosímiles, por frailes sin piernas que andan en el aire, cantando misteriosos rezos de una liturgia ultraterrena, o por la dama vestida de blanco con cara de animal inmundo que arroja bocanadas de fuego y humo de azufre... La hilera de casas que forman la acera norte, limita prácticamente ese lado de la ciudad, en aquella parte; las que se alinean al sur dan a un enorme derrumbadero —barranca de tierra rica en malezas,— que cae al río... La hilera de allá consta de antiguos y míseros edificios coloniales, casi cabañas rústicas, entre los cuales se levanta alegre una casa pequeña de monjas carmelitas y lame sus cimientos un ancho y profundo arroyo, encauzado por robustas guijas, que las gentes llaman **molino**, en uso vulgar de un tropo inaceptable; las del frente, parecen construcciones de aldea interandina.

Corre un vientecillo de pulmonías y hace un frío agudo y húmedo: en el silencio nemoroso se oye, con claridad hiriente, el son



de una campana, que llama a los cristianos al templo o indica cualquier rezo de canónigos, frailes, monjas o beatas. Es una particularidad; en Cuenca —porque estamos en Cuenca, saben Uds?— desde las cuatro de la madrugada hasta las nueve y media de la noche, de momento en momento, suenan campanas, cuyo vario son se difunde vibrante, llenando los ámbitos, por la diáfana atmósfera serena, y llega lejos, para solemnizar el silencio augusto de la campiña siempre verde y florecida...

He ahí la casa que buscamos: es de las de lado de la barranca: pobre poeta, en qué tugurio ha ido a meterse... Baja, fea, de míseros adoves, apenas sí una puerta conventual y unas pocas ventanas de reja andaluza, con hierros fundidos se abren mezuquinas en la larga pared que forma lo que —es un decir— calificaríamos en fachada. En fin, el nido es lo de menos si el pájaro es canoro.

Llamamos. No es un conserje de librea, ciertamente, la india misera que acude a franquearnos la entrada; y nos hallamos en una especie de recibimiento de altas y blancas paredes, inundado de un chorro de luz que le viene del fondo: una gran escalera de madera desciende a profundidades vedadas al indiscreto y al extraño; y lleva un cómodo pasadizo a pie llano, a una amplísima galería de cristales, entapizada con lujo, y cuyo pavimento es de hule costoso tendido sobre las recias y enceradas tablas. Profusión de luz, abundancia de flores y hasta de plantas tropicales como en una gran estufa; cuadros alegres en marcos de caoba y nogal finamente tallados; columnas y soportes con jarrones y objetos de arte; mobiliario de mimbre, con ruedos de alfombra los sofás, mullidos almohadones y cojines, las butacas. En jaulas y pajareras metálicas gorjean y brincan docenas de aves escogidas; y cortinas de encaje y muselina sirven para suavizar a ciertas horas la irrupción del padre sol y sus flechas de oro... Perfumes, colores, armonías, confort... A lo largo de esta galería se abren los salones; ricas alfombras, mármoles del Portete, talladuras de maestros azuayos, madera dorada y plateada, cuadros, estatuas, bronce y **terracotas**, mucha seda y mucho arte de decorados, en paredes y mobiliario. La luz de la tarde se quiebra, en los grandes espejos de bisel y marquetaría dorada o de porcelana, irisase en los colgantes prismas de arañas y candelabros, y arranca reflejos y chispas a la seda, verde, mahón, de los pesados cortinajes... Ciertamente, es la morada de

un gran señor, de un hombre rico que gasta con discreción sus rentas y se da buerria vida. Mas, lujo provinciano, al fin, por mucho que sea el gusto que se haya desplegado, se halla al alcance de cualquiera, a costa de buena suma de dinero y con el empleo de la santa virtud de la paciencia.

En la descrita galería, alzamos un visillo y abrimos una ventana. Es la sorpresa. Ahí está el germen de muchos ensueños de poesía y el secreto del suave encanto de rimas que brotan al amor del terruño en la mágica visión de la naturaleza circundante.

Es un gran jardín en lo que el empeño de un hombre adinerado y de brillante imaginación ha transformado el agrio despeñadero en aquel sitio, convirtiendo un antiguo foco de inmundicias en un rincón encantador y perfumado. Baja en suaves planos inclinados a unir sus linderos con las márgenes del patrio Tomebamba, que corre, bramando espumoso al torcer entre pedruzcos sus lípidas aguas, con singular monotonía, que cubre la soledad e invita al sueño o a piadosas reflexiones más allá del amor y de la vida. Y hay allí fuentes de piedra que lanzan de lo alto penachos de agua, que luego caen en anchos tazones, y se unen al fin en ingeniosa red de hilos sutiles que van a humedecer macisos de flores encuadrados por acirates y platabandas de arena brillante y casi micácea: grupos de árboles que fingen caprichosas estructuras; un retazo de huerto, donde entre frescas lechugas y colorados rábanos se arrastran perezosas fresas tempraneras: y aquí y allá, glorietas, cenadores y kioskos ofrecen sillas y mesas, divanes y butacas de rusticidad elegante y refinada, para el honesto pasatiempo o en solitario estudio. A un lado, un baño de príncipe oriental de agua fría y olorosa, que mana del barranco y nos hace acordar de aquel otro menos refinado, debajo de un naranjo, en el cual la dulce María arropaba puñados de rosas para delicia de Efraín, en el apartamento de la hacienda caucana...

Y tendemos más allá la vista. Cierran la línea del horizonte suaves colinas de un verde oscuro; y bajo un cielo diáfano y profundo, raras veces sin el milagro de celajes prodigiosos y multicolores, un cielo azul... celeste, metálico en su misma transparencia, en una atmósfera de densidad como para pájaros, que suaviza el ardor del sol y tamiza la fulgurante esplendidez de sus rayos, se extiende

una inmensa llanura, —El Ejido,— verde aun en épocas de horrenda sequía, florida aun en tiempos de agostadoras escarchas. Es algo ideal; como una Arcadia rediviva. La dilatada planicie está sembrada de granjas y casuchas de menguada construcción; pero hay una como explosión de flores, de árboles, de huertos; allí está un pueblecillo misero con su pobre iglesia colonial y su cementerio, que da carácter al paisaje campesino; la zarzamora y las rosas de Alejandria y de Jericó se enredan a los nopales y poderosas ágaves que coronan las cercas de piedras y tierra, y trepan, defendiéndolos de novilleros rapaces, los altos capulies de majestuoso tronco. Al pie, y del lado sur, otro río, el Yanuncay, de agua tan pura y cristalina que se diría pasada por un filtro Pasteur, y casi tan dulce y sabrosa como un vino suave e inofensivo servido por Hebe en la mesa de los dioses olímpicos, se une al Tomebamba por una cinta de carretera que de lejos semeja de plata; y todo canta: la grama del prado, las coles de los huertos; aguas, pájaros, árboles, brisas, y hasta el mismo silencio... ¡Primaveral ejido cuencano!

Callados, y recordando tiempos lejanos de feliz adolescencia, sin pensar en nada, nos abismamos en deprimente contemplación. Ciertamente, ese es un nido de poeta; entendámonos, un nido de poeta... rico. Verdad, también, que la gentil madre Naturaleza lo ha puesto casi todo, y de balde.

—Eh! mi amigo: ¿le agrada esto?

Es el poeta el dueño de casa quien nos habla alegremente.

Nos sobresaltamos al sonido de su voz; y salimos de aquel éxtasis con una impresión confusa de dolor y susto.

Hay un vago sentimiento de envidia en nuestra alma. Ser rico significa algo cuando se vive así; en tanto que a nosotros, oprimidos por el diario afán, y la perpetua angustia, apenas nos quedan un poco de aire y unas gotas de agua, para vivir inquietos y remojar el amargo pan cotidiano. Y ser poeta dentro de este ambiente de paz y poesía; ¡qué gracia!

—Le agrada esto?

Es él. Un hombre alto y esbelto. Ya no es joven, a juzgar por

la blancura de su barba y de sus cabellos —¡como que se acerca a los sesenta!— mas, si se le disimulan algunas ligeras arrugas —la indefectible pata de gallo,— cuán fresca su tez, en la que rosas juveniles, rosas casi virginales, resaltan sobre la blancura señorial y de buena raza; su fresca boca tiene aún sonrisas de encanto bondadoso, y su frente no es un mármol antiguo, un marfil amarillento, sino un alabastro que ya lo quisiera para sí más de una muchacha dieciochena. Sus ojos son alegres y vivaces, nada inquisitoriales, acaso molestados en ocasiones por tal cual lagrimeo o un parpadear inquieto; conserva nitida y blanca la dentadura, y mira alegremente, cariñosamente. Guapo muchacho fué en sus años tempranos; y, aunque no robusto como un roble, tiene aún la ductilidad de un metal bien templado. Y genio y figura...

¡Cuánta sencillez de indumento! Sin llegar al descuido, no toca a la elegancia señoritada y un tanto cursilona de las clases elevadas de la Sierra, que no puede vivir sin levita y sin sombrero de copa. Le bastan para entre día, la americana de colores oscuros y el abrigo antiestético; y si la repetición de a quinientos pesos se halla hundida en el bolsillo de su chaleco, su leontina delgadísima de oro y platino se le pierde entre ojales y botones.

Tiene su voz una nota de alegría, como campestre, en la ordinaria charla, expansiva y francota hasta los límites convenientes al decoro; en discusiones parlamentarias y en recitaciones públicas, baja dos tonos, y conviértese en profunda, con un aire de sinceridad y convicción que engañan a los que no conocen al individuo, y ya le creen un infeliz, ya le suponen un dómine pedantesco, aun en los momentos en que se debaten agitados bajo el peso de su elocuencia o de sus razonamientos eruditos. Recita tal cual; pero es indudable que lee deplorablemente sus propios versos por las inflexiones de candor en ocasiones y en otras por el énfasis sencillón que imprime a la lectura. Falta de escuela, después de todo.

Conversamos; esto es, conversa él; tiene el raro arte de la conversación. Saca interés de la vulgaridad de los asuntos de actualidad circundante; y si es cariñoso con un irresistible atractivo, no carece de mordacidad en la pronta réplica, en la observación oportuna, y hasta en genialidades de locución que ponen término a enojosas discusiones con estrepitosas carcajadas.

Lo que a ese hombre le distingue es una ecuanimidad abrumadora. En largos años de trato, en medio de situaciones áridas, dolorosísimas algunas, jamás le vimos llevar su alegría, su pena, su enojo o su desaliento, más allá de lo que se conoce en el mundo con el nombre de **correcto**; y si en su juventud fue acre e hiriente, despiadado y tenaz en las luchas del periodismo, en su edad madura lo resuelve todo con un baño final de piedad llena de desdén hacia sus contradictores. Y se ha sabido manejar de tal modo —debidamente, sin duda a la excelencia de su carácter,— que esta es la hora en que D. Remigio Crespo Toral puede decir que, como hombre público y caballero particular, como literato, poeta y jefe de partidos, no tiene un solo enemigo en este país de tantas intransigencias y de tan poco aguante.

—Léame algo: ¿lo quiere?

—¡Hombre! Yo no sé. Andan tan revueltos mis papeles... Voy a buscar unos artículos críticos que...

—No; nada de artículos: ni una línea de prosa. Versos; eso quiero; versos, pero versos de Ud.

—¡Bah! ¡Mis versos!

Porque este poeta singular, que ha escrito millares y millares de versos, de toda índole, de varia factura, plegándose a novedades y modas literarias; que ha publicado material como para dos gruesos volúmenes y conserva inédito original para seis u ocho más, concede escasisíma valía a sus producciones métricas, y conforme las compone, las va apilando en cualquier rincón, más como desahogo de su ánimo que como ejercicio literario. Y lo raro, que esto no le quita el cuidado exquisito de lima constante y variación continua cuando se trata de dar algo a luz, a veces en ediciones repetidas.

Sale con pausa; y a poco vuelve con un librejo sobado, un cuadernito de apuntes, cuyas páginas están cuajadas de líneas apretadísimas en letra de patas de mosca, con tachones y enmendaduras, de alto abajo, en chocante avaricia de márgenes y de papel. Es una de sus famosas colecciones: el buen señor se ha dado maña

para meter en tan poco espacio dos o tres mil versos de veinte o treinta composiciones admirables... y aun se ha reservado dos hojitas para el título de la portada y un índice inverosímil.

Lee a saltos. No gusta de fastidiar al oyente; y va marcando los periodos con voz profunda y ponderativa, apenas interrumpida por suspiros de descanso. Lo deja a poco, como con hastío de su misma lectura, y se mete el librejo sobado y chiquirritín en el bolsillo de pecho de su largo gabán gris ratón o lo tira sobre la mesa cundida de manuscritos.

Alguien le llama desde la vecina estancia. Sonreído nos invita a pasar a uno de los salones, y allí nos presenta a una de sus niñas, chiquilla bellísima de diez y siete años, que saluda ceremoniosamente como una marquesita del siglo XVIII. Hierve el champagne en las copas, y bebemos por la felicidad del poeta y de su familia.

De abajo, del **horne** sagrado, sale ruido de chiquillería, que rompe o hace rodar algo, entre chillidos ahogados por las gruesas paredes; suena melancólico un piano en lección de ejercicio, y por entre las cortinas del salón inmediato asoman caritas morenas y rubias que curiosean vivaces mirando al visitante como un animal raro llegado de las antipodas. De afuera —o adentro, como que irráis,— se alza una armonía wagneriana de aguas, brisas, pájaros, niños, piano, que forma un extraño y confuso himno de tranquilidad y de bienestar doméstico.

Y al salir, nos íbamos diciendo:

—¡Qué nido! Pero qué nido! Así, cualquiera escribe versos bonitos. Basta copiar. Solamente que... —Solamente que es indispensable ser poeta; tener la profunda intuición de la belleza interior, y ojos y oídos en el alma, para mirar y escuchar las visiones y las armonías del mundo exterior y sacar de lo concebido, visto y oído la esencia del Arte, resonancia y copia de la Belleza. Y, además, saber algo; porque ya pasó la época de los vates ingenuos que trinaban como las aves de un árbol sagrado, y es hoy la sabiduría el fundamento de la vida y la necesidad del Arte.

Estudiemos, pues, a este hombre y a su obra, en breves rasgos,

echando apuntaciones a granel, ya que sólo el tiempo está autorizado a pronunciar sentencias definitivas, y eso, al borde de tumbas donde son polvo y ceniza los elegidos de la fama por sus méritos o por sus crímenes.

## II

### RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

El movimiento político llamado la Restauración (1882 y 1883), más que una protesta nacional armada y sangrienta contra la dictadura del General Veintemilla, fué una reacción francamente conservadora. Los liberales concurren a hacerles el caldo gordo a los tradicionalistas sus adversarios históricos, y sucedió, naturalmente, que, como estaban en minoría y eran hombres poco experimentados en añagazas políticas, fueron puestos a un lado en la hora del reparto de beneficios: error del egoísmo de la época, que no supo transigir con todos dejando francas las puertas a las honradas aspiraciones de libertad y representación; pues de ahí se originó una larga revolución que fatigó a la República y agotó gran parte de sus energías, con el aditamento de tremendas e inolvidables iniquidades.

Pero es indudable que la caída de Veintemilla produjo uno como resurgimiento intelectual y literario en el Ecuador. La oposición de los partidos, la resistencia tenaz de la juventud de las aulas educada por jesuitas, la actitud agresiva del episcopado y el clero en general (cuya inquina fué hasta la declaración de absurdos entredichos), y las tentativas armadas, que trajeron, como inmediata consecuencia, la vergonzosa intervención de tropas colombianas, habían hecho que la defensa extremase su rigor; y como contra el rudo militarismo dominante se convirtieran publicistas, literatos, obispos, universitarios, la pesada mano del hombre de Setiembre doblegó a casi toda la parte pensante de la Nación; y persiguió canónigos, desterró obispos, encerró monjes y misacantanos, casi en los mismos días en que celebraba con la Santa Sede una nueva versión del Concordato; afrentó con la ignominia del látigo a insignes periodistas y a estudiantes de la Universidad de Quito; y echó al destierro a jóvenes y viejos que tenían algo que decir, alguna cosa que

escribir contra un Gobierno equivoco y, casi sin excepción entre sus miembros componentes, en parte iletrado, en parte irresponsable y en todo inmoral. El porvenir nos había de deparar peores males en el ensayo de la hegemonía liberal; pero viene el caso recordar que los terroristas correspondieron al recuerdo de esas afrentas con el patíbulo político autorizado por la reformada Constitución de 1884 y utilizado en beneficio propio por el señor José María Plá-cido Caamaño...

En situación tan angustiada, toda voz de honrada protesta se había apagado en el Ecuador. Si alguna resonaba, venía de fuera, como eco del destierro, que la agría Policía de aquellos rudos tiempos ahogaba presto con procedimientos inquisitoriales; y es terrible un pueblo mudo; porque es un esclavo, o un insurgente que prepara en silencio las armas de la ejecutiva reivindicación de sus libertades y derechos conculcados.

Don Juan Montalvo que, en principio y en obra, aceptara la transformación de 1876, de la cual resultó una de las primeras víctimas en el grupo liberal coadyuvante, y pretendiera luego, encauzarla por las vías del decoro y las conveniencias nacionales con su memorable **Regenerador**, acometía, desde Panamá, la matadora labor de ponerle en ridículo al General Veintemilla. Conocidas son sus famosas **Catilinarias**, en las cuales el dicerio toma forma literaria y se eleva la invectiva a no sospechadas alturas de elocuencia. Y las **Catilinarias** eran leídas en el Ecuador a puerta cerrada, haciendo brotar en los ánimos la risa y el hondo sentimiento de desprecio, para consuelo de corazones inquietos y oprimidos. Aquellos folletos, ya justamente reputados como documentos literarios de gran valía, son, en verdad, enormes ponderaciones de burla llevada al sarcasmo, porque Veintemilla no fué eso que ellos pintan y esculpen; pero como explosiones de odio significaban, entonces, algo como una revelación. Montalvo se cansó pronto, y emprendió, luego, su último viaje a Europa, desatendiendo las cosas de la patria, y de aquel viaje, bien lo sabemos, no regresó sino su cadáver a playas ecuatorianas.

Era lo más alto, y era lo único. Si algún periodismo quedaba en el país, o constituía un sumando de la prensa oficial, o se veía obligado a entretener sus ocios con vaguedades literarias, de inso-

portable ñoñez. Puede decirse, pues, que los compatriotas se hallaban en aquel periodo infame como imbecilizados por el miedo, con la nota particular de que la misma literatura —manjar reservado para viejos dómnes y muchachos incipientes,— era otro peligro, tomada en cuenta la intolerancia gubernativa que castigaba no sólo sugestivas gacetillas sino inocentes versos de tímida patriotería.

Cuando sonó la hora del tumulto ciudadano, provocado necliamente por el Jefe del Estado, se cerraron para las plumas independientes que aún querían moverse dentro de los confines del país, todas las válvulas de posible escape. Ya no era de entretenerse en declamaciones y críticas; y con los antiguos jefes de la época garciana, con los caudillos nuevos que asomaban en el horizonte en nombre de la Religión y de la Patria, al amparo y bajo el consejo de los viejos hierofantes del ciclo ultramontano, la juventud de las profesiones liberales, la chiquillería de las aulas universitarias, acudieron en tropel a tomar las armas, en una cruzada entusiasta. Y calló la prensa, enmudecieron las liras, cesó todo ensayo de composición artística, al tiempo que Escuelas, Colegios y Universidades cerraban sus puertas en la amplitud turbulenta de la República...

Alfaro estaba ahí, a las inmediaciones del último refugio del Dictador de papel mascado que veía disolverse las fantasías de su ambición al baño de agua fría del odio general y circundante; Alfaro estaba ahí, amenazando y sitiando al Traidor, porque en las grandes emergencias de la historia republicana de esta atormentada Nación, los liberales hemos servido de eso: de zapadores y exploradores; carne de cañón hoy, mañana escalera que arrojan de un puntapié los que han logrado subir al bardal donde se satisface en lupercales de sangre y satisfacción de codicias de dinero la eterna Ambición "que se ríe de la muerte".

Fue un engaño terrible; mas, ¿cómo iba a preverse que a una vergonzosa dictadura militar, limpia en sus contornos se sustituiría una tiranía ultramontana que significaba un franco e inverosímil paso de regresión cuando no ennoblecía ya la sombra el aliento poderoso de un García Moreno, y en pleno dominio de los menos dignos?

Sea de ello lo que fuere, lo evidente es que, tras el triunfo,

había un respiro enorme en la sociedad; y trajo la victoria una pujante florescencia en los antes conturbados espíritus. Reasumió sus labores la prensa, y al par que se afianzaba en Guayaquil "La Nación", surgió el diarismo en Quito. Y qué pululamiento de juventud! La nota patriótica vibraba en prosas y versos, batalladora y ardiente; volvían al ejercicio retórico los viejos consagrados por la generación pasada, tales como Cordero, Mera, Sánchez, Echeverría y otros; e iniciaban su reapertura las cátedras son resonantes actos de literatura de circunstancias, en tanto que hormigueaban en los principales centros de población periódicos de toda clase y factura, de pocas ideas los más, pero cujados todos ellos de rimas altisonantes y alados epigramas.

Si había angustia en las almas ante infinidad de problemas de reconstitución y reorganización; si las contrarias tendencias se preparaban al choque inevitable en el juego de la política y de las ambiciones, ello era afán de pocos y andaba en círculos ajenos a las letras y a las artes. Y el Gobierno de interim llamado **Pentavirato**, en razón del número de los individuos que lo componían, y los Secretarios de Estado, formaban una Academia, en la cual el doctor Luis Cordero llevaba la voz cantante con prosas y versos a granel, tendientes a levantar el espíritu público sobre la deplorable calamidad de las circunstancias.

Era el agua que rompía la represa, y se extendía bullente y sonora por la llanura, no limpia todavía, pero sana y fecundante.

Coincidió con este curioso estado del alma ecuatoriana la celebración del centenario de Bolívar, y para aquella fecha, el Gobierno, las Universidades, la Academia, todos los cuerpos colegiados, todos los centros intelectuales de la República echaron como quien dice el resto, y cundieron programas en los cuales las veladas literarias y los concursos poéticos eran número principal y signo de alta cultura. Uno de aquellos concursos fue abierto por la Universidad de Quito, dejando libre el tema a los concurrentes, sobreentendido que había de versar sobre el Libertador.

La fiesta del 24 de Julio de 1883 en la Capital tuvo la doble solemnidad de un acto jubilar y de celebración del reciente triunfo sobre la dictadura veintemillana, obtenido pocos días antes; y se

la llevó a cabo como en un espasmo nervioso de delirante patriotismo. En aquel día leyó Cordero su canto intitulado **Aplausos y quejas**, que, a la conclusión, tienen resonancia de la reciente lucha; dio a luz don Juan León Mera su poema elegíaco —no de lo peor que produjo su fecundísimo numen.— **Los últimos momentos de Bolívar**, y obtuvo un éxito popular de declamación don Quintiliano Sánchez con su oda heroica **Las batallas**. Y sucedió que el premio en el concurso universitario lo ganó el autor de cierta tirada de quintetos endecasílabos, dividida nada menos que en tres cantos, que su feliz autor había rotulado **Últimos pensamientos de Bolívar**.

El público aplaudió aquellas armoniosas y valientes estrofas, no desprovistas de envidia política y filosofía de la historia, que, ante enorme concurso, por encargo del poeta premiado, recitó discretamente el joven quiteño D. Luis Pólit, primo del ahora dignísimo e ilustrado obispo de Cuenca (1).

¿Quién era ese autor? Se sabía que un jovencuelo, un muchacho de aulas, apenas mayor de edad y señor de su derecho, que respondía al honrado nombre REMIGIO CRESPO TORAL. Item más, que era sobrino del prelado de la diócesis cuencana, Ilmo. Sr. Dr. D. Remigio Esteves de Toral. Bien, ¿y qué más,? Porque un nombre... ¡eh! qué importa un nombre! —como dijo un grande y olvidado poeta.

Mas adelante veremos lo que, en verdad, valía aquel poema; pero los compatriotas del Azuay conocían un poco más, desde el punto de vista de la publicidad en la prensa regional, a aquel inquieto y batallador chiquillo. Había hecho sus primeras armas en un periódico semipolítico y semiliterario de propaganda conservadora, fundado y sostenido por los ultramontanos de Cuenca, que se llamaba **El Correo del Azuay**, en el cual publicaba revistas de sucesos extranjeros al través de lecturas de folletos y periódicos de la cofradía, y solía enfrascarse en ardientes polémicas sobre temas de escuelas, como el tiranicidio y otros semejantes, con una erudición a flor de piel, orientaciones netamente ultra-conservadoras y una lamentable altivez y falta de caridad y respeto para las personas, hechos y di-

(1) El Ilmo. Dr. Dn. Manuel María Pólit, hoy Arzobispo de Quito.

chos de sus contradictores. Y era lo curioso que, en cuanto a poeta, apenas si se le iba conociendo por algunos romancitos de vaga índole y tal cual composición en versos largos, que no revelaban a un predilecto de las Musas.

Había nacido en Cuenca en 1860, hijo de honrados padres, que se distinguieron siempre por su discreción y virtudes. Algo de la visión de los primeros años, como un recuerdo confuso, pero entoldado y tal cual composición en versos largos, que no revelaban a un predilecto de las Musas. Había nacido en Cuenca en 1860, hijo de honrados padres, que se distinguieron siempre por su discreción y virtudes. Algo de la visión de los primeros años, como un recuerdo confuso, pero entoldado y tal cual composición en versos largos, que no revelaban a un predilecto de las Musas. Había nacido en Cuenca en 1860, hijo de honrados padres, que se distinguieron siempre por su discreción y virtudes. Algo de la visión de los primeros años, como un recuerdo confuso, pero entoldado y tal cual composición en versos largos, que no revelaban a un predilecto de las Musas.

De esa vida un poco agreste a la seria del **ratio studiorum** de los padres jesuitas, que, entonces, tenían el Seminario, había una distancia rellena de ausencia, dolor y sorpresa. Pero hubo de pasar bajo el yugo, y se portó bravamente, sin conceder demasiada holgura a la turbulencia alegre y confiada de su temperamento. Fuera de que tampoco se lo hubiesen permitido los maestros; porque tiempos eran aquellos en que los eclesiásticos que manipulaban el negocio capital de la Instrucción Pública, ponían la monta en las cuestiones relativas a la educación, y rompían los caracteres más indóciles, cuando no podían doblegarlos o rectificarlos con una severidad que no conoce, por suerte, la generación presente.

Hoy se habla mucho contra el régimen jesuitico en los programas de humanidades y de ciencias filosóficas exactas y físicas; y, acaso no les falta razón a los que declaman para desprestigiarlo, por cuanto la estrechez de criterio y el egoísmo trascendental en la enseñanza no acusaban deficiencia, sino un sistema ordenado de propaganda eclesiástica en materia de opiniones y doctrinas. Pero es indudable que de tal régimen y sistema salieron en el Ecuador los hombres mejor preparados y que algún lustre han dado a la patria. En punto a humanidades, especialmente, cuando el plan edu-

cativo en los colegios de segunda enseñanza, que, derivado del de la Compañía, persistió durante muchos años en los programas oficiales y desapareció al rayar el alba de la Revolución de Junio; hemos venido muy abajo en el Ecuador, donde aún no acertamos con un plan de estudios satisfactorio, y hace más de veinte años que lo buscamos con ansia, ensayando infructuosamente varias novedades, por prurito de imitación y trasplante. Latín, ya no lo saben ni los curas, y los fundamentos aristotélicos de la dialéctica son mirados como vanidades de sacristía. No protestaríamos, si algo se hubiese puesto en lugar de todo ello.

Y nuestro futuro poeta —que llevaba en sí el germen de una vocación irresistible,— cursó el bachillerato con los padres jesuitas; tradujo a los clásicos latinos, aprendió raíces griegas, cansó la propia imaginación, con un poco de filosofía escolástica y otro poco de matemáticas y rudimentos de física, y llegó al final a tumbos y tropezones. No era mal estudiante, y no sabemos de él si hizo novillos para robar duraznos, manzanas y capulíes en las huertas que rodean la ciudad; mas, resultaba un lector ansioso, empedernido, incansable, de cuanto papel impreso caía en sus manos, y es conocido que historias, novelas y versos no ayudan a digerir las reglas del silogismo, ni alcanzan a ilustrar la alta filosofía de los signos algebraicos y las ecuaciones de segundo grado.

Para salvarle de un fracaso seguro —¡a tantos otros les ha acontecido el inevitable frustramiento, no obstante su probada competencia intelectual!— tenía en su favor el imperio de una disciplina más eficaz y severa que la del Colegio, en su propia casa. Ella encauzó sus estudios por un rumbo metódico y provechoso, abriendo a su alma regiones de luz con el conocimiento de cosas no sospechadas en su febril actividad de adolescente. Y se formó la plenitud de su carácter en un centro propiamente eclesiástico: no podía ser de otra manera, si respiraba un ambiente de templo, de piedad, de sacerdocio. Su tío, jefe de la familia, a cuyo amparo vivía, era un Obispo, hombre sagaz y caracterizado, que imprimió el propio sello en una numerosa muchedumbre de hermanos, sobrinos, primos y otros parientes, que fueron el tronco venerable de parte de la buena sociedad cuencana, heredera de sus virtudes y preocupaciones, en larga sucesión. Uno de sus hermanos mayores dejó la muceta de abogado por el bonete clerical. Sus amigos, sus maestros,

cuanto trataba, cuanto era digno de su gratitud, cariño, veneración y respeto, pertenecían a la Iglesia en vario concepto; y la misma ciudad era como una enorme y triste casa parroquial donde se hablaba bajo y sólo de asuntos de devoción, sin sufrir la más leve conciencia hosca y pueril, rayana en fanatismo medioeval.

Si esto determina el derrotero de una existencia, dígalo el pio lector; lo que viene a nuestro caso es manifestar cuáles fueron las causas originarias del rumbo de las ideas que constituyen la parte formal de la labor, de la vida misma del escritor a quien dedicamos estas líneas. En una ciudad ultramontana, dentro de una sociedad devota, de una familia de obispos y presbíteros, educado por jesuitas, imbuido en lecturas ordenadas por la sabia previsión de un prelado inteligente, ¿qué había de ser el señor Crespo sino un individuo netamente tradicionalista en la ciencia como en el arte, en la política como en la práctica de la vida?

Y ese era el joven que había estado revolviendo libros de historia y de documentos históricos para hacer hablar en verso al mismo Libertador, en la silenciosa perpetración de un poema en tres cantos, retumbante y enfático, que, pensado en el palacio de un viejo y aristócrata obispo, había de ser públicamente recitado por un obispo futuro, igualmente aristócrata, y ambos de la diócesis cuencana donde no les cupo en suerte salir a la vida.

La noticia del premio llenó de gozo las aulas de la ciudad nativa del nuevo poeta, y la culta sociedad tomó el hecho como distinción honorífica discernida a ella propia. El joven se engrandeció, y acaso fuera posible que la vanidad de los veinte años le haya inflado un poco en la hora justa del primer triunfo. Valía como compensación de las angustias de meses anteriores en que anduviera a salto de mata, porque la escasez de criterio, por decir lo menos, de las autoridades dictatoriales, tuvo la imbecilidad de perseguir aun a niños, en las horas ignominiosas en que aquel bárbaro de Veintimilla desterraba, metía en presidio... ¡y vapulaba a estudiantes de la Universidad Central!...

¿De qué modo se le podía aupar al vate triunfador?... Muy sencillamente: haciéndole diputado a la Convención que iba a reunirse...

Bello gesto de clásica, casi helénica prosapia. Pero debemos confesar que en la elección canónica anduvieron... ¿cómo decirlo? Pues, los cánones. ¿Los canónigos?... Más claro, los curas. Pues ¿quién no es en Cuenca un poco clérigo, por dentro o por fuera?

### III

#### HISTORIA Y POLITICA

La Convención de 1884, simple y alborotado acto de partidismo político como todas sus semejantes, fué un mediocre triunfo de los conservadores que no alcanzaron a reliazar el absurdo ideal ultramontano de regresión escandalosa; pero tuvo en su seno el fermento revolucionario de la minoría liberal traicionada y vendida desde el mismo histórico campamento de Mapasingue. De ahí debía salir necesariamente otra discordia intestina, por cuanto los procedimientos del mayor número, que habría sido patriótico detener en el límite de decorosas y útiles transacciones, se efectuaron como una franca provocación, cerraron los caminos de un posible avenimiento, y al elegir Presidente de la Asamblea a un hombre tan desacreditado como el General Salazar y de Jefe del Estado a un desconocido como el señor Caamaño, indicaban el sendero de las desesperadas resistencias, acaso más por resentimiento y rencor de la parte ofendida que por propósito patriótico; Revolución de 1884, cuyo último espasmo, tras una serie de desastres, —porque cansado el país no correspondió al empeño, y el General Alfaro, tras la primera tentativa desgraciada abandonó su causa y sus amigos a su propia suerte, retirándose como un pretendiente de derecho divino,— fué el inicuo e inútil fusilamiento del pobre Luis Vargas Torres en la plaza mayor de Cuenca, la mañana del 20 de Marzo de 1887...

Se hizo mucha literatura en aquel memorable Parlamento, punto de transición de dos agrias contiendas intestinas; y si privó el vengativo criterio de partido en algunos actos trascendentales, no faltaron erudición barata y risible pedantería en la solemne discusión sobre si el Gobierno del Ecuador había de ser unipersonal o múltiple, y si convenía el sistema unitario o el federalista como régimen constitucional. Verdad que no se llevó el atrevimiento a

pretender reacciones poco menos que medioevales, con olor de legitimidad y chamusquinas de Santo Oficio, cuyo tipo reside en la famosa Constitución de 1869; pero al consagrar definitivamente la Iglesia oficial y reconocer la vigencia del Concordato, se declaraba la perpetuidad del predominio eclesiástico como factor político al servicio de Gobiernos tradicionalistas, cuchillo de carnicero para hacer lonjas y cecinas de la escasa libertad civil y política que se presentaba a los ecuatorianos. Por tímido y disfrazado que se presentase, aquello era, sustancialmente, una tentativa de regresión; y si la labor educativa permanecía en manos de clérigos seculares y un cardumen de comunidades religiosas, si quedaban la conciencia individual y la expresión del pensamiento a simple párroco rural,— la obra del progreso estaba por verse, y en cuanto al capítulo de economía y rentas, la situación era la misma. Diez años dominó ese régimen vergonzoso; y es bueno advertir que, durante tal período de tiempo entre revueltas y tormentas, no se llevó a cabo la menor tentativa civilizadora y continuó prevaleciendo la antigua sombra.

¡Qué época! A la revolución de la Costa contestó el Gobierno con el cadalso por causa política, mediante una reforma constitucional arbitrada por los Congresos de 1886 y 1888, que comportaba el más inmoral e inicuo falseamiento del espíritu y la letra de la Carta de 1884. Era la venganza que afilaba el puñal en la piedra de amolar de una justicia de partido; pero los asesinatos en la oscura montaña, la barbarie de tormentos afrentosos, el incendio de poblaciones indefensas, se habían adelantado como medios de represión y recursos de orden público; puñal por puñal, era más decente, porque no tenía la vaina de la hipocrecia, el de los revolucionarios, grupo exiguo de agitadores y combatientes que, por lo menos, proclamaban un ideal y alzaban una bandera.

Y en medio de esta crisis nacional, con el Panóptico lleno de prisioneros de guerra y desafectos, hirviendo en perseguidos y confinados las apartadas poblaciones serraniegas, y un núcleo inquieto de proscritos y emigrados en las vecinas repúblicas de Colombia y el Perú; dueño de la situación y rehacio al temor del peligro, el Presidente Caamaño rompió tranquilamente la unión conservadora, su único apoyo; y de la escisión suicida brotó un Gobierno de familia, una especie de oligarquía, con vistas al aprovechamiento de todos



los lucros, desde la sinecura bien pagada, hasta los contratos de obras públicas, nunca cumplidos; germen del tercer partido que D. Antonio Flores trató de amasar en un solo conglomerado, sin advertir que se manchaba con la manipulación de cieno infecto...

En todo este período tragicómico fué persona principal y actuante el señor Crespo, fiel, más que a la política de su bando, a los principios que éste proclamaba y decía representar. Joven e inexperto, no fué muy resaltante su labor parlamentaria en la recordada Convención; pero, en los dos Congresos siguientes, hubo de ponerse al frente de algunas deplorables situaciones, como Vicepresidente del primero y Presidente del segundo en la Cámara de Diputados; y vale decir que, si no de los más entusiastas, fué de los más empeñados en el restablecimiento de la pena de muerte por delitos políticos, elevando el debate a la ampulosa majestad de solemnes frases hechas, y empujando el carro de la filosofía de la historia para recoger los sangrientos desperdicios de una tiranía casi anacrónica. Fué error común de muchos hombres de su temple en esos tiempos de ignominia, que, por el cansancio de una lucha que venía prolongándose desde 1881, creyeron conveniente poner el hacha ordenadora y podadora en manos del verdugo, sin advertir que ese instrumento tenía doble filo, y que las sentencias de ejecución las dictaban la Ambición y el Egoísmo en consorcio con la Codicia y la Venganza.

Salió ileso de aquél drama. El siquiera, no tenía qué ver con la cuestión de las concupiscencias de poder y dinero que eran el alma inspiratrix de la situación; y si podía seguir las doctrinas del sombrío Conde de Maistre y los de su escuela, era incapaz de agregarse a la cuadrilla de Ambrosio Lamela que acechaba en los recodos del camino... Y al consagrar con su palabra y su voto una ley de sangre, ¿no aceptaba, como hombre de partido, las eventualidades y consecuencias del porvenir, en el tiempo y en la historia?

La República enmudeció; y no hubo más cátedra de democracia, ni otro refugio del patriotismo, que las celdas del Presidio, donde un hombre escapado del cuerpo de esbirros venecianos del siglo XV, por arte del demonio, cometía impunemente crueldades inauditas. La literatura se sostenía en certámenes oficiales y actos de presentación cada vez más próximos a la retumbancia de los lu-

gares comunes del más puro devotismo; el estudio de las ciencias se había estratificado en el molde escolástico y en el concepto católico, y la libertad de pensamiento era denunciada como una transgresión horrible de las leyes escritas.

Era el carácter de la época, a la sombra de las necesidades de la propia defensa; y eran también el fondo, la forma y los procedimientos de dogmas absolutos, así en la fe como en el gobierno de los pueblos. La religión católica no ha sido factor de progreso y civilización, ni mucho menos favorable a la libertad y al decoro social, en los países americanos de conquista española, en los cuales apenas ha habido tiranía que no se hubiese cubierto con la capa de coro de los intereses eclesiásticos.

Convicción en Crespo, leal y profunda, ¿sería una añagaza en los demás? A muchos de los viejos pios cofrades les hemos visto, años después, sentarse con holgada frescura, habiéndolo solicitado con ferviente humildad, al banquete del liberalismo descreído que desahució el Concordato, expulsó al clero de toda participación en la vida civil, decretó la libertad religiosa y se incautó los bienes de las Comunidades...

Esto aspira a resumir en pocas líneas el estudio de un lapso de tiempo, que la historia juzgará con severidad, por cuanto la candencia de la lucha, en todos los campos de actividad social, el de la discordia intestina inclusive; la exacerbación de las ambiciones; el incontenible fulgurar de la Némesis implacable; el acatamiento a la hegemonía eclesiástica con su programa teológico, filosófico y canónico incompatible con las exigencias de la época y el espíritu de las nuevas generaciones, impidieron el movimiento civilizador; y de los lustros de dominación casi absoluta por el hierro y por la censura, no salieron sino palabras, palabras y palabras en orden al progreso moral y material. Dados el ideal doctrinario y las orientaciones políticas, no podía ser de otra manera; y ahí está la responsabilidad del partido conservador ecuatoriano. Ser hacha, se comprende a veces: ser rémora, resulta siempre vergonzoso. ¿Que la tradición es lo único compatible con la incipiente de nuestra nacionalidad; y los regímenes de fuerza y de salto atrás, son los solamente valederos en sociedades primitivas cundidas por la plaga de disturbios y tiranías?... Así, estuviéramos siempre en la inicia-

ción; y el caso es que sobre religiones, doctrinas, programas, despotismos y toda clase de atentados retardatarios, **el mundo marcha**. ¡Peor para los que intentan detenerlo! ¡Y queda tanto por decir al respecto! Porque en el juego de la política suelen confundirse muchos ideales, torcerse los rumbos, y romperse, mediante absurdas iniquidades perpetradas por el interés, el equilibrio social que es el abrigo de la libertad de conciencia.

Y no fué D. Remigio de los que dieron su brazo a torcer... Años después de la caída del conservatismo, en el Congreso de 1899 —pues ha pertenecido a muchas Legislaturas del Ecuador, desde 1884 a 1905,— en plena actividad liberal irresistible, aún le vimos bregar desesperado contra la Ley de Patronato, ofrecida por el General Alfaro como cebo a la imbecilidad radicalesca que se contenta con palabras y se come clérigos crudos... en pasta de alcorza. Consecuencia genial y honradísima, tan gratamente reconocida por los adversarios, que es entre los radicales donde tiene el hombre de fino trato, de alegre y campechano carácter, de gran talento y mucha lectura, de fácil verbo y oportuna intervención, el poeta, el escritor de **omnia re scibili**, el caballero, y el excelente padre de familia, los más decididos y cariñosos admiradores y amigos. Es la imposición del talento; pero también es el atractivo de la persona bien educada. Entendámonos; al decir radicales, nos referimos, naturalmente, a los que, de ese grupo saben leer y escribir. Que no son todos.

Pues el resentimiento, la causa de queja, ¿dónde? Si por feliz idiosincracia, en los últimos veinte años, cuando no ha habido títtere político en el Ecuador que no hubiese intervenido en la contienda armada, o ayudado, a lo menos, con el prestigio de su persona o la habilidad de su ingenio, a la marcha de las revoluciones, no ha resultado un combatiente ni un cooperante, pudiendo tomar puesto principal entre los suyos, el señor Crespo tampoco ha sido jamás autoridad civil, ni militar, chica ni grande. En su juventud florida fué modesto secretario de la Gobernación del Azuay, cargo que ahora lo desempeña cualquier amanuense iletrado y por la senda de los honores parroquiales no ha avanzado sino raramente a simples concejalías.

Eso no le ha quitado el gusto de la pluma; y en algunas ocasiones ha sido periodista de combate. Principió en *El Correo del Azuay*,

como dejamos noticiado, en días de preparación conservadora, con algún peligro por delante; y siguió con *El Progreso*, órgano de propaganda que sostenía el Fisco. Significaba su ensayo aquel papel ya olvidado, cuya colección es probable no exista en archivos populares, ni bibliotecas públicas. Agrio y con una intolerancia poco comunes que dogmática en la expresión que llamaremos doctrinaria por llamarla de alguna manera, encerrada en las torres de marfil de un conservatismo intransigente y absoluto, de un aristocratismo divertido en este antiguo imperio de la **cholocracia** —único nervio popular,— resultaba implacable en la réplica, cuyas líneas habían menester un baño de benevolencia, siquiera al tratar de asuntos individuales. Sin embargo, algo aprovechable quedó en el fondo, como cierto programa económico, cuyas ideas sorprendieron en un joven que no sabía de cosas de la vida y de la ciencia, sino a través de los libros. Aún permanecen latentes algunas de aquellas ideas en el campo medio vulcanizado de las opiniones de su autor; pero ello es materia cuya averiguación no importa en este lugar.

Pronto se separó de aquel periódico; porque los viejos misacantanos de Cuenca, que habían sacado regulares tajadas en el reparto de beneficios, trataron de impulsarle al redactor responsable al terreno de las particulares conveniencias de ellos; y desde entonces hasta fines de 1888, en que apareció con una fugitiva *Voz del Azuay* contra la resurrección crepitante del liberalismo regional, que tenía por jefe al doctor José Peralta, se encerró en el silencio de oruga. Tuvo suerte con tal actitud de honrada reserva, pues en el intervalo se cometieron muchos crímenes que se hubiese visto obligado a defender con su pluma.

Continuaba, entre tanto, asistiendo a los Congresos; y si en ellos siguió la corriente de su partido, adquiriendo, a veces, correaciones y responsabilidades colectivas más por disciplina que por voluntad, tuvo, por dicha suya, la virtud ingenua de la visión de las conveniencias públicas desde un punto de vista netamente patriótico en los asuntos relacionados con el movimiento administrativo; y como nada esperaba, como de nada tenía necesidad, ya rico y célebre, supo poner a salvo la dignidad e independencia de su persona. Esto, por lo menos.

Aun vibran en él algunos nervios del antiguo luchador; y suele

con frecuencia echar la hiel de los apasionados juicios políticos en el cáliz de la literatura docente, mezclándola con mieles de poesía, que de ese modo resultan ácidas. No son resabios juveniles, ni menos una cuestión de carácter; responden al plan ordenado de una vida que ha sujetado el Arte al servicio de lo que entiende por verdad, y esa verdad, al provecho de los conciudadanos: que hay interés no exento de egoísmo en tal programa, el menos lince lo nota; pero surge la idea de la aplicación de una vida a una sola propaganda, y esto siquiera es honrado, aun en los casos en que es reprochable.

Y, sobre todo, el patriotismo. En lo vulgar y corriente puede ser un patriotismo a su manera, *pro domo sua*, por el hogar político y el triunfo de los amigos; pero, subiendo más alto, en los serenos campos de la defensa nacional, en las cuestiones propiamente internacionales, pocos ecuatorianos han trabajado más profunda y asiduamente que él, en una labor incesante de años y años. Esa labor le llevó a la diplomacia, en Legaciones y consultas, le hizo necesario en Congresos del período radical, y es hoy mismo uno de los claros timbres de su vida.

Indudablemente, en la cuestión del estudio de límites con el Perú, hay escritores que han tratado la materia con más profundidad y extensión, y con formidable acopio de documentos; y muchos que, entregados a fáciles resúmenes y concreciones, tienden a vulgarizar el conocimiento de tan útil materia. Vienen a los puntos de la pluma en primer lugar los nombres de los señores Vázquez, P. Vacas Galindo y Alvarez Arteta, entre los primeros expositores, sin recordar al viejo Moncayo y al mediocre D. Pablo Herrera, y luego, los del señor Vicente Paz y otros patriotas —infinitos,— que, en épocas periódicas, han trabajado en la prensa.

Pero nadie en el Ecuador, ha dado un resumen tan claro del asunto, en forma más libre del peso de citas y documentos y con un estilo lleno de la posible amenidad, para llegar al conocimiento del pueblo, aun de las clases menos preparadas, sin pujos de erudición ni declamaciones patrioterías, que el escritor a quien estamos refiriéndonos. Su *Pleito Secular* es un modelo de concreción patriótica que, en verdad, no sabemos por qué el Gobierno no se anima

a publicar en volumen, recogiendo de revistas literarias, siquiera como un tónico al fatigado patriotismo de los ecuatorianos.

Y esta es la vida del señor Crespo —la vida pública, la actuación política, de la que hemos querido informar en este capítulo con la posible brevedad. Vida simple y una en el servicio patriótico, dentro del culto de un solo ideal, sin un momento de debilidad en más de un tercio de siglo, al través de toda clase de conflictos, sin un solo esguince en asaltos de conciencia y asechanzas de opinión, a merced del triunfo y de la derrota, en días lúgubres y en momentos de poder alzar el gallo. Una finalidad, un camino, una probidad. Con un poco de ambición, acaso se habría anegado o hubiese, tal vez, llegado lejos; pero él, cumplido religiosamente el deber, no quiso nunca ser otra cosa que padre de familia, y escritor y poeta a ratos perdidos.

No le juzgamos bajo el aspecto político; ni podríamos juzgarle, colocados como estamos en las líneas avanzadas del frente; y por eso no hacemos sino informar. Después de todo, cabe decir que en el antro de ambiciones que se satisfacen, se defienden y devoran, liberales y conservadores por ahí vamos; pues la libertad, la tolerancia, etc., son buenas en casa propia y para uso particular, y al prójimo se le da siempre contra una esquina —en paz y en guerra;— mas, cualesquiera que, respecto a lo sustancial, sean nuestras ideas y opiniones, y respetando lo que digno de respeto aparezca, venía a nuestro propósito esta breve apuntación casi política y casi biográfica, para que no falte fondo al cuadro que pretendemos trazar, en el estudio, más que de un poeta, de una alta personalidad.

#### IV

#### TAMBORES Y CLARINES

El punto inicial de la inspiración de nuestro poeta traslucida al público, es un patriotismo severamente religioso, con dejos de aristocratismo despectivo y resonancias oratorias, más abundante en retórica que repleto de sinceridad. Y comenzó con traducciones y adaptaciones... ¡del difunto D. Víctor Balaguer, tan mediocre y hue- to! Era la época en que se puso de moda traducir del catalán, entre

los jóvenes ecuatorianos de lira en ristre; y si hubo muchos que, con el diccionario en mano, se atrevieron con Apeles Mestres —el santo y sabio Mosen Jacinto Verdaguer, inicualemente profanado por D. Melchor de Palau, estaba muy alto para ellos,— los más arremetieron contra el autor de **Tragedias** y otros atentados rítmicos, por la sencilla razón de que corría abundante y muy conocida una edición de poesías completas, con la versión castellana al frente, en clara y mala prosa, obra del mismo D. Víctor; y de ese modo, para traducir, no era preciso saber catalán...

Decíamos, pues, que Crespo Toral comenzó con traducciones y adaptaciones de Balaguer, en el terreno absolutamente patriótico, y con algo de propia cosecha, una colección... ¿cómo diremos?, de **semblanzas**, episodios heroicos, reminiscencias de los fragmentos de Tiroteo traducidos por Canga Argüelles y el señor Baráibar, en honor de los héroes muertos en los combates de la Restauración. Aquello era muy malito, con perdón del insigne poeta, a pesar del movimiento lírico de algunas composiciones y la facilidad del metro; pero los tiempos no daban para más, y, por rara suerte, no se degeneraba, a lo menos, hasta la ñoñez de las odas fúnebres, y las elegías en verso libre... A poco, fué declamada y hasta cantada con musiquilla regional de **solos** y **coros**, la **Campaña de los muertos**, soberbio romance en el cual vale más el pensamiento que la deficiente ejecución antística... Naturalmente, iba contra Veintemilla, porque Veintemilla era, entonces, la cabeza de turco para el ensayo general de la renaciente política tradicionalista y la rediviva literatura de colegio... de padres jesuitas. Se ha publicado de nuevo aquella poesía que, referida a los treinta y tres años de su primera presentación, planta en nuestro ánimo el curioso interrogante de por qué entusiasmó tanto a la inexperta juventud. Obra de circunstancias y de las circunstancias. Ahora nos parece excesiva, porque del pobre Veintemilla y su Dictadura no conservamos ya sino un confuso recuerdo. Y al año siguiente, era, asimismo, recitada la invectiva intitulada **Dios y Patria**, en solemnidad casi dioscesana en la cual el poeta se permitía maldecir a la **turba vocinglera** en nombre y representación de **su** Dios, y quedarse, luego, fresco. Esa turba es simbólica, porque significa, principalmente, el pueblo, la democracia, la revolución, la libertad, en fin, civil y de conciencia, cual la entendemos los filisteos, en cuyo programa no cabe la consagración de rutinas tradicionales para el atraso nacional, ni el res-

peto incondicional a religiones positivas para apoyo de plebeyos despotismos siempre manchados con sangre. Y al cabo de otro año, o sea en 1889, se publicaba su tirada de quintetos intitulada **García Moreno**, absurda deificación de una tiranía estratificante y medioeval, en nombre de la religión, de la moral y del orden. La composición es soberbia, indudablemente, y llena de rasgos espléndidos e imágenes si se quiere grandiosas; mas, bajo su aspecto general no se halla a mayor altura de un artículo de fondo de periódico ultramontano elegantemente, soberbiamente fanático; y, de seguro, no pasará como flor de antología cuando los coleccionistas amen más que el arte la dignidad humana rebelde contra los grandes criminales históricos.

Frases, menos que frases, palabras bonitas y no otra cosa, toda aquella literatura de relumbrón, en la que por adular a Dios se pisotea demasiado al pobre diablo. Mas, puesta la poesía al servicio de las pasiones de bandería y manejada como intérprete de sentimientos nacidos al calor de ideales y conceptos más o menos altos de convicciones arraigadas y profundas, tampoco puede ser de otra manera. Y ahí está la falsedad del género, puesto que, al faltar desinterés en la obra, no abunda tampoco la sinceridad, y se ha menester mucho ingenio para no caer en el abismo de vulgaridades redichas y declamaciones cercanas a la injusticia. La sátira a lo Juvenal, es diferente, y las sales quevedescas no entran en la confección de manjares ácidos e inflados.

No negamos la legitimidad de tal género, pues toda inspiración es buena, y ya dijo el padre Horacio que Arquiloco armó los yambos con su propia cólera —**propio rabies armovit iambo**;— lo que advertimos es que suena a hueco cuando generaliza, y sabe a injuria personal cuando ciñe la materia. Los epítetos prodigados contra Veintemilla en la referida **Campaña de los muertos** no son, ciertamente, panales del monte Hiblea; ni la faramallería grandilocuente de partido político que proclama al mismo Dios —como si este Señor no tuviera otra cosa en qué ocuparse,— su rabadán y particularísimo caudillo, tiene nada que ver con los improperios épicos que mutuamente se prodigan los héroes de Homero ante los muros de la sagrada Ilión.

Cuando es fruto de alta sinceridad, de verdadera poesía, puede

resultar muy bueno, porque es la expresión de sentimientos y pasiones fulgurantes que se concretan en la violencia del apóstrofe o el irritado dolor de la elegía; pero si se convierte —como ocurre en **Dios y Patria**, **García Moreno**, etc.— en un tema retórico, en una exposición de doctrinas y programas, en una vaguedad insustancial y sonora de frases hechas, que, al fin, se resuelven en cuestiones discutidas y discutibles en más árido terreno, tal género no es sino una rama cualquiera de combate, que se puede y debe rechazar como una manifestación de odio, por excelente que sea su forma literaria, y cae muy por debajo de los intereses sociales y de eso que se llama patriotismo.

Otro es el punto de vista de la poesía propiamente patriótica, desligada de prejuicios doctrinarios, dogmatismos de círculo y conveniencias de cacicazgo. La *Iliada* es patriótica y simbólica a la vez; canta la lucha de las razas helena y pelasga; la *Eneida* es un monumento nacional, que celebra los orígenes de Roma y del poder latino; y en esfera mucho más humilde, patriótica es la **Victoria de Junín** de nuestro Olmedo, que es el himno guerrero triunfal y poco menos que esotérico con que termina el grande, el enorme drama de la lucha de América por su libertad e independencia. Y esto es honrado y bueno, y está arraigado como documento de indiscutible valor en la historia de los pueblos.

Sólo comprendemos tres grandes sentimientos engendradores de alta poesía: el Amor, la Religión y la Patria, con la única condición de su sinceridad y de su absoluta nobleza. Todo motivo de canto gira al rededor de ellos, más profundo cuando más cercano: lo demás son vaguedades amenas de un difuso panteísmo: el culto a la Naturaleza por ella misma, la traslación de ideales y pensamientos que se quiebran en las lindes de la Metafísica sin alcanzar a conmover una sola fibra del alma de los lectores, arreglos de paleta y cuestión de tonos y perspectivas. Quedan sí como materia de lamentación perpetua y altísima poesía las inquietudes del espíritu, las ansias desconocidas ante el eterno problema de la Vida y de la Conciencia, y el Dolor y la Duda como fondo trascendental de la miseria humana.

Es fácil que el canto degenera, que el patriotismo se convierta en vacía declaración, el amor en deshonesto impulso genésico o en

quinteesenciadas sutilezas de orfebres de la rima que perdieron la virilidad en innobles prostibulos, y la piedad religiosa en ridículo devotismo; pero ello no significaría sino la quiebra de todos los géneros y la corrupción de todos los sentimientos, cosa vieja en la historia.

Los **Últimos pensamientos de Bolívar**, poesía patriótica con notas elegíacas, cual conviene a un moribundo, si en algunos pasajes arrancan de documentos más o menos conocidos de la vida pública del Libertador, que andan en colecciones al alcance de cualquiera, padecen de la falsedad general de la interpretación y de una ineludible inverosimilitud. Es vicio común de las llamadas **idolopeyas**, clase de ejercicio literario que consiste en poner su boca de otro cuanto se nos va ocurriendo mediante una composición de lugar imaginada con mediano conocimiento de causa; pues al hacer pensar en alta voz a personajes famosos suele olvidarse el mismo carácter de éstos y las circunstancias en que se les supone, para dar rienda suelta a la inspiración y la verba al poeta.

Conocemos algo de esta curiosa laya de prosopopeyas; y no somos nosotros quienes hemos descubierto el particular de que en ninguna de ellas dieron en el clavo sus ilustres autores. Byron escribió la **Última lamentación del Tasso**; Lamartine, el **Último canto de Childe Harold**; Núñez de Arce, la **Última lamentación de Byron**; Larmig, las **Querellas del Vate Ciego**, y nos dieron en magníficos versos la expresión de su propia personalidad, y un Tasso, y un Byron, y un Milton, extraños, truncos, falsificados... Y así muchos otros, que han hecho hablar a hombres notables —guerreros, poetas, filósofos,— sin cuenta ni razón.

No estriba la dificultad en diluir en verso ciertos conceptos del figurado idolopeyicamente, ni en registrar un tono general que recuerde la vida y hechos del personaje, sino en mantener el carácter de éste con sus relieves y matices a lo largo de la composición, empresa tanto más comprometida cuanto mayor conocimiento se tenga de aquel carácter por la generalidad de los lectores, y más próximos en razón de tiempo estén de nosotros los susodichos personajes. Traducir bien es siempre obra muy delicada y que requiere especiales aptitudes filológicas y de compenetración psicológica; interpretar almas, adivinando lo que en determinadas circunstancias ha-

brian podido pensar y decir, es muy aventurado; y por exceso o defecto, se yerra siempre.

Ahora bien, considerado Bolívar en su lecho de muerte, no pudo pensar eso; y es mucho cuento poner en su boca una ristra de más de mil versos endecasilabos repletos de vaguedades históricas, recuerdos, quejas y maldiciones en tono jeremiaco, cuando sabemos bien, por relación de testigos presenciales, —el doctor Próspero Rémberend entre ellos, que escribió un curioso folleto acerca de los últimos días del Libertador,— lo que hizo, lo que pensó, lo que dijo y cómo murió el Padre de la Patria; y de esa prosa, de la que nos queda el documento inapreciable de la proclama final a los colombianos, y las últimas palabras casi trágicas del moribundo ya inconsciente, dirigidas a su fiel Mayordomo José Palacios— hipo supremo de desencanto y desolación (*¡Vámonos, José, que de aquí nos echan!*), a los quintetos del señor Crespo y las parrafadas del señor Mera, va una enorme diferencia.

Descontada esta inconveniencia, esa poesía que ha sufrido ampliaciones y correcciones sustanciales de fondo y forma, de 1883 a esta parte es, solemne y majestuosa. En su último aspecto se advierte ya una mano más experta que borra faltas, vigoriza pasajes endebles, gradúa efectos apenas indicados por la inexperiencia juvenil del autor; y hay alguna añadidura casera a la difunta esposa y reminiscencias de la noche terrible del 28 de Setiembre de 1828, cuando una fracción descontenta empollaba por el santanderismo egoísta y originada por la imposible dictadura de los últimos años, trató de asesinar a D. Simón. Y se nota, asimismo, más historia y más reposado criterio, que si no alcanzan a dar verosimilitud al poema, dignifican la inspiración, y elevan a veces el tono a la altura de una homilia pastoral en verso heroico.

Mejores son las poesías cortas de la misma índole patriótica, de género que llamaremos directo, entre las cuales hemos de señalar las intituladas *Sucre*, *Proscrito*, *Venezuela*, etc., y las que no tienen ya pretensiones históricas y nos tocan de cerca, como la magnífica *Canción de la bandera* y otras muchas, en las que palpita acelerado y ardiente el amor a la tierra nativa, tanto más querida cuanto más desventurada.

En la misma línea hay un grupo especial que consideramos como generalizaciones de concepto sobre la libertad y la independencia, la revolución y la gloria, en tono absolutamente pesimista. Y esto ya no es vicio del género sino prevención de escuela, tradicionalista en política y ultra ortodoxa en religión. ¿Qué es, pues, la libertad, qué la independencia, qué, en fin, la soberanía del pueblo y el sistema representativo y democrático en el gobierno de las naciones, para que sean mirados como crímenes de la locura humana? Es tolerable que no se cante al progreso, por espíritu de secta; pero es reprehensible que se maldiga a cuanto tiende a la realización de tal progreso, porque la maldición y la protesta son traiciones de lesa civilización. Y siempre sucede que el carro pasa.

Esto es propenso a frialdad conceptista, a tremendas paradojas y no pocas falsificaciones de la filosofía de la historia cuando no se contiene dentro de los límites de la ampulosidad retórica y las repeticiones de uso común. Pero los verdaderos poetas suelen sortear el peligro si conocen el instrumento que manejan, y tienen, verdaderamente, algo nuevo y curioso que expresar: en último caso la renovación de imágenes y la severa armonía de la forma, bordean cualquier escollo, y, por lo menos, queda vibrante en los oídos la nota postrera del canto litúrgico con que la Iglesia honra a los muertos de cuerpo presente...

Crespo Toral ha escrito piezas admirables en este difícil género, valiéndose ya de la forma sintética que eleva a decisiones dogmáticas las conclusiones de un monólogo interior, ya de amplias alegorías, como la del romance intitolado *Libertad y muerte*, ora también de grandiosas quejas, como las proferidas en la oda *Sucre*, o de descripciones de hechos del tiempo heroico, llenas de vida y movimiento lírico. Y con todo puede formar un gran volumen, donde no resonarán talvez los *gritos del combate*, pero cuyo texto sería la revelación de una alma honrada, que se extremece y se desconciela ante el espectáculo del malogramiento de la democracia y de la independencia en el fragor de las perpetuas y sangrientas luchas intestinas.

Si deplorar las miserias de la patria, entornece por el dolor circundante, hablar majestuosamente de la ineficaz grandeza de nuestro pasado heroico, y aspirar a nueva luz, a otro aire, a grandeza

más cabal de la que puede surgir del continuo choque de buenas y malas pasiones; si todo esto dicho en hermosos versos y con brio y cálida animación, es patriotismo, forzoso será convenir en que el señor Crespo es un gran poeta patriótico que no ha dejado de estudiar pliegue alguno de la conciencia nacional; y que así compone el poema intitulado **España y América**, de grandes proporciones y quintanescas inspiraciones, por las estrofas del cual pasan fulgurantes siglos y siglos de gloriosa historia española, y el número se sostiene robustísimo, como traza figuras de nuestros propios anales, en **La estatua de Abdón Calderón, Corceles y Cóndores**, y cien más, y llora en las **Baladas indígenas** el vencimiento de una raza que aun padece las afrentas y dolores de la conquista, bajo el triple y pavoroso feudalismo de la ignorancia, la miseria y el fanatismo... —Si; gran poeta patriótico que cantó todas las angustias y todos los recuerdos épicos, celebró la bandera y el ferrocarril, maldijo los despotismos militares y analfabetos, y tuvo la suprema virtud de callarse cuando el imperio de la ignorancia volvió imposible la vida ciudadana, con el santo horror de rebajar su musa hasta la vana garrulería de los que habiendo subido con el profeta a la cumbre del monte para anatematizar a las tribus de Israel diseminadas en la llanura, deslumbrados por una visión interior de conveniencias de última hora, concluyeron cantando sus alabanzas...

## V

## MUSICA CELESTIAL

Nada hay más legítimo en la expresión poética que lo que llamamos religiosidad. El primer vagido del arte, la nota inicial del canto, fueron altamente religiosos; y el mismo soberano e irresistible estímulo del amor se mezcló a ese sentimiento, cuando la humanidad no estaba todavía pervertida: y fué un reflejo de la aspiración a lo infinito, a lo desconocido; la lealtad a la patria, que guarda las tumbas de los antepasados, el hogar, la cuna y los altares de los dioses. Y, así, desde Hesiodo hasta David, desde Homero hasta Ferdusi, desde Esquilo hasta los ignorados autores del **Ramayana y Mahabarata** desde Pindaro hasta Prudencio y Fortunato, y desde estos hasta las inquietudes filosofantes de Goethe, las extrañas rebeldías del Hugo deísta exaltado, el plácido anacronismo de

Zorrilla, la devoción de Manzoni y los cuchicheos místicos de Verlaine, el poema de los siglos se desarrolla en la obra de los grandes poetas como un curso de teogonias y simbolismos, de esperanzas y plegarias, de confusas visiones e idealidades, con que el espíritu humano trata de ascender a lo ignoto, de romper el misterio, y de buscar el necesario amparo en fuerzas desconocidas, con la súplica, el llanto, y la blasfemia. Job está en una punta y Leopardi en la otra; y, sin embargo, ambos son la manifestación verbal de la misma angustia, ya se resigne, ya se subleve. Sin el fondo absolutamente religioso, aunque por antifrasis en el capítulo de las negaciones o en el de la duda, en el de la ilusión tanto como en el del desencanto, ¡cuán vacua resultaría la poesía, que no puede llenarse tan sólo con los ardores y entusiasmos del amor sexual ni con la contemplación de la naturaleza y el grito del dolor permanente y siempre vivo!

Este sentimiento varía con las civilizaciones y las razas, con el espíritu mismo de las varias creencias e infinitos cultos; y en la modalidad católica —dejándonos ya de los antiguos,— alcanza su más alta expresión, no en las epopeyas propiamente cristianas, como la **Divina Comedia**, el **Paraíso Perdido**, la **Mesiada**, etc., sino en la simple obra efectiva de los místicos y de los autores de himnos litúrgicos, que elevan el numen hasta pretender una compenetración con la divinidad, y, realmente, languidecen de una pasión llevada al delirio por lo supremo entrevisto en la aurora boreal de la fe del carbonero, al resplandor de leyendas más o menos auténticas.

Eran los santos; mas, se nos perdonará creer, no obstante las nuevas canonizaciones de personajes modernos en que tan pródiga viene manifestándose la Iglesia, de medio siglo a esta parte, que la era de los santos pasó definitivamente, desde que la crítica histórica informada hasta la minucia, la filosofía experimental y las ciencias aplicadas, metieron el dedo en el costado abierto del milagro y comprobaron la vanidad de las virtudes heroicas... Y sin verdaderos santos, en una edad positivista que ha elevado el racionalismo y el naturalismo a grandes ideales en la investigación del alma y sus profundidades, el ascetismo suena a hueco... y la piedad de los unos es considerada como un **snobismo** literario, casi como una protesta contra la duda circundante y la blasfemia concretada en la labor poética; y la de los otros, más honda y sincera, es ex-

traña y anacrónica. No es que se crea menos en Dios: es que se tiene más fe en el diablo. Adentro queda el temor, el sublevado instinto de la propia conservación, que ha inventado las religiones como grandes espantajos contra las aves negras de ultratumba, en el jardín de los ensueños. Y quedan también la tradición invencible, la raigambre histórica, todos los prejuicios seculares de educación.

Sin embargo, el empeño de los poetas piadosos de la edad actual en poesías de lengua castellana, es respetable, con tal que se manifieste honrado y sincero, y no se rebaje la inspiración a un difuso devotismo de cofradía... Cuando la musa surge desde los angustiosos centros del dolor, de la pasión, de la humildad, de la tristeza, en forma de queja y plegaria, de invocación y amor, de un panfilismo como panteístico, y se querella blandamente, ruega con impetu, o pone su confianza en lo Alto y en los seres que lo pueblan, es como una resonancia de los afectos íntimos y la más elevada realización de la belleza ideal en campos inaccesibles a la vulgaridad triunfante: la misma duda es materia de legítima poesía; porque, al fin, no es sino la tristeza de las cosas que se escapan a la percepción intelectual, y la angustia del no creer del todo, del no poder creer...

Más bajo suena el caramillo de los poetas ingenuos que soplan odas religiosas, villancicos y coplas a la Virgen, a la sombra de las casas parroquiales de sus pueblos... Si producen obra de arte, tanto mejor para ellos; pero de esto hay bien poco, y no por culpa, tal vez, de la cosa en sí, esto es, del valor intrínseco de la composición, sino de la escasa lealtad del numen, la insinceridad del propósito y la futilidad de la repetición de los temas. Y sobre esto, hay el desgano del lector, a quien no le entran ya las obsoletas formas clásicas, las maneras anticuadas y las enormes ponderaciones, que si son buenas en San Juan de la Cruz, en Santa Teresa y aun en Fray Luis de León, y otros escritores verdaderamente tomados del amor divino, resultan de una estupenda cursilería en tiempos menos propicios a las regresiones retóricas y a los saltos atrás del idioma. Y Manzoni es una cosa, y el poeta colombiano señor Peña, tan elogiado por el Obispo González Suárez, otra muy diferente. Y se lee con agrado las *Floreillas* del gran Santo de Asís, y se esquiva, con susto, la proximidad de las odas y epinicios de la poesía mariana de la ciudad de Cuenca en la República del Ecuador...

Mucho consideran al señor Crespo como un poeta religioso, casi exclusivamente, cual si no hubiese aplicado su arte a variedad de inspiraciones, de la sátira a la elegía, del canto al madrigal. ¿Hasta qué punto lo es? A nosotros nos parece más bien poeta piadoso, perdido en vaguedades y añoranzas de la primera edad y en melancolías que tienden a levantarse al cielo en demanda de consuelo y misericordia, al calor de un ambiente eclesiástico y de una sociedad en quien no ha mordido todavía la duda y tiene la franqueza de ostentar su fe como un eco antes que como una declaración de conciencia.

Ya hemos expresado que la primera forma **pietista** (¿se dice así?) de nuestro poeta fué francamente agresiva. Se apelaba a Dios, Juez soberano, para maldecir en su nombre el tumulto revolucionario de los que venían en busca del vellocino de oro de la libertad civil del individuo y de la reconstitución política del Estado. Cuestión de moros y cristianos, que cae fuera de la crítica propiamente literaria; mas, la parte afectiva de **Mi Poema**, enlazada con visiones místicas de la infancia y la grata devoción de la adolescencia, el culto a la Madre de Jesús, dulce, entusiasta y tierno, son ya más sinceros, por cuanto aparecen desligados de todo interés extraño al propio sentimiento; y, al fin, en las derrotas de la vida, se deshacen en llanto, en una quejumbrosa plegaria, que es una de las mejores inspiraciones y acaso la más bien escrita página del autor. Aquí si hay poesía; aquí no se ha olvidado el *si vis me flere* del viejo Horacio, ni se ha convertido en mueca de beata la suprema imploración de una alma desolada.

Huelgan las citas, que alargarían desmesuradamente esta breve noticia. Alguien preferirá la brutalidad de la negación absoluta, más conforme con el dolor humano que no se resigna, y se ve cada día en mayor abandono y miseria, no obstante la inmutabilidad de un Dios misericordioso y la permanencia eterna de la justicia providencial; habrá quien se incline a la angustia de la duda, reo de muerte que avanza en la sombra tropezando en los bordes del abismo; pero si hay quien de veras crea, ¿por qué negarle el derecho de su fe, que es la plena libertad de su conciencia?

Un día, el autor de esta crónica llegó a sospechar un tanto de pose artística en el apasionamiento devoto del poeta, y se lo expresó verbalmente, acaso con más curiosidad que irreverencia.



—¿Y por qué no?— nos contestó sorprendido. No es en mi cosa de convicción y de conciencia, únicamente; sino algo que me sale del fondo del alma, como un calor lleno de dulzura y de tristeza. Cuando entro en un templo y en él paso gratas horas de recogimiento y oración, frente a frente con mi propia miseria humana, créame usted que siento una extraña delicia, un consuelo refrigerante, que es al espíritu lo mismo que el baño y el alimento al cuerpo fatigado y débil.

Cuando se piensa así, cuando de tal manera se siente, cualquiera objeción está de sobra, y querer prescindir de ese elemento afectivo en el estudio de la expresión artística de un escritor, sería ingrato y desleal. En otro terreno son discutibles las opiniones; los sentimientos, no, y menos en el de la poesía que de ellos principalmente se alimenta.

**Pro aris et focis:** es la cuestión. El triunfo consiste en no ser simple ganso del Capitolio que anuncia la aproximación de los bárbaros, ni bonzo letrado que quema perfumes a las narices del ídolo, sino guerrero de primera fila que sabe luchar y morir, y sacerdote ideal de un culto que aspira a llenar los horizontes con la magia del rito, la fuerza de la predicación y el ejemplo del martirio. Y a nuevo tiempo, nuevo estilo...

Cierto que el señor Crespo ha escrito muchas composiciones a diferentes santos, ha celebrado no pocas celebridades y acontecimientos de la Iglesia Católica, y que el fondo general de su obra poética es notablemente religioso, en leyendas, síntesis históricas, ingeniosos simbolismos, elegías y odas heroicas; mas, en lo principal, es profundamente devoto de la Virgen, con una devoción casi mística y un afecto que, en ocasiones, se acerca a la pasión humana ennoblecida por el ideal inasequible y purificada por el dolor. Para probarlo están ahí no sólo el citado **Mi poema**, tan lleno de reminiscencias y encantos, sino otras piezas soberbias, de la misma índole y factura como **La Virgen de la Escuela**. **El nido** etc. Aun en las obras de su edad madura se advierte la misma persistente devoción, tan pura y fresca como en los romances de la primera juventud, hasta en la **Leyenda de Hernán**, trabajo reflexivo y de taracea, el más vasto de cuantos ha producido pluma tan fecunda.

El **marianismo**, o sea el culto a la Virgen María, es un curioso

aspecto de la poesía cuencana, tan ingénua como rebelde a las novedades literarias que llegan de fuera. Cuántos en la feliz ciudad de orillas del Tomebamba han hecho versos, han comenzado dedicándolos a la Virgen; y dicho culto, habilmente sostenido en los colegios de régimen eclesiástico y método confesional por los maestros de humanidades y pastores de almas jóvenes, es tema poético de certámenes escolares, nota de buena conducta, muestra de ingenio y objeto de aplauso. Cada año, por el mes de mayo, se publican cuadernos de prosas y versos sobre ese tópico, con el nombre de **Flores**, **Guirnaldas**, etc., en los que la multitud estudiantil versificante ensaya el canto y luce su piedad. —Y mayo está saturado de devoción **mariana**: en las iglesias hay dos funciones diarias, con himnos y panegíricos, a las que concurre la población en masa; cada escuela tiene en el Colegio su altar enflorado al pie del cual los alumnos rezan antes y después de la labor, bajo la voz de austeros preceptores; en la mayor parte de las casas se celebra el **Mes de María**, grata reunión de familia, agrupada como en un nido al rededor del ara que la piedad sencilla improvisó. Siempre que calamidades públicas afligen a la ciudad —hambre, peste o guerra,— se hacen grandes rogativas a Nuestra Madre del Rosario— la cantada en fábula antigua por Honorato Vázquez;— y Nuestra Madre del Rosario sale a la calle en procesión popular, a hombros de caballeros devotos, cuando suena la hora de levantar bandera y dar comienzo a la guerra civil contra gobiernos liberales que suprimen el presupuesto eclesiástico, rompen el Concordato y dan abrigo al horror de las logias masónicas y a las tenebrosas ligas de librepensadores... Y florece la campaña en perpetua primavera, bajo un ambiente azul y un cielo de admirables esplendideces, por donde se dilatan la bendición de María y su divina sonrisa... Cuenca es la ciudad de la Virgen: quitadle esa devoción elevada a un cariño sincerísimo, y la habréis arrebatado una de sus más curiosas características.

De esta manera se comprende que tal **marianismo** sea un nervio de la poesía de las comarcas azuayas e influya tan directamente en la inspiración de los poetas ingenuos. Entre los mayores que han visto en ellas la luz, acaso fué el ilustre Cordero el único que no corrió por esa senda, no obstante la invocación en la elegía a su primera esposa.

Poesía íntima y casera, desde luego; algo femenil e insustan-

cial, que gira en el círculo vicioso de la adoración y las imágenes repetidas. Se necesita un talento adocinado en amplia lectura y una facilidad artística con alguna novedad en el fondo y en la forma, para que pueda interesarnos algo con sus vaguedades de ensueño a los que hemos perdido no pocas convicciones al paso de los años en las ansiedades y quebrantos de la lucha de la vida; y es lo que ocurre en el caso del señor Crespo: podemos no dar mayor valor a las visiones místicas; pero cedemos al encanto del poema, a la música de la rima y al brillo de las imágenes; y, al cerrar el libro, el alma torna blandamente a la primera edad en alas del recuerdo, y se consuela con dolorosas evocaciones... Y también esto es poesía: el lector se ha puesto en contacto con el poeta, y el triunfo es de éste, puesto que ha logrado producir la emoción, uno de los fines trascendentales del Arte puro. De ahí a las fútiles copias de Euclógos y ramilletes de divinas flores, va un mundo; porque no siempre la devoción es signo visible de religiosidad: ya Menéndez Pelayo dijo de Leopardi, que sólo le faltó creer en Dios para haber sido un santo. Paradoja, desde luego; pero se comprende.

Y esta edad es menos descreída de la que se la supone. Puede la ciencia atea haber llenado todas las cumbres y llegado el espíritu de investigación hasta el secreto de lo Infinito: en el fondo palpita la fe, como un fuego latente, pronto a seguir con fuerza centrifuga en los grandes momentos de la historia. La fe se perfecciona y ya no es ciega; la rebeldía no arrastra prosélitos; y en los campos meramente literarios es señal de nobleza y de cultura intelectual rendirse a las sugerencias ultraterrenas, aunque sea cantando a Luzbel el ángel caído, cuya desgracia demuestra la superioridad de quien le lanzó a los abismos.

## VI

### EL SABOR DE LA TIERRUCA

No son de hoy las tentativas para introducir la nota nacional en la labor poética ecuatoriana.

Sólo que todas esas tentativas han fracasado, o poco menos, ya por el errado concepto que de dicha nota se ha tenido, ya por

la falta de aptitud y fuerzas artísticas, o simplemente de constancia, de los que a tal empeño han arrimado el hombro.

Unos se aficionaron a la bombástica patriotería, y tales cosas hicieron de Bolívar, Sucre, la guerra de la Independencia y los sucesos de la Colonia, que era para echar a un cuerno a Caliope, Melibomene, y aun al mismo Apolo y toda su larga descendencia, y para renegar de héroes, semidioses, tiranos e inquisidores. El ejemplo de Olmedo soliviantó a no pocos, y la Musa del canto heroico se puso a la obra de tanto soplar odas a la libertad y ditirambos contra los despotas sangrientos. Algunos ensayaron la sátira social con las epístolas **A Arnesto** por delante, y siguiendo servilmente los modelos de la literatura castellana, desde la sátira de **Jorge Pitillas** hasta las tiradas de tercetos de D. Manuel Bretón de los Herreros. Pero quedó demostrado una vez más que no es fácil inflar perros ni con la trompa épica de Homero ni con el agudo pito de Momo; y todos esos ensayos se refugiaron en la sombra modesta, esperando el inmediato olvido que los había de tragar rápido, implacable, justiciero... La poesía nacional no consistía en eso; porque para hacer eso se había echado mano de viejos y deteriorados moldes, y puesto a contribución a clásicos y románticos, desde Juvenal hasta Quevedo y los Argensolas, desde Jovellanos hasta D. Juan Martínez Villergas y los escritores de **La Risa**... ¿Cuál de esas odas y canciones sobrevivió? Ninguna. ¿Cuál de esas sátiras? Apenas la epístola **A Fabio**, de D. Gabriel García Moreno, con resabios de Jovellanos y Moratín... y eso, merced al machete de Rayo.

Otros, como casi todos los poetas de mediados del siglo, comenzaron por atacar la tradición y la historia de nuestros antepasados los Shyris y los Incas, forjando lamentables leyendas de amor y guerra, con asuntos entresacados del P. Juan Velasco y los historiadores de Indias, y detalles *ad libitum*, que era una gloria. Entre esa clase de composiciones la que, como es sabido, más llamó la atención de los contemporáneos por sus dimensiones y su fábula, fue **La Virgen del Sol**, del señor Mera; ¿y queda hoy algo de **La Virgen del Sol**, no obstante la segunda barcelonesa edición? Leído después de cincuenta años, con criterio imparcial y desapasionado, ese poema resulta anodino y frívolo, mucho más si se establecen puntos de comparación con otras composiciones en prosa y en verso del mismo género e indole que después se han publicado

en América. La fábula es tan endeble, los personajes tan borrosos, con caracteres tan indeterminados; los versos, por lo regular, tan fríos y tiesos, tan prosaicos; la narración resulta tan cansada, que es de admirar, ciertamente, que hombres tan perspicaces y críticos reflexionadores como Fray Vicente Solano y D. Ricardo Palma, lo hubiesen aplaudido incondicionalmente.

Y la nota nacional, la característica, la nuestra, la ecuatoriana, en fin, tampoco parece en aquella leyenda, a pesar de la aparatosa descripción de la cordillera, las figuras del **Amunta** y otros indios, y el número brumador de palabras quichuas empleadas en la composición con poco gusto y discernimiento. El drama es nulo, y pueriles los efectos escénicos puestos en juego.

No contento el señor Mera con haber escrito y publicado el libro que tan rápidamente acabamos de examinar, por sí y ante sí erigióse en **poeta indiano**, y se puso a cantar tristezas de la conquista y amores pastoriles y dulces de los aborígenes. ¿Había alguna novedad en esto? De ningún modo. En las melodías indígenas, antes que una imitación más o menos acertada y feliz de la poca poesía primitiva de estas regiones, que hasta nosotros ha venido aumentada y falsificada por los conquistadores, se oye un eco de la lira de Arolas y de Zorrilla, y se advierte la influencia de las **Orientales** de Víctor Hugo.

¿Es esto poesía nacional? Tampoco. Porque, al fin y al cabo, por más antecesores nuestros que hubiesen sido, nosotros hombres semi-civilizados, mestizos y cristianos, de otro temperamento, de carácter y costumbres totalmente diversos, ¿qué tenemos que ver con los indios de Huayna-Cápac, los súbditos de Atahualpa y los soldados de Rumiñahui? ¿Qué se nos da de las Virgenes del Sol y del gran Pachacámac? Si algo entendemos de **tolas** es para removerlas sacrilegamente, no en busca de documentos históricos y científicos, como los egiptólogos, sino de tesoros, como los **huaqueros**.

Cuando ya viejo el autor de **Cumandá** comprendió que ese no era el camino de la originalidad y el nacionalismo, el astro de su inspiración se había apagado, y su Musa flotaba en el limbo oscuro del más frío clasicismo: **ferebatur super aquas**... Tomó otro rumbo el poeta, el del idilio campestre, y dió una **cuasi egloga** que nos hace

recordar, con la sonrisa en los labios, de la **Arcadia Moderna**, de D. Ventura Ruiz de Aguilera, parodia de parodias, sin el gracejo y la chispeante burla del autor de **Ecos nacionales**, en la obra citada.

Nos hemos detenido un poco al hablar del señor Mera y sus obras, porque el señor Mera, que, durante largos años, fué casi el único representante y sostenedor de la literatura ecuatoriana, tuvo siempre en su fecunda vida de escritor el recomendado afán de aprender, con su palabra, sus consejos y ejemplo, a la creación de una literatura propia. Verdad es que nos hemos quedado con las ganas; pero suya no fué la culpa.

Al insigne Mera siguieron muchos que no tenían la versación y constancia del maestro ambateño; y si éste, con toda su erudición e innegable talento, consiguió bien poco en la materia, ¿iban ellos a obtener más?

Y todos salieron derrotados, desde el doctor Miguel Riofrío, buen abogado, buen ciudadano, buen hombre público, buen escritor, pero pésimo poeta, que compuso su infeliz **Nina yaca**, hasta el académico D. Quintiliano Sánchez, que escribió **La Hija del Shyri**.

En medio quedan los hilvanadores de romances y leyendas a estilo de los del duque de Rivas, y los que no han hallado manera mejor de enamorar a sus prometidas que convirtiéndolas en indias, como los imitadores de Zorrilla dieron nombre de moros a cristianos viejos.

En fin, algunos, con mejor acuerdo, dejándose de **Coyas** y **Mamaconas**, de **Corís** y **Cisas**, enviando al diablo a conquistadores y liberales, burlándose de las mentidas delicias del campo con sus pastores y su majada, contrajéronse a dibujar tipos y costumbres populares, a componer **yaravies** y villancicos, a escribir coplas y cantares... Mas, por desgracia, estos tuvieron presente con mayor fuerza visual antes que al pueblo que pretendían retratar, al poeta de las Encartaciones, el excelente señor D. Antonio de Trueba. Y creyeron que el **quid** de la poesía popular y nacional estaba en pintar en romancitos agudos tambarrias de trastienda, camorras de barrio, amores de paletos, usos, costumbres, maneras, de la hez, de la canalla, con una gramática parda y un lenguaje... pardo también.

Todo era imitación forzada, excepto algunas robustas pinceladas de Miguel Moreno; y aun los cantarcillos que lograron buen éxito entre tunos y serenateadores tenían su abolengo conocido en la antología española... y olían a Selgas. **La flor del Puyal**, por ejemplo, que tan en boga estuvo en su tiempo, no es sino una triste y mala imitación de la **Flor del Zurgén**, de Meléndez Valdés.

¿Qué restaba por decir? Casi todo. Las perspectivas de nuestra inmensa Cordillera nadie las ha descrito poéticamente todavía; pues no se pueden tomar en serio las pecadoras estrofas románticas de Fernando Velarde; nuestra región oriental de la que tantas cosas buenas y bellas acertó a decir el señor Mera en su **Cumandá**, ningún poeta la ha adivinado aún, no como **cauchero** sino como discípulo de Apolo; y de nuestras costumbres campestres, sencillas y patriarcales, de la índole de la gran masa popular, de los usos de la burguesía y la aristocracia, apenas se ha dicho una palabra en novelas cortas y cuadros de costumbres, que no forman siquiera una minoría respetable de la literatura ecuatoriana. Harto sabemos que todo esto no es de incumbencia de la poesía lírica tan sólo, sino muy principalmente de otros géneros literarios de mayor amplitud y trascendencia, como el drama, la novela, etc., que llevan el pueblo a la vida de arte, revelándole con todas sus virtudes, sus vicios y defectos; pero la poesía lírica tiene también su parte en la tarea, siquiera la meramente descriptiva que idealice las aspiraciones populares y cante las bellezas de nuestra zona, antes inmortalizada por D. Andrés Bello. Y las historias de amor de nuestros campos, las escenas agrícolas, las sencillas costumbres de los labriegos habitantes de la región interandina, los dolores de toda una raza esclava aún a pesar de la ley de la civilización, ¿no son dignos del canto?

Hasta hoy, el arte nacional, en todos sus ramos ha sido embrionario. Nuestros músicos, por falta de escuela, de un medio apropiado, se han contraído a escribir trisagios y letanías sobre motivos ajenos, tal cual paso doble, este o el otro valse, piececillas efímeras, de ninguna influencia en los gustos populares, en los que aún domina el indiano **yaraví**.

Nuestros pintores, a última hora van aficionándose de veras al paisaje como una especialidad, que ejecutan casi siempre de me-

memoria (salvo el recuerdo de Salas y Martínez), más por intuición artística que como fruto de un estudio formal y detenido. Y fuera de esto, apenas pasan del retrato, del asunto religioso copiado de una estamperia de importación jesuitica, de las imágenes de santos; aquí donde los cuadros de costumbres se pasean en media calle, donde la inspiración palpita en horizontes ilimitados, y el sol se pone tras cumbres altísimas cubiertas de perpetua nieve.

Pues, ¿y la escultura? Entre nosotros, como labor propia y original, es arte casi desconocida. En la cumbre está Vélez el tallador azuayo, sin escuela ni estudio previo, hombre de inspiración antes que de conocimiento y experiencia, que jamás vió una mediana estatua ni un bajo relieve legados por los grandes maestros de la antigüedad clásica y el Renacimiento. ¿Y qué hizo Vélez? Cristos, Virgenes, una calavera, una docena escasa de bustos y un medallón; y esa fué toda su obra, la obra de una larga vida.

Estamos, pues, bien atrasados; y en literatura como en las demás bellas artes, nos contentamos con recuerdos más o menos gloriosos de fecha muy pasada, sin intentar nada por nosotros mismos que no nos haga quedar rezagados en el concierto americano.

Copias, sí, en todos los géneros hay muchas copias, desde la del cromo hasta la de la oda; y algo que caracterice el arte nacional, algo que revele nuestro modo de ser, nuestra vocación artística, nuestra idiosincracia, como pueblo y como familia hispano americana, ¿dónde se halla? En ninguna parte: porque aunque se cite algún nombre y alguna obra, fácil es responder que una golondrina no hace verano. Esa revelación se desprende del trabajo de muchos, de la obra de una... dos... cuatro generaciones enteras, de la faena de la multitud, dirémoslo así, y no de los aciertos de uno o más seres privilegiados que formen un caso de excepción en la historia literaria y artística.

Si hay timidez en la juventud, por lo árido del trabajo y lo desconocido del terreno, ahí están los hombres versados en materia de Arte, cuyo deber es no sólo aconsejar, sino empeñarse en dar el ejemplo; y hoy más que nunca, porque un romanticismo extraño, novísimo e importado de contrabando por malos traductores y artistas inexpertos, amenaza a la sana literatura patria con una competencia desastrosa.

Y al dar ese consejo y ese ejemplo, no olviden aquellos hombres que historia, tradición, leyenda, usos, costumbres, panoramas, paisajes, romances, cuentos, el pueblo, en fin, la patria con su pasado, su presente, e ideales y aspiraciones en el porvenir, forjan la base amplísima de la literatura nacional.

Así lo comprendió bien pronto el señor Crespo; y de ahí que gran parte de su obra, la más extensa y mejor, e indudablemente la más sentida y sincera, rezuma por todos sus poros una savia vital emanada del propio terruño, y sea más que Julio Castro, más que Miguel Moreno, en mayor grado que Mera, Sánchez, Moncayo, Romero, cuantos han cantado los montes y los campos del país ecuatoriano, su historia y sus tradiciones, poeta americanista por excelencia, en el sentido de cantor de esta asendereada patria a quien debemos amar como madre y compadecer por desventurada. Y de cualquier punto que esa obra se contemple; pues si va de historia, ahí están cuatro o cinco docenas de poesías dedicadas al recuerdo de nuestras cosas, desde los mismos días de la Conquista y los rojos esplendores de la Emancipación; si de política, ya queda explicada esta faz de la labor; si de patriotismo puro, exento de prejuicios de bandería y con aspiraciones a la libertad, al progreso, al bien en general, con trabajos de esta índole se puede llenar un volumen; y en cuanto a defensa social, entendida según su propio criterio, dicha obra es casi un enorme alegato republicano, metafísico y teológico puesto en verso para mayor comodidad de los lectores. Será o no legítima inspiración ese conjunto; mas, con las deficiencias y quebras de factura que fácilmente se pudiesen señalar en un autor tan genialmente descuidado, lo indudable consiste en que es verdadera poesía.

Pero aún hay más: lo que llamaríamos la visión de las cumbres y la sensación del paisaje, que de tal obra forman el fondo imborrable; esto es, la descripción ideal del medio; cuanto la vista abarca, lo que vive, siente y palpita hasta los confines del horizonte, más allá del horizonte, picachos andinos, montañas de nivea fulgurante blancura, el silencio de los valles oscuros y el misterio retumbante de la selva, el rumor de aguas y el mugir de vientos, la catarata que se precipita desde la eminencia altísima, el torrente que surge de la roca y el estampido flamígero de los volcanes; árboles y flores, la soledad de los áridos peñascales y la vasta heredad

amarilla con las mieses en sazón. Arriba, "el cóndor, rey del huacán sacude las grandes alas"; se desbandan "las timidas torcaces", y pueblan el espacio la innúmero legión de pájaros mayores y menores, músicos de la capilla de Nuestra Santa Madre Naturaleza; y abajo, corre la fauna, también innúmero, relincha el corcel, sueltan sus lamentables mugidos y balidos los rebaños, rujen el jaguar y el tigre en sus escondidas espeluncas, y muere el ciervo derramando lágrimas de angustia en la hora suprema y dolorosa.

Y no es esto sólo: la iglesia campesina, el pueblo oculto en la arboleda, escenas de la granja y de la escuela; la siembra, las cosechas; la plegaria en la penumbra de la alborada y en el crepúsculo vespéral; las fiestas de Mayo y Diciembre; el idilio castísimo bajo la luz del sol y en la plenitud de la campiña en flor, todo esto y mucho más, que es sana poesía y la traslación artística de cosas vivas y vividas, es la esencia, el alma del Numen de nuestro poeta; y bajo tal aspecto, resultan insuperables el dulce **Mi poema** y la triste **Leyenda de Hernán**.

Religión, Patria y Amor; pero, ¿esto constituye la realidad del ideal nacionalista? —Hay algo que hemos puesto al margen, y, sin embargo, late como un dolor y suena como un gemido: el indio, la raza vencida. A llorar en parte las desventuras de esa raza ha dedicado el señor Crespo una larga colección de poesías, con el título de **Baladas y Romances**. En este caso no son ya la leyenda tradicional precolombina, el cuento aborígen fantaseado a sabor de la imaginación loca, los dolores y afrentas de la conquista y de los siglos del coloniaje, sino algo más humano y sentido: la pulsación—dirémoslo así,— de los padecimientos de los pobres indios, bajo este régimen cristiano y libertario, sus sencillos amores, sus pompas fúnebres, el caos de su ignorancia, el abismo de su abatimiento, y la infinita crueldad que les circunda, esclavos del terruño, siervos de la gleba, con el oprobio de la explotación agrícola sobre sus hombros, obreros que sacan el alimento y el metal de las entrañas de la tierra, y, sin embargo, se mueren de hambre y languidecen de inopia: todo un vasto poema sollozante, una elegía en la que a veces luce la sonrisa como un rayo de sol entre la destemplanza de la lluvia...

¿Qué es poco todavía? **La Leyenda de Hernán** os dirá también

el horror de nuestras fratricidas contiendas junto al horror más grande de las inclemencias del cielo que en las comarcas andinas producen la sequía y el hambre; las ansias del ostracismo, los dramas del corazón, la caída final de los traicionados por la suerte... "Oh triste, oh santa tierra ecuatoriana!"

Obra dispersa y aplicación de toda una vida a un mismo propósito. Es lo sustancial; lo que quedará flotando sobre idealidades místicas, ensueños y simbolismos, homilias métricas y ediciones del Syllabus puesto en versos endecasílabos. Y por eso, al llamarle al señor Crespo **poeta nacional** críticos incipientes y gacetilleros empedernidos en la perpetuidad del solecismo, no sospechan siquiera la exactitud y fuerza del cognomento empleado; pues **si nacional**, en el sentido expresado, es quien comprende en su labor, y en elevado concepto, cuanto es y cuanto significa la Nación, como país y como pueblo, como patria y como raza, inclusive la historia y el ensueño de la ilusión y la esperanza, el progreso y el sentimiento, apenas conocemos poeta en la literatura moderna que merezca a boca llena tal calificativo en grado superior y tan completo como D. Remigio Crespo Toral. Acaban de coronarle sus compatriotas, en pública solemnidad y con representación de todos los poderes del Estado y la asistencia de tres obispos, concediéndole en vida honores que no suelen darse sino ante la majestad de la tumba; y diremos que pocas veces se ha ejercido en el Ecuador un acto de más trascendental justicia.

## VII

### AMOR DE AMAR

Quienes no conocen de la labor poética del señor Crespo sino los raros poemas y fragmentos que, de treinta años a esta parte, andan esparcidos en folletos y periódicos, más como correspondencia a determinadas circunstancias y urgentes peticiones que como anhelo espontáneo de publicidad, se figuran que el autor es un poeta sabio, de frialdades académicas, siempre en **pose**, con la lira de resonancias heroicas o el salterio de función religiosa, sin pisca de afecto verdaderamente humano, de pasión sincera, ni aun de dolor legítimo, que canta sólo para afuera, esto es, para la admi-

ración de las gentes y la vanidad del aplauso, cuando no para la ganancia de indulgencias y la salvación de su propia alma.

Y, no obstante, pocos, muy pocos de los poetas ecuatorianos tienen la intensidad afectiva, honradamente cariñosa, con dejos de alegría y fuego aun no bien apagado de pasiones juveniles, de nuestro autor.

Es que hay el amor ideal, el amor de amar, el amor de amores y las lágrimas de las cosas, que dijo Virgilio, cuya expresión varía según el temperamento del poeta y las historias que de sus intimidades tenga que referirnos.

Por lo demás, ya se sabe que sin el sentimiento de amor, tal como lo comprendemos, desligados de toda perturbación psíquica que lo volatilice en ansias ascéticas, o lo enerve en vago panfilismo, o lo adultere en patrioterías próximas a lo inconveniente, apenas puede concebirse legítima poesía, como una prolongación del espíritu emocionado del autor en el corazón de las multitudes. El amor a Dios es bueno sobre toda ponderación, y de él irradian el amor a la Religión, a los santos y al culto en general, con un fondo moral casi docente, y la aspiración a lo sobrenatural y eterno, conforma a las varias teologías. El amor a la Patria, aun en su exageración doctrinaria y de partido político, es Numen, que ha inspirado a grandes vates, desde Tirteo hasta el señor Quintiliano Sánchez, en la República del Ecuador. El panfilismo, o sea el amor a la humanidad, la glorificación de las razas y de los pueblos, la interpretación de los momentos solemnes de la historia, es alta y suprema poesía. Y el leal cariño al terruño, a la familia, a los vecinos, es como una fuente de Hipocrene de chorro perpetuo. Pero, ¿qué nos dicen ustedes de las muchachas?

Es el amor por excelencia; para la generalidad del misero rebaño humano, el único verdadero, el origen de la vida, de la renovación de las especies, el impulso ineludible que creó Dios en los seres al decir a las primeras parejas: **creced y multiplicaos: llenad la tierra: replete terram**. No es ya manantial de Poesía: es la poesía misma en todas las manifestaciones del arte, en todo el palpitar inmenso y fecundo de la pródiga Naturaleza, desde el polen de las flores que lleva por el jardín la brisa celestina, hasta la savia que crece pujante dentro de la corteza de los árboles: el trabajo enorme, ince-

sante, que es Vida y es Inmortalidad. Quien pretenda vivir al margen de la labor, y, sin embargo, se declare poeta, irá envileciéndose a medida que se aleje de la ley común, y merece ser denunciado —si no es un santo o un loco,— como impotente o como degenerado.

Entendemos que no hay sino una cosa buena para los hombres; las mujeres; y viceversa, naturalmente. De otra manera, ya la humanidad se habría extinguido hace siglos con el régimen de los padres del Desierto y las constituciones y reglamentos eclesiásticos... siempre, eso sí, que estos últimos no fuesen jamás violados...

Si hemos de seguir a Max Nordau en la averiguación —por otra parte inútil y pedantesca,— de las creencias arraigadas (que no son, desde luego **mentiras convencionales del Siglo**), en las instituciones religiosas y las socialmente domésticas, todo lo dicho arranca del instinto supremo de la propia conservación: así como hemos creado un Dios para nuestro uso particular, con supervivencia y solvencia en las regiones ultraterrenas del misterio, por miedo de quedarnos como quien dice en el aire, y tras ese Dios, hemos inventado, tranquilamente, religiones, cultos, civilizaciones, así elevamos la noción de la familia al más alto concepto, y los varones nos declaramos jefes... Vivir, sobrevivir y reproducirse. Muy poco poético tal vez en páginas encomiásticas de un poeta sin escándalo en las celebraciones de la atracción sexual; pero, ¿qué vamos a hacerle?

La forma. Repetimos que en este punto la cuestión estriba en la forma: porque si el Amor es Poesía, hay tantas maneras de expresarlo, que aquello que es inocente y magnífico en una parte, es inmoralidad atroz en otra, según el vario criterio.

En castellano, hasta la invasión romántica, sólo tuvimos pálidas pinceladas clásicas, en el drama como en la poesía lírica, y fué el turbión romántico el primero que humanizó el arte con las vibrantes estrofas de Espronceda y sus imitaciones y los cálidos dramas de los próceres de aquel ciclo, principalmente Larra, Zorrilla, García Gutiérrez, Hartzenbusch y la Avellaneda. Y la poesía trascendental afectiva que pasa sin novedad a través de García Tassara y muchos otros, se cristaliza en las sencillas **Rimas** de Becquer y en las **Doloras** de Campoamor. Renacía el espíritu de San Juan de la Cruz y de Fray Luis en la poesía española, solamente que en vez de

loco en la mundana adoración de las chiquillas bonitas que suelen ser las peores cristianas de la cristiandad.

Por mucho que se pretenda negarlo, consciente o inconscientemente, Bécquer es un reflejo de Heine. Y si Campoamor pasó como una racha sobre el **servum pecus** americano, todavía tembloroso con las tremendas exageraciones de D. Fernando Velarde y otros vates de la funeraria de amor, Bécquer, —esto es Heine,— aun hace crisis... Zorrilla está muy lejos, y a los clásicos antiguos tan expresivos a su modo, se les ha enterrado definitivamente, a pesar de que ellos, modelos eternos y profundamente humanos, no se mordieron la lengua para expresar la verdad del sentimiento y la eternidad de la pasión.

Pero esto era insuficiente; y nuevas modalidades literarias, algunas de ellas más cerca a la Naturaleza que al Arte puro y desinteresado, al través de vaguedades metafísicas e hipocresías insustanciales, pusieron la cuestión rudamente en su verdadero punto de vista, sacando al romanticismo primordial del culto caballeresco a la mujer, y dejando hablar al ímpetu genésico. Como aún permanece esta fórmula sobre la ruina del decadentismo y, por impensados caminos trata de elevarse a doctrina moralizadora en la novela y el teatro, antes cauterio que droga, acre en el drama, de acometividad brutal envuelta en imágenes sugestionantes en la lírica, se pregunta si la orientación es buena o mala, si corresponde al estado actual de la civilización cristiana, de la ética convencional en uso, o es un salto atrás al simple y puro paganismo que creó a Venus desnuda y erigió altares públicos a Priapo... —¡Vana cuestión! No es la técnica lo que debe buscarse en el campo de la estética, ni menos el propósito moralizador, sino la emoción artística, independiente de prejuicios y la belleza de la copia,— la copia de la Madre Naturaleza; pues lo que en la civilización cristiana es una indecencia inaceptable, puede ser digno de loa en concepto general; que no en vano en el Palacio de los Papas se conservan como joyas de alto valer las estatuas al desnudo del arte antiguo.

Sin embargo, nada más honrado que respetar —comprendiéndolas bien,— las pudibundeces de quienes purifican el instinto, a la manera del castor cuando se ve perseguido, y la lealtad afectiva amar a Dios Nuestro Señor se inclinaba decididamente a volverse

de los que imitan, en parecida persecución, al armiño, que se revuelca en fango. Cuestión de gustos y de educación, desde luego; lo que interesa, en esta materia, es la ejecución; pues absoluta moralidad, ¿en dónde? ¿Y qué es la moral absoluta? —Volvamos al señor Crespo.

Hemos dicho que éste es un poeta sincero y profundamente afectivo, y no obstante, quienes no le conocen en su integridad lírica le creen un elocuente declamador patriótico y religioso. Para deshacer este prejuicio basta con leerle. Aun considerando el punto de amor de amar, cuantos han saboreado el dulce *Idilio* del tantas veces citado Poema, la extensa *Leyenda de Hernán*, la colección intitulada *El Regreso*, en la cual hay oro de subidos quilates, y muchas otras composiciones, convendrán con el autor de estas líneas, en que esa lira no es de una sola cuerda, que ese poeta, si no es *entero* en el concepto heinano traído a colación por Menéndez y Pelayo en su estudio de Núñez de Arce —porque los poetas de una sola pieza desaparecieron con los tiempos primitivos, y, ahora, quienes se precian de vates no son la cifra, el compendio, el signo de una civilización y de una época histórica,— no desconoce todos los tonos, todas las ocultas armonías, todas las sensaciones, así espirituales como materiales, la gama infinita de la pasión que es como la escala de Jacob por donde sube la humana miseria hasta la región donde Dios habita.

Solamente que dignifica su pasión con la pureza del ideal cristiano, la eleva a regiones inasequibles al vulgo, expresándola con augusta solemnidad unida por el dolor y el angustioso recuerdo; y al sutilizarla en exquisiteces poco menos que místicas, le da el carácter de un canto litúrgico sobre la vida y sobre la muerte. En sus numerosas poesías amorosas —de género directo o de simplemente simbólico,— no suena el estallido de un beso ni se advierte el resplandor de una caricia; solloza a menudo, divaga casi siempre, pero se diría que escribe versos de amor, retrospectivamente, como para un ideal colegio de Saint Cyr al cuidado de una gazmoña vieja, Maintenon rediviva... Y, sin embargo, a oídos un poco educados, en espíritus doctos en las altas cuestiones del sentimiento, ¡suena tan bien, tan dulcemente, como una sinfonía oída en sueños, que solloza memorias de tiempos idos y arrebatos juveniles resueltos en elegías!

Tiene este poeta el pudor de la propia alma, y no ha profanado jamás su boca con la salacidad de cantos odiosos a madres y doncellas. No discutimos la moralidad resultante pero hacemos notar con documentos al alcance de las gentes honradas la bondad del propósito y la legitimidad del sentimiento dentro de la impecabilidad de la forma. Hay que leerle; y comparar, después, la solidez de la obra, aun bajo este aspecto, con el fútil tenorismo del guirigay de guacamayos y loras que ahora atruenan la selva cantando a las novias polutas después de haber celebrado a las vírgenes impecables...

Esto quiere decir que en tal faz de su inspiración Crespo no es popular ni logrará serlo, quedando de trovador de *élite* para saqueo de un público menos bárbaro. Ni mejor, ni peor para él, por cuanto no puede ser de otra manera; y sus grandes frases de afecto amoroso, a veces esculturales como algunas de la antigüedad clásica greco-romana, madrigales, o de fino conceptismo cual las de un Campoamor menos mujeriego y filosófico, no pasarán al acervo común puestas en fácil música de guitarreros y trovadores de los de *au clair de lune*; ni servirán como un Secretario de los Amantes para desahogo de muchachos entusiastas; pero, ¿qué más da? El sabe de las imágenes descriptivas de la belleza femenil; él dice las ansias vivas de la adoración adolescente, pronuncia las palabras de ponderativa vehemencia en el diccionario del cariño; y así como nos cuenta vagos idilios comenzados en la soledad del campo, a la sombra de la rústica iglesia de apartadas aldeas, rotos por el tiempo y el olvido, de la misma manera que alza el velo nupcial para hacernos entrever la avergonzada sonrisa de los novios, el dolor de las vírgenes que pierden el prometido, nos refiere también historias de plácida tristura repletas de ensueños y traiciones que no alcanzan a borrar la misericordia del olvido ni el consuelo de las ausencias definitivas... En este punto tiene trozos de suprema emoción cuya cita sería fácil si tratásemos de prolongar nuestro humilde escrito con multitud de transcripciones. Copien otros más felices que no se hallen, como nosotros, apremiados por urgencias de tiempo y espacio; y quien no quiera creernos por nuestra honrada palabra, puede tranquilamente doblar la hoja o, de una vez apagar la vela.

Y conste que al enaltecer, en esta parte, el procedimiento ge-



nial del señor Crespo, no pretendemos censurar el de otros autores que se humanizan un poco más y tienen en su manera artística la espiritualidad de la gracia y la placidez de la galante sonrisa, sin faltar en lo mínimo a las leyes del pudor ni hacer enrojecer, por suavemente que sea, las mejillas de las chiquillas honestas. Cada cual en su puesto, y Dios con todos. En la misma pléyade cuencana tenemos dos poetas de leche y miel, poco conocidos en el Ecuador por las hijas de Eva, y cuyo numen casero irradia calor de galantería, chispea delicado y provoca a la copla callejera en tono lánguido de halago humilde y enamoramiento sutil, dentro de los límites de la más estricta pureza: Miguel Moreno —ya muerto para duelo de las Musas,— y el encantador Honorato Vázquez de años pretéritos. Pero el caso es que la inspiración y, en general, el temperamento artístico y las vocaciones literarias no tienen una sola línea como camino y si cada cual es señor de su propio instrumento, es todavía más dueño de la manera de tañerlo. Hay diferencias notables, en ocasiones inmensas, en la manifestación de un mismo género... ¡qué! en la expresión de un mismo sentimiento. Crespo es incapaz de las seguidillas enternecedoras de Moreno y los fáciles y sentimentales romances de Vázquez; mas, a pesar de haber escrito el primero aquel libro de angustia intitulado por antonomasia **Libro del Corazón**, y ser el segundo, no sólo el poeta de **Amor de un ángel**, sino de las **Epístolas** a su madre y sus hermanas, no les juzgamos capaces de la intangibilidad ideal del **Idilio**. ¿Quién anda mejor encaminado? Me inclino a los fáciles y humildes.

Y, sobre esta cuestioncilla literaria está el rememorado mandato divino: **Crescite et multiplicamini: replete terram**. Son la civilización y el progreso los que han corrompido las oraciones; y la necesidad de recientes bardos inarmónicos, la que ha echado el ajeno embriador de la lujuria en la copa de falerno de los legítimos deseos... Y aquí nos detenemos, que el resto es escabroso.

Junto a este amor de amar, manifiesto como una reminiscencia dolorosa o una aspiración ensoñadora, lo que los portugueses llaman **saudade**, palpita el afecto francamente elegíaco. El fondo de este poeta es más bien melancólico que triste, y su música suena las más de las veces en la **menor**, sin descender a desolaciones jermiáticas, afeminamientos pseudo-románticos, ni subir a la angustia de Job ni al supremo desencanto de Leopardi. Es dulce y sereno. Su lira patriótica violenta en ocasiones el tono, para resolverlo en

blandas quejas y desengañadas protestas; su salterio de coro capilar gime más que ruega, como en el final de **Mi Poema** y en aquella violeta de antología intitulada **Humildad**; y la castidad de sus amores es como un misticismo... laico, puertas afuera del monasterio. Su misma poesía que llamaremos erudita, la comprendida en **Legendas del Arte**, **Cuadros** y la colección de sonetos mal apellidada **Genios**, es severa y gusta del claroscuro y la meditación. Como si esto fuese poco, busca resonancia de ultratumba en los **Idilios del sepulcro**, canta en baladas hirvientes de pena los dolores de la raza vencida, nos da en **El Regreso** un Heine sin acres sabores epigráficos. En la elegía propiamente clásica, la de los trabados tercetos es menos feliz, porque casi siempre **hace** un poco de **política casera**; pero el poemita dedicado a llorar **Las ruinas de la Compañía** vale por una carta fúnebre la más famosa, no obstante sus reminiscencias harto visibles de Bello, Quintana y Núñez de Arce; y si las **Elegías de la lira** son un suspiro de final desencanto en la impotencia de realizar el ideal, si **Ruinas humanas** es un treno sollozante de las cosas idas y de los amores muertos, la composición llamada **¡Acuérdate de mí!** es una expresión de las más elevadas de sentimentalismo puro, mensaje de súplica bañada en lágrimas que el hijo envía a la eternidad para conocimiento de su madre años muerta. La poesía fluye de aquellos alejandrinos como un raudal de llanto, y los gemidos, los ruegos, los recuerdos sacuden las fibras íntimas del lector piadoso, en una honda emoción estética: pocas veces se ha realizado en la literatura ecuatoriana con mayor extensión y propiedad que en esas estrofas el **si vis me flere, dolendum est primum ipse tibi** del viejo Horacio, y sin el más leve aparato retórico. Analizar aquella pieza casi equivaldría a una profanación, porque cada cual es dueño de su pena.

Nos hemos detenido en este punto, con el objeto de deshacer el prejuicio acerca de una pretendida sequedad hierática del poeta Crespo, cuyo estro lírico tiene todas las modificaciones y conoce todos los recursos de la pasión y del dolor, aun en momentos de simple narración: quien escribió **La muerte del ciervo**, **La confesión de Rafael**, **El requiem de Mozart**, **El poeta ciego** y cien obras más de alta y solemne poesía, doliente y como litúrgica, es el mismo que empuña la trompa épica para celebrar a **América y España** y hace sonar los clarines de la batalla en **La Canción de la bandera**. Si no es completo, no se puede negar, por lo menos, su enorme variedad.

## VIII

## DE ARTE POETICA

En materia de simple apreciación artística, y tratándose del estudio de personalidades sujetas, más que a la fuerza de la lectura, a influencias del medio ambiente y a razones de educación y carácter que suelen determinar el rumbo definitivo de la vida y su labor, solemos conceder escasa importancia a la vieja cuestión de las escuelas y géneros literarios. La obra es buena o mala en sí, independientemente de todo prejuicio; no hay género detestable sino el fastidioso, según el conocido concepto de Boileau, y aun estuvieramos a punto de suscribir la opinión del genial Gonzalo Zaldumbide, diciendo que, en concepto general, no hay poetas sino poemas, si al acudir al olor de la tortilla habláramos sólo de los huevos con injurioso olvido de la gallina que los puso...

Ahora corren vientos de Fronda en la república de las letras; y multitudes literarias, exentas de preocupaciones retóricas, métricas y hasta gramaticales, se encogen de hombros ante la superioridad de espíritus adoctrinados que no se rinden a las sugerencias de la fácil tarea, ni pierden el equilibrio a merced de plebeyos aplausos, exclamando: —“¡Bah! Es un clásico!”— Pero, ¡Dios bendito! ¿Qué es el clasicismo y en qué consiste? ¿Cómo es posible ser un clásico? ¿Es que hay clásicos y románticos, simbolistas y decadentes, parnasianos y satánicos, cubistas y futuristas, en el año de gracia de 1917? Y si por clasicismo se entiende, muy extrañamente por cierto, la pureza de la dicción, el giro castizo, el dominio de la forma, y un honrado apego a las antiguas reglas, fruto de la experiencia de los siglos, que comportan la proporción de las partes, las leyes filológicas y eufónicas del idioma, el conocimiento de las humanidades y la supremacía del sentido común y del necesario decoro, —ser clásico es alguna cosa respetable; por lo menos, un hombre instruido y decente, que puede pecar de obsoleto y arcaico, pero al cual no se le deben negar dotes de persona decente.

Lo que hoy priva, en contraposición, es el modernismo, francamente, un modernismo ya bastante atrasado en el Ecuador, país donde la irrespetuosa juventud de lira en riste ostenta vestidos cortados según un figurín ya pasado de moda en París. Pero en punto

de modernismo nos sucede lo que al ilustre Max Nordau, que no sabemos lo que es, ni en qué consiste, ni hay nadie que caritativamente nos lo explique y haga entender. Pues si cada época tiene su literatura propia, expresión de los sentimientos generales y del estado de cultura del espíritu humano, sucede que todas las formas fueron modernas en sus tiempos respectivos, y tan modernista fué Homero para los atenienses, como Horacio y Virgilio para los romanos, y Dante para los florentinos... y Víctor Hugo para los parisienses y el buen Olmedo para los señores guayaquileños.

Ciertamente, la poesía se estratifica en los viejos moldes aristotélicos; y por eso, el romanticismo, que vino a sucederle, nieto de la Enciclopedia y enamorado de los ideales históricos, no fué una reacción sino una revolución de las más definitivas, cuyas resonancias íntimas aún perduran en lo profundo de la nueva fórmula, al través del naturalismo y su resultado, la decadencia. Y el romanticismo fué la característica de un periodo trágico en el movimiento social de Europa, que tuvo su declaración de principios en el famoso prólogo del *Cromwell* y se glorificó con los nombres que en vano desdeña hoy la tribu casi bárbara que destruye y no edifica: —en literatura, Chateaubriand, Hugo, Lamartine, Musset; Byron y Shelley; Goethe y Schiller; Leopardi y Manzoni; Espronceda, Saavedra, Zorrilla, Hartzenbusch; grandes historiadores; profundos críticos; una renovación filosófica con la izquierda hegeliana y Arturo Schopenhauer; pintores y escultores; un mundo redivivo por la Revolución francesa y el nuevo concepto de nacionalidad y derecho, brotado al través de las bayonetas napoleónicas y de las infames cadenas de la Santa Alianza; una especie de Renacimiento al revés, menos la Reforma, en que la civilización respiraba, y contemplaban las almas inquietas teñirse los horizontes con los suaves colores de la alborada, y asomar en la distancia, sonreída y triunfadora, a la divina Esperanza. Y traía también la libertad; para los pueblos meridionales, la Revolución de Julio, los primeros espasmos de los patriotas italianos, el fin del tragicómico reinado de Fernando VII de España; para el pensamiento, las doctrinas filosóficas de Fichte, Schelling, Hegel, Schleiermacher, Schopenhauer, Freis, Herbart, Beneke y muchos otros que prepararon el campo de la influencia de Comte, Stuart Mill, Darwin, Mayer, Lotze, Fechner, etc.: para la crítica exegética, a David Federico Strauss y los de su escuela, Ernesto Renán y una multitud enorme que pasando sobre Lamennais y sus vaci-

laciones con baño de alcorza, llegaron a las más rotundas negaciones; para las teorías socialistas, el nacimiento mismo del socialismo como cuerpo de doctrina y punto de partida de todas las posibles reivindicaciones; para la literatura, en fin, el rechazo de la vieja espelunca retórica invadida de frios polares, en la que se refugiaban, en los pueblos de origen latino, los últimos imitadores de la antigüedad greco-romana. Los idiomas dieron un paso adelante con terminologías antes condenadas por la vulgar pedantería, y salió la poesía de las férreas prisiones de antiguos convencionalismos de expresión y forma para correr por las humanas vías, menos esotérica, y más amable.

Esto fué el romanticismo que sólo la ignorancia desprecia entre nosotros. Conservó de los antiguos muy poco, por desgracia suya; mas, perfeccionó el espíritu y puso la marca al despertar de un siglo portentoso. Como sucede siempre, le pervirtió el abuso de los menores, la inmensa, innumerable turba gregaria, y, al perder el compás, perdió la concepción de la Naturaleza y del Arte, y relajó los nervios de la vida. La tumultosa reacción no fué tradicionalista, sino que sacó fuerzas evolucionistas del mismo gran cadáver, que se descomponía, y, al descomponerse, abandonaba el campo de la futura fecundación; y fué así como los primeros novelistas franceses, Daudet y el mismo Zola, confesaban su cepa romántica, y romántico abolengo se les puede descubrir a los poetas sucesivos, inclusive el propio Verlaine: en el fondo, es la verdad del dolor y la sinceridad de la pasión, que pasa al través de las crueldades de la extraña psicología naturalista de la **bestia humana**, del simbolismo y el decadentismo, y triunfa, con lealtad, tanto del principio reaccionario en sentido escolástico como del crudo materialismo: en habla castellana, se pone sobre el tomismo de Balmes y el Cardenal Ceferino y el retardarismo declamatorio del Marqués de Valdegamas, tanto como encima de la jerga con que llenan los ámbitos los discípulos de Krauze.

América, país de imitación y trasplante, entró en el movimiento, exagerando como siempre; y así como en el siglo XVII hubo culturanos, en el XVIII pseudo-clásicos, a comienzos del XIX imitadores de Horacio, de Virgilio, y, luego, la legión victorhugiana, esproncediana y zorrillesca, así en los comienzos del XX hace crisis el **modernismo**.

Pero, ¿qué es el modernismo? No alcanza a ser una evolución literaria, ni apenas tiene nombre glorioso y obra definitiva que ofrecer en su abono; no trata de significar una modalidad, una fórmula retórica, por lo mismo que su propósito declarado es la ruptura de todas las retóricas, de todas las reglas, de la tradición literaria íntegra en el tiempo y en la historia; y es lo curioso que sus principales representantes, vuelven cada vez con mayor insistencia a los viejos cánones, como en el caso de Juan Moreas, por ejemplo, que escribe una **Ifigenia**, desde el punto de vista de Eurípides, así como compuso una **Santa Teresa** inverosímil y profanadora Catulle Méndes con resabio de exagerado romanticismo; del mismo modo —para nosotros,— que Rubén Darío escribe robustos endecasílabos a la manera tradicional, y alejandrinos con hemistiquios y acentos de los del tiempo de Zorrilla...

En otras partes, el advenimiento de esta singular **escuela** (?) producirá acaso algún beneficio digamos léxico, con el aporte de términos nuevos o resucitados al lenguaje literario: en América ocurre que su invasión trae consigo un neologismo inútil y bárbaro, que tiende a corromper el idioma, reduciéndolo a una especie de argot para uso exclusivo de la canalla literaria.

El único favor acaso que a la actual tendencia quedamos a deber, es la soltura métrica, en cuestión de acentuación, ni más ni menos que lo que hicieron los románticos franceses del año 30 con el alejandrino de Rostand. Hoy privan mucho los alejandrinos pareados, en la métrica castellana, por prurito de imitación afrancesada; pero es indudable que al quitarles las antiguas cesuras, los acentos obligados y casi las condiciones prosódicas a los metros consagrados, se ha ganado en facilidad y fluidez lo que se ha perdido en solidez ortológica; ya la armonía no depende de acentos y hemistiquios, sino que se advierte como una nota interior, de exquisita factura, que ondula a lo largo de las frases, como una melopea íntima, las más veces melancólica, encantadora y suave, del todo ajena al martilleo de la cantidad silábica y al sonsonete de la obligada rima. Es un ritmo peculiar que desconoce las leyes del contrapunto, y no se apura por la cuestión de las terminaciones. Es verdad que se abusa espantosamente, y que los más hacen versos sin ordenación ni medida, en mezclas inicuas, en las que lo menos sensible es la falta absoluta de sentido común, de gramática, de

simple ortografía; por donde se ve, que la exageración en esta materia, si llega a imponerse y predominar, puede conducirnos a balbuceos como de afasia y hacer retroceder el Arte a la infancia, con el proceso de un irremediable cansancio cerebral. Sin regla ni medida, sin ideas ni gramática, sin instrucción ni miedo, cualquiera puede ser poeta; y un día y otro leemos en diarios y revistas atroces adesios, en los cuales son de uso común las ridículas repeticiones y los versos según el molde de los criticados por el inmortal Larra: "Y era tan fuerte el viento —que se apagaban las velas de los que por purísima devoción acompañaban al Santísimo Sacramento"...

¡Y si fuese esto sólo! Pero en el rechazo de toda sujeción y conveniencia, se ha incluido el de la dignidad artística: y al romper el velo de la sagrada Psiquis, se deja que, sobre un cauce de necesidad áspera, corra un chorro atroz de lujuria, de expresiones indecentes, de imágenes sugestionadoras, las mismas que el paganismo envolvió en la majestad suprema de formas impecables, al calor de una moral, de una civilización completamente distinta de la moral y la civilización cristianas. ¡Lejos de nosotros toda gatzmoñería! Pero una cosa son los faunos y los sátiros virgilianos que persiguen a las fáciles ninfas que van dando chillidos y se les rinden en la espesura de la selva, y otra las brutales declaraciones sexuales con que honran sus lirás los modernistas de esta tierra... que, desde luego, no han leído a Virgilio.

Y son éstos los que le han condenado al silencio y a injurioso olvido a Crespo Toral, porque Crespo Toral... es un clásico...

¿Pero, es un clásico Crespo Toral?

¡Qué va a serlo! Nos adelantamos a descalificarle, en cuanto poeta de bandería, presentándole fuera de cualquier encasillado retórico. Le conocemos bien; y podemos decirlo, y aun probarlo extensamente a quien la prueba nos exija.

Lo que sucede es que la mayor parte de su obra se halla inédita, y la que se ha publicado —prosa y verso, cuya recopilación daría para media docena de gruesos volúmenes,— anda dispersa en folletos y papeles de difícil consecución, y no se la conoce sino

bajo un aspecto de declamación y resonancia, y no se le considera sino desde un respetable punto de vista de lo que se llama **saber de clerecía**... Y ahí está el daño, que se le juzga sin suficiente conocimiento de causa. Felizmente, de hoy más ya habrá **exhibición de autos**, gracias a la reciente publicación de algunos tomos que si no contienen toda la obra del poeta, si llevan en sus páginas mucho de lo sustancial y definitivo.

Crespo es un poeta de variadas y hasta contrarias orientaciones, como que ha ensayado diferentes modalidades de forma y seguido las alteraciones del gusto. Lo que conserva incólume es el fondo de seriedad afectiva y religiosa, el respeto por el arte y la irreprochable castidad de las imágenes y de la frase, tanto por carácter y temperamento, como por educación de persona **bien nacida**.

Es romántico en su primer periodo, el del **Poema**, y continúa siéndolo en el último, hoy mismo, con la **Leyenda de Hernán**, vasta composición que tiene reminiscencias de la **María de Isaac**, del **Idilio de Núñez de Arce**, y conserva la factura poemática de las **Leyendas** de D. José Velarde... Y romántico, en la melancolía permanente que suena en su obra como un acompañamiento de doliente flauta indiana en un ritmo sin fin de melopea sollozante; romántico, por la desolación de su alma, que encuentra motivos de dolor en los mismos afectos religiosos y los recuerdos de la primera edad; romántico, por la afición retrospectiva a las cosas de la Edad Media y el culto a grandezas caídas: no tiene nada de Musset, ciertamente, y de Hugo muchísimo menos, pero en algunas líneas hay vagos resplandores de Vigny, y, al través de ciertas nebulosidades pseudo-alemanas de recientes escuelas, en su labor poética general hay un sello —lealmente confesado por él mismo,— del viejo y amable Lamartine... Romanticismo puro, sin las exageraciones pesimistas de **Rolla** ni la soberbia doliente de **Childe Harold**...

Y es un clásico a su manera. El estudio de las proporciones, la sobriedad de la frase, la nitidez de la imagen **descartada** de efecto de claros de luna, sombras de bosques, movimientos de aguas de lago, y muchachas anémicas y flores exóticas con nomenclaturas todavía más extrañas, le acercan a la solidez estatutaria de la forma y de la línea, con exactitud parecida en el Arte a la matemática, que es la figuración de los grandes, eternos modelos de la anti-

güedad clásica en la obra sucesiva de siglos sin fe y sin esperanza. Y tiene, además, el peso de la erudición que nunca sobra y sólo es reprochable por parte de los Orfeos analfabetos: y el constante recuerdo de lecturas juveniles, que, al determinar su vocación poética, imprimieron en su alma el estigma del arte antiguo, como un culto, y como una dulce añoranza, que sólo los inteligentes pueden apreciar en las obras de nuestro autor.

Y, habiendo escrito un estudio poco favorable sobre los parnasianos en América, he ahí que compone más de cien sonetos, bajo la fórmula de Teófilo Gautier y con el insuperable modelo de Heredia; y compone **cuadros de arte** que trascienden a la impasible escuela del mármol, y corresponden a la manera —bien lejanamente por cierto,— de Leconte de Lisle.

¿Pues simbolista? No son muchos los símbolos que presenta, ni se ha menester clave para descifrarlos; pero gran parte de las composiciones que forman su citada colección de **Cuadros** tienen trascendencia filosófica; y, a su manera, dentro de las conveniencias de la emoción estética, tiran a docentes.

Y es erudito, de una radiante erudición un poco falsificada al través de la interpretación de autores y caracteres, no tanto en la mencionada ristra de sonetos, a la cual se le podría añadir otro tanto con las piezas que el autor no ha incluido en la colección, sino mucho más en las **Leyendas de Arte**, obra reflexiva que, en su parte principal, tiende a interpretar caracteres de grandes artistas, descubrir situaciones, expresar, en fin, algo como exegético sacado de las entrañas de la historia de la civilización del género humano, en breves síntesis arbitradas a placer.

Y si en **El Regreso** es heiniano por el título... y a su manera, en los **Idilios del sepulcro** tiene la vaguedad del Poeta de **Ligeya** y otras maravillas, al mismo tiempo que toca un órgano poderoso y suenan en su boca los clarines de combate, en una confusión de Dios, patria, hogar, amor... e ilusiones de ultratumba, todo ello mezclado con un poquito de lágrimas y cierto aire de suspiros y sollozos que no alcanzan a enturbiar la atmósfera respirable.

Y en cuanto a la forma propiamente dicha, es de goma elástica

en toda su abundante labor. Con irrespeto aristocrático de lo establecido, rompe la unidad de los metros; la cadencia del alejandrino desaparece en sus composiciones mayores, y va ascendiendo desde el alborotado serventesio, mezcla de endecasílabos y heptasílabos, a placer, hasta los pareados de catorce, antes imposibles en la versificación castellana; desde los sonetos de seguidillas disfrazadas hasta los solemnes endecasílabos en verso libre, y los metros fáciles que suenan como una canción popular...

¿Qué escuela, pues, la de este escritor tan variado en la forma y en el aprovechamiento de las sucesivas tendencias retóricas?

Tiene un ideal sí, que, desde sus primeros años, constituye para él una como doctrina y la razón de su técnica: la dignificación del Arte, en el fondo y en la forma; esto es, en la elección de los temas y en el empleo de los términos. Quiere el canto bello con tal de que sea bueno: honrada aspiración que no siempre se consigue; anhela que la poesía viva sólo en un ideal templo de Delfos, dando **consultas** sibilinas en versos aconsonantados, y celebrando incesantemente fiestas rituales al progreso, a la inteligencia, al porvenir de la humanidad, en los ratos perdidos en que no celebra el culto del dios y ciñe las infulas.—Principió traduciendo **El Salmo de la Vida**, de Longfellow, tan noblemente declamatorio, continuó vertiendo **La nueva Musa**, de Balaguer, y diez años más tarde publicó **Liras nuevas**, que es un eco bastante cercano de esas composiciones. La vida es **trabajo** y lucha; y, sobre las miserias del amor y los quebrantos de humano padecimiento, el Numen debe dedicarse a la glorificación de la Vida como dinámica y al Arte como colaborador del progreso...

Buena cosa, ciertamente; pero incompleta, por cuanto no todo es lucha en la existencia, ni todo peregrinación; y sobre el concepto colectivo de la felicidad y adelanto del género humano se eleva imprescindiblemente la **noción del propio yo**, alma de la poesía lírica; fuera de que se pone rudamente al margen la visión de la Naturaleza que tan profundamente influye en el individuo.

Más tarde escribió un poema intitulado **De arte poética**, en sentido más generoso y lato; quiere en él la verdad del sentimiento, la ecuanimidad de la pasión, el culto a la Naturaleza y el destierro

de cualesquiera exageraciones. Es bella y buena esa obra, y da idea aproximada del programa... lírico de un autor que nunca conoció vallas ni respetó linderaciones.

Este es el hombre y el artista. Bien podríamos añadir capítulos a esta somera exposición; mas, creemos inútil y redundante hacerlo. Si de estas páginas surge, aunque sea en sombra, la imagen del hombre bueno y eximio poeta que hemos querido presentar, nuestro humilde trabajo quedará sobradamente recompensado.

Noviembre de 1917.

## DON HONORATO VAZQUEZ

(Con motivo de su exposición pictórica)

Para los que, a lomos de un cansado rocín y sorteando a cada instante espantosos peligros de muerte, caminan en día tempestuoso, ansiosos y fatigados, por las agrias cuestas y profundas quebradas de la cordillera andina, ¡cuán dulce consuelo es llegar, en la mitad de la jornada, a un claro de montaña no más grande que un patio de granja, que la costumbre ha convertido en obligado lugar de descanso! Los viandantes lo llaman **Placer**. Verdea el césped en fiesta primaveral; corre por el fondo límpido y bullicioso, tropezando en guijas, algún alegre riachuelo, cuyo paso facilita un sencillito puente de madera, y reina en él la paz que arrullan rumores de bosques y canto de aguas cristalinas. Si, luego, el tiempo se sereniza, y asoma el sol, un pedazo de cielo azul y brillante forma como una cúpula de zafir, y entra el ánimo en muelle delectación. Recostados en la tierra húmeda y olorosa, os sentís adormecer blandamente, y desearíais quedaros allí para siempre. Bien lo sabéis: es un momento, nada más, de reposo: de la terrible senda os llegan los gritos de los viajeros y el guirigay de extraños animales; os reclama la necesidad de proseguir la marcha, sudorosos bajo la lluvia, los nervios en tensión y el cuerpo dolorido: mas, ¡qué calma de ese instante, en el cual, si sois soñadores, os dais el lujo de un espectáculo interior, función de títeres manejados por la fantasía!...

Algo de esto nos sucede en la ruda caminata de esta aperreada vida periodística cuando alguna información ajena a las miserias de la política, alguna novedad más alta que las vanidades de una literatura que va corrompiéndose o secándose en agraz, solicitan nuestra atención y regocijan nuestro cansado espíritu. —Hablar todos los días de las dificultades de la situación preñada de amenazas, de los quebrantos sociales que nos enervan y postran, de la pobreza que oprime, el escándalo afrentoso, la inmortalidad desen-

frenada: tener incesantemente en los labios el grito de alarma o de protesta y en las manos la pluma burlona o fustigadora, en una labor estéril para el bien, sin otro resultado que las contestaciones del odio y de la envidia y el riesgo inminente de turbar la propia tranquilidad, ah! qué jornada tan fatigosa llevada adelante sólo por el amor a la patria en el culto de la sinceridad y la justicia!... Quiénes nos la hemos impuesto como un deber, fuerza es que aceptemos las consecuencias; pero siempre resulta triste ser calumniados hasta en las intenciones.

Ahora hemos llegado a un **Placer**: que siga la recua su camino, en tanto que descansamos una hora, para hablar del Arte... y de un hombre honrado. Felizmente, aún hay arte en el Ecuador, y también hombres honrados.

Ya reanudaremos la marcha. Del intrincado y profundo bosque nos llegan chillidos de loras, gritos de monos, silbidos de serpientes, el monótono canto del carpintero y el diostedé y mil rumores confusos, amenazantes... Pero el río murmura apacible, resplandece un pedacito de cielo como un cristal azul sin mancha, y viene el ensueño...

Ay! no es mucho, ciertamente. Apenas se trata de una exposición de pinturas en una de las más tristes ciudades de la República, exposición cuyo valor artístico no se ha declarado ni podemos apreciar; pero ya es algo.

\*  
\*  
\*

Copiamos de "La Unión Literaria" de Cuenca:

"En las fiestas del 3, 4 y 5 de Noviembre, que la ciudad de Cuenca dedicó al aniversario de su emancipación de España, a modo de improvisación se formó un comité para exhibir, en salón especial, los cuadros del Dr. Honorato Vázquez, pintor casi desconocido en la República, por su rara modestia; y no por ello menos digno de celebración y alta recompensa.

"La juventud de Cuenca, agradecida al artista y al maestro, se asoció con el objeto de exhibir sus cuadros y de manifestar a éste

su admiración entusiasta. El empeño del comité formado al efecto dió un éxito completo; pues los cuadros, los paisajes sobre todo, del eximio Rector de la Universidad del Azuay, impresionaron vivamente al numeroso público que concurrió a visitar la Exposición Artística y el Salón Vázquez, especialmente.

"Fue una sorpresa para casi todos los habitantes del Azuay que desconocían esta nueva y delicada faz del ingenio que, a los lauros del poeta, a las ejecutorias de publicista y escritor ameno, añadía las de artista del pincel...

"Noventa fueron los cuadros exhibidos: marinas de singular extensión visual en la puesta del sol, paisajes de cordillera, cuadros de parroquia andina, pequeños poemas de la Naturaleza, figuras esfumadas en la visión del ensueño, cuadros de perfecta realidad, y flores y esbozos; todo dentro de un ambiente diáfano y con una técnica original, fruto de la observación; y por lo mismo obra de carácter, de índole sentida y regional.

"La Municipalidad de Cuenca galardonó con una medalla de oro al Dr. Vázquez, y el Comité que lleva su nombre le obsequió una paleta de oro bellamente cincelada y esmaltada, obra de hábiles orfebres azuayos".

El galardón y el obsequio fueron ofrecidos al Sr. Vázquez en acto solemne, en el salón de la Universidad de la cual es Rector, desde hace años, dicho caballero y donde se ha efectuado la exposición. Y en tal acto, además del agraciado, tomaron la palabra los señores Rafael María Arizaga, Gonzalo Cordero Dávila, Ricardo Crespo Ordóñez y D. Remigio Tamariz Crespo quien pronunció una bonita composición en versos alejandrinos.

Todas esas piezas de elocuencia y poesía las publica la referida revista; mas, habría sido de desear que completase su información con una lista de las obras presentadas; y la noticia sería más redonda y grata, si un somero estudio crítico de pluma autorizada y que no se contenga en los límites del justo elogio, nos diese alguna idea acerca del carácter, inspiración, nexos artísticos —si los tiene,— modo y forma del pintor exhibiente. Porque las breves líneas que al respecto tiene la gacetilla editorial que dejamos copiada, no son aceptables ni como rápida referencia: que si no puede haber

marinas de índole regional en una comarca de la cordillera; si no entendemos qué son aquellos "pequeños poemas de la Naturaleza", menos alcanzamos qué serán esos "cuadros de perfecta realidad", ese ambiente diáfano que lo envuelve y domina todo, ni cuáles son las obras de carácter en materia pictórica, ni las de índole sentida.

Falta en la capital azuaya quien hable de motivos de bellas artes, con el suficiente conocimiento de causa siquiera para no decir disparates? —No faltan: ya hemos leído crónicas **especialistas** sobre fotografía, artículos sobre escultura, que no disonaban.

\*  
\*   \*  
\*

No cabe esbozar, por ligeramente que sea, la figura de un hombre tal como D. Honorato Vázquez, en estas columnas que resultarían estrechas, cortas e inadecuadas. Obra de más aliento, emprenderán en ella, cada cual por su lado, la historia diplomática y la historia literaria del Ecuador, examinando los méritos del hombre y expresando lo que hizo y lo que pudo hacer, en una vida si modesta hasta ser humilde, no por ello menos laboriosa y aprovechada.

Esa vida, en su acción pública, es de algún movimiento, y no faltan en ella —¿ni cómo habían de faltar?— contradicciones, desengaños y tristezas.

Muy joven, es arrojado al destierro por el General Veintimilla; y tiene que defender sus días dando lecciones de gramática y retórica en tierra extranjera. Parecía haberse truncado su porvenir, porque la carrera universitaria no estaba terminada, y antes de la hora justa ya se hallaba en presencia de un grave problema, el de comer o no comer —él y los suyos; familia de huérfanos.

Cuando pudo regresar, acudió de nuevo a la prensa, para ensayar la oposición contra la dictadura veintemillana ya dominante en el Guayas; y reunióse el antiguo grupo del Liceo de la Juventud al rededor de un vivac, donde se jugaba la libertad y la vida.

Es la segunda etapa. Resueltamente afilado al partido conservador, que al fin de fines, fué el único beneficiado en el gran drama

de la Restauración, entró a la parte con derecho propio; y fué a la Asamblea Nacional como representante de su provincia, y la Asamblea le nombró uno de sus secretarios; y concurió a otros Congresos, formando en la mayoría ultramontana que le tenía mancorrada a la República como el sacerdote a la víctima. al pie del ara... Para él se abrieron las puertas del favor, y desempeñó el cargo de Subsecretario de Estado, cuando ese cargo significaba algo y se le confiaba a varones de altos merecimientos y de buena posición. De la Subsecretaría al Ministerio no hay sino un paso, y Vázquez fué Ministro. Autor de una espléndida Memoria histórica y jurídica de nuestros derechos territoriales en el Oriente, se le creyó bueno para diplomático, y al Perú fué, donde tuvo que regresar en 1893, empujado por las primeras ráfagas de la tempestad que se formaba y, venturosamente no llegó a estallar. Años más tarde, en el primer período alfarista, vuelve al trabajo, ya olvidado de su comisión de cortesía a Venezuela, cuando el centenario de Sucre, cometido que cumplió con rara discreción; y torna a las legislaturas batalladoras que preparan la reacción conservadora y, luego, cantan la misa de difuntos sobre la vanidad del empeño y las sangrientas ruinas de la patria... Y sucede, después, que el mismo régimen liberal le llama a sus parlamentos, como consejero autorizadísimo, y le pone otra vez en el camino de las representaciones diplomáticas, como al más habil y profundo de sus internacionalistas; y, tras el desengaño final, hace para él un Pritáneo la Universidad de Cuenca para mantenerle a expensas de la República, dejando que transcurran en paz los días de su ancianidad en el dulce ejercicio de moldear a la juventud de su tierra en turquesas eclesiásticas...

Y pasa por tantos y tan variados accidentes, invulnerable, imperturbable, manso y humilde, sin que le flaqueé un instante la nativa cortesía ni se le altere con una gota de bilis el humor admirable con que le favoreció Naturaleza, que en él es indecible ecuanimidad y alto concepto de tolerancia y caridad cristiana llevada a una práctica a veces heroica. Corren, rugiendo, las revoluciones a las cuales él presta cuando menos el prestigio de su nombre y el crédito de su insospechable probidad: él queda en pie, tranquilo y sereno, entre los liberales, entre los conservadores, respetado y honrado por todos. Dos veces se frustra en sus manos el anhelo nacional del arreglo de límites con el Perú, y en ambas ocasiones tal fracaso es causa de grandes agitaciones que nos ponen a dos dedos de la gue-



rra extranjera: él no se conmueve; no se explica siquiera, entregándose inerte a la opinión, que si le saluda poco menos que como a un vencido, le abre calles entre murmullos de piadoso reconocimiento. Bajo el imperio de la instrucción laica en un periodo de dominación radical, impone silenciosamente el **Ratio Studiorum** en un gran centro universitario que se le confía, y consagra el Instituto a la Virgen María, **sedes sapientiae**, a la cual erige una estatua en el patio de la noble casa...

Y esa actitud no es obra de un genio dúctil y sutil que se acomoda a las circunstancias, sino la de un carácter, de una rectitud casi diríamos matemática, que en la propia impassibilidad halla su fuerza de resistencia pasiva, y en la alteza de su indiscutible mérito pone el secreto de las consideraciones que le guardan sus mismos adversarios.

\*

\* \* \*

En este hombre público que para tantas cosas ha valido, sin dejar en ninguna rastro apreciable de su acción y personalidad, alienta una de las más poderosas inteligencias de la patria ecuatoriana, con una asombrosa facilidad de asimilación, que le coloca en primera línea entre los escritores y estadistas compatriotas nuestros que aún viven. Ha escrito de todo cuanto se halla al alcance de nuestra actual cultura en el arte y las ciencias llamadas públicas; y legislador a veces, profesor a ratos, diplomático en ocasiones, poeta en ocios perdidos, abogado, pedagogo, literato siempre, ataca la preceptiva y la crítica, gallardea ampliamente, en excelsitud ahora por nadie emulada, en materias filológicas; y así compone un cuento en fábula, como tagarotea un tratado de estética, o borrona un texto de literatura comparada.

Le acompañó en sus juventudes el sacro don de la divina Poesía; y fué, con el nunca bien llorado Moreno, el fundador de aquella singular escuela cuencana, tan poco comprendida y a la cual sólo la imbecilidad de clérigos versificantes ha podido convertir en ridiculamente "marianista" y tontamente retumbante; escuela que, en sus comienzos, muy poco tuvo de devota, ni de "mariana", y se distinguió por el sentimentalismo a lo Selgas (era la época), los

romances galantes y el fondo de tristura amorosa con las novias idas, con las novias muertas, con las novias honradamente casadas con otro... Si lo queréis, un petrarquismo estrafalario, con el soberano timbre de la gracia y la delicadeza, y un vaho de castidad oliente a sahumero del **Pange lingua** y el **Oh salutaris**... Poesía honrada y tristonera, algo apegadita al templo tal vez; pero correspondiendo en eso mismo al carácter regional de una sociedad de beatitas y un pueblo educado por curas y monjas...

Por la abundancia, la facilidad y el hecho de haber vivido casi siempre pegado al terruño, sintiendo como él y con él las palpitaciones todas del medio ambiente, Moreno fué más popular y dió la nota más amplia; pero es indudable que, sin cederle en inspiración ni lealtad de sentimientos y fuerza de afectos, Vázquez, mucho menos abundante y fácil, le es superior en corrección y hasta en nobleza de frase.

A la generación actual, esclava del prejuicio imitatorio, ya no agrada aquella manera antigua de los poetas azuayos, los primeros e insuperables en la República en el manejo del romance; mas, ¡qué diferencia entre los fuegos de bengala de hoy y aquellas alegres fogatas a cuyo calor se cantaban los amores castos, las coplas a la Virgen María y los villancicos de Navidad! Revivía el pueblo; se regocijaba la juventud, según las costumbres heredadas y tradicionales, y ello era alta poesía y expresión de sentimientos generales...

Acaso lo ignoren aquí, donde, en materia literaria de casa adentro, nada se sabe: Vázquez es uno de los poetas mayores del Ecuador que aún quedan en pie, de los de la generación que se inclina al sepulcro. Poesía casera e impregnada de sahumero la suya; mas, ¿eso qué le hace? Su "Epístola a mi madre" no le cede en delicadeza y sentimiento sino a la famosa de Campoamor, y vale más que las de Ruiz Aguilera y José Velarde; sus "Muertos" son una página romántica de la más exquisita factura, y permanecerán sus romances como flores de antología mientras en esta tierra se escriban versos castellanos. El acervo es escaso: tal vez no llene un volumen de trescientas páginas; el tono general de monótona dulcedumbre acaso ya no sea delicioso para lectores estragados; pero ello ¿decrece algo el valor de la obra?

Paralelamente a esta poesía rimada corre la no puesta en verso: cuentos, artículos, notas sueltas, poesía galana y melancólica, de infantil estructura, y honrada y noble hasta no poder serlo más. Casi toda ella es fruto asimismo regional, cosas de la tierra propia, saudades, añoranzas; los cuentos sobre todo, entre los cuales hay algunos como aquel de la **Cueva del Señor de Belén**, que pueden servir de modelos.

¿Qué todo esto es muy poco trascendental; un tanto pueril y ñoño, tal vez?... Bah! ¿Y qué trascendencia queréis que tenga un arte humilde y simple, expresión de una alma honrada y digna a un público especial, tan puro y tan creyente como el autor? No aspira a la precisión de las imágenes ni se acerca a los cánones de la observación; pero como sentimiento, hace veinte años no había corazón de quince que no llorase con él. Y esto debe bastarle al poeta.

\*  
\*   \*  
\*

Es la flor del ingenio. Sobre ella protegiéndola con sombra amiga, se alzan otros méritos que significan más alta educación del espíritu y mayor dedicación de tiempo y estudios con severa disciplina y propósito determinado. En ellos, el de filólogo... en los campos de la lengua castellana. Es viejo empeño, como que sus primeros trabajos en esta ingrata materia datan de 1876 y los últimos no hacen quince días que vieron la luz. Define y discute el valor y pureza de modismos y vocablos, alegando autoridades de hecho y derecho; y, lo mismo que D. Ricardo Palma y otros americanos beneméritos, ha llevado sus reclamaciones eruditas en pro de la extensión del idioma, ante ese tribunal de sordos que se llama Real Academia Española.

Atento a la preceptiva literaria en general, ha escrito un libro sobre análisis literario y otro muy documentado de literatura comparada, un texto de estética *ad usum scholarum* y un volumen eruditísimo intitulado "Jesucristo en el arte", cuya naturaleza y tendencias es fácil colegir por el título.

Su tomo "Arte y Moral" se compone de discursos y pequeños ensayos sobre lo que llamaríamos la pudibundez católica y la honradez caballeresca de la literatura, escritos con un criterio que resulta ya un poco anacrónico, y un empeño que tiene más de educativo que de artístico. Proclama, desde luego, el arte por el arte, algo exageradamente; y dentro del concepto de moralidad no admite sino lo estatuido y bien definido por las doctrinas de la Iglesia. Libro honesto y bien inspirado, si empequeñece los horizontes y no resuelve la vieja cuestión, es de una ortodoxia a prueba y revela el carácter de quien lo escribió.

Es más vasta su labor literaria, mucho más vasta; pero aquí nos detenemos para recordar que si sus trabajos de erudición y derecho en nuestro debatido asunto de límites son lo mejor que en tal materia se ha escrito entre nosotros, lo que de su texto de Ciencia Administrativa se ha servido publicar como ligera muestra de obras arrinconadas, revela una aplicación provechosa, determinante de un nuevo carácter del autor.

Y este es un recuento incompletísimo de la obra, por falta de información y espacio; pero tal como resulta manifiesta una gran contracción y una formidable variedad de facultades, que recuerda la de otro gran cuencano, don Luis Cordero, que escribió de todo y en alto concepto y hondo saber, y fué también poeta de los excelso, y abogado, y agricultor, y bibliófilo, y polemista, y comerciante y hombre público en primera fila.

\*  
\*   \*  
\*

Y ahora se sabe que el señor Vázquez pica igualmente de pintor, fecundísimo, constante, casi de oficio, no ya simple aficionado que mata sus ocios embadurnando tela... Noventa cuadros ha exhibido; es de creer que otros tantos, por lo menos, anden fuera del alcance del autor, en manos extrañas, o no hayan sido reputados por él merecedores de la honra de la pública comparecencia. Y ese número de pinturas demuestra una devota consagración muy digna de ser tenida en cuenta si se consideran la actual edad del señor Vázquez, sus ocupaciones rectorales cumplidas escrupulosamente y

las agitaciones de su vida al través de luchas políticas, largos viajes y repetidos empeños diplomáticos.

Su habilidad en este punto no nos era desconocida; pues si ningún cuadro suyo hemos logrado ver, si hemos visto los dibujos con que ilustrara los tomos de versos de Moreno y Crespo Toral, cuadritos de paisaje campestre, correctos, lamidos, tímidos, con sus bosquecillos frondosos y su correspondiente choza. Antiguos ensayos y tentativas, acaso, en un procedimiento menos conocido, a los que faltan el nervio de la idea, la inspiración propia y la ayuda soberana del color.

Nada podemos adelantar, ya que no vamos a tomar en serio las hipótesis de quienes galardonan aquel trabajo, entre los cuales ha de haber de seguro, personas competentes.

Parece que el señor Vázquez se ha dedicado preferentemente al estudio y traslación del paisaje; y esa preferencia revela ya exquisitez aristocrática de gustos que se van por lo menos fácil y trillado. Después del viejo Salas y Luis A. Martínez —otro ecuatoriano de múltiples aptitudes,— no sabemos de artista ecuatoriano que haya atacado el paisaje; saliendo de la vulgaridad del retrato, de la santería tradicional y de la copia de cromos de a peseta. Y tenemos poco en el género. Salas retocó durante muchos años hasta echarlo a perder su vista del Cayambe en el paso de la línea equinoccial, que tampoco era cosa del otro jueves, y Martínez se dedicó absolutamente a la visión de las cumbres andinas y alrededores —donde vivió y murió,— con un verismo aplastante y crudo, y, a veces, con inspiración más tétrica que la que le impulsó a Pinto a la composición de su disparatado *Dies irae*, como en el tremendo lienzo intitulado "Soledad eterna", uno de los últimos de su pincel. Y toda esa labor se halla desparramada, perdida, parte en el extranjero, parte echada a perder —así fué devuelta,— en poder de sus hermanas..

Ojalá se sacaran algunas copias de los principales cuadros del señor Vázquez. Felizmente, ellos no serán aventados al espacio en fuerza de la necesidad, como los del pobre Martínez, que, enfermo y baldado, sacó de su pincel el último, amargo pan de su malograda existencia.

\*  
\*   \*  
\*

¿Qué más? No sería extraño que, andando los tiempos, ofreciese el señor Vázquez al Comité de su nombre alguna audición musical de su propio cacumen; ya era aficionado a los instrumentos de cuerda, en su florida juventud; y no sorprendería que así como en un ángulo de su estudio de pintor ha de haber estatuas y modelados, de sus privilegiadas manos, hallen entre sus manuscritos sus ejecutores testamentarios un texto de osteología católica...

Vayan al maestro y amigo estas líneas de cariño con motivo de su último triunfo. Todos compartimos la alegría de su casa, porque al resplandecer como lumbre de hogar y fanal de una honrada familia, irradia sobre todo el Ecuador, que se enorgullece de contar entre sus hijos a hombres como él eminentes y buenos.

Diciembre de 1916.